

HELEN DEWITT

El último samurái



Lectulandia

El último samurái

HELEN DEWITT

Traducción de
Gemma Moral Bartolomé

Para Ann Cotton

PRÓLOGO

El padre de mi padre era un pastor metodista. Era un hombre alto, apuesto y de noble aspecto; tenía una voz hermosa y grave. Mi padre era un ferviente ateo y admirador de Clarence Darrow. Se saltaba cursos igual que otros chicos se saltan las clases, daba conferencias a los feligreses de mi abuelo sobre el carbono 14 y el origen de las especies, y consiguió una beca para Harvard a la edad de 15 años.

Le llevó la carta de Harvard a su padre.

Algo asomó a los hermosos ojos de mi abuelo. Algo habló con su hermosa voz y dijo:

Es justo darle una oportunidad a la otra parte.

¿Qué quieres decir?, preguntó mi padre.

Lo que quería decir era que mi padre no debía rechazar a Dios por el laicismo solo porque ganaba discusiones a personas iletradas. Debía estudiar teología y darle una oportunidad a la otra parte; si al final seguía teniendo la misma opinión, con 19 años seguiría teniendo una edad perfecta para ir a otra universidad.

Mi padre, como ateo y darvinista, tenía un sentido del honor muy delicado y no pudo rechazar aquella petición. Presentó solicitud de ingreso en varios seminarios y todos menos tres lo rechazaron de entrada por ser demasiado joven. Los otros tres lo citaron para una entrevista.

El primero era un seminario de gran prestigio y a mi padre lo entrevistó el director debido a su juventud.

Es usted muy joven, le dijo aquel hombre. ¿Es posible que quiera ser pastor porque lo es su padre?

Mi padre contestó que no quería ser pastor, sino darle una oportunidad a la otra parte, y le habló del carbono 14.

El sacerdocio es una vocación, dijo aquel hombre, y los estudios que ofrecemos están destinados a personas que sienten esa vocación. Dudo mucho que le sirvieran a usted de provecho.

Esa oferta de Harvard es una ocasión única —prosiguió—. ¿No podría darle una

oportunidad a la otra parte eligiendo una asignatura de teología? Creo que al fin y al cabo Harvard empezó siendo una facultad de teología y supongo que seguirán enseñándola como asignatura.

Aquel hombre sonrió a mi padre amablemente y se ofreció a proporcionarle una lista bibliográfica si quería hacer algo para darle a la otra parte una oportunidad. Mi padre volvió a casa (en aquella época vivían en Sioux City), y durante todo el trayecto en coche no dejó de pensar que aquello podría bastar para darle a la otra parte una oportunidad.

Habló con su padre. Este señaló que seguramente un curso de teología en un ambiente completamente laico no causaría un efecto muy grande, pero de todas formas era mi padre quien debía decidirlo.

Mi padre fue al segundo seminario de prestigio, donde lo entrevistó el decano.

El decano le preguntó si quería ser pastor y mi padre le explicó que no y le habló del carbono 14.

El decano dijo que respetaba las intenciones de mi padre, pero que lo suyo era en cierta medida un capricho, y comentó que mi padre era muy joven. Le recomendó que fuera primero a Harvard y luego, si aún quería darle una oportunidad a la otra parte, estaría encantado de tomar en cuenta su solicitud de ingreso.

Mi padre regresó junto a su padre. La hermosa voz señaló que a un hombre con un título de Harvard le sería difícil resistirse a la tentación de emprender inmediatamente una carrera, pero insistió en que, por supuesto, mi padre debía decidir por sí mismo.

Mi padre fue al tercer seminario, que era pequeño y poco conocido. Le entrevistó un ayudante del decano. El día era caluroso y, a pesar de que un pequeño ventilador aireaba al ayudante del decano, un hombre gordo y colorado, este sudaba profusamente. El ayudante del decano preguntó a mi padre por qué quería ser pastor y mi padre le contó lo de la oportunidad a la otra parte y lo del carbono 14.

El ayudante del decano dijo que la Iglesia pagaba la matrícula a los seminaristas que querían ser pastores. Dijo que, como mi padre no quería ser pastor, tendrían que cobrarle 1.500 dólares al año.

Mi padre regresó junto a su padre, quien dijo que suponía que mi padre podría ganar 750 dólares durante el verano trabajando en una de las gasolineras, y que él pondría el resto.

De modo que mi padre entró a estudiar en una facultad de teología. Cuando digo que estudió en una facultad de teología, quiero decir que se matriculó en una facultad

de teología y todos los sábados fue a una sinagoga por interés, porque no había ninguna regla que lo impidiera, y el resto del tiempo se lo pasaba sobre todo en el Helene's, el único bar de la ciudad que servía a un chico de 16 años.

Mi padre esperó a que mi abuelo le preguntara qué tal le iba, pero mi abuelo nunca se lo preguntó.

En la sinagoga, mi padre conoció a un tipo diez años mayor que él que dirigía los servicios religiosos y hacía la mayor parte de las lecturas. Se parecía mucho a Buddy Holly y de hecho la gente le llamaba Buddy (lo prefería a su nombre, Werner). Al principio mi padre creyó que se trataba de un rabino, pero lo cierto era que una ciudad pequeña como la suya no podía permitirse el lujo de mantener a un rabino. Los servicios religiosos los dirigían voluntarios de la localidad. Buddy quería ser cantante de ópera, pero su padre había insistido en que estudiara contabilidad y había llegado a la ciudad desde Filadelfia para ocupar un empleo como contable. También él pasaba mucho tiempo jugando al billar en el Helene's.

Al final de los tres años en el seminario, mi padre era muy bueno jugando al billar. Había ahorrado unos 500 dólares de sus ganancias y jugaba con despreocupación para no ganar demasiado ni muy a menudo. Podía batir a cualquier parroquiano del bar, pero una noche entró un forastero.

Por casualidad el forastero jugó primero con todos los demás. Jugaba con movimientos suaves y precisos, y era evidente que pertenecía a una clase diferente a la de cuantos habían jugado con mi padre hasta entonces. Mi padre quería jugar con él; Buddy no hacía más que advertirle que no lo hiciera. Creía que había algo raro en aquel forastero, que, o bien le ganaría más de lo que mi padre podía permitirse perder, o bien perdería y tiraría de pistola. A mi padre esto último le pareció ridículo, pero cuando al forastero se le levantó la chaqueta al inclinarse, vieron que llevaba una pistola sujeta a la cintura.

Terminó la partida y mi padre se acercó a él.

Aquí mi amigo dice que es usted peligroso.

Podría ser, dijo el forastero.

Solo hay una manera de averiguarlo, dijo mi padre.

¿Y quién es usted?, preguntó el forastero.

Mi padre dijo que estudiaba en el seminario.

El forastero se mostró sorprendido de encontrar a un seminarista en el bar.

Todos somos pecadores, hermano, dijo mi padre, en un tono bastante sarcástico.

El forastero y mi padre jugaron una partida y cinco dólares cambiaron de manos.

¿Quiere la revancha?, preguntó el forastero.

Jugaron otra partida, que duró más tiempo. Mi padre seguía jugando con despreocupación; naturalmente no hablaba mientras jugaba el forastero, pero cuando le llegaba el turno respondía a las preguntas del forastero con anécdotas sarcásticas sobre el seminario. El forastero era hombre de pocas palabras, pero parecía divertirse. Mi padre ganó al final con un acierto afortunado y cinco dólares cambiaron de manos.

Ahora, pongámoslo más interesante, propuso el forastero.

¿Cuánto de interesante?, preguntó mi padre.

El forastero preguntó a mi padre cuánto dinero tenía en el mundo y Buddy Holly movió los labios para decir NO NO, no se lo digas, estúpido idiota, a sus espaldas, y mi padre contestó que tenía 500 dólares.

El forastero dijo que aceptaría cualquier apuesta contra los 500 dólares. Mi padre no sabía si tomárselo en serio.

Cien pavos, dijo. Al mejor de cinco.

El forastero dijo que, en ese caso, le gustaría ver el color de su dinero, porque tenía que volver a la carretera y no quería demorarse por cien pavos.

Cinco contra uno, dijo.

Mi padre llevaba 25 dólares encima. Pidió prestados otros 25 a Buddy, y el resto lo consiguió en billetes de diez y de cinco de la gente del bar que conocía su valía.

Jugaron dos partidas y el forastero las ganó ambas con facilidad. Iniciaron la tercera partida y el forastero empezó ganando con facilidad, pero la suerte de mi padre cambió, se recobró y ganó. Ganó también la cuarta partida, aunque en dura liza, y luego ganó la quinta y se hizo el silencio en el bar. Otros habían visto también la pistola.

El forastero se metió la mano en el interior de la chaqueta y todos contuvieron la respiración. El forastero sacó una cartera. Extrajo cinco billetes de 100 de un grueso fajo.

No creo que usted haya tenido nunca tanto dinero junto, dijo.

Mi padre le señaló que ya tenía 500 dólares.

¡Mil!, dijo el forastero. Eso es mucho dinero. Detesto ver a un hombre con dinero que no sabe qué hacer con él.

¿Qué quiere decir?, preguntó mi padre.

El forastero contestó que, cuando uno sabía algo un poco antes que otras personas, a veces se podía ganar dinero si ya se tenía dinero.

¿Qué sabe usted?, preguntó mi padre.

El forastero contestó que no le sorprendería si la nueva autopista pasaba por allí.

Si sabe que va a ocurrir, dijo mi padre, ¿por qué no hace algo? Compre terrenos.

No me gusta la propiedad. Te ata. Pero si no me importara tener propiedades y tuviera mil dólares, sabría qué hacer con el dinero.

El bar cerró y el forastero se fue en su coche. Sucedió que la señora Randolph, la casera de Buddy, quiso vender su casa para mudarse a Florida, pero nadie se la compraba. Mi padre señaló que, si el forastero tenía razón, podían comprar la casa, convertirla en un motel y ganar un montón de dinero.

Sí, dijo Buddy.

Lo cierto es que ambos estaban convencidos de que el forastero hablaba en serio; la pistola le daba una misteriosa credibilidad a su historia.

Pero mi padre dijo que no tendría tiempo para eso, porque una vez terminado el seminario se iría a Harvard. Había escrito a la universidad para aceptar su antigua oferta.

Transcurrieron unas cuantas semanas. Llegó una carta de Harvard explicando que les gustaría saber qué había estado haciendo en los últimos años, y pidiendo que les enviara sus notas y un informe. Mi padre les suministró lo que pedían y así transcurrieron un par de meses. Un día llegó una carta que debía de haber sido difícil de escribir. Decía que Harvard estaba dispuesto a ofrecerle un sitio teniendo en cuenta su antiguo historial, y proseguía explicando que, ello no obstante, las becas se concedían basándose únicamente en las notas, de modo que no sería justo para otros estudiantes darle una beca a alguien que tenía una media de insuficiente. Decía que si decidía aceptar la oferta, tendría que pagar el importe normal de la matrícula.

Mi padre fue a Sioux City por Semana Santa. Buddy se fue a Filadelfia para celebrar la Pascua judía. Mi padre le enseñó la carta a su padre.

Mi abuelo leyó la carta de Harvard y dijo que creía que era voluntad de Dios que mi padre no fuera a Harvard.

Cuatro años atrás mi padre tenía un futuro brillante. Ahora se enfrentaba a la vida con un título mediocre de una modesta facultad de teología, título absolutamente inútil para un hombre incapaz de entrar en el sacerdocio.

Mi padre se quedó mudo del disgusto. Abandonó la casa sin decir una sola palabra.

Se subió al Chevrolet y recorrió 2.000 kilómetros.

En años posteriores mi padre se dedicaba a veces a un juego. Conocía a un tipo de camino a México y decía: «Aquí tienes cincuenta pavos, hazme un favor y cómprame unos números de lotería». Pongamos que las probabilidades de que le tocara la lotería eran de 20 millones a 1 y que las probabilidades de que el hombre le diera a mi padre el número ganador eran de otros 20 millones contra 1; no se podía decir que la vida de mi padre estuviera arruinada porque existía una probabilidad entre 400 billones de que no lo estuviera.

O mi padre tropezaba con un tipo de camino a Europa y le decía: «Aquí tienes cincuenta pavos, si por casualidad vas a Montecarlo, hazme un favor, ve a la ruleta y apuéstalos al número 17, y sigue apostando al mismo número 17 veces». El tipo le decía que no iba a Montecarlo, y mi padre le replicaba que lo hiciera si iba, y le daba su tarjeta. Porque ¿qué probabilidades había de que el tipo cambiara de planes y fuera a Montecarlo?, ¿qué probabilidades había de que el 17 saliera 17 veces seguidas?, ¿qué probabilidades había de que, en caso afirmativo, el tipo le enviara el dinero a mi padre? Fueran cuales fueran, no era absolutamente imposible, sino solo altamente improbable, y no era absolutamente seguro que mi abuelo le hubiera destruido porque había 1 posibilidad en 500 billones de billones de billones de que no lo hubiera hecho.

Mi padre siguió con este juego durante mucho tiempo porque creía que debía darle una oportunidad a mi abuelo. No sé cuándo lo practicó por última vez, pero la primera vez ocurrió al salir de su casa sin decir una sola palabra y conducir 2.000 kilómetros para ir a ver a Buddy a Filadelfia.

Mi padre aparcó delante de la casa de Buddy. En el salón alguien tocaba el piano con fuerza y amargura. Se oyeron grandes voces. Alguien chilló. El piano se quedó mudo. Alguien empezó a tocar el piano con fuerza y amargura.

Mi padre encontró a Buddy y este le explicó lo que estaba ocurriendo.

Buddy había querido ser cantante de ópera y era contable. Su hermano Danny había querido ser clarinetista y trabajaba en la joyería de su padre. Su hermana Frieda había querido ser violinista y había trabajado como secretaria antes de casarse y tener tres hijos. Su hermana Barbara había querido ser violinista y había trabajado como secretaria antes de casarse y tener dos hijos. Su hermana pequeña, Linda, quería ser cantante y se negaba en redondo a estudiar secretariado; su padre se había negado en redondo a dejarla estudiar música. Linda se había dirigido al piano y había empezado

a tocar el *Preludio n.º 24 en re menor* de Chopin, una pieza amarga que gana en intensidad trágica cuando se toca 40 veces seguidas.

La cuestión era que el padre de Buddy, vienes, había puesto el listón muy alto. Todos sus hijos sabían tocar cinco o seis instrumentos con soltura, pero detestaban practicar: emergían de cada pieza, bien maltrechos pero con el espíritu incólume, bien milagrosamente indemnes, y todos habían supuesto que serían músicos. Buddy fue el primero en descubrir su error. El señor Konigsberg pensaba que se tenía talento o no se tenía; ninguno de sus hijos tocaba como un Heifetz, un Casals o un Rubinstein, por lo tanto no tenían talento para ser profesionales, por lo tanto, sería mejor que se limitaran a disfrutar con la música. A Buddy, cuando acabó el instituto, le dijo que en su opinión debía ser contable.

Buddy le dijo a mi padre:

Mira, en aquel momento no quise disgustar a mi padre, no quise armar un follón. Pensé: ¿quién soy yo para decir que podría ser cantante? Pero luego todos los demás cedieron sin discusión y yo no hacía más que pensar: ¿y si es culpa mía? Si yo me hubiera plantado, tal vez mi padre se habría acostumbrado a la idea y en cambio todos acabaron creyendo que no tenían alternativas. Sí, pienso que tal vez fuera culpa mía.

Y aguardó esperanzado...

Pues claro que es culpa tuya, dijo mi padre. ¿Por qué no te enfrentaste con él? Les fallaste a todos. Lo menos que puedes hacer ahora es asegurarte de que no vuelva a suceder.

Mi padre sabía que se odiaría siempre por haber respetado los deseos de su padre y pensó entonces que al menos otro podría evitar la misma equivocación.

¿Tiene ella empleo?, preguntó.

No, respondió Buddy.

Bueno, pues debería presentarse a una prueba, dijo mi padre, y entró en el salón seguido de Buddy para defender su punto de vista.

En el salón había una chica de 17 años de cabellos y ojos muy negros y labios intensamente pintados de rojo. No alzó la vista porque estaba en medio de su 41.^a interpretación consecutiva del *Preludio n.º 24 en re menor* de Chopin.

Mi padre se acercó al piano y pensó de repente cuáles serían las probabilidades en contra de ir a un seminario y a una sinagoga y de aprender a jugar al billar, suponiendo que se enamorara de una chica judía de Filadelfia e hiciera una fortuna

con moteles y viviera feliz para siempre jamás. Aunque las probabilidades fueran de mil millones a uno, no sería imposible, de modo que no era imposible en realidad que su padre no hubiera, de hecho...

Linda atacó los bajos y aporreó tres amargas notas. Dum. Dum. Dum.

La pieza había terminado. Alzó la vista antes de volver a comenzar.

¿Quién eres tú?, preguntó.

Buddy presentó a mi padre.

Ah, el ateo, dijo mi madre.

I

- ¡Hagamos lanzas de bambú! ¡Matemos a todos los bandidos!
- No podemos.
- Es imposible.

Tres campesinos (*Los siete samuráis*)

Una pequeña aldea es invadida todos los años por los bandidos y los campesinos pierden la cosecha y a veces la vida. Un año, los ancianos deciden hacer algo al respecto. Han oído hablar de una aldea que en una ocasión contrató a samuráis sin amo que la salvaron. Deciden hacer lo mismo y envían a algunos lugareños en busca de samuráis bien dispuestos. Dado que no hay dinero en juego, sino meramente comida, un lugar para dormir y la diversión de la lucha, los campesinos tienen la buena suerte de topar con Kambei (Takashi Shimura), un hombre fuerte y esforzado que decide defender su causa. Un joven *ronin*, Katsushiro (Ko Kimura) se une a él y luego se encuentra casualmente con un viejo amigo, Shichiroji (Daisuke Kato). Este elige a Gorobei (Yoshio Inaba), que a su vez elige a Heihachi (Minoru Chiaki). Se les une también un maestro espadachín, Kyuzo (Seiji Miyoguchi) y más tarde Kikuchiyo (Toshiro Mifune), que es hijo de campesinos y los ha estado siguiendo durante un tiempo, atraído —como todos los demás— por Kambei.

Una vez en la aldea se preparan para la guerra. Sin esperar a un primer ataque, irrumpen en el fortín de los bandidos y matan a unos cuantos, pero también perece Heihachi. Los bandidos atacan la aldea y los samuráis los rechazan, pero Gorobei muere. Luego trazan el plan de permitir que entren unos cuantos en la aldea y los matan a lanzazos. En la batalla final, caen Kyuzo y Kikuchiyo, pero los bandidos mueren todos.

Es primavera, una vez más llega la época de siembra del arroz. De los siete samuráis solo han quedado tres, y pronto se separarán para emprender caminos diferentes.

DONALD RICHIE,
The Films of Akira Kurosawa

1

¿Hablan los samuráis japonés pingüino?

Hay 60 millones de personas en Gran Bretaña. Hay 200 millones de personas en Estados Unidos. (¿Es eso cierto?) No alcanzo a imaginar siquiera cuántos millones de angloparlantes de otros países pueden añadirse al total. Pero estaría dispuesta a apostar a que de esos cientos de millones no más de 50 personas a lo sumo han leído la obra *Aristarchs Athetesen in der Homerkritik* (Leipzig, 1912) de A. Roemer, un libro que no ha sido traducido del alemán y destinado a seguir en su idioma original hasta el final de los tiempos.

Me uní a la minúscula pandilla en 1985. Yo tenía 23 años.

La primera frase de esta obra tan poco conocida dice lo siguiente:

«Es ist wirklich Brach- und Neufeld, welches der Verfasser mit der Bearbeitung dieses Themas betreten und durchpflügt hat, so sonderbar auch diese Behauptung im ersten Augenblick klingen mag.»

Había aprendido alemán de manera autodidacta con uno de esos libros de *Aprenda alemán por sí solo*, y reconocí varias palabras de esta frase de inmediato:

Es en realidad algo y algo, que el algo con el algo de este algo tiene algo y algo, de modo que algo también este algo podría algo al principio algo.

Descifré el resto de la frase buscando las palabras *Brachfeld*, *Neufeld*, *Verfasser*, *Bearbeitung*, *Themas*, *betreten*, *durchpflügt*, *sonderbar*, *Behauptung*, *Augenblick* y *klingen* en el diccionario Langenscheidt alemán-inglés.

Habría resultado embarazoso si me hubieran visto las personas que me conocían, puesto que habría dominado el alemán de no ser porque había malgastado mi tiempo en Oxford en clases de acadio, árabe, arameo, hitita, pali, sánscrito y dialectos del Yemen (por no mencionar la papirología avanzada y los jeroglíficos intermedios), en lugar de ensanchar las fronteras del conocimiento humano. El problema es que, si has crecido en esa clase de lugares donde causa una gran conmoción el primer motel, la clase de lugares donde solo se conoce vagamente (si es que se conoce) la existencia misma del Yemen, uno quiere estudiar dialectos del Yemen si se le presenta la ocasión, porque teme que tal vez no vuelva a presentársele jamás. Yo había mentido

en todo salvo en el peso y la estatura para entrar en Oxford (al fin y al cabo mi padre había demostrado lo que puede ocurrir si dejas que otras personas proporcionen notas e informes), y quería aprovechar mi tiempo al máximo.

El hecho de que me hubiera licenciado y conseguido una beca para investigación no hacía más que demostrar que las notas e informes que yo misma había aportado (todo sobresalientes, *natürlich*; frases como: «Sibylla tiene una gran amplitud de miras y un intelecto extraordinariamente original; es un gozo poder enseñarle») eran mucho más apropiados que cualquiera de las cosas que hubieran podido ocurrírsele a cualquiera de las personas que conocía. El único problema era que ahora debía llevar a cabo una investigación. El único problema era que, cuando un miembro del comité para la concesión de becas había dicho: «Dominará usted el alemán, por supuesto», yo había contestado alegremente: «Por supuesto». Podría haber sido cierto.

En cualquier caso, Roemer era demasiado complejo para estar en las estanterías abiertas de la sala de lectura inferior con textos clásicos de consulta frecuente. Año tras año, el libro acumulaba polvo en la oscuridad subterránea. Dado que tenían que sacarlo de su estante, podía enviarse a cualquier sala de lectura de la Bodleian, e hice que lo enviaran a la reserva de la sala de lectura superior de la Radcliffe Camera, una biblioteca en una cúpula de piedra en el centro de una plaza. Allí podía leerlo sin ser observada.

Me sentaba en la galería y contemplaba la campana de aire, o las paredes curvas atestadas de libros sobre temas que no eran clásicos y que parecían increíblemente atractivos, o miraba por la ventana el edificio de pálida piedra de All Souls, o, por supuesto, el *Aristarchs Athetesen in der Homerkritik* (Leipzig, 1912). No había un solo erudito clásico a la vista.

Me formé la impresión de que la frase significaba: «Es en realidad un campo nuevo y en barbecho, que el autor ha hollado y arado al tratar este tema, de modo que esta afirmación puede sonar extraña en un principio».

Aquello no parecía valer la pena el trabajo que me había dado traducirlo, pero tenía que continuar, así que continué, o más bien estaba a punto de hacerlo cuando alcé la vista y vi por casualidad, en un estante a mi izquierda, un libro sobre la guerra de los Treinta Años que parecía extraordinariamente interesante. Lo cogí y era en verdad extraordinariamente interesante, y al cabo de un rato levanté los ojos y era la hora de comer.

Me fui al mercado y pasé una hora mirando jerséis.

Hay personas que creen que los anticonceptivos son inmorales porque el objeto de la cópula es la procreación. De un modo similar, hay personas que creen que la única razón para leer un libro es escribir un libro; la gente debería recuperar libros del polvo y la oscuridad y escribir miles de palabras para ser enviadas al polvo y la oscuridad para que puedan ser recuperadas y así otras personas puedan enviar nuevos miles de palabras que se reunirán con las demás en el polvo y la oscuridad. Algunas veces se puede recuperar un libro del polvo y la oscuridad para escribir un libro que pueda venderse en tiendas, y tal vez sea interesante, pero la gente que lo compra y lo lee porque es interesante no son gente seria, si fueran serios no les importaría nada el interés, estarían escribiendo miles de palabras para enviarlas al polvo y la oscuridad.

Hay personas que creen que la muerte es un destino peor que el aburrimiento.

Vi varios jerséis interesantes en el mercado, pero parecían bastante caros.

Me despegué de ellos por fin y volví a la brecha. «Es en realidad un campo nuevo y en barbecho, que el autor ha hollado y arado al tratar este tema, de modo que esta afirmación puede sonar rara en un principio», me recordé.

Parecía extraordinariamente desprovisto de interés.

Seguí trabajando con la segunda frase con la misma relación entre esfuerzo y provecho de antes, y con la frase siguiente y la siguiente a esa. Tardaba de cinco a diez minutos en leer una frase y una hora para leer una página. Lentamente surgió un bosquejo del argumento de entre las brumas, como la catedral hundida de Debussy, *sortant peu à peu de la brume*.

En *La Cathédrale Engloutie*, unos acordes de melancólica grandeza estallan por fin, ¡¡¡fff!!! Pero cuando, después de unas 30 horas, empecé por fin a comprender...

49 personas en el mundo angloparlante saben lo que viene a continuación. Nadie más lo sabe ni le importa. Y, sin embargo, ¡cuántas cosas dependen de este momento de revelación! Solo si podemos concebir el mundo sin Newton, sin Einstein, sin Mozart, podremos imaginar la diferencia entre este mundo y el mundo en que cierro *Aristarchs Athetesen* después de dos frases y cojo *Schachnovelle*, despreciando fríamente las condiciones de mi beca. Si no hubiera leído a Roemer, no habría sabido que no tenía madera de erudita, no habría conocido jamás a Liberace (no, él no) y el mundo habría perdido a...

Estoy hablando de más. Cada cosa a su tiempo. Leí a Roemer día tras día, y después de unas 30 horas me llegó por fin la iluminación, no como un destello dorado, sino como una carga de plomo.

Hace unos 2.300 años, Alejandro Magno salió de Macedonia para conquistar todo lo que hallaba a su paso. Sus conquistas lo llevaron hasta Egipto, donde fundó la ciudad de Alejandría, luego siguió con sus conquistas hacia el este y murió, dejando a sus cortesanos que se disputaran sus conquistas. Tolomeo era ya gobernador de Egipto y siguió siéndolo. Gobernaba el país desde Alejandría y fue él quien puso en marcha uno de los muchos esplendores de la ciudad: una biblioteca construida gracias a una política de adquisiciones de una determinación que no se detenía ante nada.

La invención de la imprenta estaba tan lejos de ellos como las maravillas del año 3700 lo están ahora de nosotros; todos los libros se copiaban a mano. Los errores se sucedían, sobre todo si se copiaba una copia de una copia de una copia; algunas veces al amanuense se le ocurría una brillante idea y añadía líneas falsas, o incluso pasajes enteros, y luego todos los amanuenses posteriores copiaban inocentemente aquella brillante idea junto con el resto. Una solución consistía en intentar conseguir el original o las primeras copias. La biblioteca pagó al registro público de Atenas una suma considerable por obtener en préstamo los manuscritos originales de toda la obra trágica griega (Esquilo, Sófocles, Eurípides y demás), e hizo las correspondientes copias. Después se aseguró de que tendría la mejor versión posible mediante el sencillo recurso de quedarse con los originales y devolver las copias, perdiendo el depósito entregado.

Hasta aquí, nada del otro mundo, y aun así era mucho lo que podía decirse, y todo fascinante, sobre la biblioteca y Alejandría y los locos que vivieron allí, pues solo sus escritores debían de ser los más tercos y obstinados que el mundo ha conocido. Hay personas que, cuando necesitan algo para poner los paraguas, se van a Ikea y compran un paraguero de fácil montaje casero... y hay personas que hacen 150 kilómetros con el coche para ir a una subasta en el corazón de Shropshire y son capaces de ver el paraguero potencial en un instrumento de labranza del siglo XVII aparentemente inútil. Los alejandrinos habrían pujado unos contra otros en la subasta. Les encantaba hurgar en las obras del pasado (convenientemente puestas a su disposición en una biblioteca construida gracias a una política de adquisiciones que no se detenía ante nada), encontrar palabras raras que ya nadie entendía, y mucho menos usaba, y emplearlas como alternativas más interesantes a las palabras que la gente podía realmente entender. Les encantaban los mitos en los que la gente se volvía loca, o bebía pociones mágicas y se convertía en rocas en momentos de angustia; les encantaban las escenas en las que la gente que se había vuelto loca

deliraba con extraños discursos fragmentados y llenos de vocabulario injustamente olvidado; les encantaba concentrarse en algún elemento trivial de un mito y desarrollarlo pasando por alto el mito; podían convertir cualquier *Hamlet* en un *Rosencrantz y Guildenstern*. Como eruditos, como científicos, como matemáticos, como poetas que descarriaron a la flor y nata de la juventud romana se han hecho un hueco en libros que no tratan principalmente sobre ellos; dado un libro para ellos solos, producen de inmediato todo un volumen aparte de notas al pie. Me refiero naturalmente al libro de Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, por el que sería capaz de volver de la tumba (lo pedí una vez en mi lecho de muerte y no lo conseguí). Pero el tiempo apremia —el Chico Maravillas está viendo el vídeo, ¿quién sabe por cuánto tiempo?—, ¿cuál fue la contribución de Roemer a este maravilloso tema?

A Roemer le interesaba la crítica homérica de Aristarco, que dirigió la biblioteca de Alejandría poco después del 180 a.C. (el desagradable incidente de las tragedias se produjo antes). Aristarco quería un texto perfecto de Homero; dado que no existía un manuscrito original, el dinero y la falta de escrúpulos no bastaban, tendría que comparar las copias para descubrir las erratas. Señaló versos que le pareció que no pertenecían al texto para que se eliminaran (*athetize*, lo llaman), y fue el primero en escribir notas explicando sus razones. Nada de lo que escribió Aristarco ha sobrevivido. Había notas marginales en la *Ilíada* que no daban nombres, pero seguramente eran extractos de Aristarco de tercera mano; otras notas, pocas, sí citaban nombres.

A Roemer algunos de los extractos de tercera mano le parecieron brillantes: sin duda eran de Aristarco, que a todas luces era un genio. Otros extractos eran demasiado estúpidos para un genio: sin duda debían de pertenecer a algún otro. Siempre que se decía que algún otro había dicho algo brillante, Roemer comprendía enseguida que ese otro era Aristarco, y si algún comentario brillante aparecía por ahí sin autor conocido, Roemer descubría enseguida el cerebro no nombrado del que había surgido.

Bien, está clarísimo que eso es una locura. Cuando andas barajando todos los nombres posibles de modo que una persona sola sea siempre el genio, significa que has decidido no creer en tu fuente siempre que diga que algún otro dijo algo bueno o que el genio dijo algo malo, pero la fuente es la única razón por la que creíste que el genio era un genio, para empezar. Cualquiera que se hubiera detenido a pensar un par de segundos se habría dado cuenta de la paradoja, pero Roemer se las había ingeniado

para escribir todo un tratado académico sin pensárselo ni dos segundos. Tras haber establecido la estupidez como criterio de autenticidad, proseguía desechando un comentario estúpido tras otro, afirmando que eran de Zenódoto o de Aristófanes (no, el famoso no), o una cita equivocada de Dídimo, con numerosas acotaciones sarcásticas y regocijadas sobre la ineptitud de esos imbéciles.

Cuando descubrí lo que decía Roemer en realidad, me costó creer que pudiera decirlo, de modo que leí otras 50 páginas (a un ritmo de 20 minutos por página, añadiendo así otras 16,66 horas al total) y era verdad que lo decía. Me quedé contemplando el libro abierto. Cerré los ojos.

Pongamos que creces en el tipo de lugar donde es todo un acontecimiento que se abra el primer motel, y que andas siempre de una población a otra al terminarse un motel y empezarse otro. Naturalmente no te entusiasma la escuela y solo llegas a un notable bajo como media. Al cabo de un tiempo te presentas a exámenes de aptitud académica y dejas a todo el mundo asombrado con un grado de aptitud académica que arroja una luz completamente distinta sobre tu media de notable bajo. Tus profesores se toman el resultado como una ofensa personal. Presentas tu solicitud a varias universidades, que piden informes, y los profesores que te han reducido a un mudo letargo les contestan quejándose de tu apatía. Las universidades te entrevistan, a pesar de todo, gracias a tu deslumbrante aptitud académica y te preguntan cuáles son tus aficiones y tú respondes que ninguna. No tienes actividades extracurriculares porque la única actividad extracurricular posible era el club de fans de Donny Osmond. Todas las universidades te rechazan basándose en tu apatía.

Un día estás tumbada en la cama de la habitación de uno de esos moteles. Tu madre tiene un mal día: está tocando el *Estudio revolucionario* de Chopin por 63.^a vez en el piano de la habitación contigua. Tu padre tiene un buen día: un miembro de la Sociedad Gideon ha venido a sugerir que se pongan biblias en las habitaciones, y así ha podido declarar categóricamente que no permitirá que esa basura entre en su motel. En todas las mesitas, explica, hay un ejemplar de *El origen de las especies* de Darwin en el cajón superior. De hecho, es un día realmente bueno porque esa misma mañana uno de los huéspedes ha robado su ejemplar de *El origen de las especies* en lugar de una toalla. Tú miras la televisión con apatía. Están dando *Un yanqui en Oxford*.

De pronto se te ocurre una idea.

Seguro que Oxford, te dices, no tendrá en cuenta que no hayas sido miembro del

club de fans de Donny Osmond. Seguro que Oxford no insistiría en que mostraras un entusiasmo mecánico solo para demostrar que puedes entusiasmartelo con algo. Seguro que Oxford no aceptaría dimes y diretes como prueba. Seguro que Oxford no aceptaría informes negativos sobre ti sin saber nada del que los ha escrito.

¿Por qué no presentar una solicitud?

Pensé: ¡Podría dejar el País de los Moteles y vivir entre seres racionales! ¡Nunca más volvería a aburrirme!

No había contado con Roemer. Ahora pensaba: ¿Será mi alemán?

Pero lo cierto es que decía lo que decía y lo cierto es que yo me había pasado 46,66 horas leyéndole. Contemplé la página. Miré hacia el otro lado de la cúpula. El suave rumor de las hojas al darles la vuelta llenaba el espacio. Apoyé la cabeza en la mano.

Había dedicado más de 46 horas a aquella extraña lógica en una época en la que no había leído aún una sola palabra de Musil, Rilke o Zweig. Pero no me habían dado una beca para leer cosas que eran solo buenas; tenía una beca para realizar una contribución al conocimiento humano. Había desperdiciado casi 47 horas en una época en la que había mucha gente muriéndose de hambre y muchos niños vendidos como esclavos, pero no tenía un permiso de trabajo para hacer cosas que simplemente valía la pena hacer. De no ser porque necesitaba el permiso de trabajo, habría podido prescindir de la beca, y si hubiera vuelto a Estados Unidos, podría haber prescindido del permiso de trabajo, pero yo no quería volver a Estados Unidos.

Hay un personaje en *El conde de Montecristo* que cava en la roca sólida durante años y finalmente llega a alguna parte: a otra celda. Estaba en uno de esos momentos.

Deseé haber empleado las 47 horas en dialectos del Yemen.

Intenté animarme. Pensé: ¡Estoy en Gran Bretaña! ¡Puedo ir al cine y ver un anuncio de Carling Black Label! Porque los anuncios en Gran Bretaña son los mejores del mundo, y los de Carling Black Label son su mejor exponente. No se me ocurrió ninguna película que me apeteciera realmente ver, pero el anuncio sería brillante. De repente pensé que ese era precisamente el problema, lo que la vida tenía de diabólico: un minuto de anuncio de Carling Black Label y dos horas de *Cazafantasmas XXXV*, que ni siquiera querías ver. Así que decidí no ir al cine, y si...

Decidí no ver ninguna película. Pensé: Voy a buscar un Fried Chicken.

Un estadounidense en Gran Bretaña encuentra fuentes de placer de las que no dispone en ningún otro lugar del mundo. Una de las cosas estupendas del país es la cantidad de establecimientos Fried Chicken con el nombre de estados que no son

conocidos por sus Fried Chicken al otro lado del Atlántico. Si estás un poco deprimido puedes recurrir al Tennessee Fried Chicken; si estás sumido en la desesperación, un Iowa Fried Chicken pondrá las cosas en su sitio; si la vida te parece absurda y la muerte fuera de tu alcance, puedes ir a descubrir si en algún lugar de la isla hay un Alaska Fried Chicken donde se fría el pollo según una receta transmitida entre los esquimales de generación en generación desde tiempos inmemoriales.

Recorrí la Cowley Road en bicicleta, pasé por delante de un Maryland y de un Georgia Fried Chicken, y durante todo ese tiempo no dejé de pensar en lo que podría hacer sin permiso de trabajo. Finalmente llegué a un Kansas Fried Chicken y me apeé.

Estaba poniéndole el candado a mi bici cuando pensé de pronto: Rilke fue secretario de Rodin.

Lo que sabía de Rilke era lo siguiente: que era un poeta, que se fue a París y consiguió trabajo como secretario de Rodin, y que vio unos cuadros de Cézanne en una exposición del Grand Palais y volvió un día tras otro para contemplarlos durante horas porque no había visto jamás nada igual.

No sabía nada sobre el modo en que Rilke había conseguido ese empleo, así que era libre de imaginar que sencillamente se había presentado en su puerta. ¿Por qué no podía yo sencillamente presentarme en una puerta? Podía ir a Londres o a París o a Roma y presentarme en la puerta de un pintor o un escultor, el tipo de persona al que seguramente le traería sin cuidado lo del permiso de trabajo. Podría ver cosas que acababan de crearse y quedarme contemplándolas durante horas.

Me paseé arriba y abajo intentando pensar en un artista que pudiera necesitar un ayudante.

Me paseé arriba y abajo y pensé que tal vez sería más fácil pensar en un artista estando ya en Londres, París o Roma. Finalmente entré en el Kansas Fried Chicken.

Estaba a punto de pedir cuando recordé que había puesto mi nombre en la lista para la cena en la universidad. Mi facultad era famosa por su chef, y sin embargo sentí la tentación de quedarme donde estaba, y si...

No voy a pensarlo. No quiero decir eso, pero si...

¿Qué importa? Lo hecho, hecho está.

Fue una coincidencia que hubiera puesto mi nombre en la lista para cenar en la facultad aquella noche; fue una coincidencia que me sentara al lado de una antigua profesora que estaba de visita; no fue coincidencia que le hablara de monogamia

intelectual y de permisos de trabajo, puesto que no se me ocurrió nada más, pero fue una coincidencia que aquella antigua profesora me comentara comprensivamente que Balthus había sido secretario de Rilke, fue una coincidencia que la profesora fuera hija de un funcionario y, por lo tanto, no le intimidara la burocracia británica, y me dijo que si podía soportar la vergüenza de que se supiera que

¿Por qué se pelean?

¿POR QUÉ SE PELEAN?

¿POR QUÉ SE PELEAN?

¿No puedes leer los subtítulos?

PUES CLARO que puedo, pero ¿POR QUÉ?

Bueno, están buscando samuráis que defiendan la aldea de los bandidos...

Eso ya lo sé.

pero algunos creen que es una pérdida de tiempo...

Eso ya lo sé.

porque el samurái al que han preguntado se ha ofendido por la oferta de tres comidas al día...

Eso ya lo SÉ.

y ahora se están diciendo que era de esperar.

ESO YA LO SÉ, PERO ¿POR QUÉ SE PELEAN?

Creo que quizá esto sea un poco difícil para ti.

NO.

Quizá deberíamos esperar a que seas un poco mayor.

NO.

Solo hasta que tengas 6 años.

¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO!

VALEVALEVALE. VALE. VALE.

Creo que seguramente es demasiado pequeño, pero ¿qué puedo hacer? Hoy he leído estas terribles palabras en el periódico:

En ausencia de un macho benevolente, la madre soltera se enfrenta con una dura batalla para criar a su hijo. Es esencial que proporcione al niño modelos del papel masculino: vecinos, tíos o amigos de la familia, para que compartan con él sus aficiones.

Todo esto está muy bien, pero Ludo no tiene tíos, y resulta que no conozco a ningún coleccionista de sellos bienintencionado (y si lo conociera, haría todo lo posible por evitarlo). Es preocupante. Una vez leí que soldados argentinos ataban a disidentes y los metían en aviones para arrojarlos al mar. Pensé: Bueno, si L necesita un modelo masculino, que vea *Los siete samuráis* y así tendrá 8 modelos.

Los campesinos ven una multitud de personas. Un samurái se ha ido a la orilla del río para que un monje lo afeite.

Un hombre con bigote y espada se abre paso por entre la multitud y se acuclilla, rascándose el mentón (es Toshiro Mifune).

Un hombre joven, apuesto y aristocrático pregunta a alguien qué ocurre. Un ladrón se oculta en un establo. Tiene a un bebé como rehén. El samurái ha pedido un hábito de monje y dos pasteles de arroz.

El samurái se ha puesto el disfraz. Nota que Mifune lo mira y se da la vuelta. Sus ojos son negros en un rostro blanco en una pantalla negra. Mifune le devuelve una mirada impenetrable. Los ojos del samurái son negros en un rostro blanco. Mifune se rasca. El samurái da media vuelta. Se vuelve de nuevo hacia Mifune y lo mira; sus ojos son negros, su rostro es blanco. Da media vuelta y se dirige al establo.

Mifune se sienta en un tocón cercano para observar.

El samurái le dice al ladrón que le lleva comida, arroja los pasteles de arroz por la puerta y entra.

El ladrón sale corriendo del establo y cae muerto.

El samurái deja caer la espada del ladrón al suelo.

Los padres del bebé corren hacia él para cogerlo.

Mifune corre hacia el ladrón blandiendo su espada. Da saltos sobre el cadáver.

El samurái se aleja sin mirar hacia atrás.

mecanografiaba (había admitido que solo era capaz de escribir 100 palabras por minuto), podría tener permiso de trabajo y una colocación.

Antes estaba a punto de decir que, si no hubiera leído a Roemer el 30 de abril de 1985, el mundo habría perdido a un genio; ¡he dicho que el mundo sin el *infant terrible* habría sido como el mundo sin Newton y Mozart y Einstein! No tengo la menor idea de si esto es cierto; no tengo modo de saber si es cierto. No todos los genios son niños prodigio, ni todos los niños prodigio son genios, y a los 5 años es

demasiado pronto para saberlo. Boris Sidis sabía hablar 12 idiomas a los 8 años, daba clases de geometría en Harvard a los 12, y acabó siendo un desconocido para todos menos para los preocupados padres de niños superdotados. Cézanne aprendió a pintar por sí solo cuando estaba en la veintena. Pero Bernini fue un niño prodigio y un genio, y también Mozart. No es imposible. Es posible.

Es posible, pero ¿es probable? Si L es un Mozart o un Newton, personas de dentro de diez siglos se interesarán por el hecho de que estuviera a punto

¿Por qué se ha cortado el pelo? ¿Por qué se ha cambiado de ropa?

¿POR QUÉ SE HA CORTADO EL PELO? ¿POR QUÉ SE HA CAMBIADO DE ROPA?

¿POR QUÉ SE...?

Tenía que disfrazarse de sacerdote para que el ladrón no sospechara de él y matara al bebé.

Bueno, ¿y por qué no iba el sacerdote?

Creo que los sacerdotes budistas no creen en la violencia. Además, quizá el sacerdote no habría sido capaz de desarmar al ladrón. En cualquier caso lo que importa es que lo hace por nada, lo hace por rescatar a un bebé, porque más tarde descubrimos que su mayor pesar...

Me gustaría decirle que deje que la película hable por sí sola. Estoy a punto de decírselo, en la seguridad de que no puede equivocarse, cuando recuerdo los comentarios del señor Richie sobre la escena final de la siembra del arroz. El señor Richie es el autor del libro *The Films of Akira Kurosawa*, y dado que todo lo que sé sobre las muchas películas de Kurosawa que no están disponibles en vídeo lo he extraído de este libro, desearía que no hubiera dicho que el final mostraba la ingratitud de los campesinos y una escena de siembra de arroz como elemento de esperanza. Si la película no habla por sí misma, tendré que decir algo sobre ella que preferiría...

Le digo a L que he leído en alguna parte que en el período Tokugawa se castigaba con la muerte al que, no siendo samurái, llevara espada. Le digo que el señor Richie dice que afeitarse la cabeza sería normalmente una señal de humillación para un samurái. Le digo que el actor con bigote se llama Mifune Toshiro, porque no quiero que herede la mala costumbre que tengo de decir los nombres al modo occidental por

pereza, y se lo escribo en un trozo de papel para que no se le olvide. Le digo que el actor que hace el papel de samurái se llama Shimura Takashi, y se lo escribo después de pensar un poco en los caracteres para Shimura, y mucho en los caracteres para Takashi. Le digo que he visto el nombre de Kurosawa escrito de dos formas distintas; los caracteres para Kuro (negro) y Akira (no sé) son siempre los mismos, pero he visto dos caracteres diferentes para Sawa. Escribo ambas versiones y digo que parece más cortés usar la forma preferida por quien lleva el nombre. Él me pregunta cuál es Kurosawa y yo le digo que no sale, que es el director, y él pregunta qué es un director y yo le contesto que será más fácil explicárselo cuando haya visto la película. Se me ocurre que estas informaciones son defensas endebles contra lo que sea que hace que un hombre obedezca cuando le ordenan que arroje a una persona desde un avión, y es terrible porque inmediatamente L insiste en saber más. Me pide que le escriba los nombres de los demás actores para mirarlos más tarde. Le digo que intentaré encontrarlos en la autobiografía.

de no nacer; Roemer será tan trascendental a su modo como la plaga que obligó a Newton a dejar Cambridge y volver a casa. Pero ¿por qué no habría de acabar mal? El asunto de sacar un bebé del útero al aire está perfectamente claro. Sale y suelta un berrido babeante. Enseguida se descubren sus talentos, y los persiguen y los aporrean hasta dejarlos insensibles. Pero Mozart fue un monito prodigioso y prestidigitador.

Mi padre solía decir con una sonrisa burlona que, cuando las cosas salían torcidas, lo que ocurría la mayor parte de las veces: De todas las palabras tristes habladas o escritas, las más tristes son estas, podría haber sido. Si L llega a algo bueno, no de manera milagrosa, sino por haber hecho lo correcto en lugar de equivocarse, tal vez otros aprovechen la lección; si acaba mal (lo que no es improbable) su ejemplo podría ayudarles.

Los campesinos se miran unos a otros. Este es el hombre que necesitan. Lo siguen cuando sale de la ciudad.

También Mifune.

También el joven aristocrático. En el camino, el joven corre hacia el samurái y se arrodilla.

L (*leyendo subtítulos*): Me llamo Katsushiro Okamoto. Déjame ser tu vasallo.

L: Soy Kambei Shimada. Solo soy un *ronin*. ¿Qué es un *ronin*?

Yo: Un samurái sin amo.

L: No soy un samurái y no tengo vasallos.

L: Acéptame por favor.

L: Levántate para que hablemos como es debido.

L: Me estás avergonzando; no soy muy hábil. Escucha, no puedo enseñarte nada especial. Tan solo poseo una amplia experiencia en el combate. Vete y olvídate de ser mi vasallo. Es por tu propio bien.

L: Estoy resuelto a seguirte, digas lo que digas.

L: Te lo prohíbo. No puedo permitirme tener vasallos.

Mifune se acerca corriendo y contempla al samurái. Kambei: Onushi... samurái ka? Mifune (irguiéndose): [grito incomprensible]

L: ¿Eres samurái?

L: ¡Por supuesto!

Kambei y Katsushiro se alejan. Un campesino corre hacia ellos y se arrodilla.

Le digo a L que en la autobiografía Kurosawa no hace más que alabar al maravilloso Mifune, con la única salvedad de su forma brusca de hablar, que los micrófonos recogían con dificultad. Le digo que los traductores han hecho una encantadora traducción del japonés al pingüino.

L: ¿Qué es el pingüino?

Yo: Es el idioma al que traducen los traductores ingleses. ¡Tan solo poseo una amplia experiencia en el combate! ¡Estoy resuelto a seguirte! La verdad es que la mayoría de angloparlantes entienden el pingüino, aunque no lo usen jamás en su vida cotidiana, pero...

L: ¿No es eso lo que dicen?

Yo: Puede que hablen en japonés pingüino, pero solo es una suposición. Kambei dice *Tada kassen ni wa zuibun deta ga*. *Tada*, tan solo, *kassen* es batalla o combate según Halpern (pero me pregunto si no será una infiltración del pingüino en el diccionario), *ni* es en, *wa*, una partícula, *zuibun*, mucho, *deta*, ocurrió, *ga*, otra partícula de la que no vamos a hablar ahora, pero que parece bastante común, es difícil creer que le dé ese toque del lenguaje pingüino a

L: ¿Cuándo vas a enseñarme japonés?

Yo: No sé bastante para enseñarte.

L: Podrías enseñarme lo que sabes.

Yo: [NO NO NO NO] Bueno...

L: Por favor.

Yo: Bueno...

L: Por favor.

Voz de la Dulce Razón: Has empezado tantas cosas que creo que deberías trabajar un poco más en ellas antes de empezar con algo nuevo.

L: ¿Cuánto más?

Yo: Bueno...

L: ¿Cuánto más?

Lo último que quiero es enseñarle a un niño de cinco años un idioma que no he conseguido aprender por mí misma.

Yo: Lo pensaré.

Me gustaría dar con un estilo que asombrara. Creo que no es probable que descubra el pincel de Cézanne; si no voy a dejar ningún otro registro de mí, me gustaría que fuera una maravilla. Pero debo escribir para ser comprendida; ¿cómo puede protegerse la perfección formal? Veo una página en mi cabeza, pienso en *De natura deorum* de Cicerón: arriba una frase en latín, el resto en inglés (o quizá en alemán), vaga identificación de las personas tras 2.000 años. Lo mismo que esto si explico todas y cada una de las referencias para los lectores del siglo XLV, lectores que, por lo que yo sé, podrían conocer el nombre de un solo genio del siglo XXI (el que ahora tiene cinco años). Lo que quiero decir es que veo una página en mi cabeza, arriba una frase con las palabras Carling Black Label, el resto una masa compacta en tipo pequeño para describir la cerveza Carling Black Label, los anuncios de Carling Black Label, gloria de la publicidad británica, los tejanos Levi's, el anuncio del Levi's lavado a la piedra parodiado en un anuncio clásico para Carling Black Label, letra del clásico «I Heard It Through the Grapevine», cantado por Marvin Gaye en tejanos clásicos en el clásico anuncio de cerveza, por no hablar de la terrible privación del público americano de la época, que podía exportar tejanos e importar la cerveza, pero no probar las joyas de la publicidad británica a las que habían dado pie. Lo que quiero decir es que he leído libros escritos hace 2.000 o incluso 2.500 años, o hace 20 años, y dentro de 2.500 años necesitarán que se lo expliquen todo, hasta Mozart, y cuando se empieza a explicar no se acaba nunca.

¿CUÁNTO MÁS?

¿CUÁNTO MÁS?

¿CUÁNTO MÁS?

Yo: Bueno, si lees la *Odisea* y los libros del primero al octavo de las *Metamorfosis* y todo el *Calila y Dimna* y treinta de *Las mil y una noches* y el primer Libro de Samuel y el Libro de Jonás, si te aprendes la *cantillation* y si haces diez capítulos del libro de álgebra, te enseñaré todo lo que sepa.

L: Entonces eso es lo que haré.

Yo: De acuerdo.

L: Lo haré.

Yo: Bien.

L: Ya lo verás.

Yo: Lo sé.

L: ¿Me enseñarás el alfabeto mientras estudio lo demás?

Yo: No tiene alfabeto. Tiene dos silabarios de 46 símbolos cada uno, 1.945 caracteres derivados del chino de uso común desde la Segunda Guerra Mundial, y más de 50.000 caracteres que se usaban desde antes de la guerra. Conozco los silabarios y 262 caracteres que olvido siempre, precisamente el motivo por el que en realidad no estoy capacitada para enseñarte el idioma.

L: Entonces ¿por qué no me buscas un japonés que me lo enseñe?

Maravillosa idea. ¿Podría conseguir a un varón japonés benevolente que actuara como tío sustituto para L! Un Mifune benevolente que viniera para hablar con él de coleccionar sellos o de fútbol o de coches en un idioma que disimulara el diabólico tedio del tema. Pero seguramente querría cobrar algo.

Yo: No creo que podamos permitirnoslo.

Una vez leí un libro sobre una chica australiana a la que regalaron un bulldog inglés; enviaron un gran camión a la ciudad para ir en busca del enorme animal (pues así creían que era), y volvieron con un cachorro de bulldog que podía abarcarse con la palma de la mano. En aquel momento pensé que me gustaría tener un bulldog diminuto. Qué ilusa. L ha leído *Alí Babá* y la historia de Moisés, y el *De amicitia* de Cicerón, y la *Ilíada*, que le animé a leer por accidente, y sabe tocar *Straight No Chaser*, de T. Monk, que aprendió oyendo la cinta e intentando copiarla unas 500

veces; es maravilloso que haya sido capaz de hacerlo, pero si estás intentando copiar 62 años de *Crewelwork Digest* en el ordenador en la misma habitación, a veces puede ser duro sentir

Porque ¿quién era Mozart? Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791) fue un compositor austriaco genial que aprendió música de su padre Leopold desde los cinco años de edad, y fue exhibido por todas las cortes de Europa tocando el clavicémbalo con los ojos vendados y haciendo otros trucos parecidos. Compuso cuartetos para cuerda, sinfonías, sonatas para piano, un concierto para el órgano de cristal y varias óperas, entre ellas, *Don Giovanni* y *La flauta mágica*. Su hermana Nannerl recibió idéntica educación musical y no fue un genio de la música. He oído argumentar, y a un hombre inteligente, además, que eso demuestra que las mujeres no son capaces de tener genio musical. ¿Cómo es posible argüir semejante cosa, dices tú, Y saber que hermano y hermana pueden no tener genes en común, sin verse abocado a la improbable teoría de que cualquier hombre podría ser un Mozart con una educación similar? Lo dices y lo piensas, pero lo cierto es que un hombre inteligente necesita pensar en tan raras ocasiones

¿Qué es un silabario?

Un silabario es una lista de símbolos fonéticos en la que cada símbolo representa una sílaba.

que pierde la costumbre.

¿Qué es una sílaba?

Ya sabes lo que es una sílaba.

No, no lo sé.

Una sílaba es un elemento fonético de una palabra que contiene una vocal, por ejemplo, la palabra «contiene» podría dividirse en con-tie-ne, y cada parte podría estar representada por un símbolo. En chino, todas las palabras tienen una sola sílaba, son monosílabas. ¿Qué sería polisílabo?

¿Con muchas sílabas?

Exactamente.

Y oligosílabo sería con pocas sílabas.

Sería, pero no se usa. La gente parece limitarse a la oposición entre uno y muchos.

Duosílabo.

Sería mejor decir «bisílabo», para evitar la eufonía. En general, cuando formas una palabra debes utilizar la forma adverbial del número, lo que daría disílabo, solo que la gente usa a menudo bi después de mono, como en monogamia, bigamia, monoplano, biplano. Habitualmente los números latinos se unen a palabras de origen latino, como en unilateral, bilateral, multilateral, bicameral, multinacional, y los números griegos a palabras de origen griego, como tetraedro, tetralogía, pentágono...

Trisílabo.

Sí.

Tetrasílabo.

Sí.

Pentasílabo, hexasílabo, heptasílabo, octosílabo, eneasílabo, decasílabo, endecasílabo, dodecasílabo.

Exactamente.

Treiskaidekasílabo, tessareskaidekasílabo, pentekaidekasílabo, hekkaidekasílabo, heptakaidekasílabo

¿Y quién era Bernini? Gianlorenzo Bernini (1598-1680) fue «el mayor genio del Barroco italiano», que se trasladó a Roma a la edad de siete años y fue educado por su padre,

EIKOSASÍLABO

Pietro, un escultor. Rudolf Wittkower (historiador del arte alemán, refugiado de los nazis [¿dónde empezar?], autor de *Art & Architecture in Italy 1600-1750*) lo compara con Miguel Ángel ([1475-1564],

enneakaieilosasílabo

TRIAKONTASÍLABO

genio de la pintura, la poesía y la escultura) en su capacidad para la concentración

oktokaitriakontasílabo, enneakaitriakontasílabo

TESSARAKONTASÍLABO

sobrehumana. «Pero al contrario que el terrible y solitario gigante del siglo XVI, era un hombre de infinito atractivo, orador brillante e ingenioso, amante de la cordialidad, de modales aristocráticos, marido y padre ejemplar, organizador

enneakaitessarakontasílabo PENTEKONTASÍLABO
heiskaipentekontasílabo

excepcional, dotado de un talento sin parangón para crear con rapidez y soltura.»

¿Y Cézanne? Paul Cézanne (1839-1906) era un pintor francés genial, relacionado con la escuela

treiskaihexekontasílabo

impresionista de pintura. Tenía dificultades para expresarse: lo llamaban el Oso. Trabajaba con gran lentitud y con

oktokaihexekontasílabo, enneakaihexekontasílabo
HEBDOMEKONTASÍLABO

dificultad. Paisajes y bodegones son sus obras más famosas. Su método consistía en aplicar bloques de pintura al lienzo, a menudo con una paleta en lugar del pincel. Trabajaba tan

heptakaihebdomekontasílabo

despacio que ni siquiera la fruta

OGDOEKONTASÍLABO

aguantaba: se pudría

¿Cuál es la palabra más larga del mundo entero?

No lo sé. No conozco todas las palabras que hay en el mundo.

¿Cuál es la palabra más larga que conoces?

No lo sé.

¿Cómo es que no lo sabes?

Creo que es el nombre de un polímero. No lo recuerdo ahora.

Duokaiogdoekontasílabo.

Espera un momento. Ahora estoy recordando una bien larga: di(2-etilhexil)hexahidroftalato.

¿Eso es el polímero?

No.

¿Qué significa?

Antes lo sabía.

Mi padre lo sabría.

Y un cuerno lo sabría (pienso). Me gustaría decírselo, pero no SÉ que no lo sabe, solo existe (en mi opinión) una abrumadora probabilidad de que no lo sepa, y creo que no debería ensombrecer su memoria ante L sin pruebas irrefutables.

PUEDE que lo sepa. No surgió en la conversación.

¿De qué hablasteis?

Yo hablé sobre la Piedra de Rosetta. Él habló de su coche y de un escritor al que admiraba.

¿Qué coche tiene?

No me lo dijo. Dietil-dimetil metano. Dietil-dietil malonato. Dietil-metil-etil malonato.

Treiskaiogdoekontasílabo tessareskaiogdoekontasílabo pentakaiogdoekontasílabo

antes de que terminara. Usaba

oktokaiogdoekontasílabo enneakaiogdoekontasílabo ENENEKONTASÍLABO.

fruta de cera en su lugar.

¿Y quién era Rilke y quién era Zweig y quién era Musil? ¿Quién era Newton y quién era Einstein? Rilke,

¿Por qué no me enseñas los silabarios?

¿POR QUÉ NO ME ENSEÑAS LOS SILABARIOS?

¿POR QUÉ NO ME ENSEÑAS LOS SILABARIOS?

Bueno.

¿Son difíciles?

No mucho.

Por favor.

Bueno.

Por favor.

Ya te he dicho cuál es el trato.

Heiskaienenekontasílabo, duokaienenekontasílabo

Glenn Gould (pianista canadiense, excéntrico y brillante, de mediados del siglo xx y especialista en las obras de J. S. Bach [genial compositor

HEPTAKAIENENEKONTASÍLABO

alemán del siglo xvii] dijo de *El clave bien temperado* [olvídalo] que los preludios

OKTOKAIENENEKONTASÍLABO

eran meramente introductorios

ENNEAKAIENENEKONTASÍLABO

y que no

HEKATONTASÍLABO

tenían interés musical. Tal vez

Podrías enseñarme un silabario.

Ya te he dicho cuál es el trato.

¿Hay algún idioma con un solo silabario?

Creo que el tamil solo tiene uno.

O sea que el tamil sería una lengua monosilabática.

Sí.

Y el japonés es una lengua disilabática, pero la mayoría de la gente la llamaría bisilabática.

Sí.

Trisilabático, tetrasilabático, pentasilabático, hexasilabático

el

heptasilabático

lector

octasilabático

pueda consolarse

eneasilabático

con un prólogo

decasilabático, endecasilabático, dodecasilabático

sencillo.

hekkaidekasilabático

Espero no hacerlo peor

heptakaidekasilabático

OKTOKAIDEKASILABÁTICO

ENNEAKAIDEKASILABÁTICO

EIKOSASILABÁRICO

heiskai

Te estás perdiendo una obra maestra del cine moderno. Termina la *Odisea* y te enseñaré el hiragana, ¿trato hecho?

Trato hecho.

Emma me ofreció un permiso de trabajo y un empleo.

Trato hecho, dije.



Odisea I



Odisea II



Odisea III



Odisea IV



Yo no quería que esto sucediese. (L está leyendo el canto V de la *Odisea*. Se ha leído cuatro cantos en cuatro días. Seguiría desde donde lo dejé, pero se me han traspapelado las notas.) Lo que quería era seguir el ejemplo del señor Ma (padre del famoso violoncelista), del que leí en alguna parte que empezó a enseñar a Yo Yo cuando este tenía 2 años.

Coupez la difficulté en quatre era su lema, lo que significaba que convertía una pieza musical en una cantidad de breves tareas muy pequeñas y el niño debía aprender una tarea cada día. Usó el mismo procedimiento con los ideogramas chinos: el niño tenía que aprender un ideograma cada día; yo creo que eso son dos tareas sencillas, pero el ejemplo sirve para entendernos. Pensé que esto sería de gran ayuda para L con muy pocas molestias para mí, así que, cuando tenía 2 años, empecé con las tarjetas de ayuda pedagógica.

Creo que la primera tarea sencilla tenía que ser la palabra gato. En cuanto L aprendió esta primera tarea quiso continuar con todas las palabras de su vocabulario, dijo PÚRPURA PÚRPURA PÚRPURA entre sollozos cuando intenté parar antes de escribirlo. Al día siguiente empezó con su primer libro, *Hop on Pop*, del doctor Seuss, y enseguida se echó a llorar porque no sabía leer Hop y Pop. Comprendí en el acto que el tiempo requerido para enseñar a un adicto al trabajo de dos años mediante el método de las tarjetas me dejaría unos seis minutos al día para mecanografiar, y por tanto (dudando de mi habilidad para llegar a fin de mes a un ritmo de 55 palabras por día) me apresuré a enseñarle unos cuantos principios del sistema fonético. Aprendió a decir la h y la p, y al cabo de una semana sabía leer así: Hop. On. Pop. The. Cat. in. the. Hat.

Pensé: ¡Ha funcionado! ¡Ha funcionado!

L se sentaba en el suelo y, cuando encontraba algo interesante, me lo traía para enseñármelo.

Retumbar de pies diminutos. Había desenterrado un tesoro. ¿Sí?, decía yo.

Y él extraía de la página, ¡oh, dicha!, un glorioso

El

¡Fantástico!

¡Y había otro hallazgo! ¿Qué podía ser? ¿Era? No. Sí. Sí. Era un

Gato

Y extraía de la página una maravilla tras otra, hasta que al final pudo sacar con desenvoltura, ora un conejo, ora una paloma, ora una ristra de pañuelos de colores de un vulgar sombrero de copa negro vacío.

Fantástico, maravilloso, fantástico, maravilloso, estupendo.

Yo no hacía tanto trabajo como esperaba.

Un día a L se le ocurrió que había muchos más libros en los estantes.

Eligió un libro con dibujos y se acercó a mí, muy perturbado.

El rostro de gutapercha de la escribanía tiene una historia que contar.

Explicué lo que era gutapercha, escribanía e historia

se cree que es el de Neptuno, creado para conmemorar el empleo satisfactorio del material para aislar el primer cable telegráfico submarino del mundo que conectaba Inglaterra con Francia en 1850.

y dije NO.

Dije: Conoces muchas de estas palabras, ¿verdad?, y él dijo: Sí, y yo dije: ¿Por qué no practicas leyendo las palabras que ya sabes y eliges CINCO PALABRAS que no sepas para que yo te las explique?

No sé si me entendió muy bien. Preguntó por Neptuno, creado, conmemorar, satisfactorio, material, aislar y submarino. Se las explicué de un modo que cada cual puede imaginar como quiera. L leyó unas cuantas palabras que conocía y dejó el libro en el suelo. Luego volvió para coger otro libro. ¡Qué maravillosa sorpresa! ¡En *Truth and Other Enigmas* encontró «en», «y», «a», y nuestro viejo amigo, «el»! Por desgracia, sin embargo, no había ni rastro de gutapercha, ni de Neptuno.

Dejó el libro en el suelo y volvió al estante.

Después de 20 libros pensé: Esto no va a funcionar.

Dije: Vuelve a poner el libro en el estante, y él lo sacó con un grito de alegría, así que lo devolví a su sitio y a él lo metí en el parque y empezó a hacer pucheros.

Dije: Mira, ¿por qué no te miras estos dibujos tan bonitos del *Classic Plastics* y cuando encuentres una palabra conocida la lees? Mira qué radio amarilla tan bonita...

Y él gritó NOOOOOOOOOO, hipando.

Dije: Bueno, mira, aquí tienes *Truth and Other Enigmas* y hay montones y montones de palabras. A ver si conoces alguna palabra de esta página.

Y él gritó NOOOOOOOOOO, hipando, y arrancó la página del libro y arrojó el libro lejos de sí.

Pensé: Busquemos alguna otra tarea sencilla. Una tarea sencilla que se pueda aprender en un día y que no lleve a trasladar cientos de libros al suelo.

Así que lo llevé a Grant & Cutler y compré un pequeño libro francés de ilustraciones y *Yaourtu la Tortue* y *L'Histoire de Babar* (además de un ejemplar de *Cartas sobre Cézanne* que casualmente tenían en existencias). Le enseñé unas cuantas palabras sencillas sobre un plan de trabajo diario durante unos cuantos días y dejó tranquilos los libros en inglés.

Pensé: ¡Ha funcionado! ¡Ha funcionado!

Un día encontró unos libros franceses en un estante. Le expliqué cinco palabras de *Zadig*. No pasó mucho tiempo antes de que hubiera 20 libros más en el suelo. Entonces volvió a fijarse en los libros ingleses.

Pensé: Busquemos otra tarea sencilla.

Pensé que la aritmética sería una tarea sencilla, de modo que le enseñé a contar después de 5 y él siguió contando hasta 5.557 a lo largo de tres días antes de desplomarse hecho un mar de lágrimas porque no había llegado al final, y yo le dije con el ingenio aguzado por la desesperación que lo bueno del infinito es saber que no te quedarás jamás sin números. Le enseñé a sumar 1 a un número, lo que parecía una tarea sencilla, y él llenó de cálculos 20 hojas de papel milimetrado: $1 + 1 = 2$; $2 + 1 = 3$; $3 + 1 = 4$, hasta que lo llevé a la cama sollozando. Una vez leí un libro donde un chico que había estudiado mucho siendo pequeño contraía una fiebre cerebral y acababa convertido en un imbécil; nunca he conocido ningún caso de fiebre cerebral fuera de los libros, pero no por ello dejé de preocuparme, y me habría gustado parar, pero él lloraba a cada intento de dejarlo. Así que le enseñé a sumar 2 a un número y él llenó 20 hojas de cálculos: $2 + 2 = 4$; $3 + 2 = 5$.

¿Qué edad tenía L, pregunta un lector? Creo que unos 3 años.

Con esto se calmó, y mientras pudiera llenar 20 hojas con un cálculo en particular, no necesitó seguir hasta el infinito. No necesitó sacar los libros de los estantes. Le enseñé a multiplicar las unidades y lo que hizo fue llenar 20 hojas con las tablas de multiplicar del 1 al 20. No tengo la menor idea de cómo conseguir que un niño de 3 años haga esas cosas, si no quiere hacerlas, de la misma forma que no tengo la menor idea de cómo impedir que las haga cuando sí quiere. El caso es que al cabo de un par de meses fue fácil explicarle variables, funciones e incrementos. Así que, cuando cumplió los 4 años, sabía leer en inglés y un poco en francés y llenar 20 hojas con los gráficos de $x + 1$, $x + 2$, $x + 3$, $x + 4$, $x^2 + 1$, $x^2 + 2$, etcétera.

Hace un año más o menos me hice un hueco para leer el canto XVI de la *Ilíada*. Estaba tecleando el *Melody Maker* 1976 y había llegado al punto de una entrevista con John Denver en la que el cantante explicaba:

¿Sabes, Chris?, tengo una definición para el éxito, y para mí el éxito es cuando una persona encuentra eso que le llena plenamente, eso que la completa, y que, al hacerlo, encuentra el modo de ayudar a sus semejantes. Cuando encuentra eso, es una persona con éxito.

Da igual que te dediques a cavar zanjas o que seas bibliotecario o empleado de una gasolinera o el presidente de Estados Unidos, si haces lo que quieres hacer y de algún modo enriqueces la vida de los demás, habrás triunfado como ser humano.

Resulta que en mi trabajo, que es el mundo del espectáculo, ese éxito trae consigo otras muchas cosas, pero todo eso, dinero, fama, comodidades, viajes, todo eso no son más que adornos de la tarta, porque la tarta es igual para todo el mundo.

Esta era la clase de cosas que solía decir un reciente presidente de Estados Unidos (un buen chico, igual que Denver), y dado que no tenía sentido pensar en su particular modo de enriquecer la vida de los demás, pensé que era un buen momento para hacer una pausa y leer el canto XVI de la *Ilíada*. Llevaba cinco o seis horas tecleando, así que el día estaba resultando bastante bueno.

El canto XVI de la *Ilíada* es aquel en el que matan a Patroclo, que va a la batalla con la armadura de Aquiles para animar a los griegos y poner nerviosos a los troyanos, dado que Aquiles sigue negándose a luchar. Patroclo vence durante un rato, pero va demasiado lejos; Apolo hace que le dé un mareo y le quita la armadura, y entonces Euforbo lo hiere y luego Héctor lo mata. Recordé de pronto que Homero se dirige a Patroclo con el vocativo y que esto me parecía extrañamente conmovedor. Por desgracia no encontré los cantos del XIII al XXIV de la *Ilíada*, sino únicamente los cantos del I al XII, de modo que decidí leer la historia de Héctor y Andrómaca del canto VI.

En cuanto me senté, vino L para mirar el libro. Se quedó mirándolo fijamente. Dijo que no podía leerlo. Yo le dije que eso era porque estaba en griego, que tenía un alfabeto diferente, y él dijo que quería aprenderlo.

A mí no me apetecía lo más mínimo enseñar griego a un niño de 4 años.

Y entonces habló el Alien y su voz era dulce como la miel. Decía: No es más que un niño. Pasa mucho tiempo en el colegio. ¿No sería mejor que jugara?

Yo dije: Que espere a aburrirse en un aula, como todos los demás.

El Alien dijo: ¡Solo serviría para confundirlo! ¡Destruirá su confianza en sí mismo! ¡Sería mejor decirle que no!

El Alien tiene el cuello largo como una anguila y ojillos de reptil. Le rodeé la garganta con las manos y dije: Púdrete en el infierno.

El Alien tosió y dijo dulcemente: Lamento la intromisión. ¡Admirable maternidad! Todo el tiempo dedicada a mejorar a su hijo. ¡Devoción desinteresada!

Yo dije: Cállate.

El Alien dijo: Sssssssssssssss.

Yo dije: Grrrrrrrrrrrrrrrrrr

e hice una pequeña tabla para L:

A	B	Γ	Δ	E	Z	H	Θ	I	K	Λ	M
A	B	G	D	E	DS	Ē	Z	I	K	L	M
α	β	γ	δ	ε	ζ	η	θ	ι	κ	λ	μ
a	b	g	d	e	ds	ē	z	i	k	l	m
N	Ξ	O	Π	P	Σ	T	Υ	Φ	X	Ψ	Ω
N	X	O	P	R	S	T	U	PH	J	PS	Ō
v	ξ	o	π	ρ	σ,ς	τ	υ	φ	χ	ψ	ω
n	x	o	p	r	s	t	u	ph	j	ps	ō

y dije: Esto es el alfabeto.

Él miró la tabla y luego la página del libro.

Yo dije: Es muy sencillo. Como ves, hay muchas letras que son iguales a las que ya conoces.

Él miró la tabla y luego miró la página del libro y volvió a mirar la tabla.

El Alien dijo: Solo tiene cuatro años.

El señor Ma dijo: *Coupez la difficulté en quatre.*

Yo dije pacientemente:

Yo dije pacientemente un montón de cosas que aún pondría más a prueba mi paciencia repetir. Creo que puedo ser tan abnegada como cualquiera por el bien de los demás, y si supiera con seguridad que al menos a 10 personas de este año, del año que viene o de dentro de mil años les interesaría saber cómo se enseña griego a un niño de 4 años, creo que tendría la decencia de explicarlo. Como no tengo esa seguridad, creo que lo dejaré por el momento. Al parecer L está trasladando el canto V de la *Odisea* palabra por palabra a unas tarjetas rosas.



Odisea VI



Odisea VII



Emma cumplió con su palabra y yo cumplí con mi palabra.

En el verano de 1985 empecé a trabajar como secretaria en una pequeña editorial de Londres especializada en diccionarios y tratados de carácter general. Tenía un diccionario inglés que se había publicado por primera vez en 1812, había tenido nueve o diez ediciones y se vendía bien, y una amplia gama de diccionarios técnicos para hablantes nativos de varias lenguas, que se vendían bastante bien, y un excelente diccionario de bengalí literario, lleno de ilustraciones, que no tenía rival y apenas se vendía. Tenía una historia del azúcar en dos volúmenes y un estudio en tres volúmenes sobre las aldabas de Londres (con un suplemento en preparación), y otros libros diversos que paulatinamente habían encontrado sus adeptos al correrse la voz. Yo no quería ser secretaria y no tenía un deseo especial de meterme en el mundo de la edición, pero tampoco quería volver a Estados Unidos.

Emma era en realidad lo peor que podía haber después de Estados Unidos. Le encantaba América del mismo modo que los victorianos amaban Escocia y los impresionistas franceses amaban Japón. También le encantaba una vieja gasolinera Esso en una carretera estatal bajo un cono de luz con un letrero redondo de Coca-Cola balanceándose al viento, y un hombre a caballo con pensamientos vernáculos entre paisajes de espectacular belleza natural, y un hombre en un coche veloz por una autopista de L. A. Le encantaban todos los libros que a mí me habían hecho leer en la escuela, y los libros que no leíamos en la escuela porque podían ser ofensivos para baptistas. Yo no sabía qué decir.

En mi imaginación veía un pequeño y tímido grabado a media tinta en el que, con mucho sombreado y tonos suaves se representaba algún lugar donde los primeros europeos se habían embriagado de color y, al escribir un libro, habían insistido en que el Gran Cañón, o La Mesa, o los mares del Sur se ilustraran, y así, lo que era un brillante azul cobalto se representaba mediante un azul tan pálido que era casi blanco, el bermellón, el carmesí y el escarlata se convertían en un rosa tan pálido que era casi

blanco, y había también un verde tan pálido, o quizá un amarillo tan pálido, quizá un malva pálido pálido, que el lector saboreaba en un vaso de agua una auténtica gota de whisky. Yo pensaba en las preferencias de Emma con una risa desdeñosa, pero era una estupidez, porque podía pensar en alguna otra imagen que no fuera deleznable; las películas en blanco y negro no reflejan el mundo que vemos en colores, pero no son deleznales. Lo cierto es que, aunque la situación era mejor que cuando me dedicaba a leer cosas en las que otras personas habían malgastado su vida hacía setenta años, en cualquier momento un arrebató de ira podía abalanzarse sobre la primera idea que se le ocurriera y partir a galope tendido; con qué tranquilidad y serenidad discuten algunas personas.

A mí me ponía nerviosa tener aquellos arrebatos y aquellas carcajadas sardónicas esperando el momento para salir a galope tendido, era más fácil no decir nada o decir algo tranquilo y banal. Sin embargo, cuando una persona es muy inteligente y encantadora, prefieres no decir nada banal y decides en cambio decir algo al tiempo que conservas la calma y el dominio de ti mismo.

Dije que me parecía muy raro que en Inglaterra los libros fueran en inglés y en Francia en francés, y que al cabo de dos mil años sería tan raro como el País de los Munchkins y la Ciudad Esmeralda. Mientras tanto, era extraño que gentes de todo el mundo se fueran a un sitio para crear una nación de escritores ingleses y a otro para crear una nación de escritores hispanos, era deprimente en una literatura ver cómo todas las lenguas se difuminaban en el inglés, que en América era la lengua del olvido. Aduje que aquello no representaba lo que estaba allí del modo en que una lengua europea representa a un país europeo, igual que se podía filmar Kansas en blanco y negro, pero para el País de Oz se necesitaba el Tecnicolor, más aún (me había lanzado con mayor ímpetu del que pretendía en un principio, pero era demasiado tarde para parar), era una ridiculez que las personas que eran con mucho las más interesantes, heroicas y viles, los nuevos inmigrantes, aparecieran en la literatura del país solo como actores de carácter hablando un pésimo inglés o en cursiva, y la ignorancia que tanto ellos como sus descendientes tenían de su lengua y sus costumbres no podía representarse en absoluto en la nueva lengua, que había olvidado que había algo que olvidar.

Quieres decir que crees que no deberían hablar solo en inglés, dijo Emma.

Exactamente, dije yo. Cuando lo piensas, te asombras de no haberlo pensado antes.

Bueno, dijo Emma, desde luego dicen que el futuro está en la autoedición...

¿Quieres que escriba una carta de cien palabras en un minuto?, dije, pues había trabajo por hacer. ¿O una carta de cincuenta palabras en treinta segundos? ¿O una carta de cinco palabras en tres?

Espero que no te aburras demasiado, dijo Emma.

¡Aburrirme!, dije yo.

Ya sé que esto no es muy interesante, dijo Emma.

A mí me hubiera gustado decirle: Pero es absolutamente fascinante. Fui sensata y dije:

Lo importante es que me da la oportunidad de decidir lo que quiero hacer.

Ese era exactamente el tipo de comentario banal y aburrido que habría preferido no hacer en presencia de una persona inteligente y encantadora, pero a Emma la vi aliviada.

Es exactamente lo que buscaba. Es estupendo, dije.

El trabajo era estupendo, Emma era inteligente y encantadora y yo estaba en Londres. Intenté seguir el ejemplo de Rilke, pero no era tan fácil. No se trataba meramente de sentirse abrumado por una obra: Rilke se sintió abrumado por Cézanne, pero Cézanne no necesitaba secretario, ni habría podido pagarlo. No me gustaba la idea de trabajar para Rodin a fin de poder contemplar a Cézanne con arrobo; da la impresión de que, si te presentas en la puerta de alguien, al menos deberías sentir arrobo por su obra.

A veces leía un libro sobre química orgánica en la Línea de Circunvalación y a veces leía *Dejádsele a Psmith* por 21.^a vez y a veces veía el Sherlock Holmes maravilloso y grotesco de Jeremy Brett o, por supuesto, *Los siete samuráis*. A veces me iba a comer al Tennessee Fried Chicken.

Un día seguía al anterior. Transcurrió un año.



Odisea VIII



Odisea IX y preguntando por cada palabra mientras lee.

Ni siquiera las ha escrito en tarjetas.

Es estupendo que disfrute con la historia.



Entré en la oficina un día de junio de 1986 y encontré a todo el mundo en un estado de agitación nerviosa. Un comprador se había hecho con la firma y había asegurado a todos que seguiría siendo una editorial autónoma. Se dio por sentado que aquel siniestro anuncio significaba en realidad que pronto habría una reducción drástica de la plantilla.

El comprador era una gran firma americana que publicaba a muchos escritores admirados en la oficina. Se iba a celebrar una gran fiesta para celebrar la fusión al cabo de unas semanas.

Emma me había dado el trabajo y el permiso de trabajo y me dio una invitación para aquella fiesta.

La editorial americana no solo publicaba a muchos escritores americanos admirados en la oficina, sino también a Liberace, y uno de los motivos por los que conseguirme una invitación era un favor, uno de los motivos por los que la gente estaba alterada, uno de los motivos por los que yo no quería ir, era el rumor de que Liberace también asistiría. Por supuesto, al decir Liberace no me refiero al popular pianista que acuñó la frase: «lloré todo el camino hasta el banco», no amó a otra mujer más que a su madre y murió de sida a mediados de los ochenta. Me refiero al aclamado escritor y viajero británico, cuya técnica rivalizaba con la del famoso músico.

Liberace, el músico, tenía una tremenda facilidad y una tremenda sinceridad; lo que tocaba lo tocaba con sentimiento, tanto si era «Roll Out the Barrel» como «I'll Be Seeing You», y en las piezas tristes, una lágrima desbordaba las pestañas maquilladas y caía en la chaqueta de terciopelo plateado con diamantes, y en sus dedos los anillos centelleaban de un lado a otro del teclado, y en un millar de espejos veía la lágrima, las pestañas maquilladas, los anillos, y se veía a sí mismo viendo las pestañas maquilladas, los anillos, la lágrima. Todo eso se encontraba también en Liberace (el escritor): los hábiles y pulidos arpeggios, el virtuosismo autocomplaciente

mientras los inteligentes dedos llenos de anillos relucían sobre las teclas, la sinceridad profesional, que había dado expresividad al cinismo y el sentimentalismo, a lo pornográfico, e incluso al aislamiento y el desamor. Sin embargo, no era exactamente igual que el pianista porque, si bien tenía la facilidad emocional del músico, solo tenía la impresión de la facilidad técnica, pues incluso un hábil arpeggio era algo más que pasar las manos de un lado a otro del teclado, era

L quiere saber lo que significa βίηφιv. Le digo que sabe perfectamente qué significa y él dice que no.

Al principio (porque estaba explicando que βίηφιv era la forma instrumental de βίη, que significaba por la fuerza o violentamente), pensé que el escritor era como una persona que, al mecanografiar, pulsa una tecla a la derecha o la izquierda de donde debería, de manera que una frase inteligible de biekbe se tepemye ininyekifivke, o vadi, y vusmto mad tapifo edvtived, mad figivil ed (ψηλαφόων significa, ¿me dejas ver el verso?, significa tantear, buscar a tientas), e imaginé las manos de Liberace moviéndose rápidamente y con seguridad de un lado a otro del teclado, ora pulsando una tecla negra, ora una tecla blanca. Pienso (dentro de lo que puede decirse que piensa una persona que está haciendo de diccionario parlante) que ni siquiera eso es del todo cierto porque, aunque Liberace salpicaba su obra de errores, no eran del tipo (πετάσσάϚ significa extendiendo, es el participio aoristo de πετάννυμι) de los que se pueden pasar por alto de esa forma, o más bien (sabes perfectamente que ὕφαινον significa... No, no lo sé. Significa tejer, y ¿qué forma tiene aquí? Primera persona singular del imperfecto). Bien, no era que él las pasara por alto (ἄρσενεϚ significa machos), sino que se enfrentaba a ellas con complacencia (un momento). Sin aliento, extasiado, Liberace salpicaba su obra de argumentos abiertos e imágenes descolocadas, se echaba hacia atrás, se cruzaba de brazos, como Ed Wood ante lápidas que se desmoronan y hierba pisoteada (un momento). ¿Se daba cuenta o no le importaba? Creo que le gustaba la idea de conseguir lo excepcional sin esfuerzo, y viéndose incapaz de combinar ambas cosas, se había conformado con la única de la que estaba seguro (δασύμαλλοι: de abundantes vellones; ἰοδνεφέϚ: oscuro; λίγοισι: mimbres; πέλωρ: Ya sabes lo que significa. No, no lo sé. Sí, sí lo sabes. No. Sí. No. Sí. No. Sí. No. No. No. No. No. Significa monstruo. Es lo que pensaba. (No es de extrañar que le clave alfileres al padre de este niño.) Delante tenía a un hombre que aprendería a escribir antes de saber pensar, un hombre que lanzaba falacias lógicas como tachuelas desde un coche fugado, y siempre, siempre, siempre

se salía con la suya.



Od. X



Met. I



¿1 Sam. 1? [Hace años que no lo leo]



¿1 Sam. 2-5? [Demonios.]



Es extraño pensar que el *Harmonielehre* de Schoenberg fuera publicado por primera vez en 1911, un año antes de que Roemer publicara *Aristarchs Athetesen in der Homerkritik*. Schoenberg, que tenía mujer y dos hijos, se ganaba la vida míseramente como profesor de música y retratista. Creo que Roemer tenía un puesto en la Universidad de Leipzig. Colegas de Roemer podrían haber señalado la falacia; yo podría haber hablado alemán correctamente y habría perdido solo una hora con él; podría haber perdido 50 horas una semana más tarde, y ahora Ludoviticus no estaría desafiando al señor Ma aprendiendo 500 tareas sencillas cada día. Los átomos que dirigen ahora la aplicación de un rotulador rosa Schwan Stabilo sobre el canto X de la *Odisea*, estarían ocupados en otros menesteres, igual que yo, y el mundo, por lo que yo sé, se vería privado de un Einstein. Sin embargo, puede que unos colegas con tacto, mi horrible alemán y la inoportunidad del momento hubieran conspirado para catapultarme de una carrera académica sin consecuencias al Schwan Stabilo y el canto X de la *Odisea*. Puede que Schoenberg, distraído por dificultades pecuniarias, escribiera un libro estúpido. Podría haber escrito un libro inteligente; yo podría haber ido a comprarme un vestido el día de la fiesta.

El día de la fiesta fui andando a Covent Garden a la hora de comer para comprarme un vestido, y de camino a Boules pensé que me pararía un momento en la sección de libros, etcétera. Casualmente me metí en la sección de música, y resulta que cogí la obra de Schoenberg, *Tratado de armonía*.

Mi padre solía decir, cuando las cosas salían mal, que el hombre es el instrumento del destino. Creo que era el tipo de cosas que pensaba.

En cuanto cogí el libro de la estantería tuve que comprarlo, y en cuanto lo compré tuve que empezar a leer.

Schoenberg planteaba argumentos para el desarrollo de la música utilizando una noción mucho más liberal de la consonancia, y luego, posiblemente, con el tiempo, de una música que utilizara un registro de notas mucho más amplio (para tener, por ejemplo, cuatro notas suplementarias entre *do* y *do sostenido*). Decía:

Es evidente que, así como los armónicos condujeron a la división en 12 partes de la consonancia más sencilla, la octava, con el tiempo también producirán una mayor diferenciación de ese intervalo. A las generaciones futuras, una música como la nuestra les parecerá incompleta, puesto que aún no ha explotado plenamente todo cuanto está latente en el sonido, del mismo modo que un tipo de música que no diferencie las partes de una octava nos parecería incompleta a nosotros. O, por citar una analogía, que uno solo tiene que sopesar cuidadosamente para darse cuenta de su extrema relevancia: el sonido de nuestra música parecerá no tener profundidad ni perspectiva, del mismo modo que la pintura japonesa nos parece primitiva comparada con la nuestra, porque sin perspectiva carece de profundidad. Esto [el cambio] llegará, aunque no sea en la forma que creen algunos, ni tan pronto. No surgirá del razonamiento (*aus Gründen*), sino de recursos elementales (*Ursachen*); no brotará del exterior, sino del interior. No surgirá de la imitación de un prototipo, ni como conquista técnica, pues es más una cuestión de la mente y el espíritu (*Geist*) que material, y el *Geist* ha de estar preparado.

Pensé que esta era una de las cosas más brillantes que había oído en mi vida. Evidentemente el comentario sobre la pintura japonesa era erróneo. En cuanto lo leí acudió a mi cabeza una imagen del cuadro de lord Leighton, *Greek Girls Playing at Ball*, con su empleo de la perspectiva irreprochable, incluso magistral, en el tratamiento de las muchachas, del paisaje antiguo, de las colgaduras movidas por el viento. En cuanto imaginé el cuadro, me eché a reír de tan superficial, hueco e incluso tosco como me pareció, en comparación con (pongamos) un grabado de Utamaro. Pero el argumento básico era absolutamente brillante.

Antes de leer este libro tan brillante pensaba que los libros debían parecerse más a la película *El padrino*, en la que Al Pacino se va a Sicilia y hablan realmente en italiano. Al leerlo pensé que aquella era una forma muy ingenua de ver la cuestión.

Si dices que en un libro los italianos tienen que hablar italiano porque en el mundo real hablan italiano, y los chinos tienen que hablar chino porque los chinos hablan chino, es una forma bastante ingenua de pensar en una obra de arte, es como si creyeras que esa era la forma para pintar un cuadro: El cielo es azul. Pintaré el cielo de azul. El sol es amarillo. Pintaré el sol de amarillo. Un árbol es verde. Pintaré el árbol de verde. ¿Y de qué color es el tronco? Marrón. ¿Qué color usas entonces? Ridículo. Incluso dejando a un lado la pintura abstracta, se acerca más a la verdad que un pintor pensaría en la superficie que quiere para su cuadro y en el tipo de luz y en las líneas y en la relación entre los colores, y se sentiría atraído por objetos que pudieran representarse en un cuadro con tales propiedades. De igual manera, un compositor no piensa que le gustaría imitar tal o cual sonido, piensa que quiere la textura de un piano con un violín, o de un piano con un chelo, o cuatro instrumentos

de cuerda, o seis, o una orquesta sinfónica; piensa en la relación entre las notas.

Todo esto era tópico y banal para un pintor o un músico y, sin embargo, las lenguas del mundo parecían pequeños montículos de polvo azul y rojo y amarillo que jamás habían sido usados, pero si un libro se limitaba a usarlos de manera que los ingleses hablaran inglés y los italianos italiano, sería tan estúpido como, digamos, usar el amarillo para el sol porque el sol es amarillo. Leyendo a Schoenberg tuve la impresión de que los escritores del futuro no tenían por qué decir: Estoy escribiendo sobre un abuelo armenio, una abuela checa, un joven motorista de Kansas (de ascendencia checa y armenia), luego habla inglés armenio checo. De acuerdo. Paulatinamente se acercarán al nivel de las demás ramas de las artes que han alcanzado un grado de desarrollo mucho mayor. Tal vez un escritor debería pensar en los monosílabos y en la falta de inflexión gramatical en el chino, y en cómo sonaría al lado de preciosas y largas palabras finesas llenas de letras geminadas y vocales largas con catorce casos, o con hermosas palabras húngaras llenas de prefijos y sufijos, y tras haber pensado en esto primero, idearían una historia sobre húngaros o finlandeses con chinos.

Basta con que aparezca una idea que no se te había ocurrido antes para que se apodere de tu mente, así que me pasé toda la tarde oyendo mentalmente pasajes de libros que podrían existir dentro de trescientos o cuatrocientos años. Había uno con los caracteres Hakkinen, Hintikka y Yu, cuya acción se desarrollaba provisionalmente en Helsinki con un fondo de nieve y un bosque de abetos negros, el cielo negro, estrellas brillantes y una narración, o quizá diálogo con nominativo, genitivo, partitivo, esivo, inesivo, adesivo, ilativo, ablativo, alativo y traslativo, aparecería gente diciendo *Hyvää päivää* para buenos días, habría un accidente de tráfico para que pudiera utilizarse la palabra *tieliikenneonnettomuus*, y luego, en los pensamientos de Yu, ideogramas chinos, que son como abetos negros sobre nieve blanca. Era realmente magnífico.

En realidad no quería ir a la fiesta, y con lo distraída que estaba ahora menos aún, pero pensé que sería una grosería no ir dado que la invitación había sido un favor tan grande, así que pensé que podría ir 10 minutos y luego marcharme.

Fui a la fiesta. Como suele suceder, fue mucho más fácil entrar con la intención de salir al cabo de 10 minutos que salir al cabo de 10 minutos, pues en lugar de presentar una excusa cortés para marcharme tras los 10 minutos, acabé describiendo a una persona tras otra la brillante teoría de la armonía de Schoenberg. Quién lo ha

publicado, preguntaban. Faber, decía yo, y ellos decían, Oh. Algunos no parecieron interesados y naturalmente yo dejé el tema, pero otros sí se interesaron y yo seguí con el tema y acabé quedándome tres horas.

Schoenberg decía: Esta escala no es la última palabra, la meta última de la música, sino un lugar para detenerse provisionalmente. La serie de armónicos que condujo al oído hasta ella sigue encerrando muchos problemas que deben abordarse. Y si, por el momento, conseguimos aún eludir esos problemas, es debido únicamente al compromiso entre los intervalos naturales y nuestra incapacidad para usarlos, el compromiso que llamamos el sistema templado y que equivale a una tregua prolongada indefinidamente.

Y en mi cabeza oía idiomas relacionados como un círculo de quintas, veía lenguas con matices de cada una de ellas, como los colores de Cézanne que a menudo tienen un verde con un poco de rojo y un rojo con un poco de verde. En mi cabeza vi un bodegón resplandeciente como si fuera un cuadro de inglés con palabras francesas, de francés con palabras inglesas, de alemán con palabras inglesas y francesas, japonés con palabras francesas, inglesas y alemanas. Estaba a punto de marcharme cuando conocí a un hombre que parecía saber mucho sobre Schoenberg. Había perdido su anterior trabajo a causa de una fusión y ahora tenía los días contados, así que estaba bastante distraído. Aun así me habló sobre la ópera *Moisés y Aarón*.

Dijo: Por supuesto ya sabe de qué va.

Y yo dije: Bueno, presumiblemente.

Él dijo: No, musicalmente, musicalmente trata de, e hizo una pausa y dijo que en esta ópera *Moisés* habla directamente con Dios y no canta. Su papel lo hace en *Sprechgesang*, es hablado, un discurso discordante con fondo musical que los Hijos de Israel no entienden; Moisés tiene que hablar a través de Aarón, que es un tenor en un hermoso papel lírico, pero por supuesto es Aarón el que propone hacer un Becerro de Oro, porque él tampoco entiende...

Yo dije que era una idea maravillosa para una ópera, porque los argumentos solían ser inverosímiles y artificiosos.

Y él dijo que a él le gustaba eso, pero que sí, que era una maravillosa idea, y empezó a contarme con el tono mesurado inglés una terrible historia sobre la ópera que él describió como una de las grandes obras perdidas del siglo xx. Schoenberg había compuesto la mayor parte de sus dos primeros actos entre 1930 y 1932; luego los nazis se hicieron con el poder y Schoenberg tuvo que marcharse en 1933, lo que

había ocasionado una interrupción en su trabajo. Se fue a América, donde solicitó una y otra vez una beca para concluir su ópera, pero a las diversas fundaciones no les gustaba la música atonal. Así pues, había tenido que mantener a su familia dando clases de música, y volvió a componer obras tonales para apoyar sus solicitudes de beca, de modo que cuando no estaba dando clases estaba ocupado en las composiciones tonales. Dieciocho años más tarde aún no había compuesto la música del tercer acto de *Moisés y Aarón*. Al acercarse la hora de la muerte, pensó que quizá la letra podría decirse en lugar de cantarse.

Dijo: Por supuesto, Schoenberg tenía un carácter muy difícil.

Y de repente añadió: ¿Me disculpa? Tengo que hablar con Peter antes de que se vaya.

Se alejó y solo entonces me di cuenta de que no le había hecho la pregunta crucial, que es: ¿Oímos alguna vez a Dios?

Vacilé y luego fui tras él, todavía dudando, pero él decía ya: ¡Peter!

Y Peter dijo: ¡Giles! ¡Me alegro de verte! ¿Qué tal te va?

Y Giles dijo: Una época excitante.

Así que no era un buen momento para interrumpir. Me mezclé despreocupadamente con un grupo cercano.

Peter dijo algo y Giles dijo algo y Peter dijo algo y Giles dijo: ¡Dios mío! No, en absoluto, y siguieron hablando durante mucho tiempo. Hablaron durante media hora más o menos y de repente callaron, y Peter dijo: Bueno, aquí no, y Giles dijo: Desde luego, y volvieron a callarse y sin decirse más salieron de la habitación.

Yo pretendía irme 10 minutos después de llegar; había llegado la hora de irse. Pero en la puerta se armó un gran revuelo y Liberace apareció sonriendo y besando a mujeres en la mejilla y disculpándose con la gente por llegar tarde. Varias personas de mi grupo parecían conocerlo e intentaron llamar su atención, y yo musité apresuradamente algo sobre una bebida y me escabullí. Me puse nerviosa pensando en que tenía que ir hacia la puerta, porque alguien podía presentarme a Liberace como un favor especial, así que me coloqué junto al bufé, lo que me pareció más seguro. Seguían viniéndome a la cabeza frases enteras de Schoenberg. En aquella época no había oído aún ninguna de sus composiciones, pero el libro sobre la armonía parecía realmente la obra de un genio.

Me quedé junto al bufé comiendo palitos de queso y mirando de vez en cuando hacia la puerta, pero aunque Liberace fue metiéndose poco a poco en la habitación,

seguía interponiéndose en mi camino hacia la salida. Así pues, seguí pensando en aquel brillante libro y pensé: Tengo que comprar un piano, y después de un rato, alguien se acerca y quién podía ser sino Liberace.

¿Está tan aburrida y frustrada como parece?

No era fácil pensar en una respuesta que no fuera grosera ni coqueta ni ambas cosas.

Nunca respondo a preguntas capciosas, dije.

No es una pregunta capciosa, dijo él. Tiene aspecto de estar realmente harta.

Me di cuenta de que, enfrentada a la necesidad de hallar una respuesta, había pensado en la pregunta y no en el que preguntaba. Algunas personas comprenderían que, hasta que uno no determina hasta qué punto parece aburrido y frustrado, no tiene modo de saber si sus sentimientos están en consonancia con su aspecto, pero Liberace había demostrado tan escasa lógica en su extensa obra escrita... ¿Era probable que lograra una mayor capacidad de raciocinio en una conversación insustancial durante una fiesta? No.

Estaba pensando en marcharme, dije.

Así que era verdad que está harta. No me extraña. Estas cosas son horribles, ¿verdad?

Nunca había estado en una de estas, dije.

Me parece que no nos conocemos. ¿Está con Pearce?

Sí, dije.

Tuve una idea brillante.

Trabajo para Emma Russell, dije. Todo el mundo en la oficina se entusiasmó cuando se enteraron de que iba a venir. Permítame que se los presente.

¿Le importaría si lo dejáramos?, dijo, y sonrió. Estaba a punto de irme cuando la he visto. Ya sabe que la pena necesita compañía.

Yo no sabía nada por el estilo, pero dije:

Eso dicen. Y añadí: Si nos vamos no tendremos penas que compartir.

¿Dónde vive?, preguntó. A lo mejor puedo llevarla.

Le dije dónde vivía y él dijo que no tendría que desviarse mucho de su camino.

Demasiado tarde comprendí que debería haberle dicho que no necesitaba que me llevara. Se lo dije entonces y él dijo:

No, insisto.

De acuerdo, dije, y él dijo:

No se crea todo lo que oiga.

Caminamos por Park Lane y luego recorrimos varias calles de Mayfair, mientras Liberace comentaba esto y aquello de un modo que parecía deliberadamente insinuante o involuntariamente brusco.

Comprendí de repente que, si los ideogramas chinos eran iguales que los japoneses, conocía los ideogramas para Lluvia Blanca Árbol Negro: 白雨黒木! Coloqué la frase provisionalmente en la mente de Yu y me eché a reír.

¿Qué le hace gracia?, preguntó Liberace.

Nada, dije.

No, cuéntemelo, dijo.

Finalmente, por pura desesperación, contesté:

Ya conoce la piedra de Rosetta.

¿Qué?, dijo Liberace.

La piedra de Rosetta, digo. Creo que necesitamos más.

¿No basta con una?, preguntó.

Me refiero a que, aunque creo que la piedra que se erigió era bastante pomposa, fue un regalo para la posteridad. Al estar escrita en jeroglíficos, alfabeto demótico y griego, solo se requería que sobreviviera una de las tres lenguas para que las tres fueran accesibles. Seguramente llegará el día en que el inglés será una lengua muerta muy estudiada; deberíamos usar ese hecho para conservar otras lenguas para la posteridad. Podríamos tener a Homero con traducción y notas al margen sobre vocabulario y gramática, de modo que si ese libro acabara enterrado durante 2.000 años más o menos, la gente del futuro podría leer a Homero, o mejor aún, podríamos diseminar el texto por la mayor amplitud de terreno posible para darle mayores posibilidades de supervivencia.

Lo que deberíamos hacer es tener leyes para que todos los libros editados estén obligados a tener, pongamos, una página de Sófocles o de Homero en el original con las notas pertinentes unidas a la encuadernación, para que tuvieras algo que releer si compraste una novela en el aeropuerto y si tu avión se estrellara y cayeras en una isla desierta. Lo mejor de todo es que la gente a la que suspendieron el griego en la escuela tendría otra oportunidad, creo que les suspenden por culpa del alfabeto, pero si ya has aprendido uno a los seis años, no puede ser tan difícil. El griego no es un idioma especialmente difícil.

Cuando empiezas no hay quien te pare, ¿eh?, dijo Liberace. Primero estás tan

callada que tengo que arrancarte las palabras y luego, de pronto, hablas por los codos. Es encantador.

No supe qué decir, y después de una pausa, él dijo:

¿Y eso qué tiene de divertido?

Nada, contesté, y él dijo:

Ah, entiendo.

Después de un rato le pregunté dónde tenía el coche. Me dijo que tenía que estar por allí. Dijo que debía de habérselo llevado la grúa, y exclamó:

¡Cabrones! Y luego añadió bruscamente que tendríamos que conformarnos con el metro.

Fui con él en metro y cuando llegamos a su parada, me dijo que yo tenía que ir a su casa y hacer que él olvidara el coche. Dijo que no imaginaba nada peor que ir a una fiesta como la que acabábamos de dejar y descubrir luego que te había costado cincuenta libras, además de lo horrible que sería ir a West Croydon, o dondequiera que guardaran los coches. Expresé mi comprensión con un comentario. Me había apeado del vagón para seguir la charla y abandoné la estación de metro para recorrer las calles con Liberace en dirección a su casa.

Subimos las escaleras y luego la escalera interior y Liberace inició un popurrí coloquial sobre el tema de los coches, la grúa y los cepos. Improvisó sobre el tema del depósito de la grúa. Improvisó sobre los agentes que obstaculizaban los esfuerzos por reclamar un coche.

Hablaba un poco como escribía: era rápido y nervioso y deseoso de parecer deseoso de complacer, y de vez en cuando decía: Oh, Dios mío, estoy hablando demasiado, te estoy aburriendo, te irás y me dejarás solo para pensar en mi, ya sabes, yo no veo mi coche como algo personal, quiero decir que si lo vieras, te darías cuenta de que no es posible considerarlo fálico, pero el significado está ahí, ¿no? Hay algo horrible, potencialmente simbólico, ¿no?, en que se lo lleve la grúa justo cuando te has ofrecido a llevar a, quiero decir que a lo mejor piensas que todo es demasiado obvio, y no podría estar más de acuerdo, pero, joder. Y me preguntaba si me estaba aburriendo. No he encontrado a nadie que no me aburriera cuando me preguntaba si me aburría, y nunca he sabido qué contestar, o más bien siempre me ha parecido que la única respuesta posible era No, así que dije:

No, en absoluto. Pensé que sería mejor cambiar de conversación, así que pedí una copa.

Trajo copas de la cocina y charló de esto y aquello, mostrándome recuerdos de sus viajes y alternando comentarios cínicos y sentimentales. Tenía un ordenador nuevo, un Amstrad 1512 con dos disqueteras de 5,25 y 512 kilobytes de memoria RAM. Dijo que se había instalado el Norton Utilities para organizar sus ficheros, y lo encendió para enseñarme cómo funcionaba el Norton Utilities.

Pregunté si podía escribir en griego. Me dijo que no lo creía, así que no pregunté si podía hacer ninguna otra cosa.

Nos sentamos y, con gran horror vi sobre una mesita cercana un nuevo libro de lord Leighton.

Cuando hablo de lord Leighton, claro está, no me refiero al pintor helenista del período victoriano tardío de *A Syracusan Bride Leading Wild Beasts in Procession* y de *Greek Girls Playing at Ball*, sino al pictórico escritor americano que es el heredero espiritual del artista. Lord Leighton (el pintor) se había especializado en paisajes de la Antigüedad en los que maravillosas y desconcertantes colgaduras vagaban por el lienzo, deteniéndose en sus viajes únicamente para proteger la modestia de un adepto de la escuela de interpretación de Tyrone Power. Su defecto no era la falta de destreza: es la falta de defectos en su destreza lo que hace que uno se sienta avergonzado al mirar sus cuadros, pues desnudan por completo la mente de su creador. Solo la pluma de lord Leighton el escritor podía hacer justicia al pincel de lord Leighton el pintor, pues de la misma manera lord Leighton (el escritor) producía las más encontradas emociones en una atmósfera silenciosa, sin aire y sin prisas, mientras todas y cada una de las palabras adquirían la plenitud que solo un gran maestro puede darle a una palabra empleando su tiempo en permitir a toda la energía indecorosa que perciba su desnudez y arranque agradecida la hoja de parra hasta que toda la pasión en la atmósfera sin aire, en el silencio, en la ausencia de prisa, se diluya decentemente en la lenta muerte del movimiento hacia una estasis perpetua: un personaje no podía mirar, ni andar, ni hablar sin una gloriosa serie de frases que envolvían sus pobres pensamientos estúpidos y los desplegaban con hermosa languidez en el aire inmóvil.

Liberace vio mi mirada y dijo:

¿Te gusta?

No, dije, y él dijo:

Pero si es fantástico.

Cogió el libro y empezó a leer una encantadora frase tras otra...

Y yo, desesperada, dije: Qué hermoso, como uno podría decir: ¡Mira esa pluma! ¡Mira el terciopelo! ¡Mira las pieles!

Naturalmente he pensado a menudo que sería agradable recibir algo de dinero de Liberace para Ludo, y a veces he pensado que, aun prescindiendo del dinero, debería decírselo. Siempre que lo pienso, recuerdo aquella conversación y sencillamente, no puedo.

Me digo: Pero si es como un hombre que toca «Yesterday» en el piano con la ampulosidad y la exuberancia de Brahms y que deja de lado, como por casualidad, lo que es la esencia misma de la canción. Es como la Percy Faith Orchestra tocando «Satisfaction».

Y él me decía: Escucha esto.

Y me leía una frase que era algo así como «Yesterday» con armonía de Brahms, o la Percy Faith Orchestra tocando «Satisfaction» a petición.

Y yo decía: Es como un hombre que toca el primer movimiento de la sonata *Claro de luna* con virtuosismo deslumbrante y una completa ignorancia sobre la música. El profesor de Schnabel le dijo en una ocasión que era músico, pero que jamás sería pianista, y este escritor es exactamente lo contrario.

Y Liberace decía: Sí, pero escucha esto.

Y me leía una frase que era la obra de un estúpido virtuoso.

Y nunca entendía lo que yo quería decir. Lord Leighton era esto y esto y aquello y era como un hombre que apila colchones sobre un guijarro y yo era como la princesa y el guisante. Yo no iba a decir nada sobre la novela inglesa y americana para que me dijera que era una persona interesante, así que me tomé mi copa y cuando Liberace terminó de leer, habló un rato sobre lord Leighton.

Estoy segura, o más bien no tengo razones para dudar de que, si le hubiera hablado a Liberace de Ludo, habría hecho algo decente al respecto. Y, sin embargo... El hecho es que 99 de cada 100 adultos se ahorran la molestia de pensar racionalmente el 99 % de su tiempo (no hay estudios que lo demuestren, acabo de inventarme las estadísticas, así que no debería decir: El hecho es, pero me sorprendería que las cifras auténticas fueran muy distintas). En una sociedad menos bárbara, los niños no dependerían por completo económicamente de seres irracionales a cuyo cuidado les ha confiado el destino; les pagarían un sueldo decente por ir a la escuela. Dado que no vivimos en esa ilustrada sociedad, cualquier adulto, y sobre todo un padre, tiene un tremendo poder sobre sus hijos. ¿Cómo podía darle yo ese poder a un hombre

que...? Algunas veces he pensado que podría y en una ocasión llegué a levantar el auricular del teléfono, pero lo pensé y no pude. Tendría que volver a ser testigo de su admiración de adolescente por la atractiva estupidez y de su inquebrantable fidelidad al precepto de que debería implica no puedo, y sencillamente, no pude.

Liberace siguió hablando sin parar. Poco a poco, a medida que seguíamos bebiendo, Liberace habló más y más y me preguntó una y otra vez si me aburría, y como resultado me pareció cada vez menos posible marcharme de allí, porque si no me aburría, ¿por qué iba a querer marcharme?

Luego pensé que debía de haber algún otro modo de no oír todo aquello, y por supuesto lo había. Sin duda Liberace me había llevado a su casa para ligar conmigo. Sería una grosería taparle la boca con la mano, pero si le tapaba la boca con la boca, también dejaría de hablar sin que fuera una grosería. Tenía los ojos verdes, de un claro verde cristal, con motas negras como los ojos de un animal nocturno; tuve la impresión de que, si solo le besaba, no solo no tendría que escucharle más, sino que estaría más cerca del animal que tenía aquellos bellos ojos.

Dijo algo e hizo una pausa, y antes de que pudiera volver a hablar, lo besé y se produjo un súbito y maravilloso silencio. Todo era silencio menos la risita tonta de Liberace, pero se reía y paraba, mientras que su conversación no tenía fin.

Yo aún estaba bebida y aún intentaba pensar en cosas que podía hacer sin ser imperdonablemente grosera. Bueno, pensé, podría acostarme con él sin ser grosera, así que reaccioné del modo adecuado cuando me desabrochó los botones del vestido.

Fue una terrible equivocación.



Ulula el viento. Cae una lluvia fría. La lluvia y el fuerte viento agitan el papel marrón que cubre la ventana.

Estamos sentados en la cama viendo una obra maestra del cine moderno. Esta mañana he pasado tres horas delante del ordenador y, contando con las interrupciones, puede que haya estado tecleando hora y media. Al final he dicho que me subía a ver *Los siete samuráis* y L también ha querido venir. L se ha leído los cantos del I al X de la *Odisea*; la historia del Cíclope se la ha leído seis veces. También se ha leído uno de los viajes de *Simbad el marino*, tres capítulos del libro de álgebra y unas cuantas páginas de las *Metamorfosis*, el *Calila y Dimna* y el primer Libro de Samuel, siguiendo un esquema que no comprendo, y cada libro supone un flujo constante de preguntas.

Sé, o al menos me lo digo a mí misma, que es mejor que el japonés (puesto que conozco las respuestas de un 80 % de las preguntas, aproximadamente) y, además, fui yo quien le dije que lo hiciera. Tardó un año en leer la *Ilíada*, así que no veo cómo podía saber yo que se leería diez cantos de la *Odisea* en tres semanas.

Se me ocurre que el Libro de Jonás solo tiene cuatro páginas. Las preguntas sobre hebreo han de ser más fáciles que las preguntas sobre japonés. No sé si será demasiado tarde para decirle que me refería a Jeremías.

Debería estar copiando en el ordenador el manual de pesca avanzado, porque lo quieren para el final de la semana, pero me parece importante conservar la cordura. Sería un falso ahorro seguir adelante con el trabajo hasta acabar histérica perdida por culpa de un niño inocente.

Tampoco he escrito nada para la posteridad en varios días, en interés de mi salud mental. Me deprimiría escribir. Al escribir sobre Mozart, pensé de pronto en mi madre tocando a trancas y barrancas el acompañamiento de un *lieder* de Schubert con mi tío Buddy. Santo cielo, Buddy, dijo. ¿Qué te pasa? Cantas como un maldito contable. Bajó la tapa del piano de un golpe y salió hecha una furia del último motel de mi padre a medio construir y se alejó por la carretera, mientras mi tío Buddy

silbaba por lo bajo una melodía sin decir nada. ¿Para qué sirve recordar eso?

Luego pensé en una frase genial que había leído en alguna parte. Mi deber como madre es estar siempre alegre, así que es evidente que mi deber como madre me obliga a supervisar la instrucción de un genio y a dejar el manual de pesca y la escritura.

Kambei es el samurái 1. Él recluta al resto.

Elige a un samurái en la calle. Le dice al campesino Rikichi que provoque una pelea. Le dice a Katsushiro que se ponga junto a la puerta con un bastón y que golpee. Él se queda dentro esperando.

El samurái entra por la puerta, coge el bastón y arroja a Katsushiro al suelo. Kambei le habla del trato; el samurái no está interesado.

Kambei elige a otro samurái.

Katsushiro se coloca tras la puerta con el bastón. Kambei se sienta a esperar.

2 se acerca a la puerta. Se percata de la trampa y se queda en la calle riendo.

Gorobei: sabe lo que tienen que sufrir los campesinos, pero no acepta por ellos. Acepta por Kambei.

Le digo a L:

Kurosawa ganó un premio por una película que hizo antes que esta, titulada *Rashomon*, sobre una mujer violada por un bandido. En esa cuenta la historia 4 veces y cada vez la cuenta de una manera diferente, pero en esta la cosa es más complicada. Solo cuenta la historia una vez, pero se ve desde 8 puntos de vista y hay que prestar mucha atención para saber si algo parece ser verdad o es solo lo que alguien dice que es verdad.

Él dice:

Ajá. Musita fragmentos en japonés y también lee los subtítulos en voz alta.

3 no tiene que pasar la prueba. Shichiroji es un viejo amigo de Kambei. Lo había dado por muerto.

Gorobei encuentra a 4 cortando madera para pagarse una comida. Heihachi es un espadachín de segunda clase, pero servirá para animarles.

Kambei y Katsushiro se encuentran con dos samuráis que están pelando dos cañas de bambú para luchar entre sí.

Empieza la pelea. A levanta el palo y se detiene. B levanta el palo por encima de la cabeza y grita.

A echa el palo hacia atrás con un hermoso movimiento y se detiene. B corre hacia él.

A levanta de pronto el palo y golpea.

B: Ha sido un empate.

A: He ganado yo.

B: Tonterías.

A: Con una espada de verdad te habría matado [se aleja].

B: De acuerdo. Usemos espadas.

A: Si usara una espada, te mataría. Es una estupidez.

B desenvaina la espada e insiste.

A desenvaina la espada.

La levanta y se detiene.

B sujeta la espada por encima de la cabeza y grita.

A echa hacia atrás la espada con un hermoso movimiento. B corre hacia él.

A levanta la espada lentamente y golpea. B cae muerto.

Me gustaría acabar de ver la película, pero tengo que pensar en el manual de pesca. Le digo a L que he de bajar a encender la estufa para trabajar en el ordenador y que tendrá que quedarse en la cama viendo el vídeo. Por supuesto enseguida pide bajar conmigo. Le digo:

Tú no lo entiendes. Necesitamos 150 libras para el alquiler y 60 para el impuesto municipal, solo eso son ya 210 libras, y como sabes gano 5,50 libras brutas por hora. 210 dividido entre 5,5 son aproximadamente 40...

38,1818

38,1818, vale.

18181818181818

La cuestión es que

181818181818181818181818181818

si trabajo diez horas al día durante los próximos 4 días, tendré los disquetes el lunes, nos darán el cheque el viernes y podremos pagar un par de facturas, y si alargamos las 22,62 libras que tenemos ahora en casa, también podremos comprar comida.

El maestro espadachín no está interesado en matar gente. Solo quiere perfeccionar su arte.

No puedo trabajar contigo abajo. Ya sé que no lo haces a propósito, pero me distraes.

Solo quiero trabajar.

Sí, pero no paras de hacerme preguntas.

Te prometo que no preguntaré nada.

Eso es lo que dices siempre. Quédate aquí a ver *Los siete samuráis* mientras yo voy a trabajar un rato.

NOOOOOOOOOOOOOOO.

Kambei no quiere aceptar a Katsushiro. «No podemos aceptar a un niño.» Rikichi dice: «Acéptalo, por favor». Gorobei dice: «De todas formas solo es un juego de niños». Heihachi dice: «Si lo tratas como a un adulto, se convertirá en un adulto».

Lo siento, pero tengo que acabar el trabajo. No has de ver *Los siete samuráis*, si no quieres, pero puedes quedarte en la cama. ¿Quieres que apague?

NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO.

Kambei cede. 5 no ha luchado nunca.

Muy bien, hasta dentro de un rato.

POR FAVOR, déjame bajar contigo.

Lo siento.

NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO.

NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO.

6 aparece en el umbral de la puerta. El maestro espadachín ha decidido acompañarle. No se llega a saber por qué Kyuzo cambia de opinión.

POR FAVOR, déjame bajar contigo. POR FAVOR, POR FAVOR, POR FAVOR, POR FAVOR,

POR FAVOR. TE PROMETO que no te haré ninguna pregunta. TE LO PROMETO.
No.

Bajé y encendí el ordenador. Copié un texto sobre la pesca con caña entre matas y otro sobre cebos. Durante toda una hora estuve oyéndole berrear arriba con la película como fondo. Al final no pude soportarlo más.

Subí y le dije:

De acuerdo, puedes bajar.

Él siguió llorando sobre la almohada.

Cogí el mando a distancia y apagué el vídeo. Lo cogí a él en brazos, le di un beso y le dije:

No llores, por favor. Y lo llevé abajo, donde se estaba más caliente gracias a la estufa de gas. ¿Te gustaría beber algo caliente?, le pregunté. ¿Qué te parece una taza de té? ¿O chocolate caliente? ¿Quieres un poco de chocolate caliente?

Chocolate caliente, dijo.

Le hice una taza de chocolate caliente y le pregunté:

¿En qué vas a trabajar?

Él contestó muy quedo:

Samuel.

Yo dije:

Bien. Cogió el diccionario y la Tanach y la *Gesenius' Hebrew Grammar* y se sentó a leer junto a la estufa.

Volví a sentarme al ordenador. A mi espalda se oía el crujido de las hojas mientras buscaba una palabra tras otra sin preguntarme nada.

Transcurrió una hora. Me levanté para hacerme una taza de té.

¿Puedo hacerte una pregunta ahora?, dijo.

Claro, contesté.

Me hizo una pregunta y otra y otra, y en relación con una de las preguntas, abrí la gramática Gesenius para consultar los verbos *tithpa'el*. Después de contestar la pregunta, empecé a hojear el libro. Me habría gustado echarme encima de la almohada a llorar yo también. Con el corazón acongojado, leí estas palabras de consuelo:

§49. *El perfecto y el imperfecto con wāw consecutiva.*

1. El uso de los dos tiempos verbales, tal como se muestra con mayor detalle en la Sintaxis (§§106, 107, cf. arriba §47, nota sobre a), no se limita en absoluto a la expresión del pasado o el futuro. Una de las particularidades más sorprendentes de la *consecución* de los tiempos verbales¹ en hebreo es el fenómeno de que, al representar una serie de sucesos pasados, solo el primer verbo está en pretérito perfecto y la narración se continúa con el imperfecto. A la inversa, la representación de una serie de sucesos futuros empieza con el imperfecto y sigue con el perfecto.

El autor de la gramática comentaba este asombroso rasgo gramatical con un cierto encanto, envarado y académico, de modo que, por ejemplo, explicaba en una nota al pie que «las demás lenguas semíticas no ostentan esta peculiaridad, salvo el fenicio, la más vinculada al hebreo y, claro está, el dialecto moabita de la inscripción de *Mêša*». Solo las tres palabras «salvo el fenicio» eran mejores que varias horas de conversación con una línea de la esperanza.

Este progreso en la secuencia temporal se suele indicar mediante una *y* preñada de significado (llamada *wāw consecutiva*),¹ que en sí misma en realidad solo es una variante de la *wāw copulativa* corriente, pero que, algunas veces (en el imperfecto), aparece con una vocalización diferente.

Empezaba a no sentirme tan mal.

1. Este nombre es el que mejor expresa la relación sintáctica predominante, puesto que, con la *wāw consecutiva*, una acción se representa siempre como la *consecuencia* directa, o al menos temporal, de una acción precedente. Además, es obvio, como muestran los ejemplos mencionados, que la *wāw consecutiva* solo puede utilizarse de esta forma en conjunción con el verbo. En cuanto *wāw* se separa del verbo debido a una inserción (por ejemplo, una negación), le sigue el imperfecto en lugar del perfecto *consecutivo*, y el perfecto en lugar del imperfecto *consecutivo*. El hecho de que Libros enteros (Levítico, Números, Josué, Jueces, Samuel, 2 Reyes, Ezequiel, Rut, Ester, Nehemías, 2 Crónicas) empiecen con el imperfecto *consecutivo*, y otros (Éxodo, 1 Reyes, Esdras) con la *wāw copulativa*, se considera una prueba de su íntima relación con los Libros históricos que los preceden ahora o los precedían originalmente. Compárese, por otro lado, con el inicio independiente de Job y Daniel. Llamar a la *wāw consecutiva* por su anticuado nombre de *wāw conversora* es una descripción meramente superficial, puesto que siempre convierte el significado de los tiempos verbales respectivos en sus opuestos, es decir, según el antiguo punto de vista, el futuro en pretérito, y viceversa.

Terminé el apartado y luego pasé a la Sintaxis para comprobar las referencias a las que remitía, y luego leí esto y aquello, y cuando quise darme cuenta habían pasado dos horas. L estaba sentado junto a la estufa, leyendo la historia de David y Jonatán y tarareando una cancioncilla.

Le di la comida y pasó media hora más. Volví al ordenador y estuve tres horas

tecleando. L solo me hizo alguna que otra pregunta. Hice una breve pausa y trabajé media hora más. Paré para cenar y trabajé dos horas. A las 9 acosté a L. Volví a bajar a las 9.30 y trabajé durante tres horas y volví arriba.

Hacía bastante frío.

No veía cómo podía dejarlo arriba a la mañana siguiente, ni tampoco cómo podía dejar que bajara conmigo.

El Alien susurró: Es justo que le des una oportunidad a la otra parte.

El Alien susurró: No es un mal hombre.

La verdad era que no quería irme a dormir sabiendo que iba a despertarme al día siguiente. Me puse tres jerséis y rebobiné el vídeo. PLAY.

La película tiene la sorprendente peculiaridad de que se titula *Los siete samuráis*, pero no trata en realidad sobre siete samuráis. Unos bandidos están a punto de atacar la aldea y solo un campesino quiere combatirlos; sin él no habría historia. Rikichi lanzaba miradas fulminantes desde la pantalla con ojos ardientes; su pálido rostro resplandecía en la fría y oscura habitación.

PARÉNTESIS

El padre de mi madre era joyero. Era un hombre atractivo con aire sagaz y músico aficionado con cierto talento. Hablaba un inglés excelente, pero reconocía su propio acento y sabía que tenía algo de cómico.

Buddy dijo que no quería ser contable y su padre le dijo que no tenía la menor idea de lo mucho que costaba llegar a ser músico profesional.

Cinco años estudiaste violín, dijo su padre, ¿y practicaste cinco minutos? Y cinco años de piano.

A los ojos de mi abuelo se asomaba algo que decía «Werner» y «du» y «mein Kind» con tono cariñoso y autoritario. Buddy entendió más o menos lo que le decía, pero no fue capaz de discutirsele; intentó recordar algo de los *lieder* de Schubert o de Wagner, pero le pareció demasiado melodramático. A los ojos de mi abuelo asomaba algo que decía: «Ser contable no es el fin del mundo».

Algo asomó a sus ojos y miró a mi tío Danny. Algo miró a mis tías y dijo: «Secretaria, ¿tan terrible es?».

Linda había visto a cuatro antes que ella haciendo algo que no era tan terrible y ya en todos ellos se percibía algo extraño, porque teniendo toda la vida por delante les había arrebatado lo mejor, como si a alguien que hubiera podido ser un Heifetz lo hubieran encerrado dentro de un contable para que se muriera dentro de él.

Sino. Sino. Sino.

Mi padre fue derecho al grano. Alegó con vehemencia que Linda no se perdonaría nunca a sí misma si no aprovechaba aquella oportunidad.

Nuestras vidas están arruinadas, dijo mi padre. ¿Vas a dejar que te ocurra lo mismo a ti? Arguyó con ardor y usó palabras como «demonios» y «maldita sea», palabras fuertes en aquella época, que le hicieron parecer más viril, con más carácter.

¿Tú qué opinas?, preguntó Linda, y miró a Buddy.

Creo que deberías ir, contestó Buddy.

Porque, claro está, si iba a alguna parte, tendría que ser a la Juilliard.

Por supuesto que debería ir, dijo mi padre. A mediodía podría estar en Nueva York.

Linda dijo que podía fingir que iba al centro a comprarse un jersey, porque hacía poco que había dicho que necesitaba uno.

Mi padre dijo que la llevaría a la estación.

Buddy dijo que iría por si a alguien se le ocurría hacer preguntas.

Si alguien te pregunta, le dices que he ido a comprarme un jersey, dijo Linda.

Muy bien, dijo Buddy, si alguien me pregunta, yo voy y le explico que amenazabas con suicidarte, cuando de pronto has recordado que necesitabas un jersey. Creo que iré con vosotros, aprovechando el paseo.

Linda dijo que quizá sería mejor que la acompañara a Nueva York, que lo necesitaba para llevar el violonchelo.

¿Para qué quieres llevarte el chelo?, preguntó Buddy.

Para la audición, dijo Linda.

Si no te aceptan con el piano, menos aún te aceptarán con el chelo, dijo Buddy.

No me digas lo que tengo que hacer, dijo Linda, y se enzarzaron en una encendida discusión, que mi padre presencié sin decir nada. Mi madre estaba convencida de que la Juilliard la despreciaría si solo sabía tocar el piano, mientras que, si tocaba una selección de instrumentos, les demostraría que era una auténtica artista.

Todos los Konigsberg despreciaban el piano; ahí estaban todas las notas convenientemente repartidas en un teclado que uno recorría y, al volver, ahí estaban todavía las notas en las mismas teclas, tal como uno las había dejado. ¡Qué aburrido! Hasta un niño de cuatro años podía tocarlo (todos ellos lo habían hecho a esa edad). También detestaban repentizar, y dado que en el piano pueden tocarse 10 notas o más simultáneamente, su música tiene la fastidiosa característica de que se ha de repentizar un mínimo de 10 veces más que con cualquier otro instrumento. Ningún Konigsberg tocaba el piano si podía obligar a hacerlo a algún otro más pequeño, y como mi madre era la más pequeña de todos, nunca pudo pasárselo a nadie. Puede que parezca extraño que la más joven tocara la parte donde más había que repentizar, pero como señalaban cuatro hermanos, un padre y una madre, si le costaba, siempre podía tocar de oído. De todas formas, eso no quería decir que no supiese tocar el violín, la viola o el chelo (por no mencionar la flauta, la guitarra, la mandolina o el ukelele), sino que no tenía nunca oportunidad de hacerlo.

Buddy arguyó que no creía que su hermana tuviera una técnica a la altura de la Juilliard con ninguno de los instrumentos de cuerda, y Linda replicó:

¿Tú cómo lo sabes? ¿Cuándo fue la última vez que me oíste?

Al principio quería llevárselo todo para demostrar de lo que era capaz, pero al final se avino a llevar solo el violín, porque sabía tocar algunas piezas difíciles, una viola, porque por alguna razón desconocida conseguía un tono mejor con ese instrumento, y una mandolina, porque era un instrumento poco corriente, y una flauta, porque nunca es malo demostrar que sabes tocarla.

Y diles que quieres hacer una prueba de piano, dijo Buddy.

No me digas lo que tengo que hacer, dijo Linda.

¿Quieres decir que no piensas tocar el piano?, dijo mi padre. Con ese talento que tienes, ¿y no vas a tocarlo? ¿Qué me dices de la pieza que estabas tocando ahora mismo? ¿No vas a tocarla para ellos?

¿Sabes algo de música?, preguntó Linda.

La verdad es que no, contestó mi padre.

Entonces no te metas, dijo Linda.

Será mejor que nos vayamos, si quieres llegar a tiempo de coger el tren, dijo mi padre.

Buddy volvió a decir que quería acompañarlos, aprovechando el paseo, y Linda dijo que él podía explicar a los demás que había ido a comprarse un jersey y que por qué tenía siempre que armar tanto revuelo por nada, y Buddy dijo que sí, que ella se iba a comprar un jersey y se llevaba un violín, una viola, una flauta y una mandolina por si a él se le ocurría decir que los acompañaba, aprovechando el paseo.

Mi padre dijo que en realidad necesitaba hablar con él, de modo que se fueron los tres a la estación.

Linda cogió el tren. Llevaba el estuche de violín y el de la viola en una mano, el estuche de la mandolina y el bolso en la otra, y la flauta debajo de un brazo.

El tren se puso en marcha y mi padre comentó a Buddy:

Sois increíbles. Siempre pensé que un músico llevaría partituras o algo así a una audición.

Oh, Dios mío, dijo Buddy.

Era demasiado tarde para arreglarlo, y de todas formas Linda podía comprar partituras en Nueva York, de modo que se metieron en un bar cercano y mi padre dijo:

Compremos ese motel.

¿Y si aquel tipo se equivocaba?, preguntó Buddy.

Si se equivocaba, dijo mi padre, tendremos una propiedad sin valor. Por otro lado,

la anciana señora Randolph se reunirá con su hija viuda y pasará sus últimos años bajo el cielo soleado de Florida, así que al menos habrá alguien que sea feliz.

Por el cielo soleado de Florida, dijo Buddy.

Por el cielo soleado de Florida, dijo mi padre.

Mi padre y Buddy decidieron ir a cerrar el trato inmediatamente. Se fueron en el coche de mi padre; conducía Buddy, mi padre dormía en el asiento de atrás.

Mientras tanto mi madre llegó a la Juilliard. Se encaminó a la oficina general y pidió una audición. No era cosa que pudiera arreglarse con facilidad y le dijeron muchas veces que era preciso rellenar y presentar impresos y que le dieran una cita, pero ella insistió. Dijo que había hecho el viaje desde Filadelfia. Estaba muy nerviosa, pero tenía la convicción de que todo saldría bien si conseguía empezar a tocar para alguien.

Por fin un hombre vulgar con pajarita salió de un despacho, se presentó y dijo que buscaría una sala libre. La Juilliard tenía sus impresos y solicitudes y procedimientos, pero la gente allí no era distinta de la gente de cualquier otra parte: les encantaban aquellas historias, la idea de que una joven y brillante artista fuera en tren desde Filadelfia hasta Nueva York y se presentara allí sin más. Así pues, mi madre (llevando violín, viola, mandolina, bolso y flauta) fue tras él y entró en una sala con un gran piano, y el hombre vulgar se sentó en una silla al otro extremo con las piernas cruzadas y esperó.

Solo entonces se dio cuenta ella de que había olvidado algo.

Azuzada por mi padre, había salido por la puerta tal cual. Emocionada por la idea de salir por la puerta sin más, lo había hecho sin ensayar nada y sin llevarse sus partituras, y ahora no tenía partituras ni se había preparado nada.

Algunas personas se habrían amilanado ante semejante obstáculo. Los Konigsberg se enfrentaban con catástrofes musicales a diario y su lema era: No digas nunca imposible.

¿Qué va a tocar para mí?, preguntó el hombre vulgar.

Linda sacó el violín del estuche. Explicó que se había dejado sus partituras en el tren, pero que tocaría una partita de Bach.

Tocó la partita de Bach y el hombre vulgar se miró la rodilla sin hacer ningún comentario, y luego Linda tocó una sonata de Beethoven con tan solo un par de momentos desastrosos, y el hombre siguió mirándose tranquilamente la rodilla.

¿Y qué va a tocar ahora?, preguntó el hombre vulgar sin hacer ningún comentario.

¿Le gustaría oírme tocar la viola?, preguntó Linda.

Si quiere tocarla para mí, estaré encantado de escucharla, dijo el hombre.

Linda devolvió el violín a su estuche y sacó la viola. Tocó una sonata para viola poco conocida que había aprendido un par de años atrás. Incluso entonces no le había parecido precisamente memorable, sino más bien del tipo de obra que por alguna razón ignota los compositores le endilgan a la viola. Por un momento Linda dudó de que fuera capaz de recordarla, pero le volvió a la memoria en cuanto empezó. Se le olvidó cómo seguía después de la primera repetición, así que se vio obligada a tocarla dos veces para ganar tiempo y tuvo que inventarse un nuevo andante, porque había olvidado temporalmente el original (por suerte la obra era tan poco conocida que seguramente él no se daría cuenta), pero aparte de todo esto, le pareció que se las había apañado bastante bien.

El hombre vulgar siguió mirándose la rodilla.

Esto ha sido solo para darle una idea general, dijo ella. ¿Quiere que toque otra pieza?

Creo que ya tengo la idea general, dijo él.

¿Quiere que toque la mandolina?, dijo ella.

Si usted quiere, dijo él.

Linda tocó unas cuantas piezas cortas de Beethoven y Hummel, solo para darle una idea general, y luego tocó unas cuantas piezas con la flauta para que viera que sabía tocarla.

Él la escuchó sin hacer comentarios y luego miró su reloj y dijo:

¿Quiere tocar alguna otra cosa?

También sé tocar el violonchelo, la guitarra y el ukelele, pero no los he traído, dijo ella.

¿Diría usted que alguno de ellos es su mejor instrumento?, preguntó él.

Yo no diría eso, contestó ella. Mi profesor de chelo me dijo que prometía y cualquier idiota puede tocar la guitarra, claro está, y si se sabe tocar la guitarra no hace falta ser un genio para tocar el ukelele, pero sé cuál podría ser mi mejor instrumento.

Un músico desarrolla un sexto sentido para detectar el estado de ánimo de su público. Mi madre intuyó que la audición no iba bien.

El hombre de la pajarita volvió a mirar su reloj, se levantó, se paseó de un lado a

otro y dijo:

Me temo que tengo una cita previa, así que...

Sé tocar el piano, dijo ella a regañadientes, y añadió con vivacidad: ¡De perdidos, al río!

Dispongo de poco tiempo, dijo el hombre, pero volvió a sentarse y cruzó las piernas y se miró la rodilla.

Mi madre se acercó al piano y se sentó. No había practicado, pero durante la semana anterior había tocado el *Preludio n.º 24 en re menor* de Chopin 217 veces. Empezó a tocar el *Preludio n.º 24 en re menor* de Chopin una vez más y serían 218, y por primera vez el hombre vulgar levantó la vista de la rodilla.

Me gustaría que tocara algo más, dijo. ¿Quiere que le traiga alguna partitura? Si necesita alguna, podemos traérsela de la biblioteca.

Ella meneó la cabeza. Tenía que tocar algo. Empezó a tocar la sonata *Claro de luna*. Fue algo extraño; lo extraño era no tocar el *Preludio n.º 24 en re menor* de Chopin para que fueran 219 veces.

¿Qué va a tocar ahora?, preguntó el hombre.

Linda empezó a tocar un intermezzo de Brahms. Esta vez no esperó a que él se lo pidiera, sino que se lanzó a tocar otra pieza y otra y otra, animándose cada vez más, deslizándose las manos de un lado a otro del teclado.

En medio de la pieza, el hombre se levantó y dijo:

Es suficiente.

Se acercó rápidamente, haciendo crujir el entarimado.

No, no, no, no, iba diciendo. Al principio ella creyó que su protesta se debía a que improvisaba los pasajes que no recordaba. No, no, no, no, dijo, deteniéndose junto a ella. No puede tocar el piano de esa manera. No echa peso sobre las manos.

Linda levantó las manos del teclado. No comprendía lo que quería decir.

¿No NOTA lo tensas que tiene las muñecas?, dijo él. Tiene que tocar con todo el brazo. No toque con las muñecas. Tiene que relajarse o no lo dominará nunca.

Le pidió que tocara una escala en *do* mayor y antes de que hubiera tocado tres notas, dijo: No. Le dijo que tocara con todo el peso de los brazos sobre cada nota. Le dijo que no se preocupara por los errores.

Alguien llamó a la puerta y se asomó y él dijo:

Ahora no.

Estuvo una hora junto a ella mientras sus inteligentes manos se movían torpemente

por las teclas blancas.

Finalmente él dijo basta. Le dio un ejercicio sencillo y dijo:

Quiero que toque esto cuatro horas al día durante dos meses tal como le he enseñado. Después puede volver a una de sus piezas, pero ha de tocarla con las muñecas relajadas. Si no puede tocarla con las muñecas relajadas, no lo haga. Y ha de tocar el ejercicio durante dos horas antes de practicar cualquier otra cosa.

Dijo:

Vuelva a empezar por el principio y puede que dentro de un año tenga algo que mostrarme. No le prometo que la vayamos a admitir, pero sí que la vamos a escuchar.

Dijo:

Puede que crea que esa promesa no vale un año de su vida.

Y dijo:

Puede que tenga razón, pero es lo mejor que puedo ofrecerle.

Mi madre le estrechó la mano y le dio las gracias cortésmente.

¿Qué me dice del violín?, preguntó. ¿Quiere que haga algo con respecto al violín?

El hombre vulgar esbozó una sonrisa y dijo:

No, creo que no. Dijo que tampoco tenía ningún consejo que darle sobre la viola, la mandolina o la flauta.

Dijo:

Aun así, Rubinstein no tocó nunca la flauta y no parece que le perjudicara.

Dijo:

No sé quién le ha enseñado, pero... ¿De dónde ha dicho que era, de Filadelfia? Llame a este hombre; puede darle mi nombre. No le llame si no piensa trabajar, porque él no volvería a dirigirme la palabra, pero si va en serio... En realidad será mejor que no lo llame hasta dentro de un par de meses, pruebe antes y decida si realmente quiere invertir tanto tiempo, y si es así, llámelo.

Escribió un nombre y un número de teléfono en un trozo de papel y se lo dio y ella se lo metió en el bolso. Le preguntó si podía tocar el ejercicio en si mayor y él rió y dijo que podía tocar el 50 % en si mayor mientras tocara con las muñecas relajadas. Así que ella volvió a darle las gracias, cogió violín, viola, mandolina, bolso y flauta y salió.

Al cabo de un minuto estaba en la calle con la vista alzada hacia los edificios. Era la primera hora de la tarde.

Si la hubieran aceptado en la Juilliard, habría subido a lo alto del Empire State

Building y habría contemplado la ciudad conquistada; habría tenido Nueva York a sus pies.

No quería ir al Empire State Building, así que se fue caminando hasta el hotel Plaza para ver la fuente en la que Fitzgerald y Zelda habían bailado desnudos. Más adelante dijo que se había echado a llorar y a temblar junto a la fuente, pero pensando que era el día más feliz de su vida, porque cuando eres la menor de cinco hermanos, nadie te toma en serio, y ahora alguien la había tomado tan en serio como música como para decirle que debía practicar cuatro horas al día un mismo ejercicio. Si en la Juilliard le decían algo así, incluso su padre tendría que tomársela en serio y, milagrosamente, ella sola, de toda la familia, sería una auténtica artista.

Era cierto que en realidad quería ser cantante, pero al menos aquello era un principio.

Empezó a lloviznar, de modo que se fue al Saks de la Quinta Avenida para mirar jerséis y luego volvió a la estación y cogió un tren de vuelta a Filadelfia.

Llegó a casa y se explicó y nadie pareció comprender que alguien la había tomado en serio.

¿Qué sabe ese?, dijo mi abuelo. ¿Quién ha oído hablar de él? Si es un genio, ¿cómo es que no hemos oído nunca hablar de él, eh?

Tengo que practicar, dijo mi madre, y se fue a tocar el piano. El recuerdo de sus pesados brazos y las manos lastradas que se atrancaban sobre las teclas seguía fresco. Puso las manos sobre las teclas y durante una hora un terrible sonido sincopado surgió de aquella habitación. Todos los hermanos habían tocado agradablemente el piano desde los tres años; ningún Konigsberg había tocado jamás una escala, que se supiera. Mis abuelos no habían oído jamás nada tan espantoso en toda su vida.

Antes mis abuelos creían que no podía haber nada peor que oír el *Preludio n.º 24 en re menor* de Chopin 30 veces al día. Ahora pensaban que deberían haberse considerado afortunados. Mi abuela llegó al extremo de decir: ¿Por qué no tocas aquella bonita pieza que tocabas el otro día, Linda?

Mi madre dijo que no podía tocar nada más que el ejercicio durante dos meses.

Mientras tanto, todos los demás se preguntaban qué había ocurrido con Buddy, que se había ido con su amigo en el coche sin decir nada a nadie.

Mi madre dijo que tal vez se había ido al centro a comprarse un jersey.

Mi madre tocó durante horas día tras día, horas tan penosas de oír como de tocar. Al principio todo el mundo pensó que se rendiría. Los días se sucedieron y los

terribles sonidos machacones se prolongaban durante horas.

No sabía qué otra cosa hacer.

Pensando en ello en retrospectiva, cada aspecto de la audición resultaba mucho más embarazoso de lo que había sido en su momento, la sonata para viola, en particular, con las tres repeticiones y el nuevo andante, era un recuerdo que la atormentaba. Lo único bueno que se le ocurría era que al menos no había abierto la boca para cantar, pero al cabo de tres semanas de practicar el ejercicio, aún creía que no volvería a ser capaz de entrar con toda la inocencia del mundo en una sala para demostrar lo que sabía hacer.

El tío Buddy y mi madre querían ser cantantes porque les encantaba la ópera, pero en realidad no sabían cómo se hacía para conseguirlo.

Tal como ellos lo veían, era evidente que un conservatorio no podía aceptar a cualquier hijo de vecino, que evaluarían a la gente por su talento instrumental y que, una vez dentro, era cuando se podía empezar a cantar. Pero después de una audición, mi madre pensó que tal vez se hacía de otra manera. Si era preciso cruzar aquel desierto de trabajo técnico para poder tocar el piano, tal vez cualquier otro instrumento y tal vez la voz también estuvieran rodeados por un desierto similar.

Mi madre siguió practicando el ejercicio. No pertenecía al coro del colegio porque se pasaban la mayor parte del tiempo preparándose para las principales festividades cristianas del año. ¿Quién sabía lo que debía hacerse para convertirse en cantante?

Mi madre siguió practicando el ejercicio porque la Juilliard había dicho que el piano era su instrumento.

Un día mi abuela entró en la habitación. Dijo:

Ya sabes que tu padre solo quiere lo mejor para ti. Dijo: Lo estás volviendo loco. ¿Cómo crees que se siente un hombre como él oyendo esto día tras día? Dijo: Mira. No lo decidas hoy. Ya has practicado durante dos horas, ya basta por hoy. Ven conmigo al centro y ayúdame a elegir una blusa para tu hermana.

Se fueron de compras y su madre le compró un vestido de 200 dólares y otro de 250 y un sombrero y otro sombrero aún mejor, y un par de zapatos que hacían juego con uno de los sombreros. Volvieron a casa y su padre le ofreció un viaje a Florida que ella rechazó. Fueron de compras y su madre le compró seis jerséis de cachemira en tonos pastel.

Mi abuela siguió entrando en la habitación cada vez que mi madre intentaba practicar y mi madre se ponía cada vez más furiosa. Lo que había ocurrido era esto:

Mi abuelo había abandonado Viena en 1922, se había establecido en Filadelfia y había prosperado. La calidad de la música disponible no era en realidad comparable a lo que él estaba acostumbrado, pero, por lo demás, no le iba mal. Se casó y salió con bien de la Depresión, y la Segunda Guerra Mundial fue buena para el negocio porque se disparó la venta de anillos de boda. En otros aspectos, la guerra cambió sus puntos de vista.

La mayor parte de su familia seguía en Austria. Cuando uno es joyero, la gente cree que es millonario, así que tarde o temprano llegaría una carta, seguramente de alguien que a él nunca le había gustado, tendría que aportar varios miles de dólares para una garantía y luego se vería involucrado en una correspondencia prolongada. Pongamos a un hombre con un título de ingeniero y un año de experiencia como profesor universitario. Pongamos que ha tenido que renunciar a su puesto al final del curso porque los estudiantes de origen ario no debían corromperse siendo instruidos por una persona de sangre impura. Pongamos que ha pasado cierto tiempo trabajando en la industria, aunque no con el nivel que tenía acreditado. Digamos que recibe una oferta para dar clases en una universidad americana, que tú escribes al Departamento de Estado y el Departamento de Estado explica que, desgraciadamente, se requiere un mínimo de dos años de experiencia docente para que se apruebe su solicitud. Te ves involucrado en una correspondencia prolongada y un día le escribes al solicitante para explicarle lo que ocurre y no te contesta.

El señor Konigsberg no hablaba mucho de aquello, y cuando sus hijos le dijeron que querían ser músicos, ni siquiera lo mencionó de pasada, pero dijo que nunca se sabía lo que podía ocurrir. Dijo que ser contable no era el fin del mundo. Dijo que ser secretaria no era tan terrible.

Parecía como si las cosas que no decía fueran tan terribles que no podían expresarse, y por supuesto ser contable o secretaria no es tan terrible. Pero Linda había visto a cuatro hermanos hacer lo que no era tan terrible y ahora resultaba que no tenía absolutamente nada que ver con que el macartismo fuera antisemitismo disfrazado de ataque contra los comunistas, ni con sus posibilidades de trasladarse a Canadá o a Brasil si fuera necesario. En realidad se trataba de que su padre no podía soportar que hubiera personas cerca de él que practicasen según el patrón establecido por el mejor conservatorio del país. Bueno, si quieres arruinar la vida de los demás, perfecto. Si quieres recrear la maldita *Sonrisas y lágrimas* en casa, perfecto. Pero no le echas la culpa a Hitler.

Luego Buddy y el ateo volvieron y el ateo dijo que podían comprar un piano para el motel y que Linda podría practicar allí. Linda preguntó si no molestaría a los clientes y el ateo explicó que los clientes llegarían por la noche después de un largo día conduciendo y se marcharían a primera hora del día siguiente; eso era lo bueno de los moteles. Dijo sonriendo que, además, la llevaría al Helene's y le enseñaría a jugar al billar para que siempre tuviera algo en lo que apoyarse.

Algunas veces mi madre practicaba, pero una cosa llevaba a la otra, y a veces no lo hacía. El consejo del hombre vulgar fue una especie de maldición. No quería practicar si no podía hacerlo correctamente, de modo que cada vez tocaba menos y a veces no tocaba nada.

Yo antes pensaba que las cosas podrían haber sido distintas. Giesecking no tocó jamás una sola escala y Glenn Gould apenas practicó. Ellos se limitaban a mirar la partitura y a pensar, pensar y pensar. Si el hombre vulgar hubiera dicho Váyase y piense, el concepto habría sido igualmente revolucionario para un Konigsberg. Quizá él creía incluso que se debía pensar, pero no se le puede enseñar a nadie a pensar en una hora, solo puedes darle un ejercicio para que lo practique. A mi abuelo no le habría molestado la reflexión silenciosa, no habría ordenado amablemente a mi madre que disfrutara de su música, empujándola así a irse de casa, y todo podría haber sido diferente.

II

—Un auténtico samurái jamás se emborracharía tanto. Si es tan bueno como dices, parará el golpe.

Cabecilla de los samuráis cuando un impostor intenta unirse al grupo de seis

No es de extrañar que en Hollywood hicieran una nueva versión de *Los siete samuráis*, porque es semejante a las películas del Oeste por el empleo de un cuerpo de elite compuesto de valientes guerreros.

DAVID THOMSON,
A Biographical Dictionary of Film

1

*Nunca bajamos en Sloane Square
para ir al Nebraska Fried Chicken*

Acabamos de entrar en la estación de Motel del Mar, alias Aldgate: estamos recorriendo la Línea de Circunvalación en sentido contrario a las agujas del reloj. Las columnas están cubiertas de baldosas turquesa con diamantes de color lila sobre una única franja de color crema. Es un patrón de color que asocio con jaboncitos y toallas diminutas con anclas bordadas. ¿Qué clase de infancia es esa? Nunca ha estado en Daytona.

Cada día lo llevo a recorrer la Línea de Circunvalación del metro para no pasar frío. Puedo trabajar por la noche, mientras él duerme, pero no podemos tener la estufa encendida 20 horas al día. Él lo detesta porque no le dejo llevar el Cunliffe. Lo siento.

Recuerdo una ocasión, hace unos 10 años, o más bien 8, en que leía el libro X de *Ética nicomaquea* en un tren de la Línea de Circunvalación que se había detenido en la estación de Baker Street. Hasta el vagón se filtraba esa luz tenue y encantadora de color sepia; eran alrededor de las once de la mañana y estaba todo muy tranquilo. Pensé: Sí, la vida intelectual es la forma de felicidad más auténtica. Leer a Aristóteles no era ni siquiera entonces mi idea de la felicidad intelectual, pero al fin y al cabo es posible llevar una vida intelectual sin leerlo. Si pudiera leer todo lo que a mí me gustara, leería *The Semantic Tradition from Kant to Carnap*.

Eso es absolutamente imposible hoy, con L interrumpiéndome a cada momento para preguntar por una palabra. Está de malhumor porque detesta tener que preguntar; creo que piensa que si no para de preguntar le dejaré que mañana coja el diccionario homérico. James Mill escribió una historia completa de la India al tiempo que proporcionaba ayuda léxica al pequeño John, pero él no tenía que cargar una minúscula sillita con una pequeña biblioteca, un niño, Repulsive, Junior Birdman y Bit, y a pesar de disfrutar de las ventajas de una mujer, criados y chimenea en su habitación, se impacientaba y estaba de malhumor. Repulsive es un gorila de peluche de un metro de alto, Junior Birdman es una tortuga ninja de medio metro a la que su creador llamó Donatello erróneamente, y Bit es un ratón de goma de dos centímetros destinado a perderse 30 o 40 veces al día.

Y cuando no me interrumpes él, es la gente la que no deja de acercarse a nosotros. A veces le riñen en broma por pintar en un libro, y a veces lo miran con ojos desorbitados cuando se dan cuenta de lo que está leyendo. No parecen darse cuenta de lo malo que es eso para él. Hoy un hombre se ha acercado y ha dicho en tono de broma: No deberías pintar en el libro.

L: ¿Por qué no?

Bromista: Porque no está bien si alguien lo quiere leer.

L: Pero yo lo estoy leyendo.

El idiota, haciéndome un guiño idiota: ¿Ah, sí? ¿Y de qué trata?

L: Estoy en el trozo donde van a la tierra de los muertos y este es el trozo donde ella los convierte en cerdos y este es el trozo donde van a ver al rey de los vientos y este es el trozo donde afilan un palo con fuego y le sacan el ojo al Cíclope porque solo tiene un ojo y si se lo arrancan no podrá ver.

El cerebro que abandonó la escuela a los seis años mientras el cuerpo cumplía con el horario: Pues no fueron muy buenos, ¿no te parece?

L: Si alguien está a punto de comerte no tienes que ser bueno con él. Matar en defensa propia es aceptable.

Duro de mollera (con ojos desorbitados): ¡Caray!

L (por quincuagésima vez en el día): ¿Eso qué quiere decir?

Duro de mollera: Quiere decir que es absolutamente asombroso. (A mí.) ¿No le preocupa lo que ocurra cuando vaya al colegio?

Yo: Estoy desesperada.

El hombre que solo quería ser servicial: No tiene por qué ponerse sarcástica.

L: No es un idioma difícil. El alfabeto es un precursor del alfabeto con que se escribe el inglés, y son muy similares.

Ahora el hombre que solo quería ser servicial no solo está asombrado y tiene los ojos desorbitados por el infante homeroléxico, se le salen los ojos de las órbitas como solo se le pueden salir a un hombre que ha aplicado la navaja de Occam a las sílabas durante toda su vida. Me mira y me pregunta si puede sentarse.

El tren entra en la estación de Embankment. Grito «¡Sin salida!» y me bajo a toda prisa, empujando la sillita.

L hace lo mismo, luego baja corriendo las escaleras con el letrero de «Sin salida». Sigo a mi hijo como una madre sigue a su hijo. Nos ocultamos al doblar una esquina hasta que el tren se va, luego volvemos al andén y compramos un par de bolsas de

cacahuetes.

Por supuesto, L no ha estado leyendo la *Odisea* todo el tiempo. En la sillita cargamos también con *Colmillo Blanco*, ¡VIKINGO!, *Tar-Kutu: Dog of the Frozen North*, *Marduk: Dog of the Mongolian Steppes*, *Pete: Black Dog of the Dakota*, *LOS CARNÍVOROS*, *LOS DEPREDADORES*, *LOS GRANDES FELINOS* y *The House at Pooh Corner*. En estos últimos días también ha estado leyendo *Colmillo Blanco* por tercera vez. A veces nos bajamos del tren y él se dedica a correr de un lado al otro del andén. A veces cuenta hasta 100 o así en uno o varios idiomas, atrayendo las miradas de todo el vagón. Aun así ha leído la *Odisea* las veces suficientes para un sondeo informal de opinión en la Línea de Circunvalación sobre el tema de los niños pequeños y el griego.

Asombroso: 7

Demasiado pequeño: 10

Solo finge leer: 6

Idea excelente porque la etimología es muy útil para aprender ortografía: 19

Idea excelente, puesto que las lenguas flexivas son muy útiles para la programación informática: 8

Idea excelente, puesto que los clásicos son indispensables para entender la literatura inglesa: 7

Idea excelente porque el griego es muy útil para leer el Nuevo Testamento, siendo camello por el ojo de una aguja ejemplo de traducción incorrecta de una palabra similar que significa cuerda: 3

Idea horrible, puesto que el estudio de lenguas clásicas arraigado en el sistema educativo da lugar a una sociedad clasista: 5

Idea horrible porque un empeño excesivo en el estudio de lenguas muertas es directamente responsable de desatender las ciencias, del declive industrial y de la falta de competitividad de Gran Bretaña: 10

Idea estúpida porque debería estar jugando a fútbol: 1

Idea estúpida porque debería estudiar hebreo y aprenderlo todo sobre sus raíces judías: 1

Idea maravillosa porque en los colegios no enseñan gramática ni ortografía: 24

(Encuestados: 35. Abstenciones: ¿1.000?)

Ah, y casi se me olvida:

Idea maravillosa porque es maravilloso leer a Homero en griego: 0

Idea maravillosa porque el griego es una lengua maravillosa: 0

Ah, y también:

Idea maravillosa, pero ¿cómo le ha enseñado griego a un niño tan pequeño?: 8

En una ocasión leí en alguna parte que Sean Connery había dejado la escuela a los trece años y que más tarde había leído a Proust y *Finnegans Wake*, y esperaba siempre encontrar algún día en el metro a un entusiasta de dejar la escuela, el tipo de persona que solo lee algo porque es maravilloso (y por lo tanto detestaba la escuela). Por desgracia los entusiastas de dejar la escuela no se meten en la vida de los demás.

Al enfrentarme con consejos officiosos, siento la tentación casi irresistible de decir:

¿Sabe?, esto ha sido un terrible dilema para mí. Hace semanas que me estrujo el cerebro intentando descubrir si hago lo correcto, y por fin esta mañana he pensado: Ya sé, cogeré el metro, alguien en el metro podrá aconsejarme, y dicho y hecho, aquí está usted para decirme justo lo que tengo que hacer. Muchísimas gracias, no sé lo que habría hecho de no ser por usted.

Hasta ahora he resistido la tentación 34 veces de 35. *Pas mal.*

Cuando soy capaz de resistir la tentación, digo (lo cual es completamente cierto) que nunca fue mi intención que esto ocurriera.

TEMPLE EMBANKMENT WESTMINSTER ST. JAMES'S PARK

Etimología muy útil para la ortografía: 2

¿Cómo ha enseñado a un niño tan pequeño?: 1

VICTORIA SLOANE SQUARE SOUTH KENSINGTON

Etimología muy útil para la ortografía

GLOUCESTER ROAD HIGH STREET KENSINGTON NOTTING HILL GATE

Maravilloso

Maravilloso

Maravilloso

Etimología muy útil

PADDINGTON EDGWARE ROAD BAKER STREET y seguimos dando vueltas y vueltas

Un hombre se subió al metro en Great Portland Street y expresó sorpresa y aprobación.

Dijo que su hijo pequeño tenía la misma edad, pero que claro está no era ningún genio.

Le dije que creía que los niños pequeños tenían un talento natural para los idiomas.

Dijo:

¿Ha sido muy difícil enseñarle?

Y yo dije:

No, no mucho.

Y él dijo:

Bueno, me quito el sombrero ante los dos. Será de gran ayuda para él. Imagínese, todas esas palabras que son difíciles para un chico corriente y que este pequeño se las aprende en un día. ¡Hidrofobia! ¡Hemofilia!

El tren se detuvo en Euston Square, pero El que se quita el sombrero no paró:

¡Microscópico! ¡Macrobiótico! ¡Paleontológico, ornitológico, antropológico, arqueológico!

[Llegamos a King's Cross, pero no]

Sombrero:

¡Fotografía! ¡Telepatía! [VALE] ¡Psicópata! ¡Polígrafo! [VALE, VALE] ¡Democracia! ¡Hipocresía! ¡Éxtasis! ¡Epítome! [VALE, VALE, VALE] ¡Trilogía, tetralogía, pentalogía! [OH, NO] ¡Pentágono! ¡Hexágono! [BASTA] Octágono. Octópodo. [BASTA]

Enápodo.

El ocurrente [riéndose]:

Esa es nueva para mí.

Decápodo.

El ocurrente [riendo todavía]:

Esta es mi parada. [Se baja en Farringdon. Típico de los hombres]

Endecápodo.

[NO]

Dodecápodo.

[NO]

Treiskaidecápodo.

[Bueno]

Tessareskaidecápodo.

[Unas veces se gana y otras se pierde]

Pentekaidecápodo, hekkaidecápodo, heptakaidecápodo,

OKTOKAIDECÁPODO, enneakaidecápodo, eikosópodo.

Nunca fue mi intención que esto ocurriera.

Yo quería seguir el ejemplo del señor Ma (padre del famoso violonchelista) y aún no sé dónde me equivoqué. Sin embargo, dije que si sabía con certeza que 10 personas se interesarían en saber cómo se le enseña griego a un niño de 4 años, lo explicaría. 11 usuarios de la Línea de Circunvalación han dicho que querrían saberlo. Ahora desearía haber dicho 10 personas, excluyendo a los que creen que es una idea maravillosa porque en las escuelas no se enseña gramática y ortografía, pero era una oferta incondicional y cuando yo digo que haré una cosa, intento hacerla.

Creo que la última vez que he abordado este tema, he explicado que hice una pausa cuando introducía una entrevista con John Denver y que L me había interrumpido mientras leía el canto VI de la *Ilíada*. Lo último que quería yo era enseñarle griego a un niño de cuatro años, pero el Alien habló con voz dulce como la miel.

¿Qué es el Alien?, pregunta un lector.

El Alien es lo que quieras llamar a la cosa que encuentra razones engañosas para la crueldad, ¿y cómo esperan que acabe con estas continuas interrupciones?

Y el Alien dijo con voz dulce como la miel. Decía: No es más que un niño.

Y J. S. Mill dijo:

En el curso de la instrucción que he estudiado parcialmente, el punto más evidente superficialmente es el gran esfuerzo por dar, durante la infancia, una cantidad de conocimientos sobre lo que se consideran las

ramas más elevadas de la educación, que raras veces se adquieren (si llegan a adquirirse) antes de la edad adulta.

Y yo dije: NO NO NO NO NO

Y el señor Mill dijo:

El resultado del experimento demuestra la facilidad con que puede hacerse,

Y yo dije *FACILIDAD*.

Y él prosiguió, implacable:

y resalta la importancia del desafortunado modo en que se malgastan tantos años preciosos en adquirir los conocimientos mínimos de latín y griego comúnmente enseñados a los escolares; un desperdicio que ha llevado a muchos reformadores educativos a hacer la desacertada propuesta de eliminar completamente dichas lenguas de la educación general. Si yo hubiera sido extremadamente rápido de percepción por naturaleza, o hubiera tenido una memoria muy precisa y retentiva, o si mi carácter fuera extraordinariamente activo y enérgico, la prueba no habría sido concluyente, pero en todas esas cualidades estoy más bien por debajo de la media. Lo que yo pude hacer, sin duda puede hacerlo cualquier chico o chica de capacidad media y constitución saludable.

El Alien dijo que sería mejor decir que no y yo deseaba creerlo, pues la facilidad con que se puede introducir a un niño en lo que comúnmente se consideran las ramas más elevadas de la educación no es nada comparada con la facilidad con que puede no hacerse. Pensé: Bueno, quizá él sí. Pensé: Bueno.

Así que le di a L una pequeña tabla con el alfabeto y le dije: Aquí está el alfabeto, y él la miró perplejo. Cuando yo aprendí griego, lo primero que nos enseñaron fue una lista de palabras como φιλοσοφία, θεολοία o άνθρωπολογία, para que nos diéramos cuenta de que eran similares a filosofía, teología y antropología, y sintiéramos curiosidad por la lengua. Pero ese tipo de palabras no salen en un libro infantil como *Hop on Pop*, así que no son demasiado útiles para enseñar a un niño de cuatro años. De modo que le dije que había muchas letras iguales y, al ver que seguía perplejo, le expliqué pacientemente:

Hay muchas letras griegas que son iguales que las letras inglesas. A ver si sabes leer esto. Y escribí en un papel:

ατε

Y él dijo:

Ate.

Y escribí βατε y él dijo:

Bate.

Y escribí τεα, y él dijo:

Tea.

ατα, ata. τια, tía. κα, ka. τυ, tú. βοτε, bote. βατα, bata. τυβο, tubo.

Y dije:

Bien.

Y dije:

Hay otras letras que son diferentes. Y escribí: γ = g, δ = d, λ = l, μ = m, ν = n, π = p, ρ = r, σ, Σ = s, y dije: A ver si sabes leer esto.

Escribí γατα y él dijo:

¡Gata!

Y escribí δατο y él dijo:

¡Dato!

Y escribí λατα y él dijo:

¡Lata!

ματα: ¡mata! ρατα: ¡rata! λοτε: lote. μοτε: mote. νετο: neto. πετο: peto. σετο: ¡¡seto!!!

El Alien dijo que era suficiente por un día.

El señor Mill dijo que su padre había empezado a enseñarle vocablos griegos con tarjetas a la edad de tres años, y que lo que él había hecho sin duda podía hacerlo cualquier chico o chica de capacidad media y constitución saludable.

El señor Ma dijo que era demasiado para un solo día y que se había abarcado demasiado de manera superficial sin llegar a dominar nada.

Yo dije:

Creo que por hoy ya es suficiente.

Y él dijo:

¡NO! NO NO NO NO

Así que escribí: ξ = x. θ = z.

εξ: ¡ex! νεξο: nexo. λαξο: laxo. ταξι: taxi. θετα: ¡zeta!

Y dije:

Luego ya sabes cómo suena la J, y a veces la G. Y él dijo:

Ajá.

Bien. En griego hay un sonido parecido, aunque más suave, pero no usan una letra para ese sonido, sino que le ponen un pequeño gancho a la primera letra de la palabra. Así: ‘. Eso se llama aspiración, o espíritu áspero. Si una palabra empieza por vocal y

no tiene aspiración, se le pone un espíritu suave, o sea, un gancho que mira hacia el otro lado: ' . Nosotros pondremos una H y la pronunciaremos como una J más suave. Bien, ¿cómo dirías esto?

ιπο

Estuvo pensando un rato y por fin dijo:

¿Hipo?

Bien, dije. ¿Y esto?

ὀθ

Hoz, dijo.

ἴρα: ¡hira! ἴρα: ¡ira! ἔντε: ¡hente! ἔντε: ¡ente! ὕντο: ¡hunto! ὕντο: ¡unto!

¡Fantástico!, dije yo, y él dijo:

¡Qué fácil!

Y el Alien hizo un sonido gutural. *Coupez la difficulté en quatre*, decía, con una sonrisa repelente.

El señor Ma decía: Ya conoce mis métodos.

Yo pensé: Solo cinco minutos más. Puedo soportar cinco minutos más.

Bien, dije, porque lo siguiente es un poco más difícil. Hay cuatro letras griegas que representan sonidos que no tenemos, o que nosotros representamos con otras letras. Por ejemplo, la ζ, que suena como si pronunciaras la D y la S juntas, como en VED SEIS. Y la φ, que suena como la F. Y la χ, que suena como la J. Y luego ψ, que suena como si pronunciaras la P y la S juntas, como en RAPSODIA. ¿Quieres probar, o quieres que lo dejemos por ahora?

Respondió que probaría, así que escribí παρεζολα, y él lo estuvo mirando un buen rato y por fin dijo:

Paredsola.

Y escribí παρεζετο y él dijo:

Paredseto.

Y escribí πονεζαλ y él dijo:

Ponedsal. Y yo dije:

Fantástico.

χιραφα: ¿jirafa? χινετε: jinete. χεφε: jefe.

εφεβο, efebo. ενφαδο, enfado. ψικολογο, ¡psicólogo!

Y yo dije:

Fantástico.

Entonces él cogió el libro, lo miró y dijo que no podía leerlo. Yo le expliqué pacientemente:

Eso es porque el idioma es diferente y todas las palabras también. Si pudieras leer las palabras sería nuestro mismo idioma escrito con letras distintas.

Luego dije:

Mira, sacaré unas cuantas páginas que hice de este libro y podrás trabajar con ellas. Vale, dijo.

Así que me fui a buscar las cuatro páginas que había conseguido acabar. Hacía cuatro años había empezado a trabajar en una especie de *Aprenda la Ilíada usted solo*, con un vocabulario al pie de cada página de la traducción. Había hecho cuatro páginas y las había metido al final del diccionario homérico, y allí se habían quedado cuatro años seguidos sin que lograra pasar de la *Ilíada* 1.68. Era deprimente, pero al menos tenía unas cuantas páginas para L con un vocabulario al final.

Esto es para que empieces a leer las palabras, ¿vale?, dije. Señalaré unas cuantas palabras y puedes utilizar uno de los rotuladores Schwan Stabilo que uso para el árabe. ¿Qué color te gustaría más?

El verde, dijo.

Así que le di un Schwan Stabilo 33 y señalé unas cuantas palabras de las que más salían, pero, recordando a Roemer y el algo en el algo con el algo, intenté que no fueran solo preposiciones, artículos y conjunciones.

Entonces me di cuenta de que me había olvidado de explicarle las vocales largas y los diptongos.

No quería explicar las vocales largas y los diptongos. No quería explicarlos en aquel momento. Pero sabía, claro está, que si no lo hacía, L no tardaría ni una hora en interrumpirme y atosigarme para que se los explicara, y si no vuelvo a explicarlos, sé lo que ocurrirá: el poeta Keats se me aparecerá en sueños. Con el Homero de Chapman en una mano y el Oxford Classical Text en la otra, me observará fijamente con una expresión de pena inexpresable antes de abrir el Chapman con un suspiro lastimero. Aparecerá un sosia de Connery entre la niebla, mirándome con indignación silenciosa, y se alejará majestuosamente sin decir una palabra. Bien. La e larga tiene su propia letra, η, como en bee, y la o larga tiene su letra, ω, como en soo. Luego expliqué los diptongos αι: ai, αυ: au, ει: ei, οι: oi, ου: u, de un modo que dejo a la imaginación de cada cual, y volví con las palabras.

¿Cómo dirías esto?: πολλαῖς

¿Pollas?

Fantástico. Eso quiere decir muchos. ¿Y esto?: ψυχᾶς

Psujas.

SÍ. Es algo así como almas o espíritus. ¿Y estos?: ἡρώων, θεῶν, ἀνδρῶν

Heeroon, zeoon, androon.

SÍ. Significan, de los héroes, de los dioses, de los hombres. Ahora lo que quiero es que repases todo lo que puedas y señales con el rotulador cada vez que veas una de estas palabras. Más tarde ya nos ocuparemos de la gramática. ¿De acuerdo?

De acuerdo, dijo él.

Así que le tendí las hojas y le dije:

Ahí tienes.

Hemos recorrido toda la línea hasta volver a Blackfriars. L ha llegado al pentekaipentelontópodo bajo la mirada admirativa e indulgente de las personas que suben y pueden apearse después de unas cuantas paradas.

Él miró las hojas y me miró a mí.

No es tan difícil como parece, dije. Fíjate bien y búscame una de las palabras.

Él miró la hoja y encontró πολλᾶς en la tercera línea.

Eso es, dije. Ahora señalala con el rotulador verde y busca el resto, ¿de acuerdo?

Y él dijo:

De acuerdo.

OKTOkaipentekontópodo ENNEAkaipentekontópodo HEXEKONTópodo

[Bueno, da igual]

Volví al canto VI de la *Ilíada* y a los cinco minutos Baby Driver estaba de vuelta. Me dijo que iba a señalar los nombres de personas porque podía leerlos y no encontraba otras palabras que señalar. Le dije que era muy buena idea y se fue y yo volví a dirigir mi atención hacia Héctor y Andrómaca, pero volvió otra vez. Dijo que θεοῖς se parecía a θεῶν y que si valía porque no encontraba palabra para señalar.

Yo no ardía en deseos precisamente de simplificar y explicar siquiera los puntos más sencillos de la gramática griega a un niño de cuatro años, y no puedo decir que tenga ganas de hacerlo otra vez ahora, pero he dicho que lo haría, así que

HEKkaiHEXeKONTópodo HEptakaiHEXeKONTópodo OKTOkaiHEXeKONTópodo

lo haré.

Sin embargo, me resulta difícil concentrarme, de modo que acallaré la voz de mi conciencia refiriéndome tan solo a los puntos más importantes, como si en *Sonrisas y lágrimas* se redujera la canción «Doe A Deer» a una armonía de siete partes o heptafonía, como seguramente lo llamarían algunas personas (y no señalo a nadie).

Sí, puedes, dije, y también: ¿Recuerdas lo que significaba θεῶν?

De los dioses, contestó.

Sí. Bueno, θεοῖς significa a los dioses o por los dioses. ¿Y recuerdas lo que significaban ἡρώων y ἀνδρῶν?

De los héroes y de los hombres, dijo.

Pero no hay una palabra separada que signifique «de», ¿verdad que no?, sino que todo está en la misma palabra, así que un trozo de esa palabra tiene que significar «de». ¿Cuál crees que será?, pregunté, y yo no sé los demás, pero yo ya estoy a punto para oír «The hills are alive» (A-a-a-ah).

heptakaihebdomekontópodō

[Ah. Olvidémoslo]



Otro día en la Línea de Circunvalación. La casa está demasiado fría para quedarse en ella. Una lluvia helada barre la ciudad; el metro está seco y caliente.

LIVERPOOL STREET ALDGATE TOWER HILL MONUMENT

Demasiado joven

CANNON STREET MANSION HOUSE BLACKFRIARS

La etimología es muy útil

TEMPLE EMBANKMENT WESTMINSTER y otra vuelta y otra

En St. James's Park sube una mujer y ve la cabeza diminuta inclinada sobre un libro y unos dedos regordetes que pasan un rotulador Schwan Stabilo azul por la página. Sus ojos centellean, compartiendo la broma, buscando la complicidad adulta. Él levanta la vista y le regala una sonrisa encantadora, todo mofletes y ojos negros chispeantes y minúsculos dientes de leche.

¡Casi he acabado el canto XV!

¡Ya lo VEO!, dice ella. Debes de haber trabajado mucho.

Otro especial a lo Shirley Temple para la señora simpática.

L: ¡Lo empecé ayer!

¿No es adorable?: ¿EN SERIO?

Adorable: ¡Hoy he leído esto y esto y esto y esto, y ayer esto y esto y esto y esto y esto y esto y esto! [dedos diminutos pasan las páginas cubiertas de marcas de rotulador fluorescente de color rosa y naranja y azul y verde]

¿No es?: ¡Qué maravilla!

Maravilla: Me he leído la *Ilíada* y *De amiticia*, y tres cuentos del *Calila y Dimna* y

uno de *Las mil y una noches* y el de Moisés y el de José y su abrigo de muchos colores, y ahora tengo que leerme la *Odisea* y las *Metamorfosis* 1-8 y todo el *Calila y Dimna* y 30 cuentos de *Las mil y una noches* y el primer Libro de Samuel y el Libro de Jonás, y si aprendo la *cantillation* y 10 capítulos de álgebra...

Algo sorprendida: ¿Y por qué tienes que hacer todo eso?

Viva imagen de la inocencia: Porque lo dice Sibylla.

Horrorizada: ¿No es demasiado pequeño?, aunque la etimología es muy útil, claro está, para la ortografía, lengua flexiva muy útil, claro está, para la gramática que no enseñan en las escuelas, pero al fin y al cabo los clásicos forman parte del sistema educativo antiguo, ¿no sería mejor que estuviera jugando al fútbol? Creo que comete usted una terrible equivocación.

Respuesta estándar.

SLOANE SQUARE SOUTH KENSINGTON

Han transcurrido cuatro horas. Hemos recorrido la Línea de Circunvalación cuatro veces. Hemos ido dos veces al servicio; L ha recorrido todo el andén de Mansion House a la pata coja y ha vuelto cambiando de pierna. Al pasar por Tower Hill nos hemos apeado las cuatro veces para hacer muecas delante de la cámara de vídeo y vernos haciendo muecas en los monitores de TV. O, más bien, para vernos en un monitor. En los otros enseñan a veces un andén vacío, a veces un andén con unas cuantas personas, a veces un tren que entra en la estación tras doblar un recodo. Creo que son imágenes de cámaras que hay al otro lado del andén, pero parecen visiones de mundos posibles, mundos en los que el sol sale y los trenes se van sin ti. Hay sillitas, pero no las empujas tú, hay malos recuerdos que rehuir, pero no por ti.

2

99, 98, 97, 96

12 de diciembre de 1992

Me llamo Ludo. Tengo 5 años y 267 días de edad. Faltan 99 días para mi sexto cumpleaños. Sibylla me ha dado hoy este libro para que escriba en él porque dice que necesito practicar porque mi letra es atroz y en el colegio no me dejarán escribir en un ordenador todo el tiempo. Yo le he dicho que no sabía qué escribir y Sibylla me ha dicho que podía escribir sobre cosas que me gustaran para que así dentro de unos años pueda recordar las cosas que han ocurrido.

Una cosa que me gusta mucho son los polinomios, pero no me gusta la palabra binomio porque es incorrecta. He decidido que no la usaré jamás. Yo siempre uso el nombre correcto para un polinomio, hagan lo que hagan los demás. Mi palabra griega favorita es γαγγλίον y estas son todas las cosas que me gustan hoy.

13 de diciembre de 1992

Faltan 98 días para mi cumpleaños. Hoy ha ocurrido una cosa interesante y es que me he llevado el *Calila y Dimna* a la Línea de Circunvalación y alguien me ha preguntado si mi padre era árabe. Sibylla le ha preguntado: ¿De dónde ha sacado esa idea? La persona ha dicho: ¿Eso no es árabe? Sibylla ha contestado: Sí. Luego ha dicho que de todas formas mi padre no era árabe. Yo iba a preguntarle qué era, pero luego he decidido no hacerlo.

Creo que el griego y el árabe y el hebreo son mis lenguas favoritas porque tienen un dual. El griego tiene mejores modos y tiempos verbales, pero el árabe y el hebreo tienen mejores números duales, porque tienen un femenino dual y un masculino dual, pero el griego solo tiene el número dual. Le he preguntado a Sibylla si había alguna lengua con un número tridual y me ha dicho que no lo creía, pero que no conocía todas las lenguas del mundo. Ojalá hubiera una lengua con número dual, tridual,

cuatridual, quintadual, sextadual, septadual, octadual, nonadual y decadual. Si la hubiera, sería mi lengua favorita.

La Línea de Circunvalación es aburrida, pero he llegado hasta la *Odisea* 15.305. Me quedan 9 cantos.

14 de diciembre de 1992

97 días para mi cumpleaños.

Una cosa interesante que ha ocurrido hoy es que hemos cogido el metro en una dirección y luego en la otra y una señora se ha puesto a discutir con Sibylla. Sibylla le ha dicho: Pongamos el ejemplo de dos hombres a punto de morir en la hoguera. A se muere en un tiempo t de un ataque al corazón, mientras que B muere quemado en un tiempo $t + n$. Creo que todo el mundo estará de acuerdo en que la vida de B sería mejor si fuera n minutos más corta. La señora ha dicho que eso era muy diferente y Sibylla ha contestado que a ella le parecía exactamente lo mismo y la señora ha dicho que no tenía por qué gritar. Sibylla ha dicho que no estaba gritando, que solo creía que era barbarie obligar a una persona a morir en un tiempo $t + n$, ¡y ha dicho barbarie en un tono tan alto que todos los del vagón se han vuelto para mirar!

Barbarie viene de la palabra griega βάρβαρος, que significa persona no griega, pero que en inglés significa algo completamente distinto.

15 de diciembre de 1992

96 días para mi cumpleaños.

Hoy estaba leyendo la *Odisea* en el metro y un hombre se ha subido y ha dicho que era bueno que empezara tan joven. Me ha dicho que empezó a estudiar hebreo cuando tenía tres años y yo le he dicho que sé hebreo. Él me ha preguntado qué había leído en hebreo y yo le he dicho que la historia de Moisés y él me ha enseñado esta canción:

El faraón tenía una hija con una sonrisa que cautivaba
Encontró al bebé Moisés mientras en el Nilo nadaba
Lo llevó a la casa del faraón, dijo lo he encontrado en el río

El faraón le hizo un guiño y dijo ese cuento ya lo he oído.

Yo la he cantado tres veces y él ha dicho espléndido y que nunca es demasiado pronto para iniciar la educación religiosa. Ha preguntado a Sibylla si era mi padre quien me enseñaba o si estudiaba en la escuela o con un rabino y Sibylla le ha dicho que me enseña ella. Él ha dicho que era una lástima que todas las madres judías no se tomaran la educación religiosa tan en serio. Sibylla ha dicho que solo me enseñaba la lengua y él ha dicho claro, claro. Yo esperaba que preguntara si mi padre era judío, pero no lo ha hecho. Cuando se ha bajado del tren se lo he preguntado a Sibylla y me ha dicho que no lo sabía, que no había surgido en la conversación, pero que creía que no.

16 de diciembre de 1992

95 días para mi cumpleaños.

Una cosa curiosa es que nadie me ha preguntado nunca si mi padre es griego, aunque llevo mucho tiempo leyendo la *Odisea* en el metro. Hoy he leído un cuento de Babar, pero nadie me ha preguntado si es francés.

Hablando del francés, hoy en el metro ha ocurrido una cosa graciosa. Una señora se ha puesto a discutir con Sibylla, que le ha dicho: Pongamos el ejemplo de dos hombres a los que van a arrancar las entrañas ritualmente. A muere en un tiempo t de un ataque al corazón y B muere en un tiempo $t + n$ porque alguien le clava un cuchillo de piedra en el pecho y le arranca el corazón con las manos desnudas, creo que todos estarían de acuerdo en que la vida de B no ha mejorado con los n minutos adicionales en los que le clavaban el cuchillo de piedra y la señora ha dicho: *Pas devant les enfants*. Yo le he dicho: *Parlez-vous français?* La señora se ha sorprendido mucho. Sibylla le ha preguntado si estaría más cómoda continuando la conversación en bengalí. La señora ha dicho: ¿Perdón? Sibylla ha dicho: ¿O tal vez en algún otro idioma que él no conozca? Ha dicho que no sabía mucho de ruso, húngaro, finés, vasco e islandés, pero que podía apañárselas en español, portugués, italiano, alemán, sueco, danés o bengalí. Yo me he sorprendido, porque no sabía que Sibylla hablara esos idiomas. No creo que la señora supiera hablarlos. He preguntado cuándo podría aprender esos idiomas, y Sibylla me ha dicho que cuando hubiera aprendido el

japonés. He preguntado si mi padre era francés y Sibylla ha dicho que no.

17 de diciembre de 1992

Hoy hemos vuelto a coger el metro. Ha sido aburrido. He leído la *Odisea* XVII una parte del tiempo y el resto *Colmillo Blanco*. De vuelta a casa le he preguntado a Sibylla si mi padre era ruso, húngaro, finés, vasco, islandés, español, portugués, italiano, alemán, danés o bengalí. Ha dicho que no.

94 días para mi cumpleaños.

3

*Nunca bajamos en Embankment
para ir al McDonald's*

y otra vuelta y otra vuelta y otra vuelta y

L ha llegado hasta la *Odisea* XVII. Esto no es nada bueno para él. Cientos de personas diciendo maravilloso, asombroso, demasiado pequeño, es un genio. A mí me parece que no se necesita una inteligencia milagrosa para comprender el simple hecho de que Ὀδυσσεύς es Odiseo. Si uno continúa hasta comprender 5.000 hechos simples similares, lo único que demuestra es que es un prodigio de obstinación.

En cualquier caso, he estado viendo con L *Los siete samuráis* una vez a la semana para contrarrestar la deplorable influencia de la Línea de Circunvalación. Pero hoy ha ocurrido algo terrible.

Una mujer que estaba sentada enfrente ha visto el *Reader of Handwritten Japanese* cerrado sobre mi regazo y me ha preguntado si estudiaba japonés y yo le he contestado que más o menos.

Nueve botellas verdes colgadas de la pared

Le he dicho que principalmente estaba aprendiendo el idioma para poder entender *Los siete samuráis* de Kurosawa y también (si alguna vez llegaba a salir en vídeo) *Five Women Around Utamaro* de Mizoguchi, que había visto cinco días seguidos en el cine Phoenix, y que también estaba interesada en un texto titulado *Tsurezuregusa* de un sacerdote budista del siglo XIV.

NUEVE BOTELLAS VERDES COLGADAS DE LA PARED

Oh, ha dicho, y también que había visto *Los siete samuráis*, pero la otra película no, y que era maravillosa.

Sí, he dicho.

Y ella ha dicho:

Es un poco larga, pero maravillosa. Claro que básicamente es muy simple, ¿no? Supongo que en eso consiste su atractivo, un poco como en *Los tres mosqueteros*, un grupo de elite...

¿CÓMO?, he dicho.

¿Perdón?

¡GRUPO DE ELITE!, he dicho, mirándola con espanto.

Y ella ha dicho que no había necesidad de gritar.

Y si UNA BOTELLA VERDE cayera por accidente

Habría OCHO BOTELLAS VERDES colgadas de la pared

Empecé a imaginar a L viendo en la película todo tipo de cosas que no serían incompatibles como arrojar a una persona desde un avión obedeciendo órdenes de un tercero.

OCHO BOTELLAS VERDES COLGADAS DE LA PARED

Le he dicho cortésmente, pero con firmeza: Creo que si vuelve usted a ver la película, se dará cuenta de que los samuráis no son, de hecho, un grupo de elite. Desde luego otros directores menores han sucumbido al atractivo del elitismo de un grupo con resultados predecibles, pero Kurosawa no.

Ella ha dicho que no había necesidad de adoptar ese tono

OCHO BOTELLAS VERDES COLGADAS DE LA PARED

y yo le he dicho cortésmente: En esencia la película trata sobre la importancia del pensamiento racional. Deberíamos extraer nuestras conclusiones de las pruebas de que disponemos, en lugar de lo que hemos oído, y procurar no dejarnos influir por ideas preconcebidas. Deberíamos esforzarnos en ver lo que nosotros seamos capaces de ver en lugar de lo que nos gustaría.

¿Qué?, ha dicho ella.

Y si una botella verde cayera por accidente

Además, he dicho, deberíamos recordar que las apariencias engañan. Puede que no dispongamos de todos los hechos. Solo porque alguien sonrío no quiere decir que no estaría mejor muerto.

SIETE BOTELLAS VERDES COLGADAS DE LA PARED

Pongamos, he dicho, que A ve a su mujer, B, morir en la hoguera en un tiempo t . A sobrevive. Más tarde vemos a A cantando en un ritual local. C observa el ritual y cree que A se ha destapado. Deducimos que C no conoce la totalidad de los hechos y que está influido por sus ideas preconcebidas, puesto que

Todo eso parece bastante clínico, ha dicho ella.

¡Clínico!

HABRÁ SEIS BOTELLAS VERDES COLGADAS DE LA PARED

¿Eso no es más bien morboso?, ha dicho ella.

Yo he señalado que si la arrojaran a un tanque lleno de tiburones, no le parecería morboso pensar en la posibilidad de salir del tanque.

En resumidas cuentas, las dos creemos que es una película maravillosa, ha dicho ella con simpatía.

Yo he temido que me fuera a dar otro ejemplo, pero por suerte hemos llegado a la estación de Moorgate y era su parada.

SEIS BOTELLAS VERDES COLGADAS DE LA PARED

SEIS BOTELLAS VERDES

[Podría ser peor. Podría estar cantando 100 botellas de cerveza colgadas de la pared, en lugar de una canción que, no solo cuenta hacia atrás, sino que empieza por 10.]



277 grados sobre el cero absoluto.

De acuerdo, he dicho, volveremos a la Línea de Circunvalación. Y hemos vuelto a discutir sobre el Cunliffe.

Yo: Mira, no tiene sentido llevar un diccionario cuando no hay sitio donde ponerlo. No puedes usarlo si te lo pones sobre las rodillas con el libro encima. Ya lo has probado antes y no va bien.

L: Por favor.

Yo: No.

Lo ideal sería ir a un sitio con mesas, como el Barbican o el South Bank Centre, pero es imposible ir a ninguno de los dos sitios sin encontrarse en cada esquina con bares, cafeterías, restaurantes y vendedores de helados, donde venden alimentos caros y apetitosos que L quiere y yo no puedo pagar.

Por favor No Por favor No Por favor

He imaginado otro día como los 17 anteriores, 10 horas de maravilloso, asombroso, demasiado pequeño, es un genio. He imaginado otro día como el de ayer, más maravilloso, asombroso, demasiado pequeño, es un genio, además de estupideces sobre grupos de elite, por no mencionar las horas dedicadas a explicar palabra por palabra, visitar lavabos inaccesibles para sillitas y sonreír afablemente escuchando 273 versos (10 + 0 + —262) de la canción de las botellas verdes. ¿Podía estar segura de que no empezaría de nuevo en el —263, o más bien, podría alguien que conociera al niño creer en la más mínima posibilidad de que no lo haría? No. Así que he dicho:

De acuerdo, olvidemos la Línea de Circunvalación. Cogemos el Cunliffe y nos iremos a la National Gallery, pero no quiero que digas UNA SOLA PALABRA. Y nada de entrar corriendo por puertas que dicen: No entrar y solo personal autorizado. Tenemos que pasar desapercibidos. Tiene que parecer que hemos ido a ver los cuadros. Hemos estado mirando los cuadros y nos duelen tanto los pies que nos hemos sentado un momento para descansar. Solo nos hemos sentado un momento a descansar para poder seguir viendo los cuadros.

Natürlich, ha dicho el Fenómeno.

Eso ya me lo has dicho otras veces, he dicho, pero he metido el Cunliffe debajo de la sillita junto con la *Odisea XIII-XXIV*, *Fergus: Dog of the Scottish Glens*, *Tar-Kutu*, *Marduk*, *Pete*, ¡*LOBO!*, *El reino del pulpo*, ¡*CALAMAR!*, *The House at Pooh Corner*, *Colmillo Blanco*, *Kanji ABC*, *Kanji from the Start*, *A Reader of Handwritten Japanese*, este cuaderno y varios sándwiches de jamón y mantequilla de cacahuete. He sentado a L en la sillita con sus inseparables y nos hemos ido.

Ahora estamos sentados frente al retrato del Dogo de Bellini. L está leyendo la *Odisea XVIII*, consultando el Cunliffe a intervalos (intervalos poco frecuentes). Yo miro el retrato del Dogo (alguien tiene que hacerlo).

He traído cosas para leer, pero la sala está tan caldeada que cabeceo sin poder evitarlo y me despierto sobresaltada. Medio en sueños veo al monstruoso heiskaihekatontópodo recorriendo el lecho marino y al pentekaipentekontópodo huyendo de él. Vuelve y pelea como un hombre, dice en tono de burla, puedo vencerte con una mano atada a la espalda (je je je). Resulta extraño pensar que Thatcher podía trabajar únicamente con tres horas de sueño; yo con cinco me quedo idiota perdida. Jamás, jamás, jamás, jamás, jamás debería haberle dicho que leyera todas esas cosas, pero es demasiado tarde para retractarse.

Creo que el guarda sospecha.

Finjo tomar notas.



En cuanto Liberace y yo nos metimos en su cama desnudos comprendí que había sido una estúpida. Después de tanto tiempo, lógicamente no recuerdo todos los detalles, pero si hay una forma musical que detesto más que cualquier otra es el popurrí. En un momento dado, el músico, o más bien la banda de vejestorios, está tocando una versión con arreglos excesivos de «The Impossible Dream»; de repente, en mitad de una estrofa, sin motivo aparente, un viraje brusco que te revuelve el estómago te lleva a otro tono y te encuentras en medio de «Over the Rainbow»; viraje brusco, «Climb Every Mountain»; viraje brusco, «Ain't no Mountain High Enough»; viraje brusco, viraje brusco, viraje brusco. Bien, pues solo hay que imaginar a Liberace, manos, boca, y pene, ahora aquí, ahora allí, tan pronto aquí como allí, y otra vez tan pronto allí como aquí, empezando algo para pararse y volver a empezar en otra parte, y se tiene una descripción exacta del popurrí borracho.

El popurrí terminó por fin y Liberace se quedó profundamente dormido.

Yo quería despejarme la cabeza. Quería distancia, frialdad y precisión.

Escuché un rato mientras Glenn Gould tocaba piezas de *El clave bien temperado*. En las sesiones de grabación, Gould solía hacer nueve o diez versiones diferentes de una pieza, con cada nota perfecta y cada una de ellas con un carácter absolutamente definido que las distinguía de las demás, de modo que, al tocarla, llevaba la huella de todas las que no habían sido elegidas. Yo no soy capaz de reproducir mentalmente una fuga, de modo que escuché aquella extraña versión del *Preludio en do menor*, Libro I, que empieza con cada nota staccata, y luego dos tercios más abajo de la primera página las notas empiezan a sucederse de pronto con mucha suavidad, quedamente, y luego escuché el *Preludio n.º 22 en si bemol menor*, que yo no podía tocar nunca sin el pedal. Creo que, si bien no se debía quizá tocar con el pedal, al menos debería tocarse legato. Sin embargo, la violenta brusquedad con que Gould toca esta pieza desplazó con su frialdad y su falta de naturalidad la expresividad intencionada con que Liberace aburre el corazón.

Liberace aún dormía. Tenía la cabeza sobre la almohada, con el rostro tal como lo

había visto y el cráneo conteniendo un cerebro dormido. Qué crueldad que tengamos que despertarnos cada día para responder al mismo nombre, revivir los mismos recuerdos, adoptar los mismos hábitos y estupideces con los que cargábamos el día anterior antes de acostarnos. No quería ver cómo se despertaba y seguía tal como había empezado.

No quería estar allí cuando se despertara, pero habría sido una grosería marcharse sin más. Por otro lado, era imposible escribir una nota. No podía darle las gracias por una noche encantadora, porque eso no se hace. No podía decirle que esperaba volver a verlo porque, ¿y si lo tomaba como una invitación a volver a vernos? No podía decirle que había sido horrible y que esperaba no volver a verlo nunca más porque sencillamente eso no se hace. Si intentaba escribir una nota breve que dijera algo sin decir ninguna de esas cosas, cinco o seis horas después de que él se hubiera despertado aún no habría terminado.

Entonces se me ocurrió una idea.

Pensé que lo que debía hacer era insinuar que habíamos tenido una conversación interesante que casualmente se había interrumpido porque yo debía marcharme (para acudir a una cita, por ejemplo). En lugar de señalar el final, la nota debía presentarse a sí misma como un elemento más de la conversación que seguía su curso y tan solo había sido postergada. La nota debía dar por supuesto que Liberace estaba interesado en cosas como la piedra de Rosetta, y debía pretender ser la respuesta a un escepticismo percibido sobre la posibilidad de presentar tal cosa de un modo que fuera comprensible en general, presentándose así como parte de una discusión no concluida que habría de reanudarse en una fecha posterior indeterminada. Todo lo que tendría que hacer era escribir un corto pasaje en griego, como si estuviera dirigido a ese interesado escéptico, con traducción, transcripción, vocabulario y comentarios gramaticales, esforzándome, claro está, en escribir estos últimos como si fueran para el tipo de persona que no se cansa jamás de hablar de cosas tales como la voz media, el número dual, el aoristo y la tmesis. No suelen dárseme bien los dilemas sociales, pero a mí aquello me pareció una genialidad. Tardaría una hora aproximadamente (mucho mejor que las cinco horas necesarias para una nota imposible de escribir), y la trama final de falsos supuestos prácticamente garantizaría que Liberace no querría volver a verme nunca más, al tiempo que evitaría una crueldad gratuita sin apartarme ni un instante de la verdad.

Me levanté, me vestí, me fui a la habitación contigua y cogí una hoja de papel de

su mesa. Luego saqué mi pluma Edding 0.1 del bolso porque iba a intentar comprimirlo todo en una sola página. Me senté y me puse manos a la obra. Eran sobre las 3 de la madrugada.

«Parecías dudar de que una piedra de Rosetta fuera posible (empecé con tono desenfadado). ¿Qué te parece esto?

Ilíada XVII, Zeus se compadece de los caballos de Aquiles que lamentan la muerte de Patroclo

Μυρομένω δ' ἄρα τῷ γε ἰδὼν ἐλέησε Κρονίων,
myromenō d' ara tō ge idōn eleēse Kroniōn

Viéndolos llorar, el hijo de Cronos se compadeció,
ὦ
κινήσαζ δὲ κάρη προτὶ ὄν μυθήσατο θυμόν·
kinēsas de karē protī hon mythēsato thymon

y moviendo la cabeza, habló su corazón:

ἄ δειλῷ τί σφῶϊ δόμεν Πηλεΐϊ ἄνακτι
ā deilō, ti sphōi dōmen Pēlēi anakti

«Ah infelices, ¿por qué os entregamos al rey Peleo,

θνητῶ, ὑμεῖζ δ' ἐστὸν ἀγήρω τ' ἀθανάτω τε;
thnētōi, hymeis d' eston agērō t' athanatō te

un mortal, cuando vosotros sois inmortales?

ἦ ἴνα δυστήνοισι μετ' ἀνδράσιν ἄλγε' ἐχῆτον;
ē hina dystēnoisi met' andrasin alge' ejēton

¿Fue para que pasarais penas con los desdichados hombres?

οὐ μὲν γάρ τί πού ἐστιν οἰζυρότερον ἀνδρὸζ
u men gar ti pu estin oizyrōteron andros

Pues no hay ser más desdichado que el hombre

πάντων ὅσσα τε γαῖαν ἔπι πνεῖει τε καὶ ἔρπει.
pantōn hossa te gaian epī pneiei te kai herpei

de todas las cosas que respiran y se arrastran sobre la tierra.

ἄλλ' οὐ μὰν ὑμῖν γε καὶ ἄρμασι δαιδαλέοισιν
all' u man hymin ge kai harmasi daidaleoisin

Pero ni vosotros ni el carro resplandeciente

Ἕκτωρ Πριαμίδης ἐποχίσεται οὐ γὰρ ἐάσω.
Hektōr Priamidēs epojēsetai u gar easō.

llevaréis a Héctor, hijo de Príamo, pues yo no lo consentiré».

Hasta aquí todo bien. Solo eran las 3.15 de la madrugada y aquí tenía ya más ayuda para el descifrador que la que la piedra de Rosetta le había dado a Champollion. De hecho, no pude evitar pensar en que la vida sería mucho más fácil si me limitaba simplemente a añadir un «Ciao» poco comprometedor, en lugar de luchar contra la resaca y la falta de sueño extendiéndome en detalles gramaticales. Sin embargo, el texto tal cual estaba parecía muy poca cosa. Aparte de la transcripción, no ofrecía nada que no estuviera fácilmente accesible en las páginas de la Loeb Classical Library. Como mensaje en una botella carecía totalmente de convicción y, además, sería demasiado obvio que redactarlo no podía haberme costado más de 15 minutos. Así que seguiría siendo necesario escribir una nota, a menos, claro está, que dejara una muestra de talento más plausible para la posteridad, y escribí:

Μυρομένω: llorar [masculino/femenino acusativo dual participio medio] δ' ἄρα: y entonces, y así [partículas conectoras] τῶ: a ellos [M/F acusativo dual pronombre] γε: partícula enfática ἰδῶν: viendo [M. nominativo singular participio aoristo] ἔλεησε: se compadeció [3.ª persona singular indicativo aoristo] Κρονίων: el hijo de Cronos (Zeus).

y seguía sin tener nada que pudiera concluirse con un despreocupado *ciao*.

También era inútil como mensaje en una botella porque estaba lleno de términos gramaticales sin explicar, que realmente debían ser explicados o eliminados. Pero no podía eliminarlos sin volver a escribirlo todo otra vez, y no podía explicarlos sin llenar varias hojas. Pero ¿y si me hubiera dejado llevar y hubiera comentado el pasaje palabra por palabra sin darme cuenta del problema hasta más tarde?

κινήσας: moviendo [masculino nominativo singular participio aoristo] δὲ: y [conjunción] κάρη: cabeza προτὶ; ...
μυθήσατο: hablé [3.ª persona singular indicativo medio aoristo] ὄυ: su θυμόν: alma, espíritu, pensamiento, corazón [masculino acusativo singular]

ὄ: ah δειλώ: infelices [masculino/femenino vocativo dual] τί: por qué σφῶϊ: vosotros [2.ª persona acusativo dual]
δόμεν: os entregamos [1.ª persona plural indicativo aoristo] Πηληϊῆ: Peleo (padre de Aquiles) ἀ[nakti: al rey
[masculino dativo singular 3.ª declinación]

θνητῶ: mortal [masc. dativo singular 2.ª declinación] ὑμεῖς: vosotros [2.ª persona nominativo plural] δ': pero
[conjunción] ἐστὸν: sois [2.ª persona dual indicativo] ἀγήρω: sin edad [M/F nominativo dual] τ' ... τε: ambos
... y ἄθανάτω: inmortales [M/F nominativo dual]

ἦ: «verdaderamente» [adverbio] ἵνα: para que δυστήνοισι: desdichados [M dativo plural] μετ,: con ἀνδράσιν:
hombres [M dativo plural] ἄλγε': dolores, pesares [neutro acusativo plural] ἔχρητον: tuvierais [2.ª persona dual
subjuntivo]

οὐ: no μὲν [partícula introductoria] γάρ: pues τί: nada [neutro nominativo singular] ποῦ: en ninguna parte ἔστιν:
es [3.ª persona singular presente indicativo] ὀϊζυώτερον: más desdichados/miserables [neutro nom. sing.
comparativo] ἀνδρός: que el hombre [M genitivo singular después de adjetivo comparativo]

πάντων: de todas las cosas [neutro genitivo plural] οἴσσα: entre muchas cosas [neutro nominativo plural] τε
[partícula que denota generalización] γαῖαν: tierra [fem. acusativo singular] ἔπι: sobre [aquí pospositivo]
πνεῖει: respiran [3.ª persona singular presente indicativo dependiente de un sustantivo neutro plural] τε καὶ:
ambos y ἔρπει: se arrastran [3.ª persona sing. pres. indicativo]

ἀλλ,: pero οὐ: no μᾶν: partícula enfática ὑμῖν: vosotros [2.ª persona dativo plural] γε [partícula enfática] καὶ: y
ἄρμασι: carro [neutro dativo plural] δαίδαλέοισιν: resplandeciente, hecho con ingenio [neutro dativo plural]

Ἐκτωρ: Héctor Πριαμίδης: hijo de Príamo ἐποχῆσεται: será llevado [3.ª persona singular futuro indicativo
pasivo] οὐ: no γὰρ: pues ἔάσω: lo permitiré [1.ª persona singular futuro indicativo activo]

Era más largo de lo que esperaba.

También me había llevado más tiempo del que creía (dos horas). Aun así, seguía siendo mejor que una nota imposible en cinco horas. Añadí un párrafo final en el que señalaba que, para tener una auténtica piedra de Rosetta, seguramente se necesitaría una tercera columna en chino, pero desgraciadamente no conocía ningún ideograma, y luego decía que si alguna vez se había encontrado con el poema de Keats, al buscar algo en el Homero de Chapman seguramente le interesaría y le sorprendería ver que esto era lo que Chapman había escrito:

Bla bla bla bla bla bla Júpiter vio su ánimo apesadumbrado,
Y (compadeciéndolos) habló para su corazón: Pobres e infelices bestias (dijo)
¿Por qué a un rey mortal os dimos? Bla bla bla bla bla bla
¿Bla bla bla?
¿Bla bla bla?
De todas las cosas miserables que respiran y se arrastran sobre la tierra,
No la hay más miserable que el hombre. Y a causa de vuestro inmortal nacimiento,

y luego me limitaba a decir ya ves que fácil sería espero que te guste tengo que irme a toda prisa... S, y después de la S escribí un garabato porque pensé que existían muchas posibilidades de que no se hubiera quedado con mi nombre la noche anterior.

Luego puse el papel sobre la mesa, donde era más probable que lo viera. La idea me había parecido muy convincente y sofisticada en la cama, sin embargo, ahora me preguntaba si Liberace se daría cuenta de lo que le daba a entender cortésmente, etcétera, etcétera, o si solo le parecería estafalario. Demasiado tarde, así, adiós.

Al llegar a casa pensé que debería dejar una existencia sin rumbo. Es más duro de lo que se cree abandonar una existencia sin rumbo, y si no te es posible, lo único que puedes hacer es intentar introducir un elemento que le dé sentido a tu existencia.

No sé si a Liberace le gustaron los caballos de Aquiles (por los comentarios que hizo, no me sorprendería enterarme de que, al leer el Chapman, se sintió como Cortés al contemplar el Pacífico). En cualquier caso me había hecho feliz escribir el pasaje, y pensé que podría hacer lo mismo con toda la *Ilíada* y con la *Odisea*, con páginas intercaladas para explicar diversos rasgos gramaticales, dialectales y de redacción formulaica. Podía hacer imprimir las ediciones por unos cuantos miles de libras y venderlas en un mercadillo y la gente podría leerlos tanto si había estudiado francés, como latín, como cualquier otra asignatura sin importancia en la escuela. Después podría hacer algo similar con otros idiomas más difíciles aún de estudiar en la escuela que el griego, y aunque puede que tuviera que esperar otros 30 o 40 años para que mi cuerpo se uniera a las cosas insensibles de este mundo, al menos, mientras tanto la sensibilidad no carecería tan absolutamente de sentido.

Un día Emma me invitó a su despacho para hablar. Me explicó que iba a dejar la empresa. ¿Qué haría yo?, me preguntó. Si su trabajo desaparecía, lo mismo ocurriría con el mío. No llevaba tiempo suficiente en la empresa para tener derecho a la baja por maternidad retribuida. ¿Pensaba volver a Estados Unidos para tener el niño?

No supe qué decir.

No dije nada y Emma me hizo alguna sugerencia práctica. Me dijo que el editor iba a lanzar un proyecto en el lenguaje del siglo xx, que implicaba introducir y codificar textos de revistas en ordenador; me dijo que había hecho averiguaciones y que creía que podía meterme en el asunto con el permiso de trabajo que tenía. Dijo que no

habría ningún problema en llevarse el ordenador para trabajar en casa, puesto que la oficina iba a desaparecer. Dijo que conocía una casa cuya dueña no tenía dinero para reformarla y temía que se le llenara de «ocupas» si no la alquilaba; dijo que la dueña me la alquilaría por 150 libras al mes si no le pedía que la arreglara. Yo no supe qué decir. Ella añadió que lo comprendería si yo decidía volver a Estados Unidos para estar con mi familia. No supe qué decir. No dije que nadie podría entender semejante cosa, porque sería una locura que lo hiciera. Le dije: Muchas gracias.



Alcé la vista para ver qué tal le iba a L. la *Odisea* XIII-XXIV estaba vuelto hacia abajo sobre el banco y a L no lo vi por ninguna parte. No recordaba cuándo lo había visto por última vez. Pensé en ir a buscarlo, pero eso significaba dejar el único sitio donde él sabía que podía encontrarme.

Miré el libro para ver hasta dónde había llegado. Las posibilidades de que me librara de enseñarle japonés parecían escasas. Empecé a hojear *Colmillo Blanco* por pasar el tiempo.

Al cabo de un rato oí una voz familiar.

¿Le gustaría oírme contar hasta mil en árabe?, preguntaba la voz.

¿Me has dicho que tu mamá estaba en la sala 61?

Sí.

Entonces tendremos que dejarlo para otro momento.

¿Cuándo?

Otro día. ¿Este niño es su hijo?

Delante tenía a un guardia de seguridad y a L.

Sí.

L dijo:

He ido al lavabo yo solo.

Bien por ti.

Guardia:

Nunca adivinará dónde lo he encontrado.

¿Dónde lo ha encontrado?

Guardia:

No lo adivinaría ni en un millón de años.

¿Dónde?

Guardia:

Abajo, en el sótano, en uno de los almacenes. Al parecer ha bajado las escaleras y

se ha colado por una de las puertas del personal.

Oh.

Guardia:

No ha pasado nada, pero debería vigilarlo más de cerca.

Bueno, no ha pasado nada.

Guardia:

No, pero debería vigilarlo más de cerca.

Bien, lo tendré en cuenta.

Guardia:

¿Cómo se llama?

Ojalá la gente no hiciera ese tipo de preguntas.

Cuando estaba embarazada, pensaba siempre en nombres atrayentes como Asdrúbal e Isambard Kingdom y Thelonius y Rabindranath y Darío Jerjes (Darío J.) y Amédée y Fabius Cunctator. Asdrúbal era el hermano de Aníbal, el general cartaginés que cruzó los Alpes con elefantes en el siglo III a.C. para hacerle la guerra a Roma. Isambard Kingdom Brunel era un genio de la ingeniería británica del siglo XIX. Thelonius Monk era pianista, un genio del jazz. Rabindranath Tagore era un erudito bengalí. Darío era un rey persa, igual que Jerjes. Amédée es el nombre de pila del abuelo del narrador de *En busca del tiempo perdido*. Y Fabius Cunctator era el general romano que salvó a Roma de Aníbal, retrasando su avance. Todos ellos tenían nombres que uno no debería en realidad ponerle a un niño, así que, cuando nació, tuve que pensar otro deprisa.

Pensé que lo ideal sería un nombre que sirviera tanto si era serio y reservado, como un machote, un nombre como Stephen, que podía ser Steve, o David, que podía ser Dave. El problema era que prefería David a Stephen y Steve a Dave, y no podía arreglarlo poniéndole Stephen David o David Stephen porque una serie de dos troqueos con una v en medio sonaría ridícula. No podía ponerle David y llamarlo Steve para abreviar, sería raro. La gente no hacía más que acercarse a mi cama para preguntarme cómo se llamaba el niño, y yo les contestaba: «Bueno, estaba pensando en Stephen», o «Estaba pensando en David», y en una ocasión resultó que la persona en cuestión era una enfermera con un impreso, que escribió lo que fuera que estaba yo pensando en aquel momento, y se lo llevó y eso fue todo.

Me dieron el certificado de nacimiento cuando me fui, y era uno u otro. Cuando llegué a casa se hizo evidente que su nombre era Ludovico, de modo que así lo llamé,

puesto que en realidad no tenía elección.

Lo llamo Ludo, respondí al guardia evasivamente.

Guardia:

Bueno, vigile bien a Ludo en el futuro.

Bien, gracias por su ayuda. Creo que ahora nos iremos a la sala 34 a mirar los Turners, si no le importa. Gracias de nuevo por su ayuda.

Resultaba mucho más fácil cuando era pequeño. Yo tenía uno de esos arneses tipo canguro. Cuando hacía calor mecanografiaba en casa con él delante, y cuando hacía frío me iba al Museo Británico y me sentaba en la galería egipcia, cerca de los lavabos, leyendo el periódico *Al Hayah* para no perder la práctica. Luego, por la noche, volvía a casa y mecanografiaba el *Pig Fancier's Monthly* o el *Weaseller's Companion*. Y ahora han transcurrido cuatro años.

4

19, 18, 17

1 de marzo de 1993

19 días para mi cumpleaños.

Estoy leyendo *La llamada de la selva* otra vez. No me gusta tanto como *Colmillo Blanco*, pero *Colmillo Blanco* lo he acabado otra vez.

He llegado a la *Odisea* 19.322. He dejado de hacer tarjetas para cada palabra porque serían demasiadas para llevarlas por ahí, pero hago tarjetas para las palabras que me parecen útiles. Hoy hemos ido al museo y tienen un cuadro de la *Odisea*, y se supone que sale el Cíclope, pero en realidad no se ve. Se llama *Ulises burlándose del Cíclope*. Ulises es el nombre en latín de Odiseo. En la pared había una tarjeta diciendo que se ve a Polifemo en una montaña, pero no es verdad. Le he dicho al guarda que deberían cambiarla y él ha dicho que no es cosa suya. Le he preguntado que de quién es la cosa y él me ha dicho que quizá del director de la galería. He intentado conseguir que Sibylla me llevara a ver al director, pero ella dice que está muy ocupado y que sería más cortés enviarle una carta, que podía escribirle una carta y practicar mi caligrafía. Yo le he preguntado que por qué no le escribe ella. Ella ha dicho que seguramente el director nunca ha recibido una carta de un niño de cinco años, que si le escribía una carta y la firmaba Ludo, cinco años, le prestaría atención. Creo que es una estupidez porque cualquiera podría poner en una carta que tiene cinco años. Sibylla ha dicho que es cierto, pero que al ver mi letra no se creería siquiera que tengo más de dos. Al parecer esto le ha parecido increíblemente divertido.

2 de marzo de 1993

18 días para mi cumpleaños. Hace 5 años y 348 días que estoy en este planeta.

3 de marzo de 1993

17 días para mi cumpleaños. Hoy nos hemos metido en la Línea de Circunvalación porque no podíamos volver a ningún museo. Ha sido aburrido a más no poder. Lo único gracioso ha sido que una señora ha discutido con Sibylla sobre dos hombres a los que estaban a punto de despellejar vivos. Sibylla le ha explicado que uno de los dos se muere de un ataque al corazón en un tiempo t y el otro en un tiempo $t + n$ después de que alguien le hubiera despellejado con un cuchillo durante n segundos, y la señora ha dicho: *Pas dev...* y Sibylla le ha dicho: Debo advertirle que habla francés. Entonces la señora ha dicho: Non... mmm... non avanty il ragatso, y Sibylla ha dicho: No hacia delante el chico. No hacia delante el chico. No. Hacia delante. El chico. Mmmm. Me temo que no lo acabo de comprender. Es evidente que tiene usted un dominio del idioma italiano que yo no tengo, y la señora ha dicho que no le parecía un tema apropiado para discutirse en presencia de un niño pequeño y Sibylla ha dicho: Ah, comprendo, y así es como se dice en italiano. Non avanty il ragatso. Tengo que apuntármelo. La señora ha dicho: ¿Qué ejemplo cree que le está dando? Sibylla le ha contestado: ¿Le importaría que continuáramos la conversación en italiano? Creo que esto no es apropiado discutirlo en presencia de un niño pequeño o, como dicen en italiano, non avanty il ragatso. Cuando la señora se ha bajado del tren, Sibylla ha dicho que no debería haber sido tan grosera, porque deberíamos ser educados con todo el mundo, por mucho que nos provoquen, y que no debía seguir su ejemplo, sino aprender a guardarme mis inevitables comentarios para mí solo. Me ha dicho que solo ha sido porque estaba un poco cansada, porque no dormía mucho, porque de lo contrario no habría sido jamás tan grosera. Yo no estaba tan seguro, pero me he guardado mis inevitables comentarios para mí solo.

5

Nunca vamos a ninguna parte

Principios de marzo, el invierno a punto de acabar. Ludo sigue con un esquema de trabajo que no comprendo: el otro día lo encontré leyendo las *Metamorfosis*, pese a que solo ha llegado a la *Odisea* XXII. Al parecer ha bajado el ritmo con la *Odisea*, porque en las últimas semanas solo ha leído unos 100 versos por día. Estoy demasiado cansada para que se me ocurran sitios nuevos a los que ir. ¿Qué más hay aparte de National Gallery, National Portrait Gallery, Tate Gallery, Whitechapel, British Museum y Wallace Collection que sea gratis? Económicamente estamos en una situación bastante buena, porque he introducido en el ordenador las revistas *Advanced Angling* (1969-presente), *Mother and Child* (1952-presente), *You and Your Garden* (1932-1989), *British Home Decorator* (1961-presente), *Horn & Hound* (1920-1976), y ahora estoy haciendo grandes progresos con *The Poodle Breeder* (1924-1982). Prácticamente no he hecho el menor progreso con el japonés.

Otra discusión sobre el Cunliffe:

L: ¿Por qué no podemos volver a la National Gallery?

Yo: Me prometiste que no te meterías donde pusiera Solo personal autorizado.

L: No decía Solo personal autorizado. Decía Personal.

Yo: Exactamente. En otras palabras, personas que trabajan allí, porque las personas que trabajan allí quieren seguir con su trabajo sin ser molestadas por personas que no trabajan allí. Si en alguna etapa de tu vida decides rechazar la teoría de un universo Ludocéntrico, házmelo saber, por favor.

Vamos a Tower Hill para coger el metro de la Línea de Circunvalación. La Línea de Circunvalación está experimentando retrasos, de modo que nos sentamos y yo descubro que Ludo ha metido el *Calila y Dimna* de tapadillo en la sillita. Lo saca y empieza a leer, volviendo las hojas rápidamente. El vocabulario es bastante fácil y repetitivo. Debería haber elegido algo más difícil, pero ahora ya es demasiado tarde.

Una mujer se acerca y mira y se admira y comenta: ¿Cómo ha enseñado a un niño tan pequeño?

Dice que ella también tiene una hija de cinco años e insiste en preguntarme mis

métodos, que yo le explico tal cual son, y ella me dice que sin duda tiene que haber algo más.

L: Sé francés y griego y árabe y hebreo y latín, y voy a empezar con el japonés cuando termine este libro y la *Odisea*.

[¿Cómo?]

L: Tenía que leerme 8 libros de las *Metamorfosis* y 30 cuentos de *Las mil y una noches* y el primer Libro de Samuel y el Libro de Jonás y 10 capítulos del libro de álgebra, y ahora tengo que acabar este libro y otro de la *Odisea*.

[iiiiiiQué!!!!!!]

Mi admiradora dice que es maravilloso y que es muy importante para los niños pequeños que tengan la sensación de alcanzar unos objetivos, y luego, haciendo un pequeño aparte conmigo, me dice que, aun así, es importante conocer la justa medida, saber guardar un equilibrio, porque es peligroso llevar las cosas hasta los extremos, lo mejor es siempre la moderación, y no es que ella quiera entrometerse.

Tal como se presenta la situación, me quedan unos tres días de gracia antes de empezar a enseñar japonés a un niño que no conoce medida alguna.

Mi admiradora sigue insistiendo y vacilando. Después de asestar el golpe de la moderación, dice alguna cosa sobre su hija, que no es un genio.

¿Qué me dice del francés? A lo mejor le gustaría aprender francés, digo.

Y ella dice: Sé que suena horrible, pero no tengo tiempo para enseñarle.

Yo le digo que seguramente espera demasiado de ella, que por qué no le enseña una palabra un día y deja que la señale con colores cada vez que la encuentre en un libro. El secreto del éxito está en completar una sola tarea sencilla por día.

¿Es eso lo que ha hecho usted?, me pregunta, mirando con asombro el *Calila y Dimna* (lo cual es completamente ridículo, puesto que es un texto muy fácil, demasiado fácil en mi opinión).

No, respondo. Pero es el mejor método.

Dos trenes de la Línea de Circunvalación llegaron y se fueron, y un tren de la District Line llegó y se fue hacia Upminster. Ella me preguntó:

Pero ¿cómo consiguió que hiciera todo ese trabajo?

Y yo le expliqué lo de las cinco palabras y el rotulador Schwan Stabilo y ella dijo:

Sí, pero tiene que haber algo más, tiene que haber hecho algo más.

Así que no pude evitar pensar en cosas en las que preferiría no pensar, tales como

lo difícil que es ser amable y lo difícil que iba a ser ser amable.

La mujer parecía realmente interesada, porque llegó un tren en dirección a Barking y se fue y ella seguía allí. Explicó que se refería, por ejemplo, a que ella había estudiado latín. Bien. Si se le enseña francés a un niño, la tarea sencilla podría consistir en una palabra, mientras que, tratándose de una lengua flexiva, la gramática era tan terriblemente compleja que sin duda era incomprendible para un niño de cuatro años.

Le dije que yo pensaba que a los niños pequeños les gusta emparejar cosas, que no era nada del otro mundo. Le expliqué que las palabras tenían que emparejarse y que el niño podía ver que se correspondían unas con otras, aunque, claro está, seguramente todo había adquirido sentido para él cuando se acostumbró a la idea.

La mujer sonreía comprensivamente. Qué cosa tan bonita de explicar a un niño de cuatro años.

Mi intención no era enseñarle toda una declinación el primer día, puesto que sabía muy bien lo que habría pensado el señor Ma. Pero L parecía divertirse tanto señalando palabras con su rotulador, y supone siempre un alivio tan grande ver que un niño pequeño encuentra algo con lo que es feliz, que escribí unas tablas para él (incluyendo el dual), con la reflexión consoladora de que el señor Ma no estaba allí para verlo.

Tuve que consultar el diccionario para encontrar todas las formas dialectales, y al final, tuvo montones y montones y montones de palabras para colorear y fue feliz.

Le dije que podía colorear todas las palabras que encontrara y luego volví con John Denver, dejando la *Ilíada* I-XII sobre la silla.

Transcurrieron cuatro o cinco horas. Al cabo de un rato alcé los ojos y vi que estaba haciendo algo en el suelo. Me acerqué y él me miró sonriente. Había vuelto al primer canto de la *Ilíada* de mi Oxford Classical Text y había señalado con el rotulador sus cinco palabras y *todos* los casos del artículo definido hasta el final del duodécimo canto, de modo que todas las hojas tenían marcas verdes por todas partes.

¿Dónde está el segundo volumen? Tengo que terminar esto, dijo. Tras una breve pausa le dije pacientemente:

No sé dónde está. Antes lo he estado buscando. Y añadí pacientemente: Quizá deberías aprender unas cuantas palabras más y volver con el primer volumen. Podrías usar un color diferente. Si necesitas practicar más, podrás pasar al segundo volumen.

De acuerdo, dijo. ¿Puedo aprender diez palabras esta vez?

Natürlich. Puedes aprender tantas como quieras. Esto es realmente fantástico. Pensaba que sería demasiado complejo para ti.

Pues claro que no es demasiado complejo para mí.

Volví a mirar las hojas coloreadas y dije:

Y no TE ATREVAS a colorear NINGÚN OTRO LIBRO sin PREGUNTARME A MÍ PRIMERO.

Eso fue todo lo que dije, y fue demasiado. Un Alien parlanchín sale de tu pecho con un estallido para devorar a tu hijo ante tus propios ojos. Él miró la hoja coloreada, y yo regresé a mi trabajo, y él regresó a su trabajo.

Yo había intentado ser paciente y amable, pero aquello último no lo había sido demasiado.

Pasó una semana. He oído decir que los niños pequeños son incapaces de concentrarse. En el nombre de Dios, ¿cómo se impide a un niño que se concentre en algo? En cualquier caso, L era un monomaniaco. Saltaba de la cama a las 5 de la mañana, se ponía cuatro o cinco jerséis, bajaba a buscar sus rotuladores Schwan Stabilo y se ponía a trabajar. A eso de las 6.30 más o menos, volvía a subir corriendo para informarme sobre sus progresos, agitando una hoja fluorescente ante mis narices, y yo, que desapruedo a la clase de padres que se quitan de encima a los hijos diciendo: Estupendo, estupendo, musitaba: Estupendo, y luego, desarmada por un rostro resplandeciente como un penique nuevo, añadía: Pregunta. Estampida de elefantes escaleras arriba y abajo durante un par de horas, hasta el momento de levantarse.

Pasó una semana, como he dicho. Un día dejé de trabajar y saqué tiempo para leer a Ibn Battuta y L se acercó y se quedó mirando. No dijo nada. Supe lo que eso significaba: Quería decir que, a pesar de mis buenas intenciones, no había sido amable. Así que dije:

¿Te gustaría aprenderlo?

Y él naturalmente dijo que sí, de modo que volví a repetir todo el procedimiento, y le di una corta fábula de animales del *Calila y Dimna* para leer. Y ahora, cada noche, tengo que entresacar las siguientes veinte palabras de cada libro y escribíselas para que no sea tan aburrido para él a las 5 de la mañana.

Transcurrieron cuatro días. Intenté ser muy cuidadosa, pero no se puede tener siempre cuidado, y un día consulté algo en Isaías. Cogí mi Tanach y él se acercó y miró y preguntó qué era aquello.



Estoy leyendo *Let's Learn Kana... the EASY WAY!!!!* L está leyendo *Jock of the Bushveld*.

	あ a	い i	う u	え e	お o
k	か ka	き ki	く ku	け ke	こ ko
g	が ga	ぎ gi	ぐ gu	げ ge	ご go
s	さ sa	し shi	す su	せ se	そ so
z	ざ za	じ ji	ず zu	ぜ ze	ぞ zo
t	た ta	ち chi	つ tsu	て te	と to
d	だ da	ぢ ji	づ zu	で de	ど do
n	な na	に ni	ぬ nu	ね ne	の no
h	は ha	ひ hi	ふ fu	へ he	ほ ho
b	ば ba	び bi	ぶ bu	べ be	ぼ bo
p	ぱ pa	ぴ pi	ぷ pu	ぺ pe	ぽ po
m	ま ma	み mi	む mu	め me	も mo
y	や ya		ゆ yu		よ yo
r	ら ra	り ri	る ru	れ re	ろ ro
	わ wa				を o
	ん -n				

Intenté imaginarme enseñándole esto a un niño pequeño.

て かった いん て はった

Te Katta In Te Hatta

(The cat in the hat)

ほっほ おん ぽっほ

Hoppo On Poppo

(Hop on Pop)

Esto no va a funcionar.

6

Nunca hacemos nada

Transcurrió una semana. El día era soleado y ventoso. En las ramas desnudas y negras de los árboles había retoños de pálido color verde. Pensé que debíamos tomar un poco de aire fresco, pero el viento era demasiado frío.

Cogimos la Línea de Circunvalación en dirección contraria a las agujas del reloj. Yo no había ideado aún ningún sistema para explicar a L el kana (y mucho menos los vestigios gravemente erosionados de los 262 kanji que había llegado a conocer, y menos aún los 1.945 kanji de uso corriente en Japón, y menos aún los rudimentos gramaticales que había extraído del *Kanji from the Start* y el *Reader of Handwritten Japanese*). L estaba leyendo la *Odisea XXIV*. El problema no se debía en realidad al diccionario, sino al hecho de que L estaba completamente harto del metro.

Al cabo de un par de horas empecé a hojear un periódico. En él había una entrevista con el pianista Kenzo Yamamoto, que se hallaba entonces haciendo una gira de conciertos en Gran Bretaña.

No sé si a Yamamoto le enseñaron una tarea sencilla para cada día, pero fue famoso como niño prodigio. Ahora era mayor y en los dos últimos años su fama había decrecido.

Yamamoto había empezado a ganar premios y a dar conciertos a la edad de catorce años. A los diecinueve había visitado el Chad. Después retomó los conciertos y causó sensación en el Wigmore Hall. Por supuesto la gente fue al Wigmore Hall para oír algo sensacional, pero no esperaban que Yamamoto tocara unos 20 minutos de música de tambor después de cada una de las seis mazurcas de Chopin de que constaba su recital. Después vino el resto del programa anunciado (que también se alargó ligeramente para permitir una inesperada repetición de las seis mazurcas), con el resultado de que el concierto terminó a las 2.30 de la madrugada, los espectadores perdieron sus trenes y no quedaron satisfechos.

Después del episodio del Wigmore Hall, se dijo que su agente había declarado que en lo personal Yamamoto era como un hijo para él, pero en cuestión de negocios,

había otras muchas consideraciones de por medio, que obviamente ambos eran unos profesionales y que no le haría ningún favor si seguía representándolo meramente como favor personal.

Yamamoto ya casi nunca daba conciertos y nadie sabía si era por decisión propia o si era debido a la prudencia de los gerentes de las salas de conciertos. El entrevistador del *Sunday Times* intentaba sondear este y otros temas espinosos, mientras Yamamoto intentaba explorar la naturaleza de la percusión y otros conceptos musicales.

ST: No creo que nadie entienda en realidad por qué se fue usted al Chad...

Yamamoto: Bueno, mi maestra siempre recalca que era preciso evitar que el piano sonara como un instrumento de percusión. Seguramente usted sabe que Chopin intentó producir el efecto de una línea vocal en el piano. Estuve años pensando: Pero, si es un instrumento de percusión, ¿por qué no ha de sonar como tal?

Añadió que en aquella época se le ocurrió la idea de que los tambores eran la percusión en su forma más pura, y que jamás comprendería el piano si no comprendía primero la percusión en su forma más pura. También dijo que recientemente había comprendido que todo aquello era una reacción exagerada en muchos sentidos, y que, obviamente, cualquier sonido que pudiera hacer el instrumento, lo hacía porque podía hacerlo, de modo que era una simplificación excesiva no dejar que sonara como una voz o un chelo en la medida en que fuera posible. Sin embargo, por aquel entonces estaba obsesionado con los tambores y la percusión.

ST: Interesante.

Yamamoto decía que su maestra también había dado siempre gran importancia a lo que ella llamaba la columna vertebral de una pieza. No bastaba con perfeccionar una hermosa superficie para que sonara como una voz humana, o un chelo, o cualquier otro instrumento que no fuera de percusión, porque en el análisis final, la atención no debía detenerse en la superficie, sino dirigirse a la estructura musical.

Dijo que, cuando era pequeño, a veces trabajaba noche y día para conseguir que un pasaje sonara exactamente como él deseaba y que, cuando al fin pensaba que lo tenía, que sonaba bien, ella le decía que sí, que era muy bonito, pero que dónde estaba la música. También decía de tal o cual estrella internacional: «Ah, ese, es solo un virtuoso», con el mayor de los desprecios, porque si alguien no era músico, era un charlatán.

ST: Interesante.

Yamamoto: Bien, la cuestión es que yo comprendía lo que quería decir,

naturalmente, pero más tarde empecé a pensar: Sí, pero ¿por qué le tenemos tanto miedo a todo y de qué tenemos miedo? Tenemos miedo de la superficie, tememos que suene tal como es, de que ocurra algo terrible si dejamos de huir de tales cosas.

A la edad de 16 años, cayó en sus manos un libro titulado *Drums over Africa*.

El libro lo había escrito un australiano llamado Peter McPherson, que había recorrido África en la segunda década del siglo xx. Consigo llevaba un gramófono de cuerda y varios discos de Mozart. El libro estaba lleno de anécdotas divertidas sobre el asombro de los nativos al oír la música y el ingenio que tuvo que desplegar para impedir que le robaran el aparato.

La mayoría de los nativos se limitaban a admirar el gramófono en sí, sin hacer ninguna observación sobre la música, pero en una aldea fue a dar con un crítico. Aquel hombre le dijo que la música le parecía aburrida, que no le interesaba. Después de él, otros manifestaron la misma opinión, pero no sabían explicar por qué. Finalmente sacaron toda una colección de tambores y empezaron a tocarlos. En África es corriente que se toquen dos ritmos diferentes al mismo tiempo, pero aquel día, se tocaron seis o siete. McPherson decía que llevaba cierto tiempo acostumbrarse, pero se quedó una temporada en aquella aldea porque no parecía haber nadie interesado en robarle el gramófono. Durante dos meses, no vio nada más que los tambores pequeños y medianos que habían sacado el primer día, hasta que tuvo ocasión de presenciar una ceremonia extraordinaria.

Según McPherson, la aldea se encontraba a 20 días de viaje desde St. Pierre, en una especie de oasis en el desierto, en medio de unos cuantos matorrales a orillas de un pequeño lago. En la otra orilla se levantaba un risco de pura roca, la misma, en apariencia, que la de las primeras estribaciones montañosas, pese a que estaban a unos 30 kilómetros de distancia. McPherson se había fijado a menudo en una choza que estaba un poco alejada de las demás, pero le habían advertido que no se acercara cuando había intentado hacerlo, y jamás había visto entrar ni salir a nadie.

Un día, al caer la tarde, vio a siete hombres entrar en la choza y salir con siete tambores que eran más grandes que ellos. Llevaron los tambores en silencio hasta el borde del lago y allí los colocaron en fila. Luego un grupo de mujeres salió de otra choza llevando a un muchacho sobre unas parihuelas; el muchacho parecía tener fiebre, pues estaba consumido y temblaba y se estremecía. Las mujeres marchaban al ritmo de una canción: una cantaba un verso y las demás lo repetían en tono más bajo. Al llegar a la orilla pusieron las parihuelas en el suelo, dejaron de cantar y se

alejaron.

El sol estaba cerca del horizonte; en cualquier momento se haría de noche, porque el sol se pone muy deprisa en los trópicos. El cielo tenía un intenso tono azul oscuro. Los hombres apoyaron los tambores en unos soportes de madera; empezaron entonces a golpearlos levemente con palos y el sonido pareció diluirse sobre la superficie del lago. Luego se interrumpieron y, a un gesto del jefe, golpearon los tambores una única vez, pero con más fuerza. Se detuvieron. Otro golpe y otro y otro se sucedieron. Después de golpear los tambores seis veces, el sol desapareció. Golpearon los tambores una sola vez, con mucha fuerza, y pararon. Pasaron unos segundos hasta que por fin el sonido de los tambores reverberó sobre las aguas oscuras del lago. De nuevo tocaron los tambores, y de nuevo reverberó su sonido, y después de que esto ocurriera siete veces, dejaron los palos y se alejaron, las mujeres volvieron a coger las parihuelas y se llevaron al muchacho, y McPherson vio que estaba muerto. A la mañana siguiente los tambores ya no estaban.

Yamamoto decía: Había algo extraordinario en la idea de la percusión en su forma más pura, viajando al mismo tiempo por el aire y sobre el agua para rebotar finalmente en la roca; es decir, atravesando un medio muy ligero sobre un medio más denso para rebotar en otro muy sólido. Y pensé: Tengo que oír eso. No sé cómo, pero tengo que oírlo.

Durante los años posteriores, cada vez que Yamamoto se encontraba con alguien que procedía de África, le hablaba de aquel episodio de *Drums over Africa*, pero nadie entendía todo aquello de la percusión en su forma más pura, y la roca y el aire y el agua.

Cuando tenía 19 años, se dispuso que pasara seis meses estudiando en París. Uno de sus nuevos compañeros era originario de Chad, y Yamamoto le preguntó sobre la percusión en su forma más pura, lo que le molestó bastante, porque todo el mundo creía siempre que en la música africana solo había tambores.

Tambores, tambores, tambores, dijo el amigo. Si había algo que pudiera considerarse el elemento más importante de la música africana (si en verdad tenía sentido hablar de música africana en general, que no lo tenía) era la voz.

No me hables de la voz, dije yo. No estoy interesado en la voz, sino en la percusión en su forma más pura, y le hablé de los tambores y el lago, y le dije que estaba a 20 días de marcha desde un lugar que antes se llamaba St. Pierre.

Él me contestó que conocía un lugar que antes se llamaba así, pero que no podía

ser ese porque la gente de aquella zona tenía un tipo de música completamente distinto, con músicos profesionales, *griots* que cantaban baladas, pero no había nada que se pareciera a lo que yo había descrito.

Pero está en el desierto y hay un lago, dije yo.

Sí, dijo él, pero no puede ser allí. Olvídate de África; no sabes lo que quieres. Estoy reuniendo gente para interpretar *Éclat/Multiples* de Boulez. Únete al grupo y tocarás el piano.

ST: Así que se fue a Chad.

Yamamoto: Eso es.

Yamamoto decía que, cuando finalmente halló el lugar, había en él algo mágico. Vio el lago, y el risco, y la choza un poco alejada de las demás, y la gente que tocaba una pieza musical con seis o siete ritmos a la vez. Lo que tocaron mientras él estuvo allí se desvaneció sobre el lago y nunca oyó los otros tambores.

Yamamoto: Conseguí tener dos meses libres, lo que prácticamente no tenía precedentes. Me fui a Chad; encontrar la aldea fue una auténtica odisea. ¿No hay una película que trata sobre un tipo que intenta llevar la ópera al Amazonas?

ST: ¿Sí?

Yamamoto: ¿Con Klaus Kinski?

ST: ¿Sí?

Yamamoto: Bueno, pues esa es la idea, y luego, para colmo, apenas estuve dos semanas en la aldea de los tambores antes de que, ¡puf!, desapareciera.

ST: Esa es la parte que más le cuesta creer a la gente.

Yamamoto: Lo sé, lo sé, ¿cómo pude pensar siquiera en pasar dos meses sin practicar? Algunas veces no me lo creo ni yo.

Yamamoto había encontrado la aldea y se había quedado allí. Un día se fue más allá de las montañas en bicicleta para ver unas pinturas rupestres, llevando consigo a un muchacho de la aldea como guía. Había visto muchos soldados merodeando por allí, pero nunca había tenido tiempo para interesarse por la política. Cuando volvió a la aldea, todos sus habitantes habían muerto. El muchacho le dijo que lo matarían si daban con él, que tenía que ayudarlo a huir. Al principio Yamamoto le dijo que él no podía hacer nada, pero el muchacho insistió.

Estaban solos en una aldea llena de cadáveres. Yamamoto preguntó: ¿No tienes que tocar el tambor por ellos? ¿O es solo para los moribundos?

Soy demasiado joven, respondió el muchacho, pero luego se lo pensó mejor. Sí, tiene razón.

El muchacho fue a la cabaña y Yamamoto lo siguió. En el interior había siete tambores, pero cinco estaban prácticamente comidos por las termitas, uno estaba muy dañado y solo quedaba uno entero. El muchacho lo sacó de la choza y lo llevó hasta la orilla del lago. Parecía hecho del tronco de un árbol de madera noble; sin embargo, en aquella zona Yamamoto no había visto nunca más que arbustos retorcidos.

El muchacho apoyó el tambor en un soporte y, cuando cayó la tarde, empezó a golpear el tambor suavemente con un palo. Cuando el sol estaba cerca del horizonte, dio ocho golpes más fuertes, y luego, cuando el sol desapareció al fin, dio un solo golpe con todas sus fuerzas. Después apartó la mano con el palo y esperó unos segundos, pero no llegó ningún sonido desde la otra orilla del lago. De nuevo golpeó el tambor, y de nuevo el sonido desapareció sobre el lago y no regresó. Lo golpeó una tercera vez con tanta fuerza que el tambor tembló y dio una sacudida, pero el sonido no regresó y el muchacho dejó caer el palo al suelo.

No, dijo, no volverá. No hay nada a lo que volver.

Dijo entonces que tenían que cortar la tapa del tambor para que él se escondiera dentro, y así Yamamoto podría llevárselo consigo.

Yamamoto dijo que el plan era estúpido, que el muchacho estaría más seguro si se limitaba a...

Pero no se le ocurrió ningún otro medio de escape.

El muchacho tenía 16 años, la edad de Yamamoto cuando tocó por primera vez en el Carnegie Hall. Dijo: De acuerdo, veremos lo que se puede hacer.

El muchacho quitó la tapa al tambor y se metió dentro. Yamamoto volvió a ajustar la tapa. Luego se fue en bicicleta hasta otra aldea y dijo que necesitaba transporte hasta N'Djamena. Finalmente consiguió que lo llevaran en un pequeño camión donde cabía el tambor, y en él regresó a la aldea. El tambor estaba aún junto a la orilla del lago con el muchacho dentro. El conductor del camión cargó el tambor y se fueron.

A ochenta kilómetros de la aldea los detuvieron unos soldados que obligaron al conductor a bajar el tambor del camión y preguntaron qué había dentro. Nada. Solo es un tambor que me llevo a Japón, respondió Yamamoto. Muy bien, pues tócalo, dijo uno de los soldados, y Yamamoto dio unos golpecitos en el tambor con un palo.

Un soldado le quitó la tapa, pero encontró la otra que habían puesto para que el tambor pareciera sólido por dentro.

Ya ve que no hay nada ahí, dijo Yamamoto.

Un soldado apuntó al tambor con la metralleta y disparó una vez. Se oyó un grito y luego un gemido, y entonces todos los soldados dispararon al tambor, haciendo saltar numerosas astillas hasta que empezó a brotar sangre y empapar la tierra. Cuando se cansaron de disparar, pararon y se hizo el silencio.

Tienes razón, no hay nada dentro, dijo el soldado.

Yamamoto pensó que le había llegado el turno. Un soldado empuñó el arma por el cañón y le dio un culatazo. Yamamoto cayó al suelo. Más tarde explicó que no había sentido miedo al principio, porque había dado por supuesto que iba a morir. Entonces se dio cuenta de que tenía las manos estiradas en el suelo, cerca de las botas de un soldado y pensó que se las iban a destrozar, y el terror lo dejó paralizado. Tres de los soldados le dieron varias patadas en las costillas y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, el camión y los soldados se habían ido. Solo quedaba el tambor acribillado a balazos en medio de un gran charco de sangre. Le habían desaparecido los papeles y el dinero, pero las manos estaban perfectamente.

Comprobó que el muchacho estaba muerto. No tenía nada con qué enterrarlo, así que echó a andar. Estuvo dos días caminando sin comida ni agua. Un par de camiones pasaron por su lado, pero no quisieron detenerse. Finalmente se detuvo uno y, bastante tiempo después, se encontró de nuevo en París.

La gente quería mostrarle su simpatía, pero él marcaba las distancias, diciendo: Bueno, es obvio que mi viaje no salió como esperaba, pero al menos he llegado a tiempo para participar en una producción de *Éclat/Multiples* de Boulez.

También le decían que le sería difícil olvidar una cosa así, y Yamamoto replicaba: Bueno, a mi regreso Claude me ha dicho que mi viaje había sido una estupidez, me ha preguntado a qué se debía esa obsesión con los tambores, porque los tambores estaban fuera de lugar, y me ha dicho que escuchara el *Mode de valeurs et d'intensité* de Messiaen.

Así que lo primero que he hecho al volver ha sido escuchar a Messiaen, que, bueno, básicamente trata sobre el sonido moribundo. Eso es lo que emite un piano, un sonido moribundo. Mire, el macillo golpea la cuerda y rebota, y la cuerda vibra hasta que se para, y uno puede dejar sencillamente que eso ocurra, o puede prolongar la vibración con un pedal, o bien, y ahí está lo más interesante, tenemos el hecho de que otras cuerdas vibrarán en armonía con otras frecuencias, y uno puede dejar simplemente que ocurra, o puede intervenir con el pedal en un sitio o en otro,

mientras el sonido muere.

Otras personas me preguntaban si creía que volvería a África, y yo les contestaba que me gustaría volver algún día, porque mi visita no había sido tan útil como esperaba desde el punto de vista musical.

ST: ¿Cómo le llevó todo eso a lo que se ha dado en llamar el desastre de Wigmore Hall?

Yamamoto: Bueno, mi agente había firmado aquellos compromisos hacía mucho tiempo. En aquel momento yo pensaba que la música no era una cuestión de sonido sino de la percepción del sonido, lo que significa en cierto sentido que, para percibir qué es, necesitas también intuir de alguna manera lo que podría ser pero no es, y eso incluye otros tipos de sonidos y también el silencio.

ST: ¿El Wigmore Hall?

Yamamoto: Digámoslo de otra manera. Tomemos por ejemplo una frase sencilla tocada al piano. La frase sonará de una manera si uno acaba de oír un gran tambor, y de otra si acaba de oír una calabaza hueca, y de otra si acaba de oír la misma frase tocada con otro instrumento, y de otra más si uno no ha oído nada en absoluto. El mismo sonido puede oírse de todo tipo de maneras. Además, cuando uno está practicando, las frases le suenan diferentes, dependiendo del modo en que las toca. Se pueden tocar de veinte o treinta formas distintas y lo que son en un momento determinado dependerá de todas esas cosas que podrían ser.

ST: Suena un poco como la decisión de Gould de dejar de dar conciertos porque conseguía que su música sonara mejor en un estudio de grabación.

Yamamoto: No, en absoluto. Gould tocaba la misma pieza nueve o diez veces, y seguramente cada una de ellas era perfecta y distinta, y luego, usando la tecnología, producía una única versión que amalgamaba una o más versiones. En otras palabras, es la idea de que la multiplicidad, la posibilidad de fracaso y la percepción de la toma de decisiones son exclusivas del intérprete, que al público se le debe dar una única cosa. Por mi parte, creo que no importa en realidad si esa cosa se les da en una sala de conciertos o en un disco, que les permite jugar con los arreglos en su equipo de sonido.

ST: ¿El Wigmore Hall?

Yamamoto empezó a hablar sobre la idea de un fragmento. Por ejemplo, dijo, cuando trabajas en una obra, puedes llevar una sección en una dirección. Digamos

que puedes bajar de escala una y otra vez hasta que sea apenas audible, y puede que a veces esa sección apenas audible resulte muy bella, con mucho encanto. Sin embargo, puede que te des cuenta de que, al llegar al punto en que se ha de relacionar con la siguiente sección, te veas obligado a hacer la transición de una sección a otra mediante una estupidez, como un estúpido crescendo, muy violento, que no sea correcto, o una transición abrupta que tampoco lo sea. O puede ser también que consigas pasar de una sección a otra, pero te gustaría que la siguiente fuera intensa y brillante, y quisieras que la anterior no hubiera quedado tan desnuda. Bien, todo el mundo sabe que hay piezas inacabadas, como la *Sinfonía inacabada* de Schubert, el *Réquiem* de Mozart, la *Décima* de Mahler, *Moisés y Aaron*, y lo que hace que sean inacabadas es el hecho estúpido de que el compositor no les ha puesto fin, pero cuando uno trabaja en una sección y logra una versión muy bella que no puede usar, lo que tiene de hecho es un fragmento, algo que no forma parte del trabajo inacabado. Cuando se comprende esto, se comprende que, potencialmente, se pueden obtener docenas de fragmentos que no pueden formar parte de la obra acabada, y se comprende que es el hecho de percibir esos fragmentos como fragmentos lo que ha hecho posible que tengamos una noción real de lo que podría ser una obra completa. Y una vez comprendes esto, naturalmente lo que quieres es que el público lo comprenda también porque, de lo contrario...

ST: Pero la gente se queja ya de que la música se escucha de una manera excesivamente fragmentaria. Existe ya la tendencia a tocar movimientos aislados. ¿No acabará usted por no tocar siquiera un movimiento entero, sino una parte de una parte de una obra? ¿Dónde queda entonces el compositor?

Yamamoto respondió que, en su opinión, uno debía ser capaz de distinguir cuando algo no funcionaba como parte de algo mayor y por qué, y que precisamente era la incapacidad de la gente para ver esto lo que hacía que estuvieran dispuestos a oír movimientos sacados de obras enteras. Añadió luego: Volviendo a Gould, yo creo que tenía... quizá pavor no sea la palabra correcta, sino más bien algo parecido al desprecio hacia lo que podríamos llamar la superficie de una obra, hacia el aspecto de una obra musical que está ligado al instrumento, que es lo que le da teatralidad. Lo curioso del caso es que en cierta medida creo que coincido con él más que con ningún otro, aunque en otros sentidos estoy totalmente en desacuerdo con él, porque estoy de acuerdo en que lo importante no es lo que puedes hacer físicamente. Es decir, pongamos que haces una carrerilla de octavas dobles y que quizá haya una persona

entre el público que también podría hacerla, o que ese día no hay nadie en la sala capaz de hacerla; en cualquier caso, eso carece por completo de interés. Pero, naturalmente, si has trabajado una pieza y has pensado sobre ella, no solo la tocas con mayor inteligencia (o eso esperas), sino que la escuchas con mayor inteligencia, y si eres la única persona en la sala capaz de escucharla así, es horrible. Pero creo que el problema se resuelve mostrando a la gente todo lo posible de la superficie.

ST: Volviendo a lo de Wigmore Hall...

Yamamoto dijo: Sí claro, bueno le dije a mi agente que me encantaría tocar la misma pieza veinte veces o así para darle a la gente una idea de esa pieza, y él me contestó que ni siquiera con mi nombre se venderían las entradas.

Su agente le había recordado entonces diversas cláusulas de su contrato, así como las obligaciones que tenía como músico profesional.

Yamamoto decía: A mi agente le gustaba decir que de un japonés se podía esperar siempre que actuara como un auténtico profesional. No dejaba de repetir que ya estaba todo concertado y que las entradas ya se habían vendido, y lo decía en un tono que pretendía claramente apelar a mi sentido de la profesionalidad. Yo pensé: ¿Qué significa ser un auténtico profesional? ¿Por qué ha de ser una característica de los japoneses?

Bueno, como probablemente ya sabrá usted, en Japón los intercambios de regalos tienen un gran significado, y uno de los aspectos más importantes consiste en envolverlos bien, pero la gente lo entiende mal. Creen que los japoneses se preocupan más del envoltorio que del contenido, que no importa que dentro haya un pedazo de mierda, mientras esté bien envuelto. Yo pensé: ¿Qué se supone que debo hacer? Siempre han comprado el papel de envolver y ahora esperan que les dé un pedazo de mierda que vaya bien con ese papel. Se supone que debo ser un auténtico profesional y sentirme bien con eso, porque les daré algo que irá bien con el papel, y pensé que no tenía sentido seguir hablando de todo aquello.

Bueno, llegó la noche del concierto y la gente había comprado las entradas para oír creo que seis mazurcas de Chopin, la *Barcarola*, tres nocturnos y una sonata. Yo me dije: Bueno, mientras toque las mazurcas, la *Barcarola*, los nocturnos y la sonata, no importará que toque algo más. No digo que el conjunto fuera el que yo habría escogido pero, por un lado, yo quería contrastar el sonido del piano con la percusión en su forma más pura, y por otro, la selección de Chopin se había acordado previamente. Así que, creo que al final salieron unas cuatro horas de tambores y

también seis mazurcas, la *Barcarola*, tres nocturnos y una sonata.

ST: Con el resultado de que mucha gente perdió el tren que salía de Paddington a las 11.52 y no le hizo ninguna gracia.

Yamamoto: Con el resultado de que la gente perdió el tren que salía de Paddington a las 11.52.

ST: ¿Y no ha vuelto a dar ningún concierto en dos años?

Yamamoto: Cierto.

ST: Pero ha prometido al Royal Festival Hall que esta vez nadie perderá el tren.

Yamamoto: Nadie tendrá que caminar por las calles de Londres a las dos de la madrugada.

ST: ¿Le ha resultado difícil?

Yamamoto: Me siento estupendamente.

Al final de la entrevista se decía que Yamamoto tocaría aquella misma noche en el Royal Festival Hall.

L no se quejaba, pero parecía abatido. Yo no dejaba de pensar en los hermosos fragmentos que no podían formar parte del todo acabado. No dejaba de pensar en las mazurcas sobre un fondo de percusión en su forma más pura. Luego pensé que debería atender a las necesidades de mi hijo, que parecía absolutamente abatido.

¿Te gustaría ir al South Bank Centre?

L pareció sorprendido.

Podemos instalarnos en una mesa para trabajar y luego podríamos ir a un concierto.

No quiero ir a un concierto.

Podrás tener una mesa para ti solo.

¿Me comprarás un helado?

Sí.

¿Un Häagen-Dazs?

Sí, si tienen.

Hecho.

Vale. Intenta comportarte como un ser humano racional.

Fuimos al Royal Festival Hall. Busqué una mesa lo más alejada posible de cualquier lugar donde vendieran cosas para comer. Ludo desperdigó *La llamada de la selva*, *Colmillo Blanco*, *Fergus*, *Pete*, *Tar-Kutu*, *Marduk*, ¡CALAMAR!, ¡TIBURÓN!,

¡LOBO!, ¡ORCA! y *True Tales of Survival*. De vez en cuando se iba corriendo para subir y bajar corriendo las escaleras y luego volvía para trabajar en el canto XXIV de la *Odisea*. Ah, bueno.

Había comprado ya un lápiz linterna para Ludo en Embankment. Compré también dos entradas para el concierto de las más baratas. A las 8 dejé la silla, con todo menos *La llamada de la selva*, en el guardarropa, pese a la intransigente oposición de una encargada muy poco servicial, y expliqué a Ludo que si se aburría podía leer *La llamada de la selva*. Lo llevé al lavabo y él dijo que no necesitaba ir. Le señalé que ya sabía dónde estaban los lavabos y que, si necesitaba ir en medio del concierto, podría hacerlo porque estábamos sentados al lado del pasillo.

Compré un programa porque pensé que tal vez encontraría en él algún comentario interesante de Yamamoto. El programa era el siguiente: Beethoven: *15 Variaciones en mi bemol y Fuga sobre un tema de Prometeo, op. 35 (Variaciones sobre la «Heroica»)*; Brahms: *Variaciones sobre un tema de Robert Schumann, op. 9*; Webern: *Variaciones para piano, op. 27*. Intermedio. Brahms: *Baladas, op. 10: n.º 1 en re menor, basada en la vieja balada escocesa Edward; n.º 2 en re mayor; n.º 3 en si menor; n.º 4 en si mayor*.

Había cierta sensación de incertidumbre (o al menos a mí me lo pareció), cuando los asistentes al concierto traspasaron las puertas, porque la gente temía encontrarse con una colección de tambores. En su lugar encontraron tan solo un enorme piano. Yamamoto salió al escenario y fue aplaudido. Se sentó y empezó a tocar las *Variaciones sobre la Heroica*.

Cuando terminó, volvieron a aplaudirle. Yamamoto se fue, volvió a salir a escena y se sentó. Empezó a tocar las *Variaciones sobre un tema de Robert Schumann*.

Cuando terminó, le aplaudieron. Salió, volvió a escena y se sentó. Empezó a tocar las *Variaciones para piano, op. 27* de Webern.

Terminó en seis minutos exactamente y se oyeron nuevos aplausos. Yamamoto abandonó el escenario y llegó el intermedio.

Compré un helado para Ludo y leí la balada escocesa *Edward* que estaba impresa en el programa.

Se acabó el intermedio. Eran las 9, aproximadamente.

Volvimos a entrar en la sala. Unas ocho de cada diez personas del público emitieron risitas disimuladas. En el escenario había muchas más cosas que antes.

Había muchos tambores y una serie de campanillas y dos vasos de agua sobre un atril. Eran tantas las cosas que no se podían abarcar todas a la vez. Yamamoto volvió a salir, le aplaudieron, se sentó y empezó a tocar.

Al principio pensé que había empezado a tocar la *Op. 10 n.º 1*, basada en la vieja balada escocesa, pieza que yo no conocía. Al cabo de un rato me di cuenta de que no era eso. Yamamoto estaba tocando un par de compases (tal vez unos cinco o seis acordes) una y otra vez. Yo no tenía ni idea de si aquello formaba parte o no de la *Op. 10 n.º 1*. Algunas veces se ve un cuadro en el que el pintor ha puesto pintura sobre la tela y luego la ha rascado casi toda; al principio parecía que Yamamoto estaba rascando el sonido hasta que prácticamente no quedaba nada, pero incluso el sonido más tenue del piano se extingue, y nueve o diez veces pareció introducir el pedal en diferentes etapas de esa extinción, de modo que oías los otros acordes sobre formas diferentes del primero, o utilizaba el pedal sostenido, o no lo utilizaba en absoluto. Era difícil saber qué estaba haciendo, y pensé que tal vez la frase formara parte realmente de la *Op. 10 n.º 1* y se suponía que uno debía darse cuenta de que aquello eran variaciones, pero, aunque en cierto sentido eran variaciones, no eran una pieza. Yamamoto siguió igual durante unos 20 minutos o media hora. Luego hubo una pausa, y luego empezó a hacer lo mismo con una frase diferente. También esta duró unos 20 minutos o media hora. Luego hizo una pausa y empezó a tocar una pieza que parecía probable que se tratara de la *Op. 10 n.º 1* basada en la balada escocesa *Edward*, que, efectivamente, contenía las dos frases que había estado tocando durante una hora. La pieza duró siete minutos. Luego paró y le aplaudieron.

Yamamoto se levantó, se acercó a un tambor y lo golpeó, y mientras aún retumbaba su sonido, volvió al piano y empezó a tocar la *Op. 10 n.º 1 en re menor*, que duró cinco minutos. Se detuvo, le aplaudieron, y mucha gente se marchó.

Eran las 10.15 aproximadamente. Ludo dijo: ¿Eso no lo había tocado ya antes?

Sí, dije.

¿Por qué lo ha vuelto a tocar?

Luego te lo explico.

Alguien se echó a reír y dijo que le encantaría ser una mosca en la pared. Ludo reanudó la lectura de *La llamada de la selva*.

Durante las siete horas y media siguientes, Yamamoto tocó la *Op. 10 n.º 1 en re menor* y a veces parecía que tocaba exactamente lo mismo cinco veces seguidas, pero acompañado por el sonido de una campanilla o de un taladro eléctrico, o una vez

incluso de gaita, y a veces lo tocaba de una manera acompañándose de una cosa y de otra manera acompañándose de otra cosa. Algunos de aquellos sonidos se producían en directo y otros estaban pregrabados. Después de seis horas y media, Yamamoto dejó de tocar para poner en marcha otros sonidos: empezó a sonar una cinta y él siguió tocando. En la cinta se oía ruido de tráfico, de pasos y de gente charlando, y él tocó la *Op. 10 n.º 1* nueve veces mientras sonaba, y naturalmente uno se daba cuenta de que en realidad no oía cómo tocaba, ni cómo trataba las dos frases. A las 5.45 de la mañana, la cinta se acabó y la pieza se acabó y se produjo un silencio que duró unos 20 segundos, y luego Yamamoto tocó la pieza para que la oyéramos después del silencio y con el silencio de fondo. Así siguió durante seis minutos, y luego se detuvo y se hizo de nuevo el silencio y luego volvió a poner las manos en el teclado.

Uno esperaba oír la *Op. 10 n.º 1* por 60.^a vez, pero nos sorprendió oír la *Op. 10 n.º 2 en re mayor*, la *Op. 10 n.º 3 en si menor* y la *Op. 10 n.º 4 en si mayor*, seguidas y sin repeticiones. Era como si, después de hacerte la ilusión de que puedes tener una cosa de 500 maneras distintas sin renunciar a ninguna, él te dijera: No, solo hay una oportunidad en la vida y cuando se va, se va para siempre. Tienes que aprovechar el momento antes de que se vaya. Las lágrimas me corrieron por la cara cuando oí aquellas tres piezas que solo tenía una oportunidad de oír, y si había un error, la pieza se tocaba solo una vez con ese error, y si había alguna otra manera de tocarla, solo oías lo que oías, y era hora de volver a casa.

Las tres piezas duraron unos 20 minutos. Yamamoto apartó las manos del teclado y la sala se sumió en un silencio absoluto.

Por fin Yamamoto se levantó y se inclinó, y le aplaudieron las 25 personas que habían quedado. Se dirigió entonces al centro del escenario, cogió un micrófono y dijo:

Creo que a esta hora ya habrá trenes. Espero que todos ustedes lleguen a casa sanos y salvos. Gracias por quedarse.

Dejó el micrófono y se dirigió al atril con los dos vasos de agua; bebió un sorbo de uno de ellos, lo volvió a dejar y abandonó el escenario.

Yo pensé: ¿Cómo va a tocar otra vez en público?

Empecé a pensar entonces en el mejor modo de volver a casa. ¿Debía cruzar el río y coger la District Line, o quizá sería más fácil caminar hasta Tottenham Court Road y coger el Número 8? Entonces recordé que me había mudado desde la última vez que había ido a un concierto y que, además, ahora tenía un hijo. La razón por la que

se me había olvidado era que el asiento contiguo al mío estaba vacío.

Me dirigí con calma a la salida más cercana, donde un par de acomodadores hablaban en voz baja y tono airado. Les pregunté si habían visto a un niño pequeño. Me dijeron que no. Les pregunté cortésmente si podían llamarlo por la megafonía de la sala, y uno dijo que no era posible a aquellas horas. Estaba a punto de exigir histéricamente que llamaran a mi hijo por la megafonía, cuando me fijé en mi programa, donde encontré el siguiente mensaje tranquilizador:

Querida Sibylla, estoy tan cansado que he decidido volver a casa andando.

Me dije: Pensemos en esto racionalmente. No tiene objeto preocuparse o ponerse nerviosa, cuando lo más probable es que esté sano y salvo en casa. Primero iré a recoger la silla y volveré a casa, y si no está allí, decidiré si debo preocuparme.

Recogí la silla en el guardarropa y cogí un taxi para volver a casa, a fin de saber lo antes posible si debía preocuparme. La casa seguía cerrada y él no llevaba la llave. Abrí la puerta y entré. Pensé: Bueno, por supuesto, si ha conseguido entrar de algún modo, estará arriba en la cama, así que subí. Lo encontré dormido en su cama con la ropa puesta. La ventana estaba abierta. Se había hecho un arañazo en la mejilla.

Bajé las escaleras y pensé: Pensemos en esto racionalmente. Ha sido una experiencia aterradora, pero ¿debo decirle que no vuelva a hacerlo nunca más solo porque yo estaba aterrorizada? ¿Qué peligros ha corrido? Tráfico: desdeñable a esta hora de la noche. Atracadores: posiblemente, pero sin duda es menos probable que asalten a un niño pequeño que (pongamos) a un adulto, que seguramente llevaría dinero o un reloj caro. Violadores: posible, pero sin duda menos probable que ataquen a un niño pequeño que (pongamos) a mí, y yo no habría creído que corría un gran riesgo si hubiera vuelto andando a casa. Secuestradores: distinguir posible de probable. Satanistas: distinguir posible de probable. Tipo de persona que disfruta causando dolor a los indefensos: distinguir posible de probable.

Luego pensé: En cualquier caso, esto es una estupidez. ¿Cuándo voy a ir a un concierto? Así que ¿para qué asustarle con cosas que podrían haber sucedido? Le diré solo que, si vuelve a ocurrir algo parecido, tiene que pedirme dinero para un taxi, porque hay mucho trecho para volver a casa andando. Y pensando en taxis me di cuenta de que me había gastado 35 libras que no podía permitirme el lujo de gastar. Encendí el ordenador y volví a la página 27 de *El criador de caniches*, 1972 (vol. 48,

n.º 3): «Cómo recortar el pelo al caniche. Secretos del éxito».



Ludo se levantó a las 11. Yo seguí tecleando hasta las 2 del mediodía. Había trabajado un total de siete horas, así que el día empezaba bien, y había compensado ya el gasto del concierto, el taxi y el helado. Pensé, 1: Si pudiera hacer esto cada día, me quedarían horas libres y 2: Si pudiera tocar una pieza 60 veces en siete horas, seguramente aprendería a tocar la pieza. Sentí ganas de oír de nuevo la balada de Brahms *Op. 10 n.º 2* que solo había oído una vez en el concierto de la víspera.

Me fui al Barbican con Ludo para pedir en préstamo las obras para piano de Brahms, volumen número uno y me lo llevé a casa. Como ya había trabajado mucho aquel día y no había dormido nada, pensé en intentar tocar la pieza y empecé a tocar la misma frase una y otra vez. Intenté hacer variaciones de la frase, pero siempre prácticamente igual, salvo a veces, cuando cometía unos pocos errores, y otras, cometía varios, y de vez en cuando, que no cometía ninguno. Repetí la frase una y otra vez, y cuando la toqué diez veces seguidas con un montón de errores, Ludo se echó a reír.

Me di la vuelta en la silla y lo miré. Él siguió riendo.

Pensé que seguramente le pegaría si seguía en la misma habitación, así que subí al cuarto de baño y me encerré allí. Hacía un frío que pelaba. Bajé la tapa del váter y me senté.

En una ocasión leí algo sobre una investigación hecha con crías de mono a las que les daban madres suplentes de trapo que se convertían en monstruos: una expulsaba chorros de aire; otra tenía incrustada una estructura de alambre que saltaba hacia fuera y arrojaba a la cría al suelo; otra expelía unas afiladas púas de latón a voluntad. La reacción de las crías de mono era siempre la misma: se aferraban al monstruo con más fuerza o, si las derribaba, esperaban a que las púas desaparecieran y volvían a aferrarse a su madre. Aunque a veces pienso que soy el monstruo de las púas, el alambre y los chorros de aire, no es tan malo, porque los investigadores no fueron capaces de producir psicopatologías en las crías de mono con aquellos métodos, pero quizá...

Los investigadores dejaron de trabajar con madres de trapo y procedieron a crear madres biológicas monstruosas. Para ello criaron a hembras en aislamiento y lo dispusieron todo para que las fecundaran. Cuando nacieron las crías, algunas madres se mostraron indiferentes, y otras fueron brutales, o incluso dieron muerte a sus crías, aplastándoles el cráneo con los dientes o aplastándoles la cara contra el suelo y frotándola de un lado a otro. ¿Y si...?

Me dije: Pensemos en esto racionalmente, o mejor, no pensemos en ello en absoluto. Hace mucho que no duermo, me iré a la cama y cuando me despierte, lo veré todo de otra manera.

Pensé: Esa investigación plantea más interrogantes que los que soluciona. Lo que realmente me parecería interesante sería un estudio psicológico sobre la clase de persona que, en lugar de dedicarse a Aristarco, Zenodoto y Dídimos, se dedica a producir psicopatologías en crías de mono. Intenté convencerme a mí misma que el investigador jefe seguramente había sido niño cuando aún no existía el señor Spock. Me pareció recordar que había un médico pre-Spock que, durante un tiempo, había sostenido la influyente teoría de que a un niño había que imponerle unos horarios y alimentarlo de acuerdo con ellos, por mucho que chillara, etcétera, pero me habría gustado saberlo con seguridad. ¿Qué podía impedir a Ludo que leyera sobre monos a los que habían metido 45 días en una cámara vertical con paredes de acero inoxidable, produciéndoles un grave y persistente comportamiento psicopatológico de naturaleza depresiva durante 9 meses o más, hasta determinar que quedaba mucho por hacer en cuanto a la importancia relativa de las dimensiones y la forma de la cámara, la duración del encierro, la edad en el momento del encierro y otros factores? ¿Cómo podía estar segura de que, al hacerse mayor, Ludo no se pasaría la vida buscando una mona suplente como madre?

Dormí mucho y cuando me desperté, me sentía mejor.

Pensé: Empezaré a ir al colegio en otoño.

Y también que si bajaba, seguramente no le arrancarían la cabeza de un mordisco, así que bajé.

Ludo estaba sentado en el suelo.

¡He terminado la *Odisea* XXIV!, me dijo.

Eso es ESTUPENDO, dije cordialmente, y como siempre cumplo lo que prometo, añadí: Bueno, ¿te enseño el hiragana?

No hace falta, dijo él, ya me lo sé.

¿Cómo?

Lo aprendí yo solo. Del *Japanese Reader*.

Bueno, ¿quieres que te enseñe el katakana?

También me lo sé. No era difícil.

¿Cuándo lo has aprendido?

Hace un par de semanas. Pensé que así te ahorraría la molestia.

Estupendo. Escríbelo ahora para que vea si lo has entendido bien.

Y él cogió una hoja de papel cuadriculado e hizo la pequeña tabla del hiragana y la pequeña tabla del katakana y dijo:

¿Ves? Es fácil.

Miré la hoja y vi que estaba todo bien y dije:

Estupendo. Le di un millón de besos y dije: ¡Pero qué listo eres! ¿Qué más sabes?

¿Sabes palabras?

Respondió que conocía algunas palabras, como *tadaima* y *ohaiyogozaimasu* y *konnichiwa* y *sayonara* y *tada kassen ni wa zuibun deta ga*.

Está muy bien, dije. ¿Quieres que te enseñe algunos kanji?

Creo que seguramente podré hacerlo yo solo.

Yo sabía lo que significaba aquella respuesta; significaba que, pese a mis buenos propósitos, yo había sido un monstruo.

Estoy convencida de que puedes hacerlo tú solo. Bueno, añadí, ¿quieres que te explique el sistema?

De acuerdo.

Le expliqué el sistema.

7

Final de la línea

Bajé temprano pensando en prepararme para su cumpleaños.

Estuve poniendo orden durante tres horas y encontré varias notas que había hecho para la posteridad. No estoy segura de que vayan a ser muy útiles para la posteridad, pero, pensándolo bien, creo que lo que he de hacer es continuar de un modo sistemático cuando él empiece a ir al colegio dentro de unos meses. La cuestión es que en cinco horas seguidas podría decir todo lo que es preciso decir. Guardé las notas en un fichero.

Ludo todavía duerme; se ha quedado despierto hasta las 3 de la madrugada, porque anoche era la víspera de su cumpleaños y dijo que podía quedarse todo el tiempo que quisiera. Veré un vídeo hasta que se levante.

40 bandidos contemplan una aldea en Japón desde lo alto de una colina. Deciden saquearla después de la cosecha de cebada. Un campesino lo oye todo.

Se celebra una reunión en la aldea. Los campesinos se sumen en la desesperación.

1 se pone en pie con ojos centelleantes.

¡Hagamos lanzas de bambú! ¡Matemos a todos los bandidos!

No podemos, dice 2.

Es imposible, dice 3.

Llovizna. El aire agita el papel marrón que cubre la ventana.

Los campesinos consultan al patriarca de la aldea. El patriarca dice:

Buscad samuráis hambrientos. Incluso los osos salen del bosque cuando tienen hambre.

4 campesinos van a buscar samuráis: Rikichi, el de los ojos centelleantes, Yohei (no podemos), Manzo (es imposible), y uno que no tiene nombre.

Creo que la primavera ya está aquí.

Los campesinos ven a una multitud de personas. Un samurái se ha ido a la orilla del río para que un monje lo afeite.

Un hombre con bigote y espada se abre paso por entre la multitud y se acucilla, rascándose el mentón. (Es Toshiro Mifune.)

Es realmente sorprendente. Me he quedado 10 minutos dormida viendo una obra maestra del cine moderno y cuando me he despertado, se había acabado ya toda la parte del reclutamiento de samuráis.

STOP. REBOBINAR.

Signos de vida en la habitación contigua.

STOP. PLAY.

El maestro espadachín ha cambiado de idea, no se sabe por qué. 6 samuráis se disponen a partir en dirección a las colinas a la mañana siguiente.

Entra un jugador que afirma haber encontrado a un samurái realmente duro.

Katsushiro coge un palo y se dirige a la puerta: una última prueba.

Jugador: Eso no es justo.

Kambei: Si es tan bueno como dices, parará el golpe.

Jugador: Pero está borracho.

Kambei: Un auténtico samurái jamás se emborracharía tanto.

Un hombre entra corriendo por la puerta; Katsushiro le golpea con fuerza en la cabeza. Es Toshiro Mifune, que cae derribado al suelo.

Mifune mira al samurái. Reconoce a Kambei.

Has tenido la desfachatez de preguntar si era un samurái. Desde luego que soy un samurái. No te vayas. Te enseñaré una cosa [saca un rollo]. Mira esto. Lo tiene mi familia desde hace varias generaciones.

Mifune hace muecas y sonidos extraños, que ahora veo imitados en miniatura a mi lado. Kurosawa tiene razón, es realmente dúctil. Viendo al vivaz Mifune, el serio Shimura y el entusiasta Kimura, me doy cuenta de pronto de que todo va a ir bien, de que le estoy dando a mi hijo sin padre y sin tíos, no solo 8 modelos masculinos (6 samuráis, 1 hijo de un campesino que se hace pasar por samurái y 1 campesino sin miedo), sino 16 (8 personajes, 8 actores), 17, incluyendo a Kurosawa, que no sale en

la película. Solo uno de los personajes es un perfeccionista en la práctica de su arte, pero los 8 actores y el director muestran un perfeccionismo absoluto, lo que hace un total de 17 modelos masculinos (no se incluye a los extras).

[Kambei, leyendo]: ¿Tú eres Kikuchiyo?

Nacido en el Segundo Año de Tensho... [estalla en carcajadas]

Pareces muy viejo para tu edad.

Mirándote nadie diría que tienes 13 años.

[Todos los samuráis se echan a reír]

L: ¿De dónde has robado esto?

L: ¿Quién te has creído que eres para llamarme ladrón?

Ahora somos seis.

III

Después de ese extraordinario combate... uno espera que la película acabe con una declaración final que demuestre que finalmente ha madurado, que ha triunfado, que se ha convertido en algo, en el gran campeón de yudo.

DONALD RICHIE, «*Sugata Sanshiro*»,
The Films of Akira Kurosawa

1

1, 2, 3

20 de marzo de 1993

Hoy cumplo seis años.

Me han regalado el diccionario japonés en imágenes Oxford-Duden y un pequeño libro en japonés sobre un gato, que está todo en kana, y un libro que no sé qué es porque está todo en japonés, pero Sibylla ha dicho que era *Sugata Sanshiro* de Tomita Tsuneo. Me ha dicho también que puedo usar su diccionario kanji y su diccionario romanizado Kodansha y su gramática, que desgraciadamente *Sugata Sanshiro* no lo vendían en inglés, así que quizá me pareciera un poco difícil, pero que creía que se trataba de una historia maravillosa por lo que el señor Richie dice de la película, y entonces ha sacado un libro del señor Richie y me ha dicho, mira, ¿puedes leer esto? Yo le he preguntado si estaba en inglés y ella ha dicho que sí, así que, claro está, lo he leído. Al parecer hay una escena muy dramática en el libro, cuando el profesor de yudo de Sugata le dice que se mate. Esto es lo que el señor Richie dice sobre mi libro:

Utiliza todos los procedimientos correctos del yudo, superando a un hombre tras otro. Todo esto se muestra con una rápida sucesión de planos del modo más atrayente. Es un pasaje estimulante. Se parece a las películas japonesas corrientes de peleas, pero hecha con mucho más arte. Los espectadores no sabemos de qué trata la película, creemos que Sugata es un auténtico héroe. La muchedumbre también lo cree, profiere exclamaciones de admiración. Sugata se deja llevar y ataca a un hombre tras otro, y siempre sale vencedor.

Hay una escena en la habitación del profesor de yudo. Todo está en silencio. El profesor está inmóvil, no hay ningún movimiento en la pantalla, y después de la frenética actividad de la secuencia anterior, es como una advertencia. Está allí sentado, como si esperara, y van pasando los segundos. Entonces entra Sugata con el quimono roto.

Profesor: Bien, debes de sentirte muy bien después de haber sacudido a tanta gente.

Sugata: Lo lamento.

Profesor: Quería verte en acción. Eres muy fuerte, realmente fuerte. Quizá seas más fuerte incluso que yo ahora. Pero ¿sabes una cosa? Hay muy pocas semejanzas entre la clase de yudo que tú practicas y la que practico yo. ¿Sabes lo que quiero decir? No sabes cómo usarlo, no conoces ese estilo de vida. Y enseñarle yudo a alguien que no lo conoce es como darle un cuchillo a un loco.

Sugata: Pero sí que lo conozco.

Profesor: Eso es mentira. Actuar como actúas tú, sin sentido y sin un propósito, odiar y atacar, ¿es ese el

estilo de vida? No, es amor y lealtad. Esa es la verdad natural del cielo y la tierra. Es la verdad esencial y solo con esa verdad puede un hombre enfrentarse con la muerte.

Sugata: Yo puedo enfrentarme con la muerte. No temo morir ni siquiera ahora, si tú me lo ordenas.

Profesor: Calla, no eres más que un vulgar matón callejero.

Sugata: No me da miedo morir.

Profesor: Pues entonces ve y muere.

Entonces Sugata hace algo extraordinario. Abre la mampara de shoji y, sin mirar hacia abajo ni atrás, salta.

Estoy impaciente por leer este libro.

El diccionario en imágenes tenía el retrato de un samurái en la portada, así que eso es lo primero que he buscado. Ha sido bastante difícil, porque estaba en Etnología, y cuando lo he encontrado, resulta que solo daban las palabras para samurái y armadura, y ni siquiera salía el ideograma de samurái, sino que estaba escrito en hiragana.

No he querido decirle nada a Sibylla porque no quería herir sus sentimientos, pero creo que algo ha adivinado, porque me ha preguntado qué me pasaba. Nada, le he dicho yo, y ella ha dicho: *Doh ka na?*, con tono escéptico. *Doh ka na?* significa ¿De verdad?, en japonés. Le he enseñado la imagen del samurái y ella ha dicho que era absolutamente escandaloso que no pusiera el kanji y que seguramente era porque creían que sería demasiado difícil para la gente, así que lo que debía hacer era escribir una carta a la editorial y firmar: Ludo, seis años de edad. Le he preguntado si podía escribirla en el ordenador y ella me ha dicho que cómo sabrían entonces que tengo seis años. También me ha dicho que no olvide poner el ideograma en la carta, así que eso voy a hacer.

侍

Sibylla está viendo *Los siete samuráis* otra vez. Yo ya la he visto varias veces, así que he decidido empezar a leer *Sugata Sanshiro*. Cada uno de los dos va a escoger un solo carácter cada día hasta aprenderlo bien, empezando mañana. Hoy he aprendido dos palabras que me ha enseñado Sibylla y que salen en el libro.

柔術 jujitsu 柔道 yudo

Ju significa suave y *jitsu* significa arte o destreza y *do* significa método, y al

parecer los caracteres salen en otros compuestos. Ya me sé todo el hiragana y el katakana.

Finalmente he mirado la primera página del libro. El japonés es el idioma más difícil del mundo.

No quería marcar con rotulador los caracteres que conocía porque es el único libro en japonés que tengo, aparte de los dos de Sibylla. Así que he decidido buscar otro carácter en el diccionario y he tardado una hora en encontrarlo. Todos los caracteres parecen casi iguales y es muy difícil recordarlos si no se van señalando. Al cabo de un rato, Sibylla me ha mirado, ha parado el vídeo y me ha preguntado qué pasaba. Yo le he dicho que nada. Ella se ha acercado a mirar el libro y me ha preguntado cómo pensaba aprender si no señalaba los caracteres con rotulador. Me ha dicho que estos libros japoneses son muy baratos, que solo cuestan cinco libras y que podemos comprar otro. Me ha dicho que quería que disfrutara de mi cumpleaños, así que, si había algo que me molestara, tenía que decírselo.

Me ha dicho que podía hacerle todas las preguntas que quisiera porque era mi cumpleaños. Yo le he preguntado quién fue mi padre. Sibylla ha contestado que lo sentía, pero no podía decírmelo, que era un escritor de viajes y que solo había estado con él una vez.

Creo que a lo mejor es alguien famoso.

21 de marzo de 1993

Hoy cada uno ha elegido un carácter. Vamos a hacer lo mismo todos los días hasta que los conozcamos todos. Hay 1.945 y ya conozco tres, así que, si hacemos dos al día, tardaremos 971 días en conocerlos todos. Yo quería hacer 20 al día, porque así acabaríamos en tres meses, pero Sibylla ha dicho que no, que sería terrible despertarse cada mañana pensando que teníamos que hacer 20, mientras que así siempre podíamos hacer más si nos apetecía.

Sibylla ha elegido 人 *JIN* (persona)/*hito* (persona). *JIN* es el lexema exógeno chino e *hito* es el lexema indígena japonés.

Yo he elegido

龠 *YAKU* (flauta)/radical de 17 trazos para instrumento

musical

Por desgracia Halpern no parece tener ningún carácter que use el radical.

Cuando nos hemos aprendido los caracteres, le he preguntado a Sibylla dónde conoció a mi padre y me ha dicho que en una fiesta. Al parecer todos en la fiesta querían hablar con él, pero él decidió hablar con Sibylla, y cuando ella se fue de la fiesta, él se marchó también.

22 de marzo de 1993

Sibylla ha elegido 大 *DAI TAI* (grande)/*o* (grande) y quería que yo cogiera 太 *TAI* (grande)/*futo(i)* (grueso), porque sería fácil de recordar.

He elegido 璽 *JI* (sello imperial). Le he dicho que si yo podía hacer 爾 *JI* (que), ella podría hacer 太, pero ella ha dicho que estos los haríamos mañana.

Después de desayunar he empezado con *Sugata Sanshiro*. He señalado el nombre de *Sugata Sanshiro* todas las veces que salía y también los caracteres para yudo y jujitsu en la segunda mitad del libro. Los que había elegido cada día no me han salido aún.

Hoy le he preguntado a Sibylla por mi padre, pero me ha dicho que no quería hablar de él. Le he pedido que me dijera al menos su nombre de pila, pero no ha querido. Le he pedido que me dijera solo la primera letra, pero me ha dicho que No.

23 de marzo de 1993

太 *TAI* (grande)/*futo(i)* (grueso)

爾 *JI* (que)

24 de marzo de 1993

Hoy Sibylla ha escogido 水 *SUI* (agua)/*mizu* (agua). Esta vez quería que yo

escogiera 氷 *HYO*⁻ (hielo)/*ko*⁻*ri* (hielo)/*hi* (hielo) /*ko*⁻ (*ru*) (helar) (¡!). Le he dicho que me parecía aburrido, porque era casi igual que *mizu*, y Sibylla ha dicho que de eso se trataba precisamente. Le he dicho que eligiera ella caracteres aburridos, si quería, pero que yo elegía

藻 *SO*⁻ (algas, alga marina; expresión elegante, retórica)/*mo*⁻ (algas, lenteja de agua, alga marina)

He dicho que aprendería 氷, si también podíamos aprender

繭 *KEN* (capullo de gusano de seda)/*mayu* (capullo)

25 de marzo de 1993

氷 *HYO*⁻ (hielo)/*ko*⁻*ri* (hielo)/*hi* (hielo)/*ko*⁻ (*ru*) (helar)

繭 *KEN* (capullo de gusano de seda)/*mayu* (capullo)

26 de marzo de 1993

木 *BOKU MOKU* (árbol, madera)/*ki* (árbol, madera)

大木 *taiboku* (árbol gigante)

翠 *SUI* (verde jade, verde esmeralda, verdor; martín pescador)

27 de marzo de 1993

森 *SHIN* (bosque denso)/*mori* (bosque espeso) *shinshin* (densamente arbolado)

亀 *KI* (tortuga, tortuga marina)/*kame* (tortuga, tortuga marina)

Cuando nos hemos aprendido bien los caracteres, hemos ido a la biblioteca. Me he pasado toda la semana intentando averiguar el nombre de mi padre, pero Sibylla no quiere decirme siquiera la primera letra. He decidido pedir prestado *La expedición de la Kon-Tiki*.

28 de marzo de 1993

Sibylla y yo hemos discutido otra vez por culpa de los caracteres. Sibylla decía que, si ella elegía 火 KA (fuego)/hi (fuego), y yo elegía 炎 EN (llama, llamarada)/hono^ˉ (llama, llamaradas), y si los dos teníamos en cuenta el hecho de que 川 era el radical *magarigawa* para río, comprenderíamos intuitivamente por qué 災 SAI/wazawa(i) significaba desastre natural/calamidad, y entonces veríamos por qué 人災 jinsai significaba desastre provocado por el hombre y 火災 kasai significaba incendio o conflagración. Le he preguntado si Thor Heyerdahl era mi padre. Sibylla ha contestado que desde luego que no. Le he dicho que bueno, que podía coger todos esos caracteres si quería, y ella me ha preguntado si no los cogía yo también. Yo le he dicho que si ella cogía esos cuatro, incluyendo el radical para río, yo quería

翳 EI (sombra, penumbra)/kage(ri) (sombra, penumbra)

鼎 kanae (caldero ritual, vasija sobre trípode)/TEI
(triangular)

黾 BO^ˉ (sapo, rana) y

虎 KO (tigre)/tora (tigre)

Le he preguntado si finalmente cogía cuatro, y Sibylla ha dicho que sí, porque no podía esperar cuatro días para conocer el término *jinsai*, que obviamente era un eufemismo de «niño pequeño». Yo le he dicho que en ese caso, yo quería

虐 GYAKU (cruel, salvaje, tiránico, opresivo)/shiita(geru) (oprimir, perseguir, tiranizar, aplastar)

en lugar de

𪛗 BO^- (sapo, rana).

Sibylla ha dicho *Dozo, jinsai*. Evidentemente le parecía muy gracioso.

29 de marzo. Hoy he acabado *La expedición de la Kon-Tiki*. He decidido aprender cómo se limpia el pescado.

30 de marzo. Hoy Sibylla y yo hemos estado limpiando un pescado. Sibylla se ha enfadado bastante, porque no he querido comérmelo.

31 de marzo. He empezado a leer *En el corazón de Borneo*. Quería aprender a limpiar un pollo, pero Sibylla ha dicho que no tenía ganas. Nos hemos ido a comer al Ohio Fried Chicken.

1 de abril. Hoy Sibylla tampoco tenía ganas de limpiar un pollo. Le he preguntado si mi padre se llamaba Ludo y me ha dicho que no. Le he preguntado si era David y ha dicho que no. Le he preguntado si era Steven y me ha dicho que no. Le he preguntado entonces cómo se llamaba y me ha dicho que Rumpelstiltskin. Luego me ha sugerido que fuéramos a comer al Ohio Fried Chicken. Yo le he preguntado si era realmente Rumpelstiltskin y me ha dicho que no.

2 de abril. Hoy he acabado *En el corazón de Borneo*. He decidido probar a dormir en el suelo. He empezado a leer *Arenas de Arabia*.

3 de abril. Hoy todavía he estado leyendo *Arenas de Arabia*. Es interesante. Los beduinos no llevan zapatos. Es para endurecer los pies. Le he preguntado a Sibylla si

podíamos limpiar un pollo hoy y me ha dicho que no.

25 de abril

He leído *La expedición de la Kon-Tiki*, *En el corazón de Borneo*, *Arenas de Arabia*, *Journey into Danger!*, *Las grandes aventuras contemporáneas*, *El leopardo de las nieves*, *En la Patagonia*, *Amazon Nights*, *To Caucasus*, *Tents on the Steppe*, *Igloo Winter*, *With Camel and Compass*, *Among Pygmies* y *After Alexander*. Hoy le he preguntado a Sibylla si había leído alguno de estos libros. Sibylla estaba viendo *Los siete samuráis* y he pensado que a lo mejor dejaba caer alguna pista sin querer, mientras tenía la mente ocupada en otra cosa. La película estaba en la parte en que Kyuzo lucha con el otro samurái. Me ha dicho que había leído *En la Patagonia*. Después de que Kyuzo matara al otro samurái, Sibylla se ha echado a reír y me ha dicho que ni siquiera había llegado a conocer a Bruce Chatwin. Le he preguntado si había conocido a alguno de los otros. Ha girado la cara, me ha mirado sin decir palabra y luego ha vuelto a mirar la televisión.

Estoy un poco harto de estos caracteres japoneses, porque no sale ninguno en *Sugata Sanshiro*. Hasta ahora hemos aprendido 98. Han salido algunos de los caracteres de Sibylla, pero de los míos ninguno. También he buscado la mayoría de los caracteres que salen en el libro, ¡y algunos de ellos no están siquiera en el diccionario! Es realmente frustrante.

26 de abril

Hoy hemos ido a la biblioteca. He cogido *Tracks across Alaska*, *Ticket to Latvia*, *Night Train to Turkestan*, *Idle Days in Patagonia*, *In the Steps of Stanley*, *In Search of Genghis Khan* y *Danziger's Travels*.

12 de mayo

He terminado *Sugata Sanshiro*. Algunas cosas no las he entendido, porque Sibylla no podía contestar a muchas de mis preguntas. Sibylla dice que he estado muy callado

estos últimos días, que había hecho una gran cantidad de trabajo y que podíamos ir a Books Nippon para comprarme otro libro en japonés. Le he dicho que me gustaría comprar un libro sobre un pulpo. Hemos preguntado en información y la señora nos ha dicho que iría a ver si tenía algo. Al final ha aparecido con varios libros. Creemos que hemos comprado un libro sobre un pulpo, pero no estamos del todo seguros.

13 de mayo

Hoy he terminado *Tracks across Alaska* y he decidido empezar a leer *Ticket to Latvia*. Sibylla ha trabajado un montón y luego ha estado un rato viendo *Los siete samuráis*. Cuando en la película llegaban a la aldea, le he preguntado si había leído algo de mi padre. Ha contestado que no, si podía evitarlo. ¿Qué quieres decir?, le he preguntado, y ella me ha dicho que alguien de la oficina le dio uno de sus libros, así que tuvo que leerse un trozo. Me ha dicho que le dijo a la persona en cuestión que parecía tener un montón de errores de lógica, y la persona dijo que eso daba igual. Le he preguntado si aún tenía el libro como por casualidad. Ella ha girado la cabeza y me ha mirado. Luego ha dicho que no, que no lo había guardado, y ha seguido mirando la televisión. Le he preguntado quién era la persona. Sin dejar de mirar la televisión, me ha contestado que no se acordaba, que todos estaban entusiasmados por él.

Así que solo tengo que encontrar a alguien que estuviera en la oficina y preguntarle por quién estaban todos entusiasmados. El único problema está en que creo que los despidieron a todos. Cuando sea un poco mayor podré hacer un poco de trabajo detectivesco y buscarlos.

14 de mayo

Hoy ha habido una falsa alarma. Yo estaba practicando mis caracteres en japonés cuando, de repente, ¡me he fijado en que Sibylla miraba los libros de mi biblioteca! Me he puesto a observarla, conteniendo el aliento. Al cabo de un rato, ha cogido *Danziger's Travels* y ha empezado a hojearlo, ¡y luego se ha ido a sentar! Ha mirado el libro con una expresión muy triste, leyendo trozos aquí y allá, suspirando de vez en cuando. ¡En un momento dado, ha dicho Isfahan en voz baja! Y luego, sin alzar la

vista siquiera, ha dicho irónicamente que no sacara conclusiones precipitadas.

¿Por qué no quieres decirme quién es?, le he preguntado.

Porque él no sabe que existes.

¿Por qué no se lo dijiste?

Porque no quería volver a verlo.

¿Por qué no querías volver a verlo?

No quiero hablar de eso.

Quizá él estuviera a punto de iniciar una nueva expedición cuando se conocieron. A lo mejor había reunido fondos para la expedición, y si ella le hubiera hablado de mí, él habría tenido que darle el dinero. Pero ella sabía que aquella expedición era su vida, así que no se lo había dicho.

15 de mayo

Hoy Sibylla se ha puesto furiosa conmigo porque le he hecho una pregunta sobre mi padre. Solo le he preguntado si sabía idiomas. Ella me ha mirado y me ha dicho que quería que escuchara una cosa. Estaba escribiendo en el ordenador, pero se ha levantado y ha dicho que teníamos que ir al Barbican, aunque estuvimos allí ayer.

En el Barbican hemos entrado en la sección de música y ha preguntado si tenían algo de Liberace. Le han contestado que no. Sibylla ha dicho que no podía esperar, así que hemos cogido la Línea de Circunvalación hasta King's Cross y luego la Piccadilly Line hasta Picadilly Circus, y hemos entrado en Tower Records. Nos han dicho que Liberace estaba en la sección de música ligera, así que allí hemos ido.

Tenían un montón de cosas de Liberace, pero la más barata era una casete de 9,99 libras.

¡9,99 libras!, ha exclamado Sibylla con la casete en la mano. Me parte el corazón, pero hemos de comprarla. Ha comprado la cinta y nos hemos vuelto a casa.

Al llegar Sibylla ha puesto la cinta en el casete. La música era bastante anticuada, y antes de cada canción, el intérprete contaba unos chistes al público. Sibylla no ha dejado de mirarme mientras se oía la cinta. Cuando ha terminado, me ha preguntado qué me parecía.

Le he dicho que era bastante anticuado, pero que tocaba el piano muy bien.

Sibylla no ha dicho nada. Ha abierto un cajón y ha sacado una postal. Era un

cuadro de unas chicas griegas pintadas por lord Leighton.

¿Qué te parece esto?, me ha preguntado.

Es un cuadro sobre la antigua Grecia y están jugando a la pelota.

¿Algo más?

Le he contestado que me gustaba cómo se notaba que soplaba el viento por el modo en que había pintado las togas.

Entonces ha sacado una revista vieja de otro cajón, la ha abierto por una página y me ha dicho que leyera, así que he empezado a leer. Al principio pensaba que a lo mejor era algo que había escrito mi padre, pero luego he visto que no trataba sobre viajes.

¿Qué te parece?, me ha preguntado Sibylla.

Es bastante aburrido, pero supongo que está bien escrito.

Sibylla ha dejado la revista en el suelo.

No estarás preparado para conocer a tu padre hasta que sepas ver qué hay de malo en estas cosas.

¿Cuándo será eso?

No lo sé, millones de personas se han ido a la tumba admirando esas cosas.

Bueno, ¿pues por qué no me lo dices tú?

No diré que es mejor que lo descubras por ti mismo, *la formule est banale*. Incluso cuando seas capaz de ver lo que está mal, no estarás listo en realidad. No deberías conocer a tu padre cuando hayas aprendido a despreciar a las personas que han hecho estas cosas. Tal vez el momento adecuado llegará cuando hayas aprendido a compadecerlas, o, si existe algún estado de gracia más allá de la compasión, cuando hayas alcanzado tal estado.

Déjame ver la revista otra vez, le he pedido.

Luego me he leído todo el artículo, pero no he visto nada malo en él, salvo que era aburrido. He vuelto a mirar el cuadro, pero no he conseguido descubrir qué tenía de malo. También quería volver a escuchar la cinta, pero Sibylla me ha dicho que no soportaría volver a oírla otra vez en un mismo día.

No es justo, nadie más tiene que esperar a ser lo bastante mayor para saber quién es su padre.

No deberíamos elevar lo fortuito a la categoría de deseable.

¿Cómo sabes que soy lo bastante mayor para conocerte a TI?

¿Qué te hace pensar que lo creo?

Sibylla ha dejado de aprenderse caracteres japoneses porque tiene demasiado trabajo. Yo domino ya 243 caracteres. Hoy Sibylla ha empezado a trabajar en el ordenador y luego me ha mirado mientras practicaba mis caracteres y ha suspirado y ha sacado un libro. Luego lo ha dejado y he visto que era la autobiografía de J. S. Mill. Me ha sorprendido bastante que lo dejara para coger el libro del señor Richie. Me ha preguntado si podía leerlo. El libro del señor Richie está en inglés, así que obviamente puedo leerlo. Bueno, pues léeme esto, me ha dicho. Así que le he leído un párrafo. Trataba sobre el villano en *Sugata Sanshiro*.

Él es un hombre de mundo, y Sugata desde luego no lo es. Va bien vestido, lleva bigote, incluso es algo amanerado. También es obvio que sabe lo que se trae entre manos. Es tan bueno que no necesita hacer alarde de su fuerza. Uno tiene la impresión de que él no andaría nunca derribando a la gente por ahí, como sabemos que ha hecho Sugata. Sin embargo, algo le falta. Tal vez Sugata no conozca «el estilo de vida», pero al menos lo está aprendiendo. Ese hombre no lo conocerá jamás. Lo demuestra de muchos pequeños modos. En cierta ocasión, fumando un cigarrillo —la marca del dandi en el Japón Meiji—, no se molesta en buscar un cenicero, sino que tira la ceniza en una flor abierta, parte de un arreglo floral que hay sobre una mesa cercana.

¿Qué crees que significa?, me ha preguntado Sibylla.

Creo que significa que deberíamos respetar la naturaleza.

¿Cómo?

El villano tira la ceniza en una flor, mientras que el héroe se siente inspirado por la belleza natural del mundo que nos rodea.

Mmm...

No se me ocurría qué otra cosa podía querer decir y Sibylla no me ha dicho nada. Después de un rato se ha ido a la cocina a hacer una taza de café y yo me he puesto a mirar el libro de J. S. Mill. ¡Ha sido espeluznante!

J. S. Mill aprendió a leer cuando tenía dos años, igual que yo, pero el griego lo empezó a los tres. Yo ya tenía cuatro. ¡¡¡A la edad de siete años, había leído toda la obra de Herodoto, la *Ciropedia* de Jenofonte y memorias de Sócrates, algunas de las vidas de filósofos de Diógenes Laercio, partes de Luciano y de *Ad Demonicum* y *Ad Nicoclem*, de Isócrates, así como los seis primeros diálogos de Platón, desde el

Eutifrón al Teeteto!!! También había leído a un montón de historiadores de los que yo ni siquiera he oído hablar. No empezó con la *Iliada* y la *Odisea* hasta más tarde, mientras que yo he leído ambos libros, pero es lo único que he leído. No creo que él supiera árabe ni hebreo, pero lo que yo he leído en esos idiomas es bastante fácil, y además, no ha sido mucho.

Lo que me preocupa es que el señor Mill era bastante estúpido y que tenía mala memoria y que nació hace 180 años. Yo creía que era una cosa insólita que un chico de mi edad supiera leer griego, porque le sorprendía a mucha gente en la Línea de Circunvalación, pero ahora creo que seguramente es falaz. La mayoría de la gente de la Línea de Circunvalación no decía nada en absoluto, pero yo creía que se sorprendían porque la gente que sí decía algo estaba sorprendida. Era una estupidez, porque, si no estaban sorprendidos, ¿qué iban a decir? Y ahora resulta que voy a empezar a ir al colegio dentro de tres meses.

2

a, b, c

6 de septiembre de 1993

Hoy hemos ido al colegio para hablar con mi maestra. Sibylla estaba muy nerviosa. Creo que estaba preocupada porque sabía que yo iría atrasado. Cada vez que le preguntaba, me decía que no me preocupara por eso. Tiene un viejo libro titulado *Seis teorías sobre el desarrollo infantil*, pero no da demasiados detalles.

Al llegar al colegio hemos tropezado con un obstáculo inesperado.

Hemos entrado en el aula del primer curso y Sibylla se ha presentado.

—Soy Sibylla Newman y este es Stephen —ha explicado a la maestra, aunque no ha encontrado la partida de nacimiento antes de salir de casa, y no estábamos seguros del nombre—. Creo que quizá sea usted su maestra —ha añadido—. He pensado que debería hablar con usted.

La maestra se llamaba Linda Thompson.

—Lo comprobaré en la lista —ha dicho.

Ha cogido una hoja con una lista y la ha repasado.

—No encuentro a Stephen —¡ha dicho!

—¿Quién? —ha preguntado Sibylla.

—¿Stephen? ¿No me ha dicho que se llama Stephen? —ha dicho la señorita Thompson.

—Ah, sí, sí —ha contestado Sibylla—. Stephen. O Steve. Es un poco pronto para decirlo.

—¿Perdón?

—Es un poco joven para tomar una decisión definitiva.

—¿Está usted segura de que es este el colegio adonde debe ir? —ha preguntado la señorita Thompson.

—Bueno, vivimos en esta misma calle —ha contestado Sibylla.

—Debería haberlo matriculado el año pasado —le ha informado la señorita Thompson.

—Cielo santo —ha exclamado Sibylla—. No tenía ni idea. ¿Qué hago ahora?

La señorita Thompson ha dicho que pensaba que no quedaba ninguna plaza libre.

—¿Significa eso que tendrá que esperar otro año? —ha preguntado Sibylla.

—Oh, no. Legalmente está obligado a ir al colegio. Además, no querrá usted que se quede atrasado. Para los niños es muy importante tener el mismo nivel que los demás de su grupo de edad.

—De eso quería hablarle —ha dicho Sibylla—. Nunca ha hecho nada en grupo. Todo se lo he enseñado yo en casa y estoy un poco preocupada...

—Oh, se pondrá al corriente enseguida —le ha asegurado la señorita Thompson—. Pero no debe perder el curso. ¿Qué edad tiene Stephen?

—Seis años —ha contestado Sibylla.

—¡SEIS! —ha exclamado la señorita Thompson, mirándome consternada—. Stephen —ha dicho cordialmente—, ¿por qué no vas a jugar con esas piezas que hay al fondo de la clase?

—No creo que debamos hablar sobre su educación en su ausencia —ha objetado Sibylla.

La señorita Thompson parecía agitada.

—¡Debería haber empezado a los cinco años! —ha exclamado.

—¡A los cinco! Estoy segura de que yo empecé el colegio cuando tenía seis.

La señorita Thompson ha señalado que en Gran Bretaña todos los niños empezaban a ir al colegio a los cinco años, y que antes se recomendaba un año o dos de parvulario.

—¿Quiere usted decir que podría haber empezado el colegio el año pasado? —ha preguntado Sibylla.

—No solo podría, sino que debería haber empezado el año pasado —ha afirmado la señorita Thompson—. Es muy importante que los niños se acostumbren a estar con otros niños como parte de su aprendizaje.

Eso era exactamente lo que se decía en el libro.

—Durante el crucial período formativo de la vida de un niño, la escuela funciona como marco primordial para fomentar y validar socialmente la capacidad cognitiva —he dicho.

—¿De dónde ha sacado eso? —ha preguntado la señorita Thompson.

—Iré a hablar con el director —ha dicho Sibylla—. Lu... Stephen, espera aquí.

Yo no quería hacer que Sibylla se sintiera culpable porque había perdido un año de

colegio así que he pensado que sería un buen momento para averiguar qué me había perdido.

—¿Podría usted darme una idea del material que se ha estudiado durante el primer año? Me temo que estoy muy atrasado con respecto a los demás —he dicho a la señorita Thompson.

—Estoy segura de que te adaptarás perfectamente —me ha asegurado ella con una amable sonrisa.

—¿Han leído el *Ad Demonicum* de Isócrates? —he insistido.

La señorita Thompson ha contestado que no. Me he alegrado, porque la obra parecía difícil.

—¿Y la *Ciropedia*? —he seguido.

La señorita Thompson me ha preguntado qué era eso. Le he explicado que era una obra de Jenofonte y que en realidad no sabía de qué trataba. La señorita Thompson me ha dicho que jamás la había leído nadie en primer curso, que ella supiera.

—Bueno, ¿y qué se lee? —he preguntado.

La señorita Thompson me ha dicho que la capacidad y el interés variaban y que cada persona leía cosas diferentes.

—Bueno, yo solo he leído la *Ilíada* y la *Odisea* en griego, y *De amicitia* y las *Metamorfosis* 1 a 8 en latín, y la historia de Moisés y la de José y su zamarra de muchos colores, y la de Jonás y el primer Libro de Samuel en hebreo, y el *Calila y Dimna* y 31 historias de *Las mil y una noches* en árabe, y *Yaortu la Tortue* y *Babar* y *Tintin* en francés, y hace poco que he empezado el japonés.

La señorita Thompson me ha sonreído. Es muy guapa. Tiene los cabellos rubios y ondulados y los ojos azules. ¡Me ha dicho que por lo general la gente no estudia árabe, ni hebreo, ni japonés en la escuela, y que no suelen empezar con el francés, el latín o el griego hasta los doce años más o menos!

¡Me he quedado de piedra! Le he dicho que J. S. Mill había empezado a estudiar griego a los tres años.

¡¡¡La señorita Thompson me ha preguntado que quién era J. S. Mill!!!

Le he explicado que era un utilitarista que se había muerto hacía 120 años.

—Ah, un victoriano —ha dicho la señorita Thompson—. Bueno, ¿sabes, Stephen?, los victorianos le daban un valor mucho más grande a los hechos en sí mismos que nosotros. Ahora nosotros estamos más interesados en lo que cada cual puede hacer con lo que sabe. Una de las cosas más importantes de la escuela es aprender a trabajar

como miembro de un grupo.

—Sí —he dicho yo—, pero el señor Mill decía que a él no se le permitía nunca llenarse la cabeza de hechos que no hubiera examinado antes. Le obligaban siempre a estudiar los argumentos y a justificar sus opiniones.

—Bueno —ha comentado la señorita Thompson—, obviamente hay mucho que decir al respecto, pero las cosas han avanzado mucho desde la época victoriana. La gente ya no tiene tiempo de pasarse años estudiando lenguas muertas.

—Por eso el señor Mill creía que debían empezar a los tres años —he señalado.

—Bueno, el caso es que los niños se desarrollan a diferentes velocidades, Stephen, y esos temas desmoralizarían a muchísimos niños. Todo sistema educativo ha de establecer unas prioridades, de modo que nos concentramos en las cosas que todo el mundo será capaz de utilizar. No podemos dar por supuesto que todo el mundo es un genio.

Le he explicado entonces que el señor Mill creía que él no era un genio, sino que todo lo había conseguido gracias a un inicio temprano. Yo no había hecho siquiera tanto como el señor Mill y cualquiera que leyera el libro se daría cuenta de lo que ponía, así que no creía que yo fuera un genio.

—Lo cierto es, Stephen, que aunque tu fluidez verbal no sería sorprendente en una persona educada, la razón de que no sea sorprendente es que una persona educada de tipo medio ha desarrollado su intelecto a lo largo de su etapa de formación, pero no es tan corriente en un chico de tu edad.

A mí me ha parecido que seguramente ese era un argumento falaz. Era muy difícil explicarle las cosas a la señorita Thompson.

—En mi opinión, ese es un argumento absolutamente falaz —le he dicho—. ¿Cómo puede decir que no permitirá a un estúpido empezar algo hasta los 12 años, y afirmar luego que la razón por la que es estúpido es que no sabe algo que otra persona sabe porque empezó a la edad de 3 años? En mi opinión es una total ridiculez.

—Sea como sea —ha dicho la señorita Thompson, y en ese momento ha vuelto Sibylla.

—¡Está todo arreglado! —ha exclamado—. He hablado con el director y me ha dicho que seguramente podrán meter a uno más en la clase y que en esta escuela siempre se atiende a las necesidades individuales de cada niño.

—Obviamente nos esforzamos al máximo —ha empezado a decir la señorita Thompson.

—Pero parece ser que no estará en su clase.

—Qué pena —se ha lamentado la señorita Thompson.

—En cualquier caso, no queremos entretenerla más. Ven, David. Todo irá bien.

MI PRIMERA SEMANA EN EL COLEGIO

13 de septiembre de 1993

Hoy ha sido mi primer día de colegio. Pensaba que quizá ahora que soy lo bastante mayor para ir al colegio, Sibylla me hablaría de mi padre, pero no lo ha hecho. Sibylla me ha acompañado al colegio y yo estaba muy nervioso porque, si la gente no estudiaba lenguas hasta los doce años, tenían que estudiar alguna otra cosa, y yo llevaba un año de retraso.

He pensado que quizá estudiaran más matemáticas y ciencias y yo ni siquiera había acabado el libro de álgebra.

Cuando hemos llegado al colegio, la señorita Lewis ha explicado que las clases habían empezado el jueves pasado. Sibylla ha dicho que estaba segura de que el colegio empezaba el lunes cuando ella era niña.

No hemos hecho nada de ciencia hoy, así que no sé si era eso lo que hicieron el año pasado.

Al llegar a casa he empezado a leer *El viaje del Beagle*. Es un libro excelente. He descubierto que Charles Darwin no pudo ser mi padre, porque murió en 1882, pero de todas maneras voy a acabar el libro.

14 de septiembre de 1993

Hoy ha sido mi segundo día en el colegio.

Hemos empezado el día dibujando animales. Yo he dibujado una tarántula con 88 patas. La señorita Lewis me ha preguntado qué era y yo le he explicado que era una tarántula oktokaiogdoekontópoda. No sé si existen en la realidad, creo que me lo he inventado. Luego he hecho otro dibujo de una tarántula heptakaiogdoekontópoda, porque la primera se había metido en una pelea y había perdido una pata. Luego he

hecho un dibujo de dos tarántulas monstruosas peleándose entre sí, cada una con 55 patas, y he tardado un buen rato en dibujarlas todas. Antes de que acabara, la señorita Lewis ha dicho que teníamos que dejar los dibujos porque era la hora de hacer aritmética. Teníamos que sumar y cada uno debía trabajar a su propio ritmo. En la primera hoja había que sumar 1 a cada número, en la segunda, había que sumar 2, y así sucesivamente.

Al terminar todas las hojas, yo era el único que había llegado al 9, así que he decidido hacer unas cuantas multiplicaciones. Con las sumas se tarda mucho tiempo en llegar a alguna parte, a menos que se sumen números grandes, y todos los números que había en las hojas eran muy pequeños. Me he puesto a multiplicar 99×99 y 199×199 , y otros números interesantes. Me gustan los números que son casi otro número.

He leído tres capítulos más de *El viaje del Beagle* esta noche. Estaba demasiado cansado para estudiar japonés.

15 de septiembre

Hoy ha sido mi tercer día de colegio. Seguía en la hoja del 9, así que he decidido practicar el principio distributivo de la multiplicación. El principio distributivo de la multiplicación está en el primer capítulo de mi libro básico de álgebra, pero la idea de usarlo con el 9 porque es casi 10 ha sido mía.

$$9 \times 9 = [(10 - 1) \times 9] = (10 \times 9) - (1 \times 9) = 90 - 9 = 81$$

$$\begin{aligned} 99 \times 99 &= [(100 - 1) \times 99] \\ &= (100 \times 99) - (1 \times 99) \\ &= 9900 - 99 \\ &= 9801 \end{aligned}$$

$$\begin{array}{r} 9 \times 9 \quad 99 \times 99 \quad 999 \times 999 \quad 9999 \times 9999 \quad 99999 \times 99999 \\ 90 \quad 9900 \quad 999000 \quad 99990000 \quad 9999900000 \\ - 9 \quad - 99 \quad - 999 \quad - 9999 \quad - 99999 \\ \hline 81 \quad 9801 \quad 998001 \quad 99980001 \quad 9999800001 \end{array}$$

$$999999 \times 999999 = 999998000001$$

$$9999999 \times 9999999 = 99999980000001$$

$$99999999 \times 99999999 = 9999999800000001$$

$$999999999 \times 999999999 = 999999998000000001$$

$$9999999999 \times 9999999999 = 99999999980000000001$$

$$99999999999 \times 99999999999 = 9999999999800000000001$$

$$999999999999 \times 999999999999 = 999999999998000000000001$$

$$9999999999999 \times 9999999999999 = 99999999999980000000000001$$

16 de septiembre

Hoy ha sido mi cuarto día de colegio.

17 de septiembre

Hoy ha sido mi quinto día de colegio. Ha sido aburrido.

18 de septiembre

Hoy es sábado. He aprendido 20 caracteres del Halpern. Me quedan 417. Le he dicho a Sibylla que creía que debía seguir con el francés, el griego, el latín, el hebreo y el árabe, aunque estuviera estudiando japonés, porque al parecer no empezaré con ellos en el colegio hasta que tenga 12 años, y tengo miedo de haberlos olvidado para entonces. Creía que Sibylla se quedaría horrorizada, pero se ha limitado a decir que le parecía bien. También le he dicho que seguramente no me enseñarían alemán hasta los 12 años, así que sería buena idea que me enseñara ella. Pensaba que me diría que primero debía aprender bien el japonés, pero me ha dicho que me enseñaría un pequeño poema porque me había portado muy bien toda la semana. El poema se llama «Erlkönig» de Goethe, y trata sobre un chico que va a caballo detrás de su padre y el Erlkönig lo llama, pero el padre no lo oye y al final el chico muere.

19 de septiembre

Hoy es domingo, así que no hay colegio. He leído a Amundsen y a Scott. He aprendido 30 caracteres japoneses y Sibylla ha comentado:

—Bueno, al menos el señor Ma no lo sabrá nunca. Tiemblo solo de pensar lo que diría.

—¿Quién es el señor Ma? —he preguntado yo.

Sibylla me ha dicho que era el padre de un famoso violonchelista.

—¿Es escritor de libros de viajes?

—No, que yo sepa, jinsai —me ha dicho Sibylla.

MI SEGUNDA SEMANA EN EL COLEGIO

20 de septiembre

Hoy, al llegar a casa del colegio, Sibylla estaba terriblemente alterada. Me ha dicho que a Red Devlin lo habían capturado como rehén en Azerbaiyán. Le he preguntado quién es Red Devlin y me ha dicho que es un periodista, que todo el mundo decía que podía convencer a cualquiera para que hiciera cualquier cosa. No le llaman Red porque tenga el pelo rojo, sino porque es tan valiente que parece un loco. Antes estaba en el Líbano y ahora estaba en Azerbaiyán y hacía tres días que lo tenían secuestrado.

—¿Es un buen escritor? —he preguntado.

—Oh, no —ha dicho Sibylla—, es un escritor malísimo. Lo que hace es ir a todos esos sitios increíbles y ver casuchas destartaladas y niños desharrapados y muchachas como gacelas. Pero qué horrible lo que le ha ocurrido.

De repente se me ha ocurrido una idea.

Solo el tiempo lo dirá.

21 de septiembre

$$1 \times 11 = 11$$

$$11 \times 11 = (10 \times 11) + (1 \times 11) = 121$$

$$111 \times 111 = (100 \times 111) + (10 \times 111) + (1 \times 111) = 12321$$

$$1111 \times 1111 = (1000 \times 1111) + (100 \times 1111) + (10 \times 1111) + (1 \times 1111) = 1234321$$

$$11111 \times 11111 = 123454321$$

$$111111 \times 111111 = 12345654321$$

$$1111111 \times 1111111 = 1234567654321$$

$$11111111 \times 11111111 = 123456787654321$$
$$111111111 \times 111111111 = 12345678987654321$$

22 de septiembre

$$11 \times 11 = 121$$
$$11 \times 111 = 1221$$
$$11 \times 1111 = 12221$$
$$11 \times 11111 = 122221$$

23 de septiembre

$$111 \times 111 = 12321$$
$$111 \times 1111 = 123321$$
$$111 \times 11111 = 1233321$$
$$111 \times 111111 = 12333321$$

$$1111 \times 1111 = 1234321$$
$$1111 \times 11111 = 12344321$$

$$11111 \times 111111 = 1234554321$$
$$111111 \times 1111111 = 123456654321$$
$$1111111 \times 11111111 = 12345677654321$$

24 de septiembre

$$111111111 \times 11 = 122222221$$
$$111111111 \times 111 = 1233333321$$
$$111111111 \times 1111 = 12344444321$$
$$111111111 \times 11111 = 123455554321$$
$$111111111 \times 111111 = 1234566654321$$

$$111111111 \times 1111111 = 123456777654321$$

$$111111111 \times 11111111 = 1234567887654321$$

$$111111111 \times 111111111 = 12345678987654321$$

MI TERCERA SEMANA EN EL COLEGIO

27 de septiembre

Hoy, en cuanto he entrado en clase, la señorita Lewis me ha llevado aparte y me ha dicho:

—Stephen, quiero que hagas un esfuerzo realmente grande para convertirte en un miembro cooperativo de la clase.

Yo le he dicho que no era necesario que me lo recordara, puesto que el doctor Bandura había señalado ya la importancia de un comportamiento cooperativo.

—Bien —ha dicho la señorita Lewis.

28 de septiembre

Hoy, cuando he llegado al colegio, la señorita Lewis ha dicho que es importante que la gente haga su propio trabajo y que no sabía qué pensar al ver que otros cinco niños tenían 111×111 y 1111×1111 y 11111×11111 en sus hojas de sumas. Yo le he dicho que lo más probable es que hayan utilizado el principio distributivo de la multiplicación. La señorita Lewis ha dicho que yo debía comprender que es muy importante que cada persona trabaje a su ritmo, y yo le he dicho que lo comprendía. Ella ha dicho: Bien.

He calculado que he pasado 12 días en el colegio, que son 84 horas, así que podría haber leído 8.400 versos de la *Odisea*. Podría haber leído a Herodoto o el *Ad Nicoclem* o la *Ciropedia* y las memorias de Sócrates. Podría haber acabado el libro de álgebra. Podría haber empezado con el de cálculo. Podría haberme aprendido todos los caracteres japoneses.

Creo que lo que más me preocupa es que J. S. Mill no fue al colegio. Le enseñó su padre y por eso estaba 25 años por delante de todos los demás.

He decidido llevar *Los argonautas* al colegio.

29 de septiembre

Hoy he llevado *Los argonautas* al colegio. La señorita Lewis se ha quedado el libro y me ha obligado a llevármelo otra vez a casa.

30 de septiembre

Hoy podría haber leído el segundo libro de *Los argonautas*.

1 de octubre

Hoy podría haber leído el tercer libro de *Los argonautas*.

2 de octubre

Hoy es sábado. He leído el primer libro de *Los argonautas*. Es más largo de lo que pensaba. He leído hasta el verso 558 y he aprendido 30 caracteres japoneses, y el resto del tiempo he estado practicando diferentes nudos.

3 de octubre

Hoy es domingo. He leído el primer libro de *Los argonautas* hasta el verso 1.011 y he aprendido otros 30 caracteres japoneses, he practicado unos cuantos nudos más y he leído *Half Mile Down*.

MI CUARTA SEMANA EN EL COLEGIO

4 de octubre

Hoy podría haber acabado *Los argonautas*.

$$9 \times 9 \times 9 = (10 - 1) \times (9 \times 9) = (10 \times 9 \times 9) - (1 \times 9 \times 9) = 810 - 81 = 729$$

$$99 \times 99 \times 99 = (100 \times 9801) - 9801 = 980100 - 9801 = 970299$$

$$999 \times 999 \times 999 = 997002999$$

$$9999 \times 9999 \times 9999 = 999700029999$$

$$99999 \times 99999 \times 99999 = 999970000299999$$

$$999999 \times 999999 \times 999999 = 999997000002999999$$

$$9999999 \times 9999999 \times 9999999 = 999999700000029999999$$

$$99999999 \times 99999999 \times 99999999 = 999999970000000299999999$$

$$99 \times 99 \times 99 \times 99 = [(99 \times 99 \times 99) \times 100] - (99 \times 99 \times 99) = 97029900 - 970299 = 96059601$$

$$999 \times 999 \times 999 \times 999 = 996005996001$$

$$9999 \times 9999 \times 9999 \times 9999 = 9996000599960001$$

$$99999 \times 99999 \times 99999 \times 99999 = 99996000059999600001$$

$$999999^4 = 999996000005999996000001$$

$$9999999^4 = 9999996000000599999960000001$$

$$99^5 = (99^4 \times 100) - 99^4 = 9605960100 - 96059601 = 9509900499$$

$$999^5 = 995009990004999$$

$$9999^5 = 99950009999000049999$$

$$99999^5 = 9999500009999900000499999$$

$$99^6 = 950990049900 - 9509900499 = 941480149401$$

$$999^6 = 994014980014994001$$

$$9999^6 = 999400149980001499940001$$

$$99999^6 = 999940001499980000149999400001$$

3

$$999999^7 = 999993000020999965000034999979000006999999$$

11 de octubre de 1993

Hoy la señorita Lewis me ha dado una nota para que se la entregue a Sibylla. Me ha dicho que esto no podía seguir así.

Le he dado la nota a Sibylla y no sé lo que decía, pero no creo que la señorita Lewis le haya contado lo que realmente ocurre. Sibylla ha leído la nota y ha dicho:

—¡Cómo! —y luego me ha mirado y me ha dicho—: Bien, debes de sentirte muy bien después de haber sacudido a tanta gente.

—Bueno, ¿quieres que vaya y me mate? ¿Quieres que salte por una ventana? —le he dicho yo.

Sibylla ha contestado que pensaba que con 6 años tenía edad suficiente para comportarme como un ser humano racional.

Le he contado que la señorita Lewis me dijo que fuera un miembro cooperativo de la clase, pero que cuando intentaba ayudar a los demás me decía que cada cual debía hacer lo suyo, pero cuando yo intentaba hacer lo mío y llevaba el libro de álgebra a clase, me decía que debía integrarme más en la clase y ser un miembro cooperativo.

—Se supone que cada cual debe trabajar a su ritmo, pero cada vez que lo intento me dice que pare, y nunca sabe la respuesta cuando le hago alguna pregunta. No sabe nada que yo no sepa, así que no veo ningún motivo para ir al colegio.

—Pero solo llevas un mes en el colegio —ha dicho Sibylla—. ¿Cómo sabes que la señorita Lewis no sabe nada que tú no sepas? Es imposible que tomes una decisión así con tan pocas pruebas.

—Bueno, ¿y cuántas pruebas necesitas?

—¿Cómo?

—¿Cuántas pruebas? ¿Quieres que vaya otra semana, o dos semanas más, o cuánto tiempo?

—Creo que legalmente estás obligado a ir hasta los 16 —ha dicho Sibylla, y luego —: Por favor, no llores. Pero al principio no podía parar.

No es extraño que la señorita Lewis no sepa nada, porque tenemos que ir tanto si sabe algo como si no.

—Pongamos el ejemplo de dos personas que están a punto de soportar 10 años de un horrible e insufrible aburrimiento. A muere a la edad de 6 años al caerse por una ventana, y B muere a la edad de 6 años + n , donde n es un número menor de 10. Creo que todo el mundo estará de acuerdo en que la vida de B no va a mejorar con esos n años adicionales.

Sibylla ha empezado a pasearse de un lado a otro.

—Podría coger unos cuantos libros e irme a la Línea de Circunvalación o a un museo yo solo todo el día. O podría coger el autobús hasta el Royal Festival Hall y trabajar allí, y podría hacer una lista de todas las preguntas y luego tú me las explicarías durante una sola hora cada día.

—Lo siento, pero eres demasiado pequeño para ir solo por ahí —ha dicho Sibylla.

Yo le he contestado que podía trabajar en casa sin estorbarla. Le he dicho:

—¿Y si prometo hacer solo 10 preguntas al día en el mismo momento? Emplearías muy poco tiempo.

—No —ha dicho ella.

Yo he sugerido entonces 5 preguntas, que seguían siendo muchas más de las que contestaba la señorita Lewis, y Sibylla ha meneado la cabeza, así que he dicho:

—Bueno, no volveré a hacer preguntas. Si vuelvo a hacerte alguna pregunta, puedes enviarme otra vez al colegio, pero te prometo que no lo haré más.

Sibylla ha dicho que lo sentía.

—¿Qué clase de argumento es ese?

—Hay un argumento, pero no puedo discutirlo contigo. Tendrás que ir al colegio y hacerlo lo mejor posible.

Ha dicho que iría a hablar con la señorita Lewis el lunes después de clase.

12 de octubre de 1993

Hoy Sibylla ha venido al colegio después de las clases para hablar con la señorita Lewis. La señorita Lewis ha dicho que yo debía irme al otro extremo de la clase, pero Sibylla se ha negado.

—Muy bien, de acuerdo. —La señorita Lewis ha dicho entonces que yo era un

elemento perturbador de la clase, que hay otras cosas en la vida además de los conocimientos académicos y que, a menudo, los niños a los que se enseña por la fuerza a una edad precoz tienen problemas para integrarse con sus compañeros y a menudo no llegan nunca a integrarse plenamente en la sociedad.

—*La formule est banale* —he dicho yo.

—Ya es suficiente, Stephen.

Ha dicho que estaba dispuesta a adaptar el programa para estimular a un niño superdotado, pero que debía quedarme claro que, fueran cuales fueran mis aptitudes personales, no me daban derecho a perturbar la clase ni a inmiscuirme en el proceso de aprendizaje de los demás niños. Ha dicho que siempre que yo trabajaba en grupo con otros niños, descubriría indefectiblemente que los otros no conseguían seguir con la tarea. Ha dicho que haría todos los esfuerzos necesarios para integrarme en la clase, pero que no podía hacerlo si todo lo que intentaba conseguir durante el día era socavado en cuanto volvía a casa, y que las cosas solo podían funcionar si había una auténtica cooperación entre la casa y la escuela.

—¿Significa eso que no tendré que venir al colegio nunca más? —he preguntado yo.

—Lu... Stephen. No puede ser —ha contestado Sibylla—. Es decir, aunque quisiera que dejaras de trabajar con la señorita Lewis, que no quiero, no podemos permitirnos el lujo de contratar a gente que sepa mecánica cuántica, sobre todo si cobran 5,50 libras a la hora.

—Aunque la capacidad de pensar expande enormemente las aptitudes humanas —he dicho yo-, si se le da un uso incorrecto, puede servir también como fuente de graves trastornos personales. Muchas disfunciones y tormentos que aquejan a los humanos tienen su origen en un problema del pensamiento. Ello se debe a que, en su pensamiento, la gente da vueltas a menudo a pasados dolorosos y futuros inquietantes de su propia invención. Ellos mismos se echan sobre los hombros la carga estresante de cavilaciones que les provocan ansiedad. Debilitan sus propios esfuerzos con dudas sobre sí mismos y otras ideas contraproducentes. Limitan y empobrecen sus vidas con fobias.

Sibylla ha dicho que no debería limitarme a citar cosas sin cuestionarlas, porque el autor de la cita parecía dar por supuesto que no existía la memoria no solicitada, suposición esta para la que no parecía haber pruebas en absoluto.

Yo he dicho que precisamente por eso sería mejor para mí no ir al colegio, porque

necesitaba aprender a argumentar igual que J. S. Mill.

La señorita Lewis ha dicho que, aunque no quería menospreciar lo que Sibylla había conseguido por su cuenta, existía el peligro real de quedar desconectado de la realidad.

Sibylla le ha dicho a la señorita Lewis que no sabía lo que era ir al colegio en el tipo de lugar donde era toda una sensación que se construyera el primer motel.

—¿Cómo? —ha dicho la señorita Lewis.

Sibylla ha dicho que ella solo había ido a una escuela donde se enseñara griego y fuera obligatorio haber estudiado tres años de francés o español y dos años de latín, pero ella solo tenía un año de francés, así que había tenido que decir que había estudiado dos años de francés y de latín con un jesuita de Quebec apartado del sacerdocio, y falsificar una carta del jesuita, y que la mayoría de la gente no era capaz de aprender árabe, ni hebreo, ni japonés, aunque inventaran un jesuita apartado del sacerdocio.

—Creo que nos estamos saliendo un poco del tema —ha dicho la señorita Lewis—. ¿Qué efecto cree que tiene sobre una niña que progresa satisfactoriamente y que, de hecho, está un poco adelantada para su edad, qué efecto cree que tiene, digo, sobre una niña que tiene todos los motivos del mundo para estar orgullosa de sus logros y ver reafirmada la confianza que tiene en sí misma, cuando Stephen se presenta con una hoja llena de cálculos de seis o siete cifras, y le dice que no tiene sentido hacer un cálculo a menos que la solución no quepa en la pantalla de la calculadora? Por no hablar del efecto sobre los niños que tienen problemas con el curso. Tengo a un niño que ha aprendido el alfabeto con dificultad, letra por letra, y apenas la semana pasada consiguió llegar a la etapa en la que podía reconocer todas las letras con seguridad en sí mismo. Bueno, no digo que Stephen sea cruel a propósito, pero ¿qué efecto cree usted que tiene que Stephen empiece a escribir los nombres de todos los dinosaurios en griego y a explicar que muchas letras son las mismas? Si quiere oír mi opinión, ese niño tenía más motivos para sentirse orgulloso por haber aprendido un solo alfabeto que Stephen con docenas de ellos, pero él se quedó desolado. Semanas de trabajo deshechas de un plumazo. Esto tiene que acabar. Stephen tiene que comprender que hay más cosas en la vida aparte de la cantidad de conocimientos que se puedan llegar a adquirir.

—¿Quiere eso decir que no tendré que venir más al colegio? —he preguntado yo.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —ha dicho Sibylla—. Hace un año

que vemos *Los siete samuráis* todas las semanas.

—¿Perdón, cómo dice?

—Bueno, estoy segura de que usted ya sabe que toda esa cuestión de las técnicas de lucha en Kurosawa es... ¡Vaya, pero si tienen un libro sobre samuráis en la clase! ¡Estupendo!

Ha cogido *GUERREROS SAMURÁIS* de mi pupitre y ha empezado a hojearlo.

—Creo que deberíamos... —ha empezado a decir la señorita Lewis.

—¡QUÉ! —ha exclamado Sibylla de repente con tono horrorizado.

—¿Qué pasa? —ha preguntado la señorita Lewis.

—¡EXPERTO EN UNA TÉCNICA DE LUCHA DISTINTA! —ha exclamado Sibylla.

—¿Cómo?

—¿Cómo pueden DORMIR POR LAS NOCHES —ha dicho Sibylla— después de endilgar esta INVENCIÓN a ESCOLARES desprevenidos? Aquí dice que cada samurái es un experto en una técnica de lucha distinta. Técnica de lucha, por Dios. ¿Y cuál es la de Katsushiro, el PALO? ¿Y la de Heihachi, el HACHA? Qué LÁSTIMA que tuviera que dejársela a su dueño y no pudiera usarla contra el ENEMIGO.

—Creo que... —ha empezado a decir la señorita Lewis.

—Es pura CASUALIDAD que lleguemos a conocer los hechos, por lo que sabemos, el colegio está atestado de libros llenos de errores sobre temas de los que mi hijo podría esperar APRENDER algo que no SUPIERA, cosa que yo SUPONÍA que era el objetivo de la EDUCACIÓN. Oh, ¿qué voy a hacer?

—No creo que... —ha empezado a decir la señorita Lewis.

—Esto sería lo mismo que titular un libro EL GENIO DE SHAKESPEARE, y luego explicarle a un escolar japonés que Laertes es el héroe de HAMLET con la idea de que es el PERSONAJE MÁS INTERESANTE. Oh, ¿qué voy a hacer?

—Creo que ya hemos hablado bastante por hoy —ha dicho la señorita Lewis—. Stephen, quiero que pienses detenidamente sobre lo que aquí se ha dicho.

Yo le he asegurado que lo pensaré muy detenidamente.

Si algún día tengo un hijo y quiere dejar la escuela, no se lo impediré porque recordaré cómo es.

Regresamos a casa y Sibylla se puso a pasear de un lado a otro.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

—Quizá debería quedarme estudiando en casa.

—Mmmm —ha dicho ella—. Consultemos al señor Richie —y me ha dado a leer otra página sobre *Sugata Sanshiro*.

El héroe es un hombre dedicado en cuerpo y alma a convertirse en sí mismo, lo que no es nunca una visión demasiado tranquilizadora. El villano, por otro lado, se ha convertido ya en algo. Todo en Tsukigata sugiere que ha triunfado. No hay un gesto de más, ni un movimiento espontáneo. Ha descubierto lo que más le conviene y actúa en consecuencia. Sugata, en comparación, es sumamente torpe.

Kurosawa prefiere lo que todos preferimos: el hombre formado. En una película corriente, este hombre sería el héroe. Pero no lo es y, pese a su admiración, Kurosawa nos ha contado el porqué. Uno de los atributos de todos sus héroes, empezando por Sugata, es que todos están sin formar de la misma manera. Por esta razón, todas sus películas tratan sobre la educación, la educación del héroe.

Después de ese extraordinario combate... uno espera que la película acabe con una declaración final que demuestre que finalmente ha madurado, que ha triunfado, que se ha convertido en algo, en un gran campeón de yudo. Esa sería la conclusión lógica en una película occidental sobre la educación de un héroe.

Sin embargo, Kurosawa ha comprendido que eso no puede ser cierto. El héroe que llega a convertirse en algo equivale a un villano, pues este es el único aspecto tangible de la villanía del villano. Es literalmente falso sugerir que tras una sola batalla, por importante que sea, llega la paz, la satisfacción, la felicidad, y limitaría a Sugata, precisamente por las limitaciones que sugieren las palabras «felicidad» o «campeón de yudo».

—¿Es suficiente? —he preguntado.

—Es suficiente —ha dicho Sibylla—. ¿Qué crees que quiere decir todo esto?

Yo he pensado que si conseguía dar la respuesta correcta no tendría que volver al colegio, que tenía que dar la respuesta correcta, y he observado la hoja para ganar tiempo.

—Significa que es literalmente falso que la paz, la satisfacción y la felicidad sean consecuencia de una sola batalla, por importante que sea, y que un héroe que consigue convertirse en algo equivale en realidad a un villano.

—¿Que se convierte en qué?

—¿En un villano?

—Oh, ¿qué voy a hacer?

—¿En sí mismo?

—¿Qué voy a HACER?

—¿En un gran campeón de yudo?

—¿Qué voy a HACER?

—¡Que se vuelve feliz! ¡Satisfecho! ¡Un héroe! ¡¡¡Algo!!!

—¿QUÉ voy a HACER?

Yo he pensado en los diez años de colegio y he dicho:

—Creo que lo que en realidad dice es que no se puede entender una cosa hasta que se experimenta. Uno cree que sabe algo y por eso lo hace, pero cuando lo hace es cuando se da cuenta de que en realidad se trata de otra cosa. Lo que quiere decir es que por eso es importante hacer yudo.

—¡YUDO! ¡Pero si hay un club de yudo en esta misma calle! Así que PODRÍAS hacer yudo, ¿VERDAD?

La verdad es que creo que yo preferiría el taekwondo, pero he dicho que sí.

—No lo resuelve todo —ha dicho Sibylla—, pero al menos resuelve una cosa. Te relacionarás con otros niños de tu edad en un entorno jerarquizado y moral y te esforzarás por alcanzar el *satori*. No sería incorrecto que yo te enseñara en casa.

Sibylla seguía paseándose de un lado a otro. Estaba claro que había algo que la preocupaba.

—Te prometo no hacer preguntas —he dicho.

Sibylla ha seguido paseándose.

—Creo que eso lo resuelve todo —he dicho.

IV

Si usáramos espadas de verdad, te mataría

1

Intentando sentir lástima de lord Leighton

El hombre estaba medio muerto.

No deberían haberlo movido después del accidente, pero andaban escasos de suministros. Llevaban diez días de viaje, deteniéndose únicamente para que descansaran los perros y comer un bocado de pemmican.

Ahora ya solo les quedaba un perro. Se habían comido a Lobo dos días antes. Pronto llegaría el turno de Dixie. Pero sin un perro al menos...

El muchacho apartó la idea de sus pensamientos. Cruzaría ese puente cuando llegara a él. Al menos el viento había amainado. Los únicos sonidos que se oían eran el chirrido de los patines sobre la nieve, el ruidoso jadeo de Dixie al arrastrar una carga excesiva para ella, su propia respiración agitada y los gemidos del hombre herido.

El aire era claro como el cristal. ¿Era un iglú aquello que se veía en la distancia? Debía de ser un campamento inuit. Solo los inuits se quedaban tan al norte estando tan avanzada la estación.

Dos horas más tarde, entraban en el campamento a trompicones.

—¿Dónde estamos? —musitó el hombre.

—En un campamento inuit —respondió el muchacho.

—¿Hablarán inglés?

—Yo hablo inuit —dijo el muchacho.

—Qué suerte haberte traído conmigo —dijo el hombre con una sonrisa en su rostro cadavérico.

Dos figuras embutidas en pieles se acercaron a ellos. El muchacho hizo un esfuerzo por recordar unas cuantas frases aprendidas de El libro de la sabiduría esquimal unos cuantos meses antes.

—Taimaimat kanimajut âniasiortauningine maligaksat sivorlerpângat imaipok: Aniasiortib perkojangit naletsiarlugit.

Los dos hombres se dieron la vuelta sin decir palabra y regresaron a sus iglús. El único sonido que se oía era el de la nieve que se amontonaba sobre el campamento.

El muchacho volvió a intentarlo:

—*Ilapse ilangat killerpat aggangminik âniasortib mangipserpâ ajokertorpâselo killek mangipsertautsainartuksaungmat. Ilanganele killertub mangiptak pêjarpâ, kingornganelo tataminiarpok killek âkivalialugane piungilivaliatuinarmat. Nerriukkisê âniasortib mangiptak najumitsainarniarmago uvlut magguk pingasullônêt nâvlugit killek mamitsiarkârtinagô?*

El silencio fue la única respuesta.

Desesperado, el muchacho recordó las palabras de saludo que había en el libro medio olvidado:

—*Sorlo inôkatigêksoakarjmat unuktunik adsigêngitunik taimaktauk atanekarpok unuktunik adsigêngitunik, anginerpaujorle tamainit, idluartomik ataniortok inungnik kakortanik kernângajuniglo kernertaniglo, tagva atanek George, ataniojok Britishit atanioviksoanganut. Tâмна atanerivase.*

De repente sonó un disparo y el muchacho cayó muerto sobre la nieve.

Por lo que veo, *The Eskimo Book of Knowledge* es completamente inútil. «La primera regla para curar heridas o enfermedades es OBEDECER LAS INSTRUCCIONES DEL HOMBRE BLANCO.» ¿Cuándo voy a usar yo eso? Deberían haberlo titulado *Ciento una cosas que no hay que decir cuando estés cerca de los inuits*.

Quando uno de los nuestros se hace un corte en la mano, el Tendero cubre la herida con una venda y le dice al hombre que no se la quite. A menudo el hombre tira la venda y luego se extraña de que la herida empeore en lugar de mejorar. ¿Esperáis acaso que el Tendero sujete la venda alrededor de la mano del hombre durante dos o tres días, hasta que se cure la herida?

Esto sí que nos hará populares.

De la misma forma que hay muchas razas diferentes, también hay muchos gobernantes diferentes, pero el mayor gobernante de todos, que gobierna con justicia a Hombres Blancos, Morenos y Negros en muchos países distintos, es el rey Jorge, gobernante del Imperio Británico. Él es vuestro rey.

Otra frasecita. Por desgracia esto es lo único que he podido encontrar sobre el inuit. Claro que quizá él no vaya a ningún sitio donde hablen inuit. Podría aprenderme la gramática y algunas palabras, si supiera que iba a necesitarlo, pero Sibylla sigue sin querer decirme nada. Me ayudaría que me dijera algo sobre él, lo

que fuera. Es increíble que tenga casi once años y que solo sepa de él que no es Thor Heyerdahl.

El rey Jorge no solo es un hombre de gran prudencia y un esforzado trabajador; también es un magnífico cazador. Tanto si se trata de cazar animales salvajes como el oso, como de cazar con destreza el venado, o disparar al vuelo a unas perdices, no hay hombre en todo el Imperio Británico con puntería más certera que nuestro rey.

Atanek George silatudlartuinalungilak angijomiglo suliakarpak-lune, ômajoksiorteogivorletauk...

Vale, he exagerado. No es eso lo único que sé. También sé que no es Egon Larsen. No es Chatwin. A ella le gusta Thubron, así que tampoco puede ser. Creo que he reducido la lista a 8 o 9 nombres. Durante un tiempo creí que era Red Devlin, porque ella siempre se ríe cuando ve los niños sin dientes que fotografía, y desde que fue capturado hace cinco años, su mujer ha estado haciendo campaña a favor de su liberación, así que Sibylla podría haber pensado que era mejor no decírmelo. Pero la semana pasada, James Hatton volvió del Círculo Ártico y escribió un artículo para el *Independent Magazine*, en el que usaba la frase «verdadera catedral de hielo». VERDADERA CATEDRAL DE HIELO, gritó Sibylla, y se puso a pasear de un lado a otro, repitiendo verdadera catedral de hielo y leyendo en voz alta otras joyas por el estilo, y de repente tuve el presentimiento de que era Hatton. Así que compré *The Eskimo Book of Knowledge* y empecé a trabajar con el inuit.

Antes de regresar a Londres para tomar la pluma, Hatton fue andando solo hasta el Polo Norte y regresó sin decirle a nadie adónde había ido. Durante el viaje fue atacado por una morsa. Hacía tanto frío que el mecanismo de la escopeta no funcionó, así que tuvo que arrojarle un cuchillo y le dio en un ojo (Hatton: «¡Diana!»), y luego pudo arponearla. Tuvo que comerse parte de la carne cruda y luego recorrer otros 25 kilómetros, a pesar de que llevaba andando 20 horas seguidas, porque sabía que el olor de la sangre atraería a otros depredadores. En otro momento, los pies se le congelaron hasta el punto de que tuvo que cortarse uno de los dedos gordos.

Si es Hatton, he desperdiciado varios años aprendiendo xhosa, suajili, zulú, hausa, quechua, faroese y mongol. Si no lo es, estoy malgastando mi tiempo con *The Eskimo Book of Knowledge*. Creo que es posible que malgaste el tiempo de todas maneras.

Si vosotros los cazadores pusierais la mitad del CUIDADO que pone el hombre blanco en colocar vuestras

trampas con destreza y en mantener limpias vuestras pieles, toda familia inuit obtendría mayores posesiones del Tendero de la Compañía.

Si hago que nos linchen a los dos, mi padre perdido le dirá seguramente a su hijo perdido que se vuelva a perder y no vuelva.

Se suponía que Sibylla tendría que estar trabajando en el ordenador y estaba leyendo el periódico. Yo tenía el diccionario kanji sobre un brazo de mi sillón y el pequeño Kodansha Romaji sobre el otro. Si me preguntaba qué estaba leyendo, se lo diría, pero seguramente no haría preguntas al ver los diccionarios de japonés, porque sabía que tenía un libro nuevo sobre yudo. Yo no quería oír hablar de que el salario para los escolares, la eutanasia, el matrimonio homosexual y todos los demás requisitos básicos de una cultura que no esté irremediablemente sumida en la barbarie serían cosa corriente en el año 2065.

No es de extrañar que vuestras hermosas damiselas prefieran casarse con un buen cazador, ¡un hombre que dé honra a su campamento y pueda proporcionar comodidades y nuevas posesiones a su familia! En todas partes del mundo, estos hombres son los preferidos de las bellas damiselas...

—¡OH, DIOS MÍO! —gritó Sibylla—. ¡HA ESCAPADO! ¡Esto es MARAVILLOSO!

Y sin dejar de pasear a grandes zancadas, me dijo que Red Devlin había escapado hacía tres meses y que acababa de llegar a la embajada británica en Tbilisi.

La verdad es que casi ECHABA DE MENOS esos niños desdentados con fusiles Kaláshnikov. Sibylla andaba dando saltos de un lado a otro como si de repente la fuerza gravitatoria del planeta hubiera disminuido un tercio.

Yo pensé: Tiene que ser Devlin.

Había leído uno de sus libros hacía tiempo. Se titulaba *Get Out Before I Throw You Out* (*Ve antes de que te eche*). No me pareció un escritor demasiado bueno. Su talento consistía en hacer peticiones extravagantes que a la gente le resultaba imposible rechazar. Por ejemplo, en una ocasión pidió acompañar a unos paracaidistas que tenían que lanzarse sobre una zona de guerra y le dijeron que iba en contra de todos los reglamentos.

Oh, vamos, dijo Red Devlin.

De acuerdo, pero nadie debe saberlo. Esto es estrictamente confidencial.

A Red Devlin lo equiparon con un paracaídas únicamente como precaución, pero

luego, cuando los paracaidistas saltaron, él también saltó, antes de que pudieran impedirselo, y consiguió una historia que nadie podría haber conseguido de no haber ido con los paracaidistas. Un periódico lo contrató por la fuerza de aquella historia, y lo despidió luego por negarse a cubrir otra historia. Después lo habían contratado en otro periódico porque había conseguido encontrar la guarida de unos guerrilleros por el simple método de entrar en un bar del lugar y decir: «Me gustaría visitar la guarida de la guerrilla».

Barman: Nadie sabe dónde está. Es un secreto.

Red Devlin: Oh, vamos, a mí puede decírmelo.

Barman: Bueno, está bien. Coja la primera a la derecha... ¿Sabe qué?, iremos en mi coche.

Los escépticos decían que solo tenían la palabra de Red Devlin de que lo que decía era verdad, pero dado que la mayoría de la gente con la que él hablaba se negaba a hablar con cualquier otra persona, solo se podía concluir que, o bien decía la verdad, o bien no había manera posible de demostrar que mentía.

Red Devlin había ayudado en una ocasión a una pareja a adoptar a un huérfano de Rumanía. La pareja había visitado Rumanía y había visto un orfanato, y a su regreso a Gran Bretaña habían decidido adoptar a una niña pequeña. La pareja había estudiado rumano, había hablado con otras parejas que habían adoptado niños rumanos y habían intentado iniciar el proceso de adopción, pero entonces les habían dicho que era imposible porque eran dos mujeres, así que sobraba una mujer y faltaba un hombre. Las dos mujeres defendieron su caso con fervor y describieron con detalles gráficos las condiciones de vida del orfanato, pero las normas eran las normas y no podía hacerse nada.

La pareja salió a la calle y se sentó temblando al sol. Entonces, por un golpe de buena suerte, apareció Red Devlin caminando por aquella misma calle. Había vuelto a perder el trabajo, así que disponía de todo el tiempo del mundo.

Red Devlin les preguntó qué les ocurría.

Ellas se lo explicaron y él les aseguró que las ayudaría.

La pareja estaba tan convencida de que las normas eran las normas que creyeron que se estaba ofreciendo para casarse con una de ellas. Red Devlin se echó a reír y dijo que era un hombre casado. Les dijo que iría a Rumanía a buscar a la niña huérfana. La pareja le explicó pacientemente que no se podía sacar a un niño rumano de Rumanía ni introducirlo en Gran Bretaña sin los papeles de la adopción.

¿Es un hecho?, preguntó Red Devlin.

Puede que Red Devlin conociera unas tres o cuatro palabras en rumano. Puede que quisieran decir «Oh, vamos» o puede que no, pero seguro que era eso lo que significaban cuando Red Devlin las utilizó. Se fue al orfanato de Rumanía y preguntó por la niña, y cada vez que alguien hacía alguna objeción, soltaba sus tres palabras en rumano. En resumidas cuentas, el caso fue que abandonó Bucarest a los tres días con la niña.

Algunas personas pasan niños por la frontera en el maletero del coche, otros los visten de muñecos gigantes, o los meten en una maleta. Algunos los tapan con una manta y esperan lo mejor. Red Devlin, cómo no, pasó la frontera con la niña en el asiento del copiloto.

¿Dónde están los papeles de la niña?, le preguntó un agente.

No tiene papeles, respondió Red Devlin, y explicó la situación.

Lo siento, pero tendrá que volver atrás.

Red Devlin volvió a explicarlo todo de nuevo.

Créame, lo comprendo, pero no puedo hacer nada.

Seguro que sí que puede, dijo Red Devlin. Cualquiera puede decirlo, pero Red Devlin se lo creía, además, y cada vez que lo decía la gente que hasta ese momento se había limitado a hacer su trabajo dejaba de hacerlo. Volvió a Gran Bretaña con la niña rumana para discutir el tema con una empleada de Servicios Sociales.

Esta vez no fue pan comido. La asistente social dijo que ella solo hacía su trabajo y Red Devlin dijo, «Oh, vamos», pero en lugar de decir, «Está bien, de acuerdo», la mujer repitió que no podía hacer nada. Red Devlin le dijo que seguro que sí podía, y la mujer replicó que tenía las manos atadas. Estuvieron charlando durante una hora entera, y en todo ese tiempo, Red Devlin no discutió en ningún momento acaloradamente, ni dijo: Pero claro QUE PUEDE, ni: ¿Es que no VE?, ni ¿Cómo se sentiría si fuera SU hijo? Estuvieron hablando y hablando y hablando y hablando, y ni siquiera después de una hora de Red Devlin, la mujer dijo: De acuerdo, pero sí dijo que vería lo que podía hacer. En resumidas cuentas, la niña consiguió quedarse. Había cientos de anécdotas parecidas, hasta que a Red lo habían capturado como rehén.

Sibylla dijo que lo que ocurrió seguramente fue que le tuvieron cinco años amordazado y que un día alguien le quitó la mordaza accidentalmente, y Red Devlin dijo que le gustaría volver a casa y ellos dijeron: De acuerdo.

Esperé a que dijera algo más, pero ella siguió paseándose de un lado a otro y de repente, al pasar por mi lado, vio *The Eskimo Book of Knowledge*.

Me preguntó qué era, lo cogió, empezó a hojearlo y a leerlo en voz alta por «tan pronto como las damiselas Blancas sintieron deseos de adornar cuellos y hombros con la suave y blanca piel del zorro, y luego había muchos jóvenes caballeros deseosos de alegrar el corazón (y satisfacer la vanidad) de sus damiselas, regalándoles pieles de zorros blancos; y cuando sus mujeres estaban tristes, los maridos aprendieron a hacerlas felices, regalándoles pieles de zorros blancos». Esto es asombroso, dijo, y luego: ¿Cuándo se publicó?

En 1931, contesté.

En 1931, dijo Sibylla, y estamos en, veamos, 1998. 1998, así que son 67 años, y dentro de 67 años será el 2065. 2065. Exacto. Imagínatelo, Ludo. En 2065 seguramente la gente considerará que es un ACTO DE BARBARIE que a un niño lo condenen a trabajar durante 12 años sin salario, haciéndole económicamente dependiente de los adultos que el destino le haya dado como padres, y también será un ACTO DE BARBARIE que a las personas las traigan al mundo en circunstancias que no han elegido y luego se les OBLIGUE a permanecer en él a TODA COSTA, y no sabrán qué es más sorprendente, si el SILENCIO absoluto que hay en la actualidad sobre esos temas, o la absoluta PORQUERÍA que se publica corrientemente sobre el tema del matrimonio entre personas del mismo sexo en periódicos que PRETENDEN...

¿Es mi padre Red Devlin?, pregunté.

No quiero hablar de eso, dijo ella.

No volvió a poner los pies en la tierra. Mi madre se encontraba en ese momento en un planeta con una atmósfera mortífera y una fuerza gravitatoria de 17. Se apoyó pesadamente en mi asiento y, mirando *The Eskimo Book of Knowledge*, dijo tras una pausa con un valiente esfuerzo:

Pero qué lengua tan maravillosa. Veamos, obviamente *kakortarsu* es el zorro blanco, así que tenemos *kakortarsu*, *kakortarsuk*, *kakortarsungnik* y *kakortarsuit*, y más adelante tenemos *puije* y *puijit* para foca. Parece que *puije* es el acusativo y *puijit* el nominativo, lo que significa que *kakortarsuit* es nominativo. *Piojorniningillo* es vanidad. En la página anterior parece ser que tenemos *puijevinit*, carne de foca, y *puijevinekarnersaularposelo*, obtendréis también un mayor suministro de carne de foca. Siempre he querido aprender un lenguaje aglutinante.

¿Tres no son suficientes?, pregunté.

Me apetece aprender otra, contestó. Es maravilloso pensar que una lengua como esta se USE COTIDIANAMENTE. ¿Me pregunto cómo se dirá en inuit verdadera catedral de nieve!

No dije nada.

¡Oh, MIRA, aquí está el «Dios salve al rey» en inuit!

El planeta Saturno tiene una fuerza gravitatoria de tan solo 1,07. Ella empezó a cantar:

Gûdib saimarliuk

Adanterijavut

Nâlengnartok.

Piloridlarlune

Nertornadlarlune

Ataniotile

Uvaptingnut.

¿Es James Hatton?, pregunté.

¡JAMES HATTON!, exclamó Sibylla. ¡Pero si ese hombre es un auténtico coloso!

Luego dijo:

Tengo que trabajar.

Yo tuve la impresión de que estaba desperdiciando el tiempo con *The Eskimo Book of Knowledge*. Pensé: Bueno, quizá este año pase la prueba, y me fui a mirar la postal de las *Muchachas griegas jugando a la pelota*, de lord Leighton, que Sibylla me había enseñado años atrás. Expresionismo abstracto no era, pero yo seguía sin ver lo que se suponía que debía ver. Luego me leí el artículo de la revista por 500.^a vez, pero no vi lo que se suponía que debía ver. Luego escuché la cinta de Liberace, que, obviamente, es una absoluta porquería.

¿Te importaría no poner eso?, dijo Sibylla. Estoy intentando trabajar.

Veo que esta cinta es una porquería. ¿No basta eso?

Ella me miró.

Dije: ¿Cómo sabes que no te equivocas con las otras dos cosas?

Ella me miró.

¿Por qué no me dices lo que tú crees que no está bien para que yo pueda decidir

por mí mismo?

Ella me fulminó con la mirada.

¿Por qué no quieres decirme quién es? ¿Quieres que te prometa que no se lo diré? Tengo derecho a saberlo.

Bueno, y yo tengo derecho a guardar silencio, dijo ella, y luego: Si no me necesitas para nada, me voy un rato a ver *Los siete samuráis*.

Apagó el ordenador. Eran alrededor de las 11.30 de la mañana. Hasta ese momento había pasado unos 8 minutos trabajando, lo que, a 6,25 libras la hora, significaba que había ganado unos 83 peniques.

Cogió el mando a distancia, apretó el ON y luego el PLAY.

Cuarenta bandidos contemplan una aldea en Japón desde lo alto de una colina. Deciden saquearla después de la cosecha de cebada. Un campesino lo oye todo.

Se celebra una reunión en la aldea. Los campesinos se sumen en la desesperación.

Rikichi se pone en pie de un salto con ojos centelleantes.

¡Hagamos lanzas de bambú! ¡Ensartémoslos a todos!

No seré yo, dice Yohei.

Imposible, dice Manzo.

Antes aceptaba lo que ella decía. Pero ¿y si está equivocada? El mes pasado se publicó un nuevo libro del autor del artículo de la revista. Según los críticos, es uno de los mejores escritores de nuestra época.

Los campesinos consultan al viejo Giseku.

Según los críticos, el autor del artículo de la revista es uno de los mejores escritores de nuestra época.

Sí, dijo Sibylla, y Alma Tadema vendió más que Miguel Ángel durante un tiempo.

Hasta los osos bajan de la montaña cuando tienen el estómago vacío.

Según un crítico, este escritor al que se supone que debo juzgar desde un estado de gracia que va más allá de la compasión es actualmente el mayor escritor en lengua inglesa de todo el mundo. Otro lo describe como la respuesta de América a Flaubert.

Un tercero se refiere a él como el gran cronista de la experiencia americana. Nueve de cada diez críticos le otorgan el calificativo de «grande», o algo aún mejor. Cinco utilizan la palabra «genio».

Cualquier cosa es posible a partir de una premisa falsa. Si aceptas que las novelas americanas deben estar escritas en inglés, tendrás que deducir que el Papa es judío.

Bueno, en ese caso *Los siete samuráis* no puede ser una buena película porque es en blanco y negro y en japonés. Estás siendo inconsecuente. Pensé: Esto es una locura. ¿Por qué no hablamos simplemente del declive de las danzas de la lluvia zulúes, o de las mutaciones en las algas fluviales de los Urales, o de algún otro tema escogido al azar y completamente irrelevante? Tengo derecho a saber quién es, sea quien sea.

Preferiría que no dijeras lo primero que se te pasa por la cabeza, Ludo. Hay una diferencia evidente entre alguien que trabaja con las limitaciones técnicas propias de su época, que escapan a su control, y alguien que acepta sin pensar limitaciones que está perfectamente capacitado para desechar, dijo.

Y añadió:

Puede que no te hayas dado cuenta, pero intento ver una de las obras maestras del cine moderno.

Los campesinos ven una multitud de personas. Un samurái se ha ido a la orilla del río para que un monje lo afeite.

Mifune se abre paso por entre la multitud y se acuclilla, rascándose el mentón.

Katsushiro pregunta al vecino qué ocurre.

Así que crees que Proust habría sido mejor si hubiera sabido inglés y alemán, dije, y ella me fulminó con la mirada. Y yo dije: ¿Por qué no hablamos del impacto del turismo sobre la danza de la lluvia zulú? ¿Por qué no me preguntas 50 capitales del mundo? Esto es completamente irrelevante. Tengo derecho a saberlo.

Ella me fulminó con la mirada.

Bueno, pues dime una cosa. No te violó, ¿verdad que no?

Todo lo que aprendí sobre el tacto lo aprendí de mi madre. Por un momento pensé con horror que la había violado: elevar el factor Rikichi a la décima potencia.

No, dijo.

Entonces debiste de encontrarle algo que te gustara. Debía de tener ALGUNA

cualidad positiva.

Es una forma de verlo, dijo.

¿Qué otra forma hay?, pregunté.

En nuestra sociedad, una de las virtudes más valoradas, si no la más valorada de todas, es la de acostarse gratis con alguien a quien no se desea. Si está valorada en personas que tienen la obligación de hacerlo, sin duda ha de ser una virtud suprema en alguien que ni siquiera esté casado.

¿Fue eso lo que hiciste tú?

Bueno, intentaba ser cortés.

No era cosa de demostrar mi asombro en aquel momento.

¿Qué palabra ha salvado la barrera de tus dientes?, pregunté.

En nuestra sociedad hay un extraño tabú en contra de terminar algo solamente porque no es agradable. Sea la vida, el amor, una conversación, lo que quieras, la etiqueta manda que empieces desde la ignorancia y perseveres ante los hechos, y aunque naturalmente yo creía que era completamente erróneo, no es educado ir por ahí ofendiendo a la gente a cada momento.

Esto lo había oído yo un millón de veces.

¿Significa eso que NO HABÍA nada de él que te gustara?

¿Cómo puedes estar tan seguro de que algo que no sabes es algo que has de saber?

Fíjate en Edipo.

¿De qué tienes miedo? ¿De que lo mate o de que me acueste con él?

Ella dijo, o más bien, replicó:

Bueno, yo no me acostaría con él si fuera tú. Y añadió: Tiresias ha hablado.

Hay un extraño tabú en nuestra sociedad en contra del matricidio.

Ella rebobinó ostentosamente la cinta hasta el lugar en que la había interrumpido.

El ladrón sale corriendo del establo y cae muerto.

Los padres del niño corren hacia él para cogerlo.

Mifune avanza blandiendo la espada. Salta sobre el cadáver.

El samurái se aleja sin mirar atrás.

Hace años que le estoy hablando de Dervla Murphy, que atravesó los Andes en mula con su hija de ocho años. Seguramente mi padre hace cosas parecidas para ganarse la vida. Lo máximo que hemos llegado a hacer nosotros ha sido recorrer

Francia a dedo. Puede que a mi padre le gustara tener la oportunidad de pasar una temporada con el hijo del que no conocía la existencia. Podríamos ir a las fuentes del Amazonas en canoa, o ir hasta el Círculo Ártico viajando por tierra, o vivir seis meses con los masai (mi masai es bastante bueno). Conozco 54 plantas comestibles, 23 hongos comestibles y 8 insectos que se pueden tragar, si no se piensa demasiado en lo que se está comiendo; creo que se puede vivir de lo que da la tierra en cualquier continente. En los dos últimos años he dormido al raso en el suelo, incluso en invierno, y todos los días camino una hora sin zapatos para endurecer mis pies, y he practicado la escalada, trepando a árboles, edificios y postes de teléfono. Si ella quisiera decirme de una vez quién es, podría dejar de perder el tiempo con cosas que quizá podrían serme útiles algún día, y concentrarme en las cosas que realmente necesito saber. He tenido que aprender cinco lenguas principales de comercio y ocho lenguas nómadas, solo por si acaso. Es absurdo.

Me llamo Katsushiro Okamoto. Por favor, por favor, permíteme ser uno de tus seguidores.

¿Seguidores? Soy Kambei Shimada. Solo soy un ronin. No tengo seguidores.

Pensé en Liberace y en lord Leighton y en el autor del artículo de la revista. Aunque ella tenga razón, lo que hay de malo en esas personas es que son malos artistas. Tal vez mi padre sea un mal escritor, pero podría ser porque tiene cosas más importantes en las que pensar. Cuando uno atraviesa Siberia con un tiro de huskies, puede que no tenga tiempo de pulir su estilo. La verdad es que Sibylla tiene tendencia a tomarse el arte demasiado en serio.

Al cabo de un rato me fui a mi habitación. Hace 10 años que ve *Los siete samuráis* y aún tiene dificultades con el japonés. Se oía la película desde arriba. Sabía que se pasaría allí otra hora por lo menos.

En una ocasión había visto un sobre en su habitación que ponía «Para ser abierto en caso de fallecimiento». Pensé que seguramente me diría quién era mi padre si creyera que iba a morir. Pensé que había intentado jugar según las reglas, pero que todo aquello era ridículo. Me imaginaba a mí mismo perfectamente con 10 años más, mirando el cuadro de lord Leighton sin ver nada malo, o intentando descubrir algo malo en el más grande escritor de nuestra época.

También había practicado cómo caminar sin hacer ruido. Crucé sigilosamente de

mi habitación a la suya. Ella guardaba el pasaporte en un cajón. Pensé que tal vez el sobre estuviera allí. Me fui al otro lado del dormitorio y abrí el cajón.

Había una carpeta con un grueso fajo de papeles en el interior.

2

Conozco todas las palabras

Leí los papeles rápidamente.

Decía muchas cosas sobre mi padre, pero le había dado un apodo, y siempre lo nombraba así. Pensé que acabaría diciendo quién era Liberace, o que al menos mencionaría el título de uno de sus libros, pero no. Antes de que pudiera seguir buscando el sobre, Sibylla me llamó desde abajo.

¡LUDO! ¿ESTÁS ARRIBA?

SÍ.

¿TE IMPORTARÍA BAJARME EL EDREDÓN?

Volví a meter la carpeta en el cajón y bajé con el edredón. No sé qué pensaba. Creo que pensaba que no era demasiado tarde para no saberlo, pero que tenía que saberlo.

Había terminado la primera parte del reclutamiento, la parte en la que Katsushiro acecha detrás de una puerta con un palo. Cuando yo era muy pequeño, practicaba leyendo deprisa los subtítulos y Sibylla me preguntaba, ¿por qué crees que hace esto? y ¿por qué crees que hace aquello? y ¿por qué Shichiroji no ha de pasar la prueba? y ¿por qué Gorobei acepta a Heihachi, si dice que siempre sale huyendo? Yo contestaba algo y ella se reía y decía que nunca se le hubiera ocurrido.

Kambei y Katsushiro se encuentran con dos samuráis que están pelando dos cañas de bambú para luchar entre sí.

Empieza la pelea. Kyuzo levanta el palo. X levanta el palo por encima de la cabeza y grita.

Kyuzo echa el palo hacia atrás. X corre hacia él.

Kyuzo levanta el palo súbitamente y golpea.

X: Lo siento, ha sido un empate.

No, he ganado yo.

Tonterías. Si hubiera sido con espadas auténticas, estarías muerto.

Sibylla se echó el edredón por encima de los hombros, diciendo que enseguida se pondría a trabajar.

Yo quería preguntarle: ¿Realmente era tan malo como Liberace?

Liberace era la única cosa de las tres que me había enseñado que sabía que era mala. ¿Realmente podía ser mi padre tan malo como él? ¿O peor? Quería preguntarle: ¿Cómo de malo? ¿Es peor que los chiquillos desdentados y la gracia de gacela? ¿Peor que un desecho humano? ¿Peor que una auténtica catedral de hielo? Quería decirle: Pero al menos él ha visto mundo.

Pensé en decir a Sibylla: Si es verdad que soy un genio, ¿por qué no me dejas decidir por mí mismo? Pensé en decirle: Pensaba que desaprobabas a las personas que, solo porque casualmente han llegado al planeta unos cuantos años antes, obligan a obedecerles a otras personas que casualmente han llegado al planeta unos cuantos años después, sin convencerlas primero de la justicia de su posición. Pensaba que considerabas que privar del derecho al voto a las personas por su edad era la característica distintiva de una SOCIEDAD BÁRBARA. Pensé en decirle: ¿Cómo sabes tú que no quiero saber algo que no sé?

El jugador entra corriendo y dice que han encontrado a un samurái realmente duro.

Katsushiro corre a situarse tras la puerta con un palo.

Jugador: ¡Sucio tramposo!

Kambei: Si es un auténtico samurái, esquivará el golpe.

Jugador: Pero está borracho.

Kambei: Un samurái no se emborracha nunca hasta el punto de perder el buen juicio.

Un hombre entra corriendo por la puerta; Katsushiro le golpea con fuerza. El samurái no para el golpe. Cae al suelo gimiendo.

Esta fue la primera escena que entendí de la película. El rollo me hizo comprender que podía ver las palabras. Evidentemente, oír una cosa no es más que leer hacia atrás, es decir, que cuando lees lo que haces es oír la palabra en la cabeza, y cuando hablas u oyes a alguien decir algo, ves la imagen de la palabra en la cabeza: Si alguien dice «alguien», ves una palabra en caracteres latinos, y si dicen «filosofía», ves φιλοσοφία, y si dicen *kataba*, ves کتب , ves realmente la imagen de algo que se lee de derecha a izquierda. Pero durante mucho tiempo no me di cuenta de que eso también servía para el japonés. Por ejemplo, oía *Nihon* en mi cabeza si veía 日本 en

un papel, pero no me daba cuenta de que podía ver algo en mi cabeza si lo oía decir. La cuestión fue que Kambei cogió el extremo del rollo y lo leyó. Lo que dijo en realidad fue «Tensho segundo año segundo mes decimoséptimo día nacido». Pronunció los sonidos *Tenshō ninen nigatsu jūshichinichi umare*, y de pronto comprendí que veía algunas de las palabras; él las veía en el rollo y las decía, y cuando dijo *ninen nigatsu jūshichinichi*, en mi cabeza vi 二年二月十七日: segundo año, segundo mes, decimoséptimo día. Seguramente fue porque en aquella época estaba obsesionado con los números japoneses.

Durante el resto de la película, los sonidos parecieron cristalizarse aquí y allá alrededor de una imagen, y luego volví atrás e intenté descifrar el resto y, al llegar a los ocho años, me venían a la cabeza las imágenes durante la mayor parte de la película y la entendí prácticamente toda.

Mifune reconoce a Kambei.

¡Eh, tú! ¿Cómo me preguntas si soy un samurái? No te rías de mí.

Aunque tenga este aspecto, soy un auténtico samurái.

Oye, no he parado de buscarte desde aquella vez... pensando que me gustaría enseñarte esto [saca un rollo].

Fíjate en esto.

Esta genealogía.

Esta genealogía de mis antepasados se ha transmitido de generación en generación.

(Cabrón, me estás dejando en ridículo)

Mira esto (me estás dejando en ridículo)

Este soy yo.

[Kambei, leyendo]: ¿Este Kikuchiyo del que habla eres tú?

[Mifune]: Eso es.

[Kambei]: Nacido el decimoséptimo día del segundo mes del segundo año de Tenshō... [estalla en carcajadas]

[Mifune]: ¿De qué te ríes?

[Kambei]: No parece que tengas trece años. Escucha, si eres realmente este tal Kikuchiyo, has cumplido trece años este año.

[Todos los samuráis se echan a reír]

¿Dónde has robado esto?

[Mifune]: ¡Qué! ¡Es mentira! ¡Mierda! ¿Qué estás diciendo?

¿De verdad lo entiendes?, me preguntó Sibylla.

Pues claro que lo entiendo, contesté.

Bueno, ¿qué dice entonces?, preguntó, y rebobinó la cinta hasta donde Mifune se ponía en pie tambaleándose.

—Bueno, dice: *Yai! Kisama! yoku mo ore no koto o samurai ka nante nukashiyagatte... fuzakeruna!*

Y Sibylla dijo que, por lo que ella sabía, bien pudiera ser que conociera aquellas palabras, pero que nunca reconocía una palabra al oírla.

Así que, lo escribí en una hoja de papel y se lo fui explicando:

Dice やい *yai*: eh; 貴様! *kisama*: tú (el Kodansha Romaji dice que es GROSERO y muy ofensivo); よく *yoku*: bien; も *mo*: partícula enfática; 俺の *ore no*: me, pronombre personal; 事を *koto o*: cosa, partícula de objeto directo, es decir, perífrasis de me; 侍 *samurai*; か *ka*: partícula de interrogación; なんて *nante*: FORMA COLOQUIAL de *nan-to*: cómo, igual que en «¿Cómo está la temperatura?»; ぬかしやがって *nukashiyagatte*: gerundio de *nukasu*: decir. Por lo tanto: «¿Cómo me preguntas si soy un samurái?»; ふざけるな! *fuzakeruna*: imperativo negativo de *fuzakeru*: burlarse. Por lo tanto: «No te rías de mí».

Expliqué que, según el diccionario de argot *Japanese Street Slang*, *shiyagatte* era el gerundio de *shiyagaru*, la contracción corriente de *shite agaru*, que era la forma ofensiva del verbo *suru*, «hacer». Así pues, si *nukasu* era «decir», *nukashiyagatte* sería el gerundio ofensivo.

Qué maravillosa lengua, dijo Sib. Al parecer la han simplificado un poco para los subtítulos. Sabía que *Japanese Street Slang* era una ganga por 6,88 libras.

En otras palabras: «¿Cómo me preguntas si soy un samurái?» equivale a: «¿Cómo te atreves!».

De acuerdo, dijo Sib, ¿y luego qué?

俺はなこう見えてもちゃんとした侍だ

俺はな *ore wa na*: yo, partícula discursiva, partícula enfática; こう *kō*: de esta forma; 見えて *miete*: participio presente de *mieru*: apareciendo; も *mo*: aunque. Es decir: «Aunque tenga este aspecto».

Sib dijo que tal vez ella no supiera mucho japonés, pero no creía ni por un nanosegundo que Mifune dijera: «Aunque tenga este aspecto».

Yo repliqué que no creía que la conciencia fuera capaz de operar en unidades de nanosegundos.

Sib dijo que no se lo creía ni por la mínima unidad a la que pudiera operar la conciencia, y me pidió que siguiera.

ちゃんとした *chanta shita*: preciso, correcto, según el modelo...

¡Según el modelo!, exclamó Sib.

侍 *samurai*; だ *da*: yo soy. Es decir: «Aunque tenga este aspecto, soy un auténtico samurái».

¿Qué subtítulo es ese?, preguntó Sib. No reconozco nada de eso.

Le dije que salía más o menos cuando él decía que era un samurái de verdad.

Mmm..., dijo Sib.

やい俺はなあれからお前の事をずっと捜してたんだぞやい *yai*: eh; 俺はな *ore wa na*.

Yo, partícula discursiva, partícula enfática, dijo Sib.

あれから *arekara*: desde ese tiempo; お前の *omae no*: de ti; 事を *koto o*: cosa, partícula de objeto directo, es decir, perífrasis de ti; ずっと *zutto*: todo (el tiempo), dije, hablando deprisa.

捜してたんだ *sagashitetanda*: contracción de *sagashite ita*: yo estaba buscando; contracción de *no da*: es un hecho que, *no*: partícula sustantivadora, *da*: verbo ser; ぞ *zo*: partícula de final de frase que expresa una fuerte exclamación, generalmente usada solo por hablantes masculinos, añadí, aún más rápido.

これを *kore o*: esto, partícula de objeto directo; 見せよう *miseyō*: volitivo, me gustaría enseñar; と *to*: partícula de estilo indirecto aplicada a la frase previa; 思ってな *omotte na*: participio presente de *omou*: pensar más *na*: partícula enfática. Es decir: «Pensando que me gustaría enseñarte esto...».

Conozco todas esas palabras, dijo Sib.

Bueno, ¿quieres que te lo escriba?, pregunté. Escribí unas cuantas líneas y Sib dijo que tal vez yo no era consciente de ello, pero la escritura se consideraba un medio de comunicación y mi caligrafía en japonés era aún más críptica que los garabatos que había introducido en inglés, griego, árabe, hebreo, bengalí, ruso, armenio y otros idiomas demasiado numerosos para enumerarlos.

これを見ろ, dije: *kore o miro*.

Esa la sé, dijo Sib. Fíjate en esto.

この系図はな *kono keizu*: esta genealogía; *wa na*

Partícula discursiva, partícula, dijo Sib.

俺様の *ore sama no*

Mi, dijo Sib.

先祖 *senzo*: antepasados; 代々 *daidai*: sucesivas generaciones; の *no*

Adjetivo posesivo, dijo Sib.

系図よ *keizu yo*

Genealogía, partícula de exclamación, dijo Sib.

このやろうばかにしやがってなんでい *kono yarō baka ni shiyagatte nandei.*

この *kono*: esto; やろう *yarō*: zafio, grosero; *kono yarō*: cerdo, según *Sanseido*; ばか *baka*: idiota. El insulto japonés más popular, según *Japanese Street Slang*; *baka ni suru* es literalmente: Me estás dejando en ridículo, pero más grosero en japonés. Según *Japanese Street Slang* quiere decir: No me jodas, así que, si しやがって *shiyagatte* es la forma ofensiva de *suru*, seguramente aún es más insultante; なんでい *nandei*: absolutamente.

Realmente los subtítulos no captan la esencia, dijo Sib.

De todas formas, captas la idea general, dije yo, y Sib dijo: Pero solo has hecho un par de líneas. ¿Cómo vas a parar después de dos líneas en medio de una de las ESCENAS CRUCIALES de la PELÍCULA?

Vale, vale, vale, dije. Lo bueno de tener dos padres es que cada uno de ellos te protege del otro. Si tuviera padre, él se daría cuenta de que estaba harto y habría dicho: Deja al chico tranquilo, Sibylla. O diría con tacto: Me voy al parque a chutar un poco la pelota antes de que anochezca, y se ofrecería a explicarle él mismo la escena a Sib en otro momento.

¿Por dónde vamos?, preguntó Sib.

Estamos donde Kambei lee el rollo, dije.

Sib volvió a rebobinar hasta el principio de la escena, la vio otra vez y dijo que seguía sin entender nada.

Creo que te lo estás inventando todo, dijo.

Seguramente es la manera de hablar de Mifune lo que te causa problemas, dije, y ella replicó que no quería oír una sola palabra en contra de Mifune y yo dije que repetía lo que había dicho el propio Kurosawa.

Sí, dijo Sib, pero forma parte de su personaje. Vamos, sigue.

¿Te importa si me limito a escribírtelo?, pregunté. Ella contestó que no le importaba, así que empecé a escribir por «Tú eres este Kikuchiyo, nacido el segundo

año de Tensho», y lo transcribí todo, porque Sib tiene tendencia a olvidar el kana de vez en cuando. Me pareció que la explicación se estaba volviendo demasiado compleja, así que le dije que haría el resto más tarde y Sib me dijo que de acuerdo. Rebobinó la cinta hasta el principio de la escena, cuando Katsushiro suplica que le dejen ir y Kambei le dice que no pueden llevar a un crío, y Katsushiro dice que, al fin y al cabo, no tiene padres, ni familia, está solo en el mundo, y Heihachi alza la vista y ve a Kyuzo en silencio junto a la puerta.

¿Sabías que E. V. Rieu hace que Odiseo se dirija a sus compañeros llamándoles muchachos?, preguntó Sib.

Puede que lo hayas mencionado, contesté.

Estos subtítulos, dijo Sib, parecen situarse a la misma distancia respetuosa de lo que los personajes realmente dicen. Voy a intentar no pensar en ello. Aunque tiene una cosa buena y es que apenas tiene efecto sobre lo mejor de la película. Fíjate en Miyoguchi, que está en silencio junto a la puerta, es como uno de los grandes actores del cine mudo. No tengo la menor idea de cuántas LÍNEAS le dieron a Kyuzo, pero las líneas son lo de menos. ¿Cuánto tiempo tardaste en descubrir lo que decía cada uno?

Contesté que no lo sabía. Le había dedicado un día entero a una escena, y después se volvió más fácil.

Bueno, ¿cuántas veces viste esta escena?, preguntó Sib y yo contesté que no lo sabía, que no muchas, quizá unas 50.

La película llegó al momento en que Manzo regresa a la aldea para cortarle el pelo a Shino. Se supone que así parecerá un chico y, por lo tanto, los samuráis no se fijarán en ella. El disfraz no es demasiado bueno. A Sibylla le aburría Shino; paró la cinta y dijo que tenía que trabajar.

Encendió el ordenador y empezó a teclear, copiando el texto de *Practical Caravanning* 1982. Rikichi multiplicado por 5. Sib miró a su alrededor tal como miraría alguien que, en su momento, hubiera cometido una terrible equivocación.

Tal vez esperaba a mi cumpleaños, que era al día siguiente. O tal vez, yo podía fingir una súbita inspiración sobre los defectos de lord Leighton y lord Leighton (obviamente el escritor era el autor del artículo de la revista que Sib me había mostrado).

Si decía algo sobre la sonata *Claro de luna* o «Yesterday», o ropajes, sería como delatarme, pero suponiendo que dijera: El problema es que son clasicistas más que

clásicos, que buscan la verdad y la belleza, no por sí mismas, sino porque se manifestaban de esa forma en las obras maestras del pasado. Sería más difícil, claro está, dar la impresión de que había visto esos defectos en un estado de gracia, pero quizá no se diera cuenta.

Cogí la postal y la miré detenidamente, como acometido por una idea repentina. De hecho, realmente me pareció que había demasiados ropajes al aire. Todo lo que tenía que hacer era comentar con tono casual la sobreabundancia de material agitado por el aire de un modo que denotara, no solo compasión por el que había perpetrado la obra, sino una gentileza que fuera más allá de la compasión.

PRACTICAL CARAVANNING, dijo Sibylla. Por amor de Dios, ¿qué hay de práctico en una caravana?, y ¿por qué demonios la palabra «práctica» ha de añadir atractivo a la actividad? ¿Sigo siendo un mercado de una sola persona? *Guía impracticable para ir en caravana. Guía impracticable para ir en bote. Guía impracticable para hacer punto.* Compraría cualquiera de estos tres libros, y no tengo el menor interés en hacer punto, ni en ir en bote, ni en caravana.

Volví a desdoblar el artículo de la revista. Era mucho más difícil. *Claro de luna*, me dije a mí mismo. «Yesterday.» Leí el artículo de cabo a rabo, intentando ver lo que ella había visto.

¡El horror! ¡El horror!, exclamó Sibylla.

Llevaba unos 5 minutos trabajando. Ganancias del día hasta el momento: aproximadamente 1,35 libras.

Si la interrumpía, lo más probable era que, en lugar de cambiar de opinión, dejara de trabajar y volviera a ponerse *Los siete samuráis*.

Volví arriba. Ella no alzó la vista.



Registré a fondo su habitación, pero no encontré el sobre.

Hoy es mi cumpleaños. Sibylla no me ha dicho nada. Pensaba que lo haría cuando abriera los regalos, pero no.

Creo que lord Leighton es malo porque es clasicista más que clásico, porque no busca la verdad y la belleza por sí mismas, sino porque se manifestaban de esa forma en las obras maestras del pasado. Algo similar parece ocurrir con el autor del artículo de la revista.

Mmmm..., dijo Sibylla.

Yo temía que me preguntara en qué era similar, así que añadí rápidamente:

Siento haber dicho que la cinta era basura. Merece nuestra compasión.

Por su expresión Sibylla parecía intentar no reír.

¿Qué debo decir?, pregunté.

Estás buscando en el lugar equivocado, dijo ella.

Solo quiero saber quién es.

¿Me estás diciendo que no te importa cómo sea? Has leído cientos de libros de viajes. ¿Cuál es el peor escritor en el que puedas pensar?

Ni siquiera tuve que pensar.

Val Peters, contesté.

Había tenido una relación con una chica camboyana que tenía una sola pierna y había escrito un libro sobre Camboya y el muñón, con evocaciones poéticas sobre lo que quedaba del paisaje y de la pierna. Era el peor libro que había leído en mi vida. Sin embargo, la cuestión no era en realidad que escribiera mal, porque, aunque yo solo tenía ocho años de edad, me daba cuenta de que era un buen escritor.

¿Si fuera él, seguirías queriéndolo saber?, dijo ella.

¿Es él?, pregunté.

¡VAL PETERS! Pero si ese hombre es un auténtico donjuán.

Entonces ¿quién es?

No querrás saberlo. ¿Por qué no aceptas mi palabra?

Porque eres un mercado de una sola persona.

Bueno, quizá tengas razón. ¿Te importaría que echara un vistazo al libro sobre aerodinámica que te he regalado por tu cumpleaños? Y, sin esperar respuesta, ha cogido el libro de la mesa, lo ha abierto y, al leerlo, ha empezado a sonreír.

El regalo no me había sorprendido. Sib había encontrado el libro en el Dillon's de la calle Gower, y después de leer tres páginas, había empezado a reírse y a pasearse de un lado a otro repitiendo las palabras ESPESO MANTO DE PLUMAS, obligando a apartarse a las otras tres personas que había en la tienda. IMITAMOS EL CUERPO DEL AVE CON UNA ESFERA DE RADIO 5 CM, siguió diciendo. Yo no tenía la menor idea de que la aerodinámica fuera tan divertida, y me llevé la impresión de que a todos en Dillon's les habría gustado compartir la broma.

Escucha este ejemplo, dijo:

Los somorgujos (un ejemplo es el picurio) se cuentan entre las aves que capturan a sus presas bajo el agua. Al contrario que los patos y otras aves acuáticas de superficie, cuyas plumas son completamente impermeables al agua, los dos tercios exteriores de las plumas del cuerpo de los somorgujos son permeables. Sin embargo, al igual que el pato, precisan de la capacidad de flotar, así como del aislamiento térmico del aire atrapado por un espeso manto de plumas, cuando están en la superficie. Para facilitar la maniobrabilidad que se requiere para capturar las presas bajo el agua, el somorgujo aumenta su gravedad específica hasta que alcanza prácticamente la del agua, acercando las plumas al cuerpo (cada pluma tiene ocho músculos); la permeabilidad parcial contribuye a expeler la mayor parte del aire, dejando tan solo una fina capa en la superficie dérmica para mantener el aislamiento térmico.

Imitamos el cuerpo del ave con una esfera de radio $r = 5$ cm, suponemos que tiene una gravedad específica del 1,1 y calculamos el grosor, r , de la capa de aire bajo el nivel del mar que se requiere para que la gravedad específica de la combinación sea la unidad.

¿Sabías que cada pluma del somorgujo tiene ocho músculos?, preguntó Sib.

No, contesté.

¿Sabías que los dos tercios exteriores de las plumas del cuerpo son permeables?

No.

No comenté que todos los que estaban entonces en un radio de 10 metros se habían enterado también. Le dije que no creía estar preparado para la aerodinámica, no porque creyera realmente que no lo estaba, sino porque los libros más baratos de aquella sección valían 20 libras.

Pues claro que estás preparado, dijo Sib, sin dejar de pasar hojas. Lo puedes ver por los nombres de los matemáticos: la ecuación de Bernoulli, la ecuación de Euler, el teorema de la divergencia de Gauss. No tengo la menor idea de cuáles SON, pero en esencia las matemáticas que se utilizan parecen ser desarrollos posnewtonianos de

cálculo, es decir, cosa de los siglos XVIII y XIX. No puede ser muy difícil. Y mira, tiene un apéndice sobre prototipos naturales con una explicación sobre el colibrí y la aerodinámica del vuelo de los insectos.

¿En qué año lo publicaron?, pregunté.

En 1986.

Dije que, en ese caso, tal vez podríamos comprarlo de segunda mano en Skoob.

Bien pensado, dijo Sib. ¿Te gustaría algo sobre las transformaciones de Laplace?

No.

¿Qué me dices del análisis de Fourier? No sería para tu cumpleaños; obviamente no podemos comprar todos los que se publican en la Schaum's Outline Series. Pero ¿te gustaría tenerlo? Dicen que es una herramienta matemática fundamental para la ingeniería moderna.

No.

Veremos lo que tienen en Skoob, dijo Sibylla y, por supuesto, cuando abrí mis regalos, no solo encontré los libros de aerodinámica, el análisis de Fourier y las transformaciones de Laplace, sino también *Introduction to Old Norse* de Gordon, la *Saga de Njál* en islandés y en inglés publicada por Penguin, otras gangas varias y un monopatín nuevo.

Sentí ganas de tirarlo todo al suelo y ponerme a gritar. Lo único que yo quería era algo que el resto del mundo da por supuesto, y en su lugar recibía las transformaciones de Laplace y la aerodinámica del vuelo de los insectos. Estaba a punto de decir esto cuando vi que Sib había dejado de sonreír y que se sujetaba la cabeza con la mano. Ni siquiera el espeso manto de plumas había impedido que la asaltaran los pensamientos que, fueran cuales fueran, no quería tener. Pensé que acabaría diciendo algo si me quedaba, así que me fui a la calle a probar el monopatín.

3

Juegos funerarios

Bueno, ahora ya lo sé.

Cuando regresé a casa, Sib me dijo que iba a salir. No era la primera vez que veía aquella expresión en su cara. Mientras estábamos en Skoob, habíamos visto un ejemplar de segunda mano de *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, la brillante versión actualizada en cuatro volúmenes que había sido publicada a principios de los años 80, una auténtica ganga por el precio de 100 libras. Habíamos tenido entonces una larga discusión en la que Sibylla había dicho que teníamos que comprarlo y yo que no podíamos permitirnoslo. Ella había dicho que era una extraordinaria obra de erudición que no debería faltar en ninguna casa, y yo que no podíamos pagarla.

Ya sabes que no podemos permitirnos el lujo de comprar *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, le dije al verla cuando volví a casa. Ella dijo que se iba a Grant & Cutler. Yo le dije que no podíamos permitirnos el lujo de ir a Grant & Cutler y Sibylla dijo que no hacía falta que yo fuera. La última vez que Sibylla fue a Grant & Cutler sola... en realidad no quiero pensar en la última vez que Sibylla fue a Grant & Cutler sola. Le dije que la acompañaría.

Tienes razón, dijo ella. No podemos permitirnoslo. Y encendió el ordenador y luego se hizo un ovillo en una silla y no trabajó nada en absoluto.

Pensé: Esto es una locura. ¿A quién le importa qué tenga de malo lord Leighton? Tenemos que salir de aquí. Pero sigo sin saber dónde guarda el sobre.

Tenía que hacer algo, así que salí con la bici y me fui al Blockbuster Video a ver qué encontraba, hasta que por fin lo encontré.

Regresé a casa. Sibylla seguía sentada en la silla.

Te he traído un vídeo, dije, encendí la televisión y metí la cinta.

Pasó la advertencia inicial sobre los derechos.

Sib se incorporó.

OHHHH, exclamó Sib, ¡hombres altos con tejanos ceñidos!

¿Qué?, dije.

Hacía AÑOS que no veía estas cosas, comentó Sib.

En la cubierta dice que es una película del Oeste basada en la historia de *Los siete samuráis*, así que he pensado que te gustaría.

¡Que me GUSTARÍA! Me ENCANTA. Ya SABES cuánto me gusta la escuela de interpretación de Tyrone Power.

¿Quieres que la devuelva?, pregunté.

Era demasiado tarde. Sib estaba erguida en la silla, apoyándose en el brazo como un terrier con el ojo en la pelota. La pelota sale volando por los aires, el terrier vuela sobre la tierra, el terrier atrapa la pelota, el terrier ladra como un poseso, el terrier se pasa una hora gruñendo si alguien intenta quitarle la pelota y gimoteando si nadie muestra el menor interés. En cuanto empezó la película, la alegre Sib se abalanzó sobre un aspecto en que era inferior a *Los siete samuráis*, y durante la hora siguiente, el flujo de comentarios fue continuo, interrumpido tan solo por las carcajadas que provocaba cada nueva adquisición de la escuela de interpretación de Tyrone Power, y por silencios ocasionales durante los cuales se suponía que yo debía mostrarme en desacuerdo para que ella pudiera discutir un poco más. Puede que hubiera diálogos. Si los había, no pude oírlos.

Brynner empezó a reclutar hombres para el trabajo.

Es una misión difícil, dijo Sibylla. Será duro encontrar tantos hombres altos con tejanos ceñidos.

¿Quieres callarte?, dije.

Lo siento, dijo Sib, y calló.

¿No hay NADA que te guste de la película?, pregunté.

¿Cómo puedes preguntarme eso?, dijo Sib. No UNO, sino SIETE hombres altos con tejanos ceñidos. Simplemente es MAGNÍFICA.

Olvídalo, dije.

Y es tan fácil de seguir. Se sabe enseguida cuál es el mercenario porque tiene barriga.

Olvídalo, repetí.

El villano es el bajito, dijo Sib. Los campesinos muertos de hambre están gordos. Si fueran altos y esbeltos sería todo demasiado confuso.

Miré la pantalla sin decir nada.

James Coburn, dijo Sib. Siempre me encanta ver a James Coburn. Y Eli Wallach es brillante. Y claro, uno de los problemas con *Los siete samuráis* es que ninguno de los

actores tiene la menor idea de cómo adoptar la inescrutabilidad oriental. Mifune no tiene REMEDIO, ¿y acaso es mejor el resto? Shimura, Kimura, Miyaguchi, Chiaki, Inaba, Kato, Tsuchiya... todos patéticos. Solo cuando ves hombres altos con tejanos ceñidos te das cuenta de la grave desventaja que supuso para Kurosawa no poder contar con el genio de Charles Bronson. Si hubiera tenido un actor con un rostro como un grabado japonés, ¿quién sabe qué cotas habría alcanzado...?

Estoy intentando ver la película, dije.

No diré una palabra más, me aseguró Sib. Me quedaré callada como una tumba.

Y de repente comprendí dónde había guardado el sobre.

Desde que tengo memoria, Sib ha suspirado por el libro *Ptolemaic Alexandria* de Fraser (una extraordinaria obra de erudición que no debería faltar en ninguna casa). No está disponible en ninguna biblioteca pública (o al menos, en ninguna que nosotros conozcamos), pero a veces hemos topado con algún ejemplar de segunda mano en una librería y la hemos visitado diariamente para leerlo. Sib llamaba entonces mi atención sobre las maravillosas notas a pie de página sobre Eratóstenes (que calculó la circunferencia de la Tierra), o sobre el *Alejandra* de Licofrón, que era un poema entero narrado por Casandra en un arrebató profético y tenía tan poco sentido que los eruditos no sabían si debían culpar de su incomprensión a corrupciones del texto o a la locura de Casandra. O también sobre el *Theriaca* de Nicandro de Colofón, que era un largo poema en hexámetros sobre serpientes. El libro era siempre demasiado caro, tarde o temprano lo compraba alguien con más dinero que nosotros.

Hace cuatro meses, Sib encontró otro ejemplar, y esta vez lo compró. No sé dónde, ni cuánto pagó por él. No quiso decírmelo. Dijo que querría que la enterraran con él, pero que sería una crueldad privar a la posteridad de uno de los pocos ejemplares existentes. Estaba dispuesta a apostar que, si se moría dentro de 50 años, la Oxford University Press seguiría afirmando aún que estaba a punto de reimprimirlo. Dijo también que, si le hacían un funeral, yo podía hacer circular el libro entre los asistentes para que la gente leyera pasajes interesantes. Le prometí que, si yo tenía poder de decisión sobre ese tema, el libro se leería en su funeral.

Hacía seis meses desde la última vez que había visto el sobre en el cajón. La razón por la que ya no estaba allí era que, desde entonces, Sib había comprado el libro.

Tuve que quedarme a ver la película entera, pero no pude concentrarme. No sé si era buena o no; solo podía pensar en el sobre y en el libro.

Por fin la película terminó. Sib me dio las gracias y dijo que sería mejor que trabajara un poco.

Ptolemaic Alexandria estaba en un estante a su espalda. Saqué el volumen II y lo abrí por la descripción de una tragedia que relataba los acontecimientos del Éxodo (Fraser cita una conversación entre Moisés y Dios en versos trímetros yámbicos), y allí estaba. «Para ser abierto en caso de fallecimiento.»

Pensé: Si ha de hacerse, será mejor hacerlo rápido. ¿Qué es un sobre cerrado? Una puerta con un letrero de: «Prohibida la entrada» o «Solo personal autorizado». Algo que hay que obviar cuando lo exigen las circunstancias.

Me metí el sobre dentro de la camisa y me fui arriba. Cuando llegué a mi habitación lo abrí.

No era Red Devlin. No era nadie parecido.

Recordaba uno de sus libros que no me había molestado en acabar. Había ido a Bali. Los hombres allí caminaban descalzos sobre la lava ardiente de un volcán activo. Él no lo hizo. Se quedó mirando mientras los otros cruzaban la lava descalzos y luego volvió al hotel y escribió lo que había visto. No sabía hablar balinés. Se había tirado a una mujer en el hotel con las tres palabras de balinés que conocía. Tal vez a ella le gustaran los animales nocturnos.

4

Steven, 11 años

Tres días después de descubrir su nombre, me di cuenta de que me había precipitado en mis conclusiones. Muy a menudo, en los libros de viajes, el autor pasa de ser un ingenuo, un ignorante o un cobarde a realizar un gran acto de valor más adelante. Era una estupidez juzgarlo de antemano con los poquísimos datos de que disponía. Así que me fui a la biblioteca en busca de todos sus libros. Sibylla tiene razón: es muy popular; tienen todos sus libros, pero solo había dos disponibles.

Justo al lado, en el estante, estaba mi viejo favorito: *Journey into Danger!* Debo de haberlo leído unas 20 veces. Bueno, qué le vamos a hacer.

Cogí *The Lotus-Eaters*. Había una foto de mi padre que ocupaba toda la contracubierta. Miraba a lo lejos con el entrecejo fruncido. Era menos guapo de lo que había imaginado, pero tal vez la foto fuera mala.

An Antique Land tenía una foto distinta en la contracubierta. Otra prueba para la escuela de interpretación de Tyrone Power.

Si los libros hubieran sido de ficción, seguramente la bibliotecaria no habría permitido a un chico de 11 años que se los llevara prestados, pero siendo libros de viajes, no se le ocurrió poner peros. Estaba acostumbrada a que pidiera prestados libros de la sección de adultos, sobre todo libros de viajes; seguramente no se dio cuenta de que estos tenían la calificación X.

Leí los dos libros y luego saqué tres más del Barbican, y leí el último que había publicado en la Biblioteca Marylebone, porque no tenía carnet. Al acabar la semana, me había leído todos los libros de mi padre.

Bueno, debo admitir que esperaba encontrar una chispa de genialidad o de heroísmo que le hubiera pasado desapercibida a Sibylla. Quería abrir un libro suyo por una página cualquiera y pensar: ¡Pero qué brillante! No ocurrió, pero yo seguí leyendo. No sé qué esperaba encontrar.



Al acabar los libros sin haber encontrado nada, pensé que tal vez sería diferente en persona.

Estaba casado con su primera mujer en la época en que conoció a mi madre. Después de divorciarse, se había casado una segunda vez y se había mudado a otra casa. Así que, aunque pudiera localizar al señor popurrí, ahora no encontraría allí más que a su exmujer.

Luego pensé que tal vez diera una conferencia en alguna parte y que podría seguirlo hasta casa. Pero también pensé que después de la conferencia se iría a tomar algo y me resultaría difícil seguirlo. Podía ponerme el disfraz de jorobado enano que tuve que llevar cuando fuimos a ver *Juego de lágrimas*, pero me pareció que no conseguiría entrar en un bar ni siquiera en el papel de enano susceptible con su estatura.

Entonces se me ocurrió una idea. Mi padre trabajaba mucho como articulista y siempre se equivocaba en montones de cosas. La ciencia ejercía una fascinación fatídica sobre él. Jamás había llegado a comprender la diferencia entre la teoría especial de la relatividad y la general, pero por alguna razón desconocida para mí, no se abstenía de sacarlas a relucir a ambas en sus artículos siempre que podía. A veces cogía una palabra que tenía un significado técnico y otro común (caos, serie, relatividad, positivo/negativo, media vida, para hacerse una idea), y luego tomaba afirmaciones aplicables a la palabra en su significado técnico para apoyar generalizaciones sobre la palabra en su significado corriente. A veces la palabra técnica significaba algo que solo podía expresarse en matemáticas, de modo que no tenía en realidad una correlación con el lenguaje corriente, pero eso no le arredraba jamás. Se trataba tan solo de esperar a que apareciera su siguiente artículo y luego escribirle para corregir los errores en un tono cautivador, inocente e infantil, firmando la carta: Steven, 11 años. La respuesta era segura y, con suerte, pondría su dirección en la carta.

Al día siguiente era lunes. Volví a la biblioteca y repasé todos los periódicos del

domingo, pero no había nada de mi padre. Repasé todos los periódicos del sábado, pero tampoco había nada. Luego me fui a los periódicos del lunes, 30 de marzo. Nada. Hacía 10 días que sabía quién era.

Regresé a la biblioteca todos los días para repasar los periódicos. No encontré nada de mi padre. Me quedaba de pie junto a una mesa, hojeando los periódicos y a veces veía una noticia o un artículo interesantes y me emocionaba, y entonces, de pronto, volvía a recordarlo: ya sabía quién era.

El sábado volví de nuevo a la biblioteca y esta vez encontré un artículo sobre las Galápagos en la *Independent Magazine*. Hablaba sobre extinción y selección. Había montones de falacias lógicas y también algunos errores en los datos sobre los dinosaurios, y parecía haber interpretado mal la teoría del gen egoísta. ¡Era mi oportunidad!

No iba a señalarle los errores lógicos, que podrían molestarle, y decidí no decir nada sobre la parte en la que confundía ADN y ARN, porque pensé que sería embarazoso para él. Sin embargo, me pareció que podría señalar errores más abstrusos sobre hechos simples, y que serían del tipo de cosas que podía firmar con Steven, 11 años. Fue difícil decidir hasta qué punto debía simplificar la teoría del gen egoísta, dado que, si él no la había comprendido, no quería hacérsela demasiado complicada, pero, por otro lado, me pareció que parecería repelente si me limitaba a palabras de una sola sílaba.

Escribí la carta diez veces, intentando parecer inteligente sin ser repelente. Podría haberla escrito en el ordenador, pero pensé que mi atroz caligrafía sería más atrayente, así que escribí la versión final a mano.

Tardé dos días en escribir la carta. Podría haberla escrito en 15 minutos, si no hubiera tenido que preocuparme tanto por no parecer repelente. Sin embargo, como diría Sibylla, no es educado ir por ahí ofendiendo siempre a la gente.



Pasó una semana y pensé que tal vez la *Independent Magazine* no le habría dado mi carta.

Pasó otra semana.

Pasó otra semana y pensé que, definitivamente, la carta debería haberle llegado ya.

Pasaron tres días y abril llegó a su fin. Pensé que tal vez estaría de viaje. Pasó un día y pensé que tal vez tuviera una secretaria para ocuparse de la correspondencia. Pasaron cuatro días. Tal vez la secretaria tenía instrucciones de no contestar las cartas que no fueran acompañadas de otro sobre franqueado con las señas para la respuesta.

Su carta llegó al día siguiente.

Me la llevé a mi cuarto para leerla.

La dirección estaba escrita a mano; me pareció un buen presagio. El sobre era de los autoadhesivos y había utilizado un rotulador negro de punta fina. Lo abrí despacio; dentro había una hoja de A5 con un doblez. La desdoblé. Decía así:

6 de mayo de 1998

Querido Steven,

Gracias por tu carta. Como seguramente sabes, hay muchas teorías diferentes sobre el motivo por el que se extinguieron los dinosaurios. Admito que utilicé la que más convenía a mi argumentación. Lo que dices sobre la teoría del gen egoísta sería muy justo, si me hubiera basado en ella, pero, de hecho, la teoría de Dawkins tiene algunos detractores.

Espero que no te desanimes si mantengo mi postura. Creo que es fantástico que hayas comprendido tan bien la importancia de la teoría, y estoy encantado de que te guste como escribo.

Un saludo.

Val Peters

Me había dicho a mí mismo que no tenía que esperar nada, pero la verdad era que algo sí que debía de esperar. A pesar del artículo, a pesar de todos los libros, seguía esperando algo tan brillante que a mí no se me hubiera ocurrido. Miré la hoja de papel que tenía en la mano, con su firma enérgica y descuidada, y deseé más que ninguna otra cosa en el mundo que no la hubiera escrito mi padre.

Si la hubiera escrito cualquier otra persona, le habría respondido para señalar que

todo el artículo daba por sentado que la selección, fuera de genes, de individuos o de especies, era siempre la misma cosa, y que necesitaba aclarar esa confusión aunque su propósito fuera rebatir la teoría de Dawkins, como afirmaba en su artículo, y también habría señalado que no había rebatido ninguno de mis argumentos. Sin embargo, seguía sin querer molestarle, así que lo dejé correr. Lo más importante era que había puesto sus señas en la cabecera de la carta. Busqué la calle en la guía y comprobé que no estaba lejos de la Línea de Circunvalación.

5

Para David, con mis mejores deseos

Cogí la Línea de Circunvalación y fui a la casa de mi padre y me quedé fuera.

Sabía que tenía dos hermanastros y una hermanastra, pero estaba seguro de que vivían con su madre. A eso de las 10.30 de la mañana, una mujer salió de la casa, se metió en un coche y se fue.

Yo no sabía si llamar a la puerta. No sabía qué diría. Pensé que soltaría alguna estupidez. Crucé la calle y miré por las ventanas. No aprecié ningún movimiento. A eso de las 11, vi una cara.

A las 11.30 la puerta volvió a abrirse, salió un hombre y bajó las escaleras. Parecía más viejo de lo que lo había imaginado; las fotos que había visto debían de ser antiguas. Era menos guapo de lo que pensaba, aun habiéndolo visto en las fotos; había olvidado que ella estaba borracha cuando lo besó.

El hombre llegó a la calle y giró a la derecha. En la esquina volvió a girar hacia la derecha.

Volví al día siguiente. En la mochila llevaba la introducción a la aerodinámica, un libro sobre cálculo para ingenieros, la traducción de Penguin de la *Saga de Njál, Brennunjalssaga*, la *Introduction to Old Norse* de Gordon y *El conde de Montecristo*, por si me aburría, más cuatro sándwiches de mantequilla de cacahuete con jamón y una mandarina. Había una parada de autobús junto a un muro bajo en la otra acera, frente a su casa. Me senté allí para vigilarla y me puse a leer la *Saga de Njál*, alternando entre la versión islandesa y la traducción de Penguin.

Njál y sus hijos estaban en una corte llamada Althing. Skarp-Hedin, uno de los hijos de Njál, había matado a un sacerdote. Yo no entendía en realidad cómo funcionaba la corte. El yerno de Njál, Asgrim, y sus hijos, iban de cámara en cámara, buscando apoyos. Primero iban a la cámara de Gizurr y luego a la de Olfus para ver a Skapti Thoroddsson.

Låt heyra þat, segir Skapti.

«Oigamos cuál es vuestra misión —dijo

*Ek vil biðja þik liðsinnis, segir Ásgrímr, at þú veitir
mér lið ok mágum mínum.*

«Necesito tu ayuda —dijo Asgrim—, para mí y para mi familia.»

Llevaba tres semanas estudiando islandés, así que no me resultaba demasiado difícil. Había cosas que no entendía sin diccionario. En la casa no ocurría nada.

*Hitt hafða ek ætlat, segir Skapti, at ekki skyldi
koma vandræði yður í híbýli mín.*

«No tengo intención —dijo Skapti—, de permitir que vuestros problemas entren en mi casa.»

*Ásgrímr segir: Illa er slíkt mælt, at verða mQnnum
þá sízt at liði, er mest liggir við.*

«Asgrim dijo: Esas son palabras mezquinas; de bien poco sirves cuando más necesario eres.»

El cartero se acercó a la casa con el correo. La mujer salió a la puerta para recogerlo; parecía haber un montón de cartas. Me comí un sándwich de mantequilla de cacahuete.

*Hverr er sá maðr, segir Skapti, er fjórir menn
ganga fyrir, mikill maðr ok fQlleitr, ógæfusamligr,
harðligr ok trQllsligr?*

«¿Quién es ese hombre —dijo Skapti—, el quinto de la fila, ese hombre alto y de aspecto fiero como un ogro, con la cara pálida y aire desventurado?»

En la casa no ocurría nada.

*Hann segir: Skarpheðinn heiti ek, ok hefir þú sét
mik jafnan á þingi, en vera mun ek því vitrari en
þú, at ek þarf eigi at spyrja, hvat þú heitir. Þú heitir
Skapti Þóroddsson, en fyrr kallaðir þú þík
Burstakoll, þá er þú hafðir drepit Ketil ór Eldu;
gerðir þú þér þá koll ok bart tjQru í hQfuð þér.
Síðan keyptir þú at prælum, at rísta upp jarðarmen,
ok skreitt þú þar undir um nóttina. Síðan fórt þú
til Þórólfs Loptssonar á Eyrum, ok tók hann við
þér ok bar þik út í mjQlsekkum sínum.*

«Skarp-Hedin es mi nombre —respondió—, y me has visto aquí a menudo,

en el Althing. Pero debo de ser más perspicaz que tú, puesto que no necesito preguntar tu nombre. Te llamas Skapti Thoroddsson, pero en otro tiempo te llamaste Cabeza Erizada, cuando mataste a Ketil de Elda; esa fue la época en la que te afeitaste la cabeza y te la untaste de brea, y sobornaste a unos esclavos para que levantaran un trozo de tierra donde ocultarte durante la noche. Más tarde acudiste a Thorolf Loptsson de Eyrar, quien te aceptó y luego te llevó a escondidas fuera del país en sus sacos de harina.»

Eptir þat gengu þeir Ásgrímur út.

«Tras estas palabras todos salieron de la cámara.»

En la casa seguía sin ocurrir nada.

Skarpheðinn mælti: Hvert skulu vér nú ganga?

«¿Adónde iremos ahora? —preguntó Skarp-Hedin.»

Til búðar Snorra goða, segir Ásgrímur.

«A la cámara de Snorri el Sacerdote —dijo Asgrim.»

La *Saga de Njál* era un poco difícil a veces, pero no demasiado. La aerodinámica sí que era mortal. Leí un par de páginas, pero no entraba en materia. En la casa no había movimiento.

Volví a la *Saga de Njál*. Snorri decía que sus dos pleitos iban mal, pero prometía que no tomaría partido en contra de la familia Njál ni apoyaría a sus enemigos. Decía:

*Hverr er sá maðr, er fjórir ganga fyrir, fólleitr ok
skarpleitr ok glottir við tǫnn ok hefir øxi reidda um
Qxl?*

«¿Quién es ese hombre, el quinto de la fila, el de los rasgos pálidos y marcados con una sonrisa en el rostro y un hacha al hombro?»

*Heðinn heiti ek, segir hann, en sumir kalla mik
Skarpheðinn Qllu nafni, eða hvat vilt þú fleira til
mín tala?*

«Mi nombre es Hedin —respondió—, pero algunos me llaman Skarp-Hedin. ¿Tienes algo más que decirme?»

*Snorri mælti: þat at mér, þykki maðr harðligr ok
mikilfengligr, en þó get ek, at þrotin sé nú þín en
mesta gæfa, ok skamt get ek eptir þinnar æfi.*

«Creo que tienes un aspecto despiadado e imponente —dijo Snorri—, pero yo diría que has agotado tu reserva de buena suerte y que no vivirás mucho más.»

La familia de Asgrim iba de cámara en cámara con resultados diversos y cada vez alguien decía que quería saber quién era aquel hombre pálido de aspecto desventurado que estaba en la quinta fila, y cada vez Skarp-Hedin decía algo insultante con el resultado predecible. Era muy diferente de Homero o de Malory, porque era muy sencillo, pero a mí me gustaba. En Gordon había un glosario y unos cuantos consejos gramaticales, así que no era tan difícil en general.

Leí unas cuantas páginas más y luego me pasé un par de horas leyendo *El conde de Montecristo*. Después me marché a casa.

Volví al día siguiente y leí tres páginas de aerodinámica, pero no conseguía entrar en materia. Luego leí un poco más de la *Saga de Njál*.

A eso de las 12.30 del mediodía, él pasó por delante de una ventana de la planta baja comiéndose un sándwich. Yo llevaba en la mochila cuatro sándwiches de mantequilla de cacahuete y jamón y dos plátanos y sándwiches de Marmite y una bolsa de patatas fritas. Me comí uno de los sándwiches y leí *El conde de Montecristo*. En la casa no ocurrió nada más.

Dejé pasar dos días. Llovía a cántaros. Después el tiempo aclaró. Volví a sentarme en el muro. Llevaba tres sándwiches de mantequilla de cacahuete y jamón, uno de mantequilla de cacahuete y miel y una botella de Ribena.

Empezó a llover otra vez, así que cogí la Línea de Circunvalación para regresar a casa y pasé el resto del día leyendo *El conde de Montecristo*. Podría haber leído algo de aerodinámica, pero no me apetecía.

Tercera semana de mayo, típica ola de frío inglesa. 283 grados sobre el cero absoluto. Fui a la casa solo para verlo. Lo vi hablando con la mujer en una habitación de arriba, pero no oí lo que decían. Me obligué a sentarme en el muro solo por si acaso tenía que ir al Polo Norte.

Empezaron a castañetearme los dientes. Magnusson parecía haber utilizado un texto diferente del que me había dado Sybilla; pensé que podía descifrar las partes añadidas. Entonces recordé que no iría al Polo Norte. No ocurría nada en la casa. Volví a la Línea de Circunvalación y me comí los sándwiches.

Dejé pasar cuatro días, pero luego tuve que volver. Me senté en el muro y me obligué a leer un capítulo entero de aerodinámica, solo para demostrar que aún podía hacerlo.

Me comí un sándwich de mantequilla de cacahuete. Aún estaba leyendo la *Saga de Njál*. No había trabajado mucho en ella. Era una estupidez estar allí. No podía trabajar, así que tendría que hacer algo o marcharme a un sitio donde pudiera trabajar. Sería una estupidez irme después de haber pasado una semana en una parada de autobús delante de la casa.

Entonces supe lo que haría.

Le pediría a mi padre un autógrafo.



Volví al día siguiente con un ejemplar de *Stout Cortez* (el libro con la mujer de Bali), que había comprado en una tienda de Oxfam por 50 peniques. También llevaba *Brennunjalssaga*, Magnusson, Gordon y el libro de transformaciones de Laplace y un libro sobre insectos comestibles que se liquidaba en la biblioteca por 10 peniques. Podía pasar el resto del día en la Línea de Circunvalación. No esperaba que aquello me llevara mucho tiempo; era tan solo algo que debía hacer.

Llegué a la casa a las 10 de la mañana. En la planta baja había una ventana abierta; unas personas hablaban en voz baja. Me acerqué para escuchar.

¿Estás seguro de que no quieres venir? Apenas los ves.

Esas cosas no me van. No vale la pena que vaya para morirme de aburrimiento, y si hacemos otra cosa me odiarán. La pregunta es: ¿estás segura de que no te importa?

No es que me importe, es solo que pensaba que te gustaría pasar un rato con ellos.

Claro que me gustaría, pero durante la semana van al colegio, y tienen sus propias ideas sobre cómo pasar el fin de semana. No es el fin del mundo.

Un coche paró frente a la casa y se apearon de él tres niños.

El coche se fue.

Los niños miraron la casa.

Bueno, vamos, dijo uno.

Subieron por el sendero. La puerta se abrió. Hubo una discusión al otro lado. Los niños volvieron a bajar los escalones con la mujer que había visto otras veces. El hombre se quedó en el umbral.

Iremos al Planet Hollywood cuando volváis, dijo.

La mujer y los niños se metieron en un coche y se fueron. Él cerró la puerta.

Yo estaba cansado de pasearme por la acera y contemplar aquella puerta. No quería volver a marcharme. Estaba cansado de preguntarme si sería o no un mal momento. Estaba cansado de preguntarme si sería mejor interrumpirle antes de que tuviera ocasión de empezar a trabajar.

Me dirigí a la puerta y llamé al timbre. Esperé un minuto. Luego conté un minuto,

y luego dos. Llamé a la puerta con los nudillos y conté otro minuto. Si no acudía a abrir me iría. Pensé que lo molestaría si seguía llamando al timbre y dando golpes. Pasaron dos minutos. Me di la vuelta y bajé los escalones.

Una ventana se abrió en el segundo piso.

Espera, bajo enseguida, gritó él.

Volví a la puerta.

Pasaron dos minutos y la puerta se abrió.

¿Qué puedo hacer por ti?, preguntó.

Tenía los cabellos castaños, con algunas canas, profundas arrugas en la frente, algunas canas en las cejas y ojos grandes y luminosos, un poco como los de un animal nocturno. Su voz era suave y desenfadada.

¿En qué puedo ayudarte?, insistió.

He venido por el sobre de Ayuda Cristiana, dije sin pensar.

No lo veo por ninguna parte, dijo él, sin mirar. De todas formas no somos cristianos.

No pasa nada, dije. Yo soy un judío ateo.

De acuerdo, lo preguntaré, dijo, sonriendo. Si eres un judío ateo, ¿por qué haces una colecta para Ayuda Cristiana?

Me obliga mi madre, contesté.

Pero para que tú seas judío, ¿no ha de ser judía tu madre también?, preguntó.

Lo es. Por eso no me deja robar de las ayudas para los judíos.

Funcionó a las mil maravillas: estalló en carcajadas.

¿No deberías reservarte todo esto para Comic Relief?

¿Una nariz roja es divertida?, pregunté. Lo sé, lo sé, solo se ríen cuando duele.

¿Por qué tengo la impresión de que no has venido a pedirme dinero para Ayuda Cristiana?, dijo.

Quería un autógrafo, dije, pero estas cosas hay que hacerlas poco a poco.

¿Quieres un autógrafo?, dijo. ¿En serio? ¿Qué edad tienes?

¿Por qué, hay que ser mayor de edad para ver su firma?

Bueno, puede que algunas personas piensen que mi nombre es una palabra obscena, pero no. Aunque realmente pareces un poco joven. ¿O es otro truco para embaucarme? ¿Lo vas a vender?

¿Me darían mucho dinero por él?, pregunté.

Creo que tendrás que esperar bastante, dijo él con total seguridad en sí mismo.

Bueno, no me importa, dije. He traído su libro.

Lo saqué de la mochila.

¿Es una primera edición?, preguntó.

No lo creo, contesté. Es de tapa blanda.

Entonces no valdrá mucho dinero, dijo.

Bueno, supongo que entonces tendré que guardarlo, dije.

Supongo que sí. Entra y te lo firmaré, dijo él.

Lo seguí por un pasillo hasta la cocina, que estaba en la parte posterior de la casa. Me preguntó si quería tomar alguna cosa. Le pedí un zumo de naranja.

Sirvió dos y me ofreció uno. Yo le tendí el libro.

Siempre resulta extraño cuando vuelven a uno, dijo. Es como dejar que los hijos salgan al mundo sin saber cómo acabarán. Fíjate en esto. Tercera edición, 1986. ¡1986! Este libro podría haber dado la vuelta al mundo. Podría ser que algún hippy desharrapado de Katmandú lo hubiera llevado consigo de viaje, se lo hubiera pasado a un colega de camino a Australia. Podría ser que un turista lo hubiera comprado en un aeropuerto antes de embarcarse en uno de esos transatlánticos que van a la región antártica. ¿Qué quieres que escriba?

Sentía frío. Podía decir: Para Ludo, con cariño de papá. En diez segundos no habría objeto en la habitación que no estuviera ya en aquel momento, pero todo sería diferente.

Tenía un bolígrafo en la mano y no era la primera vez que pasaba por todo aquello.

La misma mano de antes ahora sostenía un bolígrafo. Tenía la boca levemente fruncida. Llevaba camisa azul y pantalones de pana marrones.

¿Cómo te llamas?, preguntó.

David.

¿Te parece bien «Para David con mis mejores deseos»? , preguntó.

Asentí.

Garabateó algo en el libro y me lo devolvió.

Me pregunté si vomitaría.

Él me preguntó algo sobre el colegio.

Le dije que yo no iba al colegio.

Le extrañó.

Dijo algo más. Intentaba ser educado. Tenía muchas canas que no debían de existir en la época del popurrí.

¿Puedo ver dónde trabaja?, pedí.

Claro, dijo. Parecía sorprendido y complacido a la vez.

Lo seguí al último piso de la casa. Aquella no era la misma casa, pero el día del popurrí habían ido a su estudio, así que seguramente algunas de sus cosas y de sus libros debían de estar allí. No sabía por qué, pero tenía que verlo.

Su estudio ocupaba toda la parte alta de la casa. Me enseñó su ordenador. Me dijo que antes tenía muchos juegos en él, pero había tenido que quitarlos porque malgastaba demasiado tiempo jugando. Me dedicó una encantadora sonrisa juvenil. Me mostró su base de datos sobre diferentes países. Me enseñó cajas de tarjetas de registro de diferentes libros.

En un estante vi 10 libros del escritor del artículo que me había enseñado Sibylla. Me acerqué y cogí uno. Estaba firmado.

¿Están todos firmados?, pregunté.

Soy un gran admirador, dijo. Creo que es uno de los más grandes escritores en inglés de este siglo.

No me reí histéricamente. Dije:

Mi madre dice que seré capaz de apreciarlo cuando sea mayor.

¿Qué otros libros te gustan?, preguntó.

Estuve a punto de decirle: ¿Otros?

¿Quiere decir en inglés?, pregunté.

En cualquier idioma.

Me gusta *Kon-Tiki*.

Bastante bueno.

Dije también que me gustaba *Amundsen and Scott y Las minas del rey Salomón* y todo lo de Dumas y *The Bad Seed* y *El perro de los Baskerville*, y que también me gustaba *El nombre de la rosa*, aunque el italiano era bastante difícil.

Añadí:

Me gusta mucho Malory. Me gusta la *Odisea*. Leí la *Ilíada* hace tiempo, pero era demasiado pequeño para apreciarla. Ahora estoy leyendo la *Saga de Njál*. Mi parte preferida es cuando van de cámara en cámara pidiendo ayuda y Skarp-Hedin insulta a todo el mundo.

Él no había hecho más que abrir mucho los ojos y la boca. Dijo con tono humorístico:

Creo que no he tenido nunca el placer.

¿Quiere ver mi traducción de Penguin? La llevo encima.

Claro, dijo.

Abrí la mochila y saqué la traducción de Magnus Magnusson para la Penguin. El diccionario de islandés valía unas 140 libras y le había dicho a Sibylla que no podíamos permitirnoslo.

Lo abrí por la página que leía.

Solo son un par de páginas, dije, y se lo tendí.

Él volvió la página, riendo entre dientes mientras leía. Finalmente me devolvió el libro.

Tienes razón, es la monda, dijo. Tengo que comprármelo. Gracias.

La verdad es que la traducción no se parece mucho al islandés, dije. No me imagino a un guerrero vikingo diciendo: «No te metas en la conversación». En islandés pone *vil ek nú biðja þik, Skarpheðinn! at þú létir ekki til þín taka um mál várt*. Claro que las palabras islandesas no tienen en realidad el mismo registro que las palabras inglesas de origen anglosajón, porque no se oponen a un registro de vocabulario latino.

¿Sabes islandés?, preguntó.

No, acabo de empezar. Por eso necesito la traducción de Penguin.

¿Eso no es trampa?

Es más difícil que usar un diccionario.

Entonces ¿por qué no usas un diccionario?, preguntó.

Cuesta 140 libras.

¡140 libras!

Bueno, dije yo, es evidente que no hay una gran demanda. La gente solo estudia islandés en la universidad, si es que alguien lo estudia. La única forma de conseguir libros en islandés es pedir que te los manden de Islandia. ¿Quién va a comprar el diccionario? Si existiera una corriente de interés generalizada, tal vez el precio bajaría, o al menos habría un ejemplar en las bibliotecas, pero obviamente la gente no va a interesarse por algo de lo que nunca ha oído hablar.

Bueno, dijo él, ¿y cómo has llegado a interesarte tú?

Leí algunas traducciones de Penguin cuando era pequeño, dije. Lo interesante es que, según el artículo clásico de Hainsworth sobre Homero y el ciclo épico, se supone que lo que marca la superioridad de Homero sobre el ciclo épico es la riqueza y la capacidad comunicativa. Sin embargo, da la impresión de que lo bueno de la saga

islandesa es su carácter escueto. Uno podría decir: Bueno, es evidente que Schoenberg se equivoca al desdeñar el grabado japonés por primitivo y superficial. ¿Por qué se equivoca?

Él me miraba otra vez boquiabierto y con expresión humorística.

Ahora sí que me creo que te has leído mi libro.

No supe qué decir.

He leído todos sus libros, dije.

Gracias, dijo él, y también: Lo digo en serio. Es lo más agradable que he oído en mucho tiempo.

Pensé: No puedo soportarlo más.

Pensé en los tres prisioneros del destino. Podía irme cuando quisiera. Quería irme y quería dejar caer alguna indirecta. Quería mencionar la piedra de Rosetta y ver cómo caía en la cuenta. No sé qué iba a decir.

Estaba a punto de decir algo, cuando vi el libro de Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, en un estante y exclamé sin pensar:

¡Oh, tiene *Ptolemaic Alexandria*!

No debería haberlo comprado, pero no pude resistir la tentación, dijo.

No le pregunté dónde había oído hablar de él. Sin duda alguien le había contado que era una obra de extraordinaria erudición que no debería faltar en ningún hogar.

Bueno, es un libro brillante, dije.

La verdad es que no me sirve para mucho, dijo. ¿Sabías que existe una tragedia griega sobre Dios y Moisés? Está al final, pero en griego.

¿Quiere que se la lea?, pregunté.

Oh..., dijo, y: Bueno, ¿por qué no?

Saqué el segundo volumen del estante y empecé a leer por donde Dios dice a Moisés «Extiende tu cayado» en trímetros yámbicos, traduciendo del original, y al cabo de unos tres versos me di cuenta de que él estaba asombrado y aburrido.

Bueno, ya ve por dónde va.

¿Qué edad tienes?, preguntó él.

Le dije que tenía 11 años. Le dije que aquel pasaje no era nada difícil, que cualquiera que hubiera estudiado la lengua unos cuantos meses podía leerlo y que hacía años que yo sabía griego.

Joder, dijo él.

Yo le dije que no había para tanto, que J. S. Mill había empezado con el griego a

los 3 años.

¿Qué edad tenías tú?, preguntó.

Cuatro, dije.

Joder, dijo él. Luego dijo: Lo siento, no quería avergonzarte, es solo que pensaba en mis hijos.

Yo tenía la vista fija en *Ptolemaic Alexandria* y pensaba: Tengo que decir algo. Le pregunté qué enseñaba a sus hijos y él me dijo que no les enseñaba nada de una manera formal, que la cuestión era que veían *Barrio Sésamo* y que ese era el nivel que les correspondía. Al principio del libro había una hoja de papel.

¿Qué es esto?, pregunté.

¿No lo reconoces?, dijo, y yo pensé:

Así que lo sabe. Y pensé: ¿Cómo lo sabe?

¿Reconocerlo?, dije.

Es de la *Ilíada*, dijo. Pensaba que lo reconocerías. Me lo dio una persona.

Ah, claro, dije. Entonces ¿lo has leído?

Hace tiempo que pienso en volver a hacerlo, dijo. Creo que inconscientemente me recuerda al latín.

¿Al latín?

Lo estudié un curso en el colegio, dijo, y la mayoría de las clases las pasé fumando detrás del cobertizo para bicicletas.

Le dije que, según tenía entendido, las cosas que valía la pena leer en latín eran cosas que no se podían apreciar hasta los 15 años por lo menos, así que quizá lo difícil fueran los textos.

No creo que llegáramos a leer textos, dijo él. Recuerdo que el primer día de clase el profesor escribió un nombre en la pizarra con nominativo, genitivo y bla bla bla. Todo parecía una puta estupidez. Porque, fíjate en las lenguas romances. Por lo que yo sé, todas ellas se libraron de las declinaciones, porque los hablantes creían que era una pérdida de tiempo. Yo no hacía más que pensar: ¿Por qué tengo que aprender el fracaso evolutivo que es esta lengua?

Sonreía de oreja a oreja al decir esto. Luego afirmó que creía que, fuera lo que fuera lo que le llevó a saltarse las clases para ir a fumar detrás del cobertizo de las bicicletas, seguramente era lo que más le había ayudado a triunfar, si podía llamarse así.

Yo miraba la hoja de papel que terminaba con «Espero que te guste tengo que irme

a toda prisa... S [garabato ilegible]».

Pensé: Mi padre es Val Peters.

Pero tendría que leerlo en serio un día de estos, es evidente que ella se tomó muchas molestias, dijo, y añadió: Me alegro de que mis hijos no hayan sufrido ninguna presión. Crecen muy deprisa y, de todas formas, pasan mucho tiempo en el colegio. Pero creo que lo tuyo es realmente asombroso y realmente significa mucho para mí que te gusten mis libros, no lo decía por decir, porque no cuenta solo cuánta gente los compre.

Pensé que debería decir algo.

Mira, deja que te dé algo más, dijo él, algo que algún día llegue a tener cierto valor. Bueno, no sé qué te parece, pero quizá te gustaría uno de este. Porque yo no voy a leerlos. Los traducen a 17 lenguas y yo no me dedico a firmar libros cada vez que sale una nueva, así que sería un ejemplar único. Se fue hacia otro estante lleno de libros y dijo que por qué no cogía uno de sus libros en checo o en finlandés o algo así, y él me lo firmaría y así sería único.

Le dije que no era necesario y él insistió y me preguntó qué lengua prefería y yo le contesté:

Bueno, ¿el finlandés, quizá?

No me digas que sabes finlandés, dijo.

¿Cree que mentiría sobre algo así?, contesté, y él dijo:

Gordon Bennett.

Y dijo:

Solo por curiosidad, ¿hay alguna lengua que no conozcas?

Miré los libros y contesté:

No, pero hay muchas que no conozco bien.

Siento haberlo preguntado, dijo y volvió a mirarme con otra de sus expresiones humorísticas.

Dijo:

¿Por qué no pongo algo más personal esta vez? ¿Te gustaría algo en particular?

Pensé: Tengo que decir algo. ¿Voy a irme sin decir nada?

¿Qué había pensado usted?, pregunté.

¿Qué te parece: Para David, prometo no disminuir el valor comercial de este libro firmando otra edición finlandesa, tu amigo el Mamón, Val Peters? Sonrió y tenía un bolígrafo en la mano.

Ponga lo que quiera, dije.

Me gustaría decir algo más personal, pero estas cosas suenan siempre tan sentimentales...

Le dije que seguramente no lo vendería, de modo que no tenía por qué ser único.

Bueno, en ese caso, dijo, ¿por qué no pongo: Para David con los mejores deseos de Val? Pero tú sabrás que lo he escrito de corazón. Esto no lo dijo en realidad con otra de sus sonrisas humorísticas, porque no había dejado de sonreír así en todo aquel tiempo.

Bien, gracias, dije, y él garabateó algo en el libro y me lo dio.

No era difícil imaginar un mundo en el que mi cuerpo estuviera en aquella habitación con algo más en su interior. Si decía algo, él vería aquel otro mundo. Pensé: Bueno, ¿me voy a ir?

¿Entierra alguna vez sus libros?, pregunté.

¿Cómo?

Podría enterrar sus libros en una bolsa de plástico a unos cuantos metros bajo tierra, uno sobre cada continente. Así, si se produjera un cataclismo, quedarían para la posteridad. Podrían desenterrarlos.

Dijo que no lo había probado.

Lo que deberían hacer en realidad, dije, es enterrar un libro en los cimientos de todas las casas. Envueltos en plástico. Eso ayudaría a los arqueólogos de dentro de un milenio.

Sonrió.

Siento tener que echarlo, dijo, pero he de hacerlo. Tengo trabajo.

Pensé una vez más que tenía que decir algo y que entonces todo sería diferente, y viendo su expresión despreocupada y ligeramente halagada, quise decirlo.

Entonces pensé: Si lucháramos con espadas de verdad, lo mataría.

Pensé: No puedo decirle que soy su hijo, porque es cierto.

V

Es obvio que se considera un samurái

1

Un buen samurái parará el golpe

La noche que lo conocí, salí fuera para dormir en el suelo. Era una estupidez, porque no iba a ir a ninguna parte. Enrollé el saco de dormir y volví a entrar. Subí a mi habitación y dormí sobre el colchón, cubierto por mantas.

Podía dormir fuera si era necesario.

Terminé la *Saga de Njál*. Había pensado volver con el inuit cuando terminara, pero ahora que ya no parecía existir ningún motivo, decidí pasar a la aerodinámica.

Metí el libro sobre aerodinámica en mi mochila, además de los dos Schaum's Outlines, por si necesitaba las transformaciones de Laplace o el análisis de Fourier. Me fui a la National Gallery y me senté en un banco frente a *La Virgen y el Niño entronizados entre un santo soldado y san Juan Bautista*.

4.9 Vórtice delimitado

En el apartado anterior se ha demostrado que la fuerza de un cuerpo está determinada enteramente por la circulación en torno a él y por la velocidad de la corriente libre.

Ahora sí que me creo que te has leído mi libro, dijo mi padre.

De manera idéntica puede demostrarse que la fuerza sobre un vórtice que está inmóvil en relación con un fluido uniforme viene dada por la ley Kutta-Joukowski.

Gracias, dijo mi padre. Lo digo en serio. Es lo más agradable que he oído en mucho tiempo.

El vórtice que representa la circulación en torno al cuerpo

Gracias, dijo mi padre. Lo digo en serio.

difiere en sus características de un vórtice en la corriente externa

Gracias, había dicho mi padre.

en que no permanece unido a las mismas partículas del fluido

Lo digo en serio, dijo mi padre. Es lo más agradable.

Me levanté y me dirigí al ala principal y me senté delante de *Hombre joven sosteniendo una calavera*, de Frans Hals. Mi padre no dijo nada. Abrí *Foundations of Aerodynamics* de Kuethe & Chow por la página 85.

4.10 Condición Kutta

El teorema de Kutta-Joukowski afirma que la fuerza experimentada por un cuerpo en una corriente uniforme es igual al producto de la densidad del fluido, la velocidad de la corriente y la circulación, y tiene una dirección perpendicular a la velocidad de la corriente.

Creo que tendrás que esperar bastante, dijo mi padre.

El teorema de Kutta-Joukowski afirma que la fuerza experimentada por un cuerpo en una corriente uniforme es igual al producto de la densidad del fluido, la velocidad de la corriente y la circulación, y tiene una dirección perpendicular a la velocidad de la corriente.

Creo que es uno de los más grandes escritores de este siglo, dijo mi padre.

El teorema de *Kutta-Joukowski* afirma que la *fuerza* experimentada por un *cuerpo* en una *corriente uniforme*

Gracias, dijo mi padre.

Me levanté y salí de la sala. Esta vez me fui a la sala 34 y me senté en un rincón junto a *Ulises burlándose de Polifemo*. Polifemo seguía sin aparecer. No recordaba el teorema de Kutta-Joukowski, pero no pensaba volver a leerlo. Abrí el libro por la página 86 y empecé a leer muy deprisa

Lo anteriormente dicho se aplica a un fluido no viscoso, pero en un fluido viscoso (por pequeña que sea la viscosidad), la circulación se determina mediante la imposición de una observación empírica. Los experimentos demuestran que, cuando un cuerpo con un borde de salida afilado se pone en movimiento, la acción de la viscosidad del fluido hace que el fluido que hay sobre las superficies superior e inferior confluya fácilmente en el borde de salida; esta circunstancia, que determina la magnitud de la circulación alrededor del cuerpo, se denomina *condición Kutta*, y puede enunciarse como sigue: *Un cuerpo con un borde de salida afilado en movimiento a través de un fluido crea en torno a sí mismo una circulación con la fuerza suficiente*

para contener el punto de estancamiento posterior en el borde de salida.

El fluido alrededor de un plano aerodinámico en un ángulo de ataque en un fluido no viscoso no crea circulación y se produce el punto de estancamiento posterior. Gracias. Claro. Ahora sí que me creo que te has leído mi libro. ¿Eso no es trampa? ¿Por qué no usas un diccionario?

De todas formas, no era nada fácil entender aquel libro, y con mi padre interrumpiéndome a cada momento, resultaba prácticamente imposible. ¿Y si no paraba nunca? ¿Cómo sería seguir oyéndolo durante 80 años? Pensé en dejarlo correr y volver a casa. Luego pensé en Sibylla, poniéndose de pie de un salto y volviéndose a sentar, poniéndose de pie para ir de un lado a otro, poniéndose en pie para leer este libro y aquel, un párrafo, una frase, una palabra cada vez.

Me levanté de nuevo y eché a andar, recorriendo rápidamente la galería, pasando por delante de los Fragonards, los Caravaggios, la sala de Rembrandts y una sala de discípulos de Rembrandt, buscando una de las pequeñas y aburridas salas que la gente nunca visita para esconderme de él. ¿Qué tal esto? *Bodegón con cuerno del gremio de San Sebastián Arquero*, langosta y anteojos, por no mencionar un limón a medio pelar. Pero junto a él había un *Vanitas* de Jan Jansz Tech, un cuadro con una calavera, un reloj de arena, un pañuelo de seda, un dibujo y otros objetos preciosos, que, según el letrero al pie pretendía recordar lo absurdo de la ambición humana a quien lo contemplara. Aquel era exactamente el tipo de cosas que a mi padre le gustaba comentar en sus momentos filosóficos, generalmente en presencia de un templo en ruinas o una tumba. ¿Y la siguiente sala? Allí había el gran cuadro de Cuyp, *Vista distante de Dordrecht con ordeñadora y cuatro vacas*, y su cuadro pequeño, *Vista distante de Dordrecht con vaquero dormido y cinco vacas*; allí nadie me buscaría.

Me empeñé en leer el capítulo hasta el final. Tuve que leer cada párrafo unas ocho veces, pero al final lo terminé. Volví a leer el teorema de Kutta-Joukowski cinco o seis veces. Pensé en leer otro capítulo, pero él no hacía más que decir Gracias, así que me puse a hojear el libro, deteniéndome aquí y allá, buscando algo tan fascinante que no pudiera oírlo a él. Ondas Mach-fluidos incompresibles-inestabilidad de Tollmien-Schlichting-Vuelo de pequeños insectos-Control y Maniobras en el vuelo de los pájaros.

«Mi observación del vuelo de las águilas rateras me induce a creer que recuperan el equilibrio lateral, cuando una ráfaga de viento las desequilibra, mediante un giro de las puntas de las alas...» Este fragmento es de la primera carta de Wilbur Wright a Octave Chanute y está fechada el 13 de mayo de 1900. Describe la

observación crucial que llevó a los hermanos Wright a inventar el alerón y, así, a lograr el control lateral, lo que, a su vez, permitió el primer vuelo a motor del ser humano.

Ahora sí que me creo que te has leído mi libro, dijo mi padre. Lo digo en serio. No lo decía por decir, dijo mi padre. Significa mucho para mí, dijo mi padre. Pensaba en mis hijos, dijo mi padre. *Barrio Sésamo* era el nivel que les correspondía, dijo mi padre. Ahora sí que me creo que te has leído mi libro, dijo mi padre. Ahora sí que me creo que te has leído mi libro.

No tenía sentido quedarse allí, así que me fui. Hay un cuadro sobre la escalera principal de lord Leighton: *Célebre imagen de Cimabue de la Virgen llevada en procesión*; durante años había alzado la vista hacia aquel cuadro cada vez que me iba del museo, preguntándome qué había de malo en él.

Cuando llegué a casa, Sibylla estaba viendo *Los siete samuráis*. No debía de hacer mucho que había puesto la película, porque los campesinos acababan de salir de la aldea. Samuráis de aspecto fiero caminaban majestuosamente por las calles de una gran ciudad; se necesitaba mucho coraje para pedirle a uno de ellos que peleara por tres comidas al día.

Me senté en el sofá junto a ella. Bastante bueno, dijo mi padre.

Kambei se puso la ropa que le había llevado el sacerdote. Devolvió la mirada al inmóvil Mifune con expresión pétrea. Creo que tendrás que esperar bastante, dijo mi padre.

Kambei cogió los dos pasteles de arroz y se dirigió al establo. El ladrón chilló en el interior. Solo soy un sacerdote, dijo Kambei. No voy a arrestarte. No voy a entrar. He traído comida para el niño. Gracias, dijo mi padre. Lo digo en serio. Es lo más agradable que he oído en mucho tiempo.

Me levanté y empecé a pasear de un lado a otro de la habitación, buscando algo en que ocupar el tiempo, una hora, diez minutos siquiera, sin oír su voz. Cogí mi libro sobre yudo, pero después de dos líneas vi su rostro. Empecé a leer a Ibn Jaldun y él dijo: Ahora sí que me creo que te has leído mis libros.

¿Lo has visto ya?, preguntó Sibylla. Aquella era su idea del tacto, hablar del tema abiertamente en lugar de dejarme en la duda de lo que sabía y si debía decir algo.

Lo he visto, contesté. No sé lo que tú viste en él.

Sabes tanto como yo, dijo Sib, dando a entender con delicadeza que sabía que también había leído todos sus papeles.

No se lo he dicho, dije.

Selbstverständlich, dijo Sib. Yo nunca pude. No dejaba de pensar que debía hacerlo pero no pude. Leía algo de lo que él escribía, pensando que tal vez hubiera cambiado, y desde luego cambió, pero solo del mismo modo en que un actor de la escuela de interpretación de Tyrone Power intentaría mostrar madurez: con los dientes apretados, el entrecejo fruncido, aquí hay alguien que piensa mucho. Se ha despertado esta mañana como un muchacho y se acuesta... como un hombre. De todas formas, siento hablar de tu donante de esperma. Será mejor que lo deje.

Está bien, dije.

No, no está bien, dijo Sib. Apagó el vídeo. Es una vergüenza pararlo a la mitad, dijo, pero al menos Kurosawa no se va a enterar.

No importa, dije.

De acuerdo, dijo Sib. Pero recuerda que tú eres perfecto, sea lo que sea tu padre. Puede que otras personas necesiten un padre sensato más que tú.

No estamos hablando sobre una reserva limitada, dije.

Estamos hablando sobre la suerte, dijo Sib. ¿Por qué habrías de tenerla tú toda?

¿Me he quejado acaso?, dije.

Si lo miras desde su punto de vista, sí, dijo Sib. Es duro para un hombre ser eclipsado por su propio hijo.

Yo no me he quejado, dije.

Claro que no, dijo Sib.

Me dijo que tenía hijos, comenté. Me dijo que veían *Barrio Sésamo* y que ese era el nivel que les correspondía.

¿A qué edad?, preguntó Sib.

No me lo dijo.

Mmm..., dijo Sib.

Se levantó, encendió el ordenador y cogió el *Independent* y se sentó para leerlo.

¿Te he dicho ya que estaba leyendo *Die Zeit*?, preguntó. Estaba leyendo *Die Zeit* y me he encontrado con una frase preciosa. *Es regnete ununterbrochen*. Llovía sin interrupción. En alemán sonaba preciosa. *Es regnete ununterbrochen. Es regnete ununterbrochen*. La recordaré siempre que llueva.

¿Pensaste alguna vez en abortar?, pregunté.

Sí, contestó Sib, pero era demasiado tarde, y tuve que ir a que me aconsejaran y me aconsejaron que te diera en adopción, y yo dije que sí, pero que cómo podía estar segura de que tus padres adoptivos te enseñarían a dejar la vida si no te interesaba, y

ellos dijeron: ¿Qué? Y yo dije... bueno, ya sabes que dije lo que cualquier persona racional habría dicho, y tuvimos una absurda discusión y... ¡Oh, mira! Hugh Carey ha vuelto a Inglaterra.

¿Quién?, pregunté.

Era el mejor amigo de Raymond Decker, contestó.

¿Quién?, dije.

¡No has oído hablar de Raymond Decker!, exclamó Sib, pero luego añadió: Claro que ¿quién ha oído hablar de él?

Me dijo que Carey era un explorador y Decker, bueno, no sabía qué hacía Decker últimamente, pero a principios de los sesenta habían sido legendarios estudiantes de clásicas en Oxford. Circulaba de mano en mano una copia pirata de la traducción de Carey de *Wee sleekit cow'rin' tim'rous beastie* al griego para la gaceta de poesía en Irlanda, y Decker había ganado el Chancellor de latín con una asombrosa traducción de Johnson sobre Pope.

No de la parte donde dice «Es un poema muy bonito, señor Pope», dijo Sibylla, pero no es Homero, que era Bentley en realidad, ahora que lo pienso, sino en la parte que dice...

... generalmente la distancia entre lo realmente ejecutado y las posibilidades especulativas es muy grande. Es natural suponer que mañana puede hacerse tanto como se ha hecho hoy, pero al llegar la mañana, se presenta alguna dificultad o surge algún impedimento externo. Indolencia, interrupción, negocios y placer se turnan para causar demora, y cada una de las largas tareas se prolonga a causa de mil motivos que pueden contarse y diez mil que no. Tal vez no se haya realizado nunca una tarea tan extensa y variopinta en el plazo originalmente fijado por la mente del emprendedor. Quien lucha contra el Tiempo, tiene un antagonista que no está sujeto a las casualidades.

Sib explicó que, si bien en el texto abundaban los términos de origen latino, era condenadamente difícil traducirlo al latín, porque todos los nombres abstractos habían de convertirse en oraciones. Luego hizo una digresión para explicar que, por otra parte, lo que Lytton Strachey decía sobre lo que decía Johnson de los poetas era muy fácil de traducirse al latín. Strachey, por ejemplo, decía, según ella:

Los juicios estéticos de Johnson son casi siempre sutiles, o firmes, o audaces; siempre tienen alguna cualidad que los hace recomendables, excepto una: nunca son ciertos. Este es un defecto desafortunado, pero nadie puede dudar de que Johnson lo compensa, y que su ingenio ha salvado...

Prácticamente se escribía solo en latín, dijo, y parecía a punto de hacer otra

digresión sobre algún otro punto de interés similar, así que, antes de que pudiera hablar sobre alguien más que hablara sobre lo que Strachey decía de Johnson, y de que podía traducirse fácilmente al fenicio o a la escritura lineal B o al hitita, dije rápidamente:

Pero ¿quiénes SON?



Hugh Carey y Raymond Decker se conocieron cuando HC tenía 15 años y RD 19. HC era de Edimburgo. Le había dicho a su profesor que quería pedir el ingreso en Oxford y el profesor le había dicho que esperara, y HC pensó: Qué estupidez. Si ingreso a los 15 años, la gente dirá siempre: Ingresó en Oxford cuando tenía 15 años. Así que escribió a Merton por su cuenta para pedir que le hicieran el examen de ingreso y lo hizo.

RD era autodidacta.

RD había leído el *Gorgias* de Platón antes incluso de ingresar en la universidad y, como era del tipo de personas que se tomaban las cosas a pecho, se lo había tomado a pecho. En el *Fedro*, se dice que el retórico Gorgias se jacta de poder dar una respuesta corta o larga a cualquier pregunta, y en el *Gorgias* dice que le resulta imposible dar respuestas cortas. Sócrates, por otro lado, solo conoce un modo de responder a una pregunta, algunas preguntas pueden contestarse con una palabra y otras pueden necesitar cinco mil, y el filósofo, al contrario que el retórico o el político, tardará tanto como sea necesario. Esto planteó un terrible dilema a RD. Había comprado ejemplares de las gacetas atrasadas de la University Press y aquel día se paseaba de un lado a otro, declamando a HC: Todas las preguntas interesantes requieren un mínimo de tres horas para contestarse, y el resto son tan estúpidas que es imposible decir algo inteligente sobre ellas. ¿Cómo se puede dar una respuesta inteligente a una pregunta estúpida? Y entonces se mesó los cabellos y dijo: ¿Qué voy a hacer?

HC se sorprendió. Él había hecho 13 exámenes de nivel O, porque había oído decir que antes de él nadie había hecho más de 12, y los había hecho a la edad de 12 años, porque le habían dicho cuando tenía 9 que hasta entonces el más joven que había hecho más de 5 exámenes tenía 13, y HC había decidido inmediatamente que batiría el récord.

HC: Bueno, ¿qué hiciste tú para el nivel A?

RD: No quiero hablar de ello.

HC: Bueno, ¿y qué me dices del nivel O?

RD: No quiero hablar de ello.

HC: Bueno, algún examen habrás hecho.

RD: Pues claro que he hecho un examen. Fue horrible. Lleno de preguntas sobre divisiones desarrolladas.

HC: ¿Divisiones desarrolladas?

RD: No quiero HABLAR de ello. Y se paseó de un lado a otro de la habitación que compartían, haciendo más referencias angustiadas al *Gorgias*, gritando: ¿Qué voy a hacer?

HC: ¿Juegas al ajedrez?

RD: ¿Qué?

HC: ¿Juegas al ajedrez?

RD: Por supuesto.

HC: Juguemos una partida. Sacó un ajedrez de bolsillo de un bolsillo, y del otro bolsillo sacó un reloj para ajedrez que llevaba consigo allá donde fuera. Era la víspera del primer examen y había pensado repasar el coro a Zeus en el *Agamenón* de Esquilo. Colocó las piezas. RD tenía las blancas.

HC puso en marcha el reloj y dijo: Una partida de 20 minutos.

RD: Yo no juego de esa manera.

HC: 10 minutos cada uno.

RD: Pero eso es una estupidez.

HC: No tengo tiempo para jugar más rato. Necesito leer el coro a Zeus.

RD: P-K4.

HC: P-QB4.

RD conocía muchas respuestas a la defensa siciliana, pero la pregunta era cuál podía realizarse en el tiempo de que disponía. Ponderando aún la pregunta, no había movido siquiera su caballo a KB3 cuando se disparó el reloj. Movié entonces el caballo a KB3 y HC dijo:

Lo siento. Se ha acabado la partida.

RD estaba furioso y se puso a discutir, pero mientras tanto HC había vuelto a colocar todas las piezas y a poner el reloj en posición, y esta vez HC tenía las blancas.

HC: P-K4.

A RD también le gustaba la defensa siciliana, pero al ponerse a debatir internamente los méritos, en el tiempo de que disponía, de la Variación Najdorf, la

Schevereningen (que él prefería por lo general), la Nimzowitsch, y otras demasiado numerosas para mencionarlas, estuvo a punto de cometer el mismo error. De repente volvió en sí (P-QB4) y consiguió hacer 10 movimientos antes de volver a caer de nuevo en profundas meditaciones que solo interrumpió el reloj.

Llegó al 10.º movimiento y el reloj sonó antes de que moviera una pieza y HC dijo que la partida se había acabado, volvió a colocar las piezas en posición y a poner el reloj.

RD se puso entonces realmente furioso. HC solo tenía 15 años y parecía joven para su edad. RD hizo su primer movimiento y HC hizo el suyo, y esta vez RD hizo un movimiento en cuanto le llegó el turno y HC ganó en 25 movimientos.

RD volvió a colocar las piezas. HC dijo que tenía que leer el *Agamenón*. RD dijo que no tardarían mucho; tenía las negras. Esta vez probó la defensa que mejor conocía, y jugó una versión de medio juego que había leído en Keres & Kotov, y el final llegó por sí solo.

RD: Jaque mate, dijo. Y añadió: Ya sé lo que crees que estás haciendo, pero es una estupidez. No es lo mismo.

HC: Es un juego. Un estúpido juego. Apertura, medio juego, final, apertura, medio juego, final, apertura, medio juego, final. Pongamos el reloj a 5 minutos.

RD: No es lo mismo.

HC: Partida de 10 minutos.

HC colocó las piezas y puso en marcha el reloj. Jugaron 5 partidas y RD ganó 4.

RD: No es lo mismo.

Jugaron hasta las 2 de la madrugada. RD no dejaba de repetir que no era lo mismo, pero se reía, porque ganaba la mayoría de las veces. Seguramente piensan todos que HC le dejaba ganar, pero no era así. HC no tenía los escrúpulos socráticos que atormentaban a RD, pero llevaba su deportividad a tales extremos que tenía un efecto muy similar; sabía que no habría una auténtica competición si RD no estaba allí, y si lo abandonaba a sus propios recursos y dejaba que se dedicara a redactar respuestas socráticas a preguntas gorgianas, desde luego RD no estaría allí. Así pues, aunque apenas podía mantener los ojos abiertos, le dijo a RD:

No pienses en discusiones. Mira la pregunta y di: India de dama. Defensa siciliana.

RD pensó que era ridículo, pero en ese mismo momento se le ocurrió de repente que, de hecho, se podía iniciar una discusión sobre la influencia de Homero en Virgilio utilizando la defensa siciliana.

Ruy López, dijo HC, aprovechando su ventaja.

¡Ruy LÓPEZ!, exclamó RD. ¿Cómo PUEDO usar la Ruy LÓPEZ?

HC vaciló.

—Si ellos plantean la pregunta, es EVIDENTE QUE SIEMPRE tienen las blancas, dijo RD.

Y volvió a sumirse brevemente en la desesperación.

Las negras ganan en 4 movimientos. Dos caballos y una torre, jaque mate en 6.

No, dijo RD y se levantó y se rodeó la cabeza con los brazos adquiriendo el aspecto de un ocho. Se paseó de un lado a otro y finalmente dijo: Sí, AHORA lo veo. En realidad no DISCUTES durante toda la partida, decides el final de partida que quieres jugar, incorporas una apertura que podría conducir a ella por REFERENCIA, como podría ser que las negras jugaran una versión insólita de la India de dama, incorporas el medio juego por REFERENCIA...

Tanto si esto era cierto como si no, RD tuvo la impresión de que sí lo era, y consiguió una beca en virtud de la [apertura] [medio juego] final, y él y HC fueron amigos y rivales. HC le hacía presentarse a premios, porque si ganaba un premio al que RD no se había presentado, no contaba en realidad, y cada vez que jugaba a ajedrez con RD tenía que contrarrestar la influencia que Sócrates había vuelto a ejercer sobre su mente desde la última vez. Él tenía que jugar a ajedrez para contrarrestar la influencia de Fraenkel.

Fraenkel era un refugiado judío que, huyendo de los nazis, había llegado a Inglaterra, era profesor de latín en el Corpus Christi College y hacía seminarios de griego, a los que acudían muy pocos estudiantes, y esos pocos iban con la aprobación de su tutor, porque Fraenkel era temible. De una forma u otra HC se había enterado de la existencia de esos seminarios y había decidido ir inmediatamente. Se lo pidió a su tutor y este le dijo que creía que sería mejor esperar. HC pensó: Qué estupidez, si voy ahora la gente dirá siempre: Fue al seminario de Fraenkel el primer trimestre cuando solo tenía 15 años. Cumplía años a mediados de octubre, y si esperaba, aunque fuera solo un trimestre, sería demasiado tarde.

Pero si HC iba, RD también tendría que asistir, porque, de lo contrario, HC tendría la sensación de que ganaba una ventaja injusta. Naturalmente RD se mostró muy inseguro y dijo que creía que debería esperar al segundo o incluso al tercer curso; el tablero de ajedrez no servía de nada en una situación como aquella, pero HC, con el ingenio que da la desesperación, dijo: Eso es ridículo, y robándole descaradamente

los argumentos a Sócrates, dijo que la vergüenza no estaba en la ignorancia, sino en negarse a aprender. Dijo que había oído que Fraenkel deploraba la falta de rigor en los estudios académicos ingleses; dijo que sin duda era FUNDAMENTAL que no aprendieran métodos chapuceros en el COMIENZO mismo de su carrera académica. RD dijo: Sí, pero seguramente no nos dejará entrar en su clase, y HC dijo: Déjame a mí.

HC tenía 15 años y parecía tener 12. Fue al Corpus antes de desayunar y esperó frente a la puerta de Fraenkel, y cuando apareció el gran hombre, sacó a colación las frases «métodos chapuceros» e «inicio de carrera académica». Fraenkel lo introdujo en su habitación y le mostró textos griegos que HC no había visto nunca y le pidió que se los comentara. Dado que sus comentarios no fueron absolutamente bochornosos, Fraenkel le dijo que él y su amigo podían asistir a sus clases a prueba.

El caso es que Fraenkel dijo en una ocasión en clase que un erudito debía ser capaz de ver una palabra cualquiera en un pasaje y recordar al instante otro pasaje en el que también apareciera; a HC no le perturbó este comentario, pero RD se lo tomó muy a pecho, y cuanto más trabajaba, más se parecía cualquier texto a un bloque de icebergs, y cada palabra a un pico nevado con una gran masa helada de referencias bajo la superficie. Mientras tanto, HC se aburría espantosamente en las clases; la tarea de llenar una línea de comentarios le parecía insoportablemente tediosa; solo se animaba al recordar que apenas había cumplido los 16 años.

Transcurrieron cinco trimestres y llegó la época de los exámenes.

La víspera del primer examen, otros candidatos repasaron los argumentos a favor y en contra de que la *Ilíada* y la *Odisea* las hubiera escrito un solo autor, mientras que HC y RD se pusieron a jugar al ajedrez, con HC diciendo apertura medio juego final, y RD diciendo no es lo mismo y HC diciendo 5 minutos.

HC y RD habían llegado a la parte del curso que se centraba en la historia y la filosofía. HC quería pasarse al árabe y deslumbrar al Instituto Oriental, pero RD no solo se había tomado a pecho las palabras de Fraenkel y Sócrates, sino también las de Wilamowitz, y dijo, angustiado, que Wilamowitz había dicho que el estudio de la historia y la filosofía era una parte esencial de la *Altertumswissenschaft* y ¿qué podía hacer él? HC dijo que deberían estudiar árabe y deslumbrar al Instituto Oriental, pero RD replicó que el meollo de la cuestión era la exploración de métodos válidos de razonamiento sobre la cuestión. No se sabe si con esto convenció a HC. Él no se tomaba las cosas a pecho, pero tenía un gran espíritu deportivo y no podía hacer un

curso en el que no tuviera rival.

Transcurrieron siete trimestres y llegó la época de los últimos exámenes del curso. RD fue a la habitación de HC. RD creía que, después de pasarse dos años y medio aprendiendo métodos válidos de razonamiento, era despreciable dejarlos a un lado como si fuera un novato de 19 años a punto de hacer el examen de ingreso y sin la menor preparación filosófica, y, por otro lado, creía que algo le faltaría si no se presentaba, porque, al fin y al cabo, filósofos e historiadores habían preparado los exámenes y parecían esperar que los estudiantes los hicieran. Se paseó de un lado a otro, hablando de Sócrates y Wilamowitz y Mommsen, esperando que HC sacara el tablero de ajedrez, y eso es lo que HC hizo, claro está.

Empezaron a jugar sin decirse una palabra. El reloj sonó antes de que RD hubiera hecho su quinto movimiento. HC volvió a ponerlo en marcha y empezó a colocar de nuevo las piezas. RD apoyó la cabeza en las manos.

No es lo mismo, dijo. ¿Esto no ACABARÁ nunca?

No tendrás que volver a examinarte nunca más, dijo HC. Bueno, quizá solo una vez.

¿Qué?, dijo RD.

¡All Souls!, exclamó HC, que esperaba ser el graduado más joven que estudiara en All Souls en cien años.

No puedo seguir con esto, dijo RD. No puedo hacerle esto a la FILOSOFÍA. No puedo escribir una porquería en media hora y decir que ellos me OBLIGARON.

Apertura medio juego final, dijo HC.

No puedo seguir con esto, dijo RD, y añadió, acongojado: ¿Qué voy a hacer?

HC colocó de nuevo las piezas y el reloj. RD levantó la cabeza. Dejó de decir, ¿Qué voy a hacer? Jugó rápidamente y con confianza. Ganó en 23 movimientos y dijo:

Pero no es lo mismo.

Siguieron jugando y RD ganó 10 partidas de 10.

Pero no es lo mismo, dijo.

5 minutos, dijo HC.

RD ganó 10 partidas de 10. No dijo: Pero no es lo mismo. No dijo: ¿Qué voy a hacer?

El primer examen trataba sobre Platón y Aristóteles.

RD se puso un traje negro y corbata blanca. Se puso su toga de estudiante. Los

icebergs se le echaron encima. Por encima del hombro, aparecía un silencioso Sócrates. Miró el papel en silencio.

Al alzar los ojos vio que el vigilante del examen era JH, un hombre que llevaba 20 años escribiendo un ensayo sobre el décimo libro de la *República* de Platón. En aquella época era posible que un hombre fuera el mayor estudioso de Platón de su generación sin haber publicado nada en 20 años. Había una pregunta sobre el décimo libro de la *República*. RD comprendió lo que debía hacer.

Escribió: «No soy tan presuntuoso como para intentar en 40 minutos lo que el señor JH no ha conseguido en 20 años». Eso le llevó un minuto. La frase, sin embargo, implicaba que el señor JH había hecho mal en poner esa pregunta en el examen, y le llevó 2 horas y 57 minutos decidir que sería más insultante ocultar a un filósofo lo que él creía que era la verdad que entregarle el papel con aquella frase escrita.

Se pasó el resto de la semana paseando en barca por el Cherwell.

HC consiguió el primer puesto de aquel curso y RD no consiguió aprobar absolutamente nada.

En cuanto HC vio la lista de felicitaciones, supo que había conseguido muy buena nota y RD no, porque el nombre de RD no estaba en la lista. Hubo tres días de felicitaciones para HC: tuvo tres días para disfrutar su victoria.

Luego salió la lista de la clase y descubrió que el nombre de RD no estaba en ella. RD había engañado a HC con su charla sobre Wilamowitz para que siguiera con el curso y luego había hecho trampa. Entonces las felicitaciones de los examinadores le parecieron vacías y estúpidas. HC se paseó de un lado a otro gritando, diciendo que nadie daría trabajo a RD, que no podría dar clases, que acabaría trabajando en un diccionario o en algún manual de Oxford, que lo despedirían por no cumplir los plazos, que acabaría corrigiendo exámenes de nivel A y lo expulsarían, que acabaría enseñando inglés como idioma extranjero. RD estaba muy cansado. Todo el mundo puede imaginar una vida de arrepentimiento por un momento de cobardía, pero uno podría arrepentirse con la misma facilidad de un momento de valor. RD pensó que todo lo que decía HC podía ser verdad (de hecho lo era) y que los años que seguirían a aquel momento de valor le harían tal vez lamentarlo. Aun así, lo hecho, hecho estaba.

HC salió de la habitación con paso airado. Consiguió la beca para investigación en All Souls a los 19 años, pero ya no tenía el menor atractivo.

RD consiguió trabajo en una academia para preparar exámenes.

Pregunté si en aquel tipo de academias no ayudaban a la gente a aprobar los exámenes.

Sibylla dijo que sí.

¿Y eso no era un problema para él?, pregunté.

Bueno, dijo Sib, no era un problema en el sentido de que RD pensaba que era totalmente aceptable hacer un examen para ENTRAR en un sitio donde uno podía mejorar sus facultades lógicas, sencillamente creía que, una vez mejoradas tales facultades, no debía pisotear uno lo que había aprendido y aceptar por ello ningún galardón, pero fue un problema en el sentido de que los estudiantes encontraban muy difícil seguirle en el ajedrez. RD empezaba, por ejemplo, hablando sobre los elementos de Lucrecio en la *Eneida* y se acercaba al tablero y hablaba de desarrollar el argumento desde la perspectiva de la reina, convencido de que estaba ayudando a los estudiantes con su técnica para examinarse. O bien decía: Ahora vamos a ver algunas posiciones básicas de jaque mate, y tenía problemas con la disciplina. Así que perdió el trabajo y consiguió otro.

HC y RD siguieron asistiendo a las clases de Fraenkel. Después salían al patio interior de Corpus, donde hay una estatua de un pelícano sobre una columna en el centro, y RD empezaba a dar vueltas alrededor del pelícano, cada vez más angustiado. HC estaba cada vez más deprimido. Cada día iba a la Bodleian a las 9 de la mañana. A la 1 del mediodía volvía a su facultad para comer y a las 2.15 estaba de regreso en la Bodleian. A las 6.15 de la tarde volvía a su facultad a menos, claro está, que fuera el día del seminario de Fraenkel. A veces trabajaba en la Sala de Lectura Inferior, y a veces pedía un manuscrito y trabajaba en Duke Humfrey. Jamás volvería a tener un rival con quien competir.

Estaba harto de la filología, harto de buscar la corrupción de sonidos en sus reliquias escritas. Quería ir a un lugar donde la lengua no se escribiera. Quería ir donde todas las palabras murieran al pronunciarse.

Se enteró entonces de que existía una extraña tribu silenciosa en el desierto Kizilkum, que se negaba a permitir que se conociera su lengua fuera de la tribu, y cualquier miembro que repitiera una sola palabra en presencia de un extranjero era castigado con la muerte.

HC hizo algunas averiguaciones y acabó llegando a la excitante conclusión de que las tribus silenciosas perdidas a las que se hacía referencia en cuatro o cinco

tradiciones históricas distintas podían muy bien ser la misma, ya que, siendo nómada, podía haberse extendido a lo largo de miles de kilómetros durante miles de años. Decidió encontrarla.

Se pasó siete años estudiando chino y lenguas eslavas, semíticas y uralaltaicas y, cuando terminó su beca, partió hacia el desierto.

No era fácil llegar a Kizilkum. Intentó ir en avión hasta Moscú, pero no consiguió el visado. Intentó cruzar la frontera de Turkmenistán desde Irán y lo mandaron de vuelta. Intentó cruzar la frontera de Uzbekistán desde Afganistán, pero lo mandaron de vuelta. Luego pensó que podía ir a Pakistán y cruzar Pamir hasta Tayikistán, desde donde seguiría hasta Kizilkum, pero volvieron a mandarlo de vuelta.

Entonces decidió iniciar su búsqueda por el otro extremo. Según su teoría, la tribu se extendía desde la meseta mongola hasta el desierto de Kizilkum, de modo que decidió irse a Mongolia.

HC viajó hasta China fingiendo ser un simple turista, formando parte de un grupo para no despertar sospechas. El viaje incluía una visita a Xinjiang, una provincia del lejano noroeste del país. Su plan era dejar al grupo en Ürümqi y seguir por su cuenta hasta la frontera mongola. El segundo día de viaje se anunció que la parte de Xinjiang se había cancelado para dar más tiempo a los celebrados paisajes del arte y la poesía.

El grupo cogió un tren para ir a una aldea del sur. Los edificios ostentaban carteles del presidente Mao. Nadie en la aldea tenía un ejemplar de *Sueño en el Pabellón Rojo*. No había libros en el pueblo o, si los había, nadie quiso decirle dónde a HC. No había jade, ni cuadros. Era un lugar extraño, dijo, porque todos los niños eran varones. La gente allí parecía trabajar muy duramente, pero en un campo, a las afueras del pueblo, los padres y los niños se reunían para hacer volar cometas, y las cometas eran las más hermosas que había visto en su vida. Eran de un rojo brillante y todas tenían un retrato del presidente Mao y dos o tres caracteres que representaban uno de los dichos del presidente. En aquel campo parecía soplar siempre un fuerte viento, y los feroces dragones salían disparados por los aires en cuanto los soltaban.

HC no creía que pudiera encontrar la tribu silenciosa, pero, si no seguía hacia delante, ¿qué otra cosa podía hacer? Estaría bien mientras sintiera que le había dado la espalda a Inglaterra porque, si volvía su rostro hacia ella, le parecía que se volvería de piedra.

Fingió estar enfermo y, cuando el grupo se fue, él se quedó.

Un día estaba contemplando las cometas que volaban muy alto, llevando los

caracteres chinos por los aires. Aquel lenguaje escrito se construía con ideogramas que eran compatibles con muchas palabras habladas distintas, y le pareció que la gente hablaba allí como más les apetecía, mientras que el lenguaje escrito volaba en cometas sobre sus cabezas. Por fin se sintió libre de la filología. Pensó: ¿Para qué he de ir a examinar la tribu silenciosa perdida? ¿No son igual de silenciosos aunque yo no esté allí para verlo? Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

Contempló a la gente y vio que había un niño sin cometa. El niño se acercaba corriendo a un grupo o a otro, y todos lo rechazaban. Una vez el niño pasó corriendo junto a HC. Lloriqueaba y estaba lleno de llagas y parecía distinto de los demás niños del pueblo. HC dijo algo y el niño dijo algo que no entendió, así que pensó que sería el dialecto de allí. Dijo algo más y el niño respondió algo más, y de repente a HC le pareció que entendía una palabra aquí y allá, pero parecían palabras turcas que sonaban extrañas por la entonación china. Dijo algo en turco y luego probó en karakalpak y en kirguizio y en uigur, y el niño lo miró como si comprendiera. HC preguntó a alguien si podía conocer a sus padres, y le dijeron que no tenía familia. Pensó entonces que quizá procedía de una minoría turca que hubiera en Xinjiang, o quizá incluso de la tribu silenciosa perdida, pero ¿qué más daba?

Por fin un día, lleno de desesperación, se dirigió a las afueras del pueblo y llegó a un risco desde donde se dominaba un valle. El fondo del valle era absolutamente llano y de un intenso color verde. Un río lo atravesaba, liso como una cinta zigzagueante de apagado color plata. Y desde aquella llanura se alzaban las montañas de roca desnuda, cada una de miles de metros de altura, rompiendo el llano paisaje verde.

El cielo, cuando llegó él, estaba plomizo. Jirones de niebla se enganchaban entre las rocas, flotando inmóviles. Era el lugar más extraño y hermoso que había visto en su vida. Inglaterra parecía muy lejos, empequeñeció hasta que Fraenkel y el pelícano del patio fueron puntos diminutos y la Bodleian y las vidas enterradas allí no fueron más grandes que un sello de correos. Aunque no había viento, vio que los jirones de niebla se habían movido uno o dos metros. Quiso decir algo; se sentía tan alejado de todo... Le vino a la mente el inicio de la *Odisea*. Odiseo no podía rescatar a sus compañeros.

αὐτῶν γὰρ σφετρησὶν ἀτασφαλίησιν ὄλοντο,
νήπιοι, οἳ κατὰ βοῦς Ἵπερίονος Ἥελίοιο

ἦσθιον· αὐτὰρ ὁ τοῖσι ἀφείλετο νόστιμον ἦμαρ.

Percieron por culpa de su propia temeridad, los idiotas. Se comieron el rebaño del dios Sol, que les privó del día del regreso. νόστιμον ἦμαρ, pensó, nostimon emar. ¿Qué debo hacer para no regresar nunca? ¿Debo comerme el rebaño del Sol?

Sentía que acabaría destruyéndose si volvía a meterse en la caja de cerillas.

¿Qué debo hacer?, se dijo.

El fondo del valle no se veía. Estaba cubierto por una niebla tan espesa y blanca como una nube. De aquella nube surgían las rocas peladas. El cielo se había despejado por arriba, como si una solución de aire y de fina lluvia se hubiera disgregado hasta que el componente más pesado de los dos hubiera encenagado el valle con la niebla blanca y espesa, dejando el aire puro y limpio más arriba. Las caras de las rocas eran negras sombras, cuyo contorno era una reluciente línea dorada, como si cada una de ellas fuera la luna nueva a punto de crecer. En cada cima había un puñado de árboles, negros ante el sol poniente, y las líquidas llamas se filtraban por entre ellos.

No puedo volver, se dijo. ¿Qué voy a hacer?

Mientras estaba allí sentado, se levantó de pronto un fuerte viento, hasta el punto que en lo alto vio cómo sacudía violentamente las ramas de los árboles. A su espalda oyó un gran ruido, lejano, como de mucha gente gritando, y cuando miró hacia atrás y luego hacia arriba, vio un enorme dragón que salía disparado hacia el cielo cada vez más oscuro: los mejores creadores de cometas llevaban semanas haciéndolo y ahora se les había escapado. El campo donde lanzaban las cometas estaba muy lejos, pero a la luz del crepúsculo todas las figuras se veían con claridad: cinco o seis miraban fijamente la cometa que se había escapado, y más allá, un grupo recogía con esfuerzo otra cometa. Una persona la había cogido y otra enrollaba la cuerda.

De repente el viento trató de llevarse la cometa; el que enrollaba la cuerda tropezó y arrancó la cometa de las manos del otro hombre. Cuando la cometa empezó a elevarse, un niño apareció corriendo y se agarró a ella. La cometa se arrastró por el suelo un trecho con la figura diminuta aferrada a ella, y de repente el viento se la llevó por los aires y la cuerda voló lejos.

Los demás contemplaron en silencio cómo la cometa de brillante color rojo se llevaba al niño. Pasó volando por encima de HC y, cuando llegó al risco, una corriente de aire la elevó por las alturas.

Los lugareños se detuvieron al borde del risco. La cometa empezó a descender. El viento la arrastró de un lado a otro hasta que por fin la arrojó contra la cima de una de las montañas que HC había estado contemplando. El viento soplaba en dirección opuesta al risco, pero en un súbito giro, les llevó una ráfaga, el chillido de un niño, antes de volver a virar.

Los lugareños miraron la montaña. Creyendo que en aquella circunstancia se mostrarían más comunicativos, HC preguntó con tono compasivo: ¿Qué puede hacerse?

El dialecto que hablaban le resultó muy difícil, pero creyó oírles decir que no se podía hacer nada.

HC estaba seguro de que no lo había entendido bien, pero entonces alguien explicó que, si bien podían pedir ayuda, la ayuda no se mandaría y la petición les perjudicaría.

HC preguntó si no podría alguien escalar la montaña para ir a buscarlo.

Y todo el mundo dijo de inmediato que eso era imposible, porque nadie había escalado jamás la montaña y cualquiera que lo intentara moriría.

Estas palabras fueron decisivas.

Yo rescataré al niño, dijo HC en el acto.

Alzó la vista hacia los árboles llameantes y se echó a reír.

Yo me comeré el rebaño del Sol, dijo.

Se había hecho de noche. La luna tenía el color de una calabaza, baja en el horizonte, como una triste hermana del sol. Bajo su siniestra luz, la niebla blanca despedía un resplandor trémulo y la negrura de las montañas era más sólida que la roca.

Volvió al pueblo y dijo que necesitaba mucha seda. Le contestaron que no había, pero él siguió insistiendo. Explicó lo que quería hacer y la gente empezó a escucharle. Pese a los horribles tiempos que les había tocado vivir, habían conservado su afición por las cometas, y casi todos los del pueblo se interesaron por la aerodinámica y por saber lo que haría con la seda. HC pagó fuertes sumas a las personas adecuadas y consiguió unos cien metros cuadrados de vistosa seda amarilla, y una mujer se pasó la noche cosiendo para él con una vieja Singer negra con pedal.

A la mañana siguiente, la niebla se había disipado. Los verdes campos se extendían libremente hasta el pie de las rocas, sin caminos ni senderos, de modo que atravesó un campo y llegó a la muralla de roca. No corría el aire y de vez en cuando se oían

los sollozos del niño.

HC había hecho alguna que otra escalada siendo adolescente. El hecho de que tuviera cierta experiencia implicaba que también sabía a lo que se exponía; a veces creía que podría hacerlo, y otras estaba convencido de que se encaminaba a la muerte.

Encontró un lugar donde asirse y un punto de apoyo para el pie y empezó a escalar.

Al cabo de una hora, tenía las manos llenas de rasguños y un punzante dolor en los hombros. También tenía la cara arañada por el lado que volvía hacia la roca, y por una sien le corría un hilillo de sangre y sudor que no podía secarse.

Tal vez nadie volvería atrás después de haber emprendido semejante esfuerzo. HC no volvería atrás en ningún caso. Era un lingüista y, por lo tanto, había alcanzado unos extremos de obstinación inconcebibles en otros hombres. Había leído la *Ilíada* y la *Odisea* y cada vez que había encontrado una palabra que no conocía, la había buscado en el Liddell & Scott y la había anotado, y si había cinco palabras en un verso que no conocía, las había buscado todas y las había anotado todas antes de pasar al verso siguiente, donde había cuatro palabras que no conocía, y a la edad de 14 años había leído todo Tácito de la misma manera, y a la de 20 había leído *Muqaddimah* de Ibn Jaldun y a la de 22, el *Sueño en el Pabellón Rojo*. Ahora, movía un dedo un centímetro y luego otro, y luego movía la punta de la bota un centímetro y la punta de la otra bota un centímetro más.

Durante diez horas trepó por la cara rocosa centímetro a centímetro. No miró hacia arriba ni hacia abajo. Pero en la décima hora, subió una bota un centímetro y, al subir un centímetro su cabeza, la verde hoja de una parra apareció colgando junto a su nariz. Miró hacia arriba y vio el borde a un metro apenas. Obstinadamente aún, pese a que tenía las manos y el rostro ensangrentados, trepó centímetro a centímetro.

Cuando llegó a la cima a duras penas consiguió izarse por encima del borde. Había tenido los brazos extendidos durante diez horas y los músculos se le habían agarrotado. Cuando dobló una muñeca para aferrarse al borde, un terrible calambre le recorrió todo el brazo, así que, durante un segundo, colgó de una mano y las puntas de las botas; la negrura cubrió sus ojos, y habría caído al vacío, pero algo lo salvó. Vio una raíz junto a su mano izquierda y se aferró a ella, y aun gimiendo de dolor, se aupó por encima del borde, se tumbó sobre la hierba y miró al cielo.

Al cabo de un rato oyó un leve sonido y, mirando aún hacia arriba, descubrió que miraba la cara de un niño. Era el mismo al que había hablado el día anterior. Antes había pensado que la cometa se había llevado al niño por accidente. Ahora pensó: A

lo mejor él lo ha hecho a propósito. Vio el dragón saliendo disparado; tal vez el niño había imaginado que se lo llevaban por los aires, lejos de sus maltratadores. Tenía el rostro lleno de arañazos y un corte en un brazo. HC dijo algo en uzbeko y luego en chino, pero el niño no pareció entenderle.

Al cabo de un rato se sentó y el niño se alejó asustado. HC sentía un intenso dolor, pero se dijo a sí mismo: Bueno, no durará mucho, y miró hacia abajo.

El valle volvía a estar oculto por la espesa niebla blanca que debía de haberse levantado mientras él escalaba. Las montañas se elevaban por encima del banco de niebla como islas, y en las más cercanas, HC vio las diferentes cosas que crecían allí. En una había solo bambú (no hay nada que se propague más fácilmente que el bambú) y las cañas estaban dobladas, casi paralelas al suelo, debido al fuerte viento. Las hojas se erizaban como plumas alborotadas al viento. En otra había árboles retorcidos, cuyos duros troncos debían de haberse resistido denodadamente al viento antes de doblarse; solo consistían en los troncos retorcidos y unas pocas hojas. La luz era diáfana y dorada; todo tenía la claridad y la belleza de las cosas que se ven bajo el agua, así que pudo ver las hojas del bambú, los pequeños pájaros, las alas transparentes de un insecto. En el lejano horizonte había una gran nube dorada, y una serie de nubes más pequeñas desaparecieron, movidas por el viento, mientras él las contemplaba.

¿Qué ocurrió entonces?, pregunté. ¿Lo rescataron? ¿Volvió a bajar?

Por supuesto que no, dijo Sibylla con exasperación. El ascenso, él solo, había sido ya bastante malo, ¿cómo iba a bajar con el niño? Porque habría sido ridículo tomarse tantas molestias y volver SIN el niño.

Bueno, tuvo que bajar de alguna manera, dije.

Pues claro que BAJÓ, dijo Sibylla.

Bueno, no pudo salir volando en una cometa, dije.

Pues claro que no salió volando en una cometa, dijo Sibylla. Me gustaría que pensaras en esto con lógica, Ludo.

HC miró hacia el oeste. El sol poniente brillaba sobre la arena amarilla. Las cumbres nevadas de una distante cordillera eran tan pálidas como la luna de día. Todo el Tíbet se extendía entre él y Xinjiang.

El caso era que, entre los muchos exámenes de nivel O que había hecho a los 12 años, había uno de física. Como resultado, tenía algunos conocimientos de aerodinámica. En un primer momento había pensado en hacer un paracaídas, pero

había oído contar historias terribles a su padre, que había estado en la RAF, sobre paracaídas que no se habían abierto. Luego había pensado en llevar cometas desmontadas y volverlas a montar luego para usarlas como planeador, pero si hubiera llevado consigo cualquier cosa que sirviera luego de alas rígidas, el viento lo habría arrancado de la pared rocosa.

Luego había tenido una idea. Cualquier cosa se levantaría si su borde frontal fuera más alto que la parte posterior, y más aún si la superficie superior fuera más grande que la inferior. Su idea consistía en que, si se hacían un par de alas de seda abiertas por delante, y se hacía la parte inferior más corta que la superior, el aire las inflaría y la superficie tensa resultante produciría el elevamiento. Había hecho que la mujer cosiera nervaduras como las de las alas de los aviones, y les había atado unas cuerdas a modo de arnés. Eso era lo que llevaba en la mochila.

Solo había pensado en que podría bajar al niño. Ahora pensó: Si nadie nos ve partir, pensarán que no hemos bajado.

Pensó: Si no quisieron rescatar al niño, ¿por qué habrían de venir por mí?

Pensó que si volaban sobre la niebla, pasaría mucho tiempo antes de que alguien se diera cuenta de que se habían ido.

Sacó las alas de la mochila y montó el arnés. El niño lo miró con cautela, retrocediendo hacia un matorral de bambú que crecía en la cima. HC se metió en el arnés e hizo señas al niño, pero este se negó a ir con él. Tampoco HC estaba totalmente seguro de que aquel invento suyo fuera a funcionar, pero no podía probarlo primero; sabía que no sería capaz de volver a escalar la montaña.

Mientras tanto, el viento tiraba de las alas y una ráfaga estuvo a punto de levantarlo; tuvo que agarrarse a un árbol para no ser arrastrado. Cuando cesó, HC se lanzó de pronto sobre el niño; este se dio la vuelta y echó a correr y tropezó, y HC lo cogió por un pie. Una tercera ráfaga intentó levantarlo y solo tenía una mano libre. El viento lo arrancó del árbol y notó que lo llevaba hacia el borde. Rápidamente cogió el otro pie del niño; haciendo caso omiso de sus gritos, tiró de él hacia sí y lo aferró con fuerza entre los brazos. En ese mismo momento, el viento hinchó las alas y los dos salieron volando por los aires.

Cogieron altura enseguida y volaron muy por encima de aquellos pináculos de roca que había visto llamear el día anterior. El viento que los arrastraba era tan impetuoso que temió que rompiera las alas; subiendo y bajando, el viento los llevó al fin lejos del valle, a kilómetros y kilómetros de distancia hacia el oeste, hasta que por fin los

dejó caer sobre una yerma llanura pedregosa. No había arena, pero era lo que antes despedía un resplandor amarillo en el horizonte.

Había luz en lo alto, pero en cuanto tocaron tierra la luz se hizo noche. El sol era una bola sangrienta en el horizonte, que desapareció completamente mientras HC aún se estaba quitando el arnés.

HC estaba allí en una situación mucho peor que en lo alto de la montaña. No había agua; antes de que la luz se fuera, había visto que la inmensa llanura pedregosa se extendía en todas direcciones, sin el menor indicio de seres humanos. El frío era penetrante y no había nada para quemar. Pero no tenía nada con que procurarse una muerte rápida; el niño y él se arriesgaban a morir lentamente de frío o de sed.

Pero, aunque podía muy bien ser que sufriera una lenta y dolorosa muerte, HC no paraba de reír. Las alas de seda yacían arrugadas a sus pies, y el niño gimoteaba sobre su espalda, pero él no dejaba de reír y exclamar:

¡Ha funcionado! ¡Caray si ha funcionado! ¡Dios, ha funcionado!

Se dio cuenta de que no podía echarse a dormir si no quería morir congelado. Así pues, echó a andar con el niño a la espalda, dispuesto a caminar durante toda la noche.

HC medía un metro noventa y cuando caminaba deprisa cubría sus buenas distancias. Cuando salió el sol, calculó que habría recorrido unos 100 kilómetros, y a la luz del nuevo día vio una vía de tren. Aunque tenía hambre y frío, seguía riendo. Cuando se dio la vuelta para mirar hacia atrás, no se veía siquiera el valle, pero él repitió:

¡Caray si ha funcionado!

Siguió caminando por la vía de tren durante todo el día; al atardecer, pasó un tren. No se detuvo cuando HC agitó los brazos, pero avanzaba tan despacio que pudo subirse al último vagón de un salto, y no se detuvieron para echarlo.

El tren no se detuvo en el siguiente pueblo, pero HC saltó al suelo para comprar comida. Comieron y luego HC volvió a echarse al niño a la espalda y siguió caminando por la vía. El siguiente tren iba demasiado deprisa, pero se subieron al que vino después. HC esperaba que le impidieran seguir en cualquier momento, pero decidió seguir hasta que eso ocurriera.

Estuvieron viajando en trenes durante cinco días, y en la mañana del sexto vio las Montañas Llameantes de Gaochang.

HC se encontraba en el corazón de Xinjiang, con Mongolia al este y Kazajstán y

Kirguizia al oeste, pero no sabía qué dirección tomar.

HC se apeó del tren cerca del final de la línea y echó a andar hacia el norte, dejando abiertas varias opciones, y tuvo otro golpe de suerte. Llegó a una aldea y le pareció que los lugareños se parecían un poco al niño que había rescatado.

Al principio pensó que encontraría un hogar para el niño, pero la gente lo miraba y sacudía la cabeza, y aunque apenas entendía su dialecto, HC creyó comprender que le decían que el niño procedía del oeste.

No había dónde comprar mapas. No tenía dinero suficiente para comprar un animal de carga, de modo que siguieron a pie.

Cruzaron la frontera sin que nadie los detuviera, y juntos avanzaron por un terreno cada vez más áspero.

Caminaban muy despacio, pues el niño no podía ir más deprisa.

Al cabo de muchos meses, llegaron a una llanura donde pastaban caballos. A lo lejos se veía un campamento. Hacia allí se encaminaron, medio muertos los dos.

Llegaron al campamento. Los hombres se habían ido. Las mujeres preparaban comida o arreglaban prendas de vestir. El hombre y el niño se detuvieron en medio de las tiendas y poco a poco se hizo el silencio.

Entonces, en un extremo, una mujer alzó la vista. Su pelo era negro y tan áspero como la crin de un poni; tenía las anchas facciones de una auténtica mongola. La mujer miró al niño atentamente y por fin se acercó. El niño se lanzó en sus brazos y se puso a llorar y también ella lloró. Luego se apartó del niño y le golpeó en la cabeza, y gritó y volvió a llorar. El niño quedó tendido en el suelo. HC hizo un gesto. La mujer lo miró sin decir nada.

HC señaló los pies destrozados del niño y la mujer lo miró sin decir nada. HC se señaló a sí mismo y luego una olla de comida y la mujer escupió a sus pies.

Finalmente una de las mujeres ofreció comida a HC. Nadie habló mientras comía, y durante la larga tarde reinó el silencio en el campamento.

Los hombres volvieron de cazar, pero nadie dijo nada. HC acabó tumbándose junto a los caballos, sobre un poco de paja, y nadie dijo nada para protestar ni ofrecerle hospitalidad, y el niño durmió con él.

HC se quedó ocho años. Durante cinco años, nadie le dijo una sola palabra, y si hablaban entre sí, se callaban al acercarse él. Sin embargo, a los cinco años sufrió una amarga decepción.

Sin motivo aparente, HC había estado pensando en RD, que basaba su método de

pronunciación del griego en el respetado trabajo de W. S. Allen sobre el tema: *Vox graeca*. RD, que era en gran medida autodidacta, había puesto siempre gran empeño en pronunciar el griego con los acentos tónicos, por lo que nadie entendía jamás una sola palabra de lo que decía. Pensando en RD, HC se dio cuenta de pronto, al cabo de cinco años con la tribu, que su lengua era en realidad indoeuropea, pero filtrada por un sistema chino de acentos tónicos, lo que hacía que sonara distinta a cualquier otra lengua que hubiera oído. HC llegó por fin a reconocer algunas palabras. La decepción fue mayúscula, después de todas las lenguas que había aprendido, pero se quedó otros tres años y la tribu lo aceptó por fin y llegó a hablar la lengua con fluidez.

Fue entonces cuando tuvo que marcharse.

La tribu andaba de un lado a otro como suelen hacer los nómadas, y se había trasladado a una zona que se disputaban China y la Unión Soviética. Estaban cerca de una aldea castigada severamente por ambos bandos por no implantar la política de los respectivos gobiernos, demostrando así a cuál de los dos eran leales. Un día, un avión se estrelló en el desierto cerca del campamento; a los supervivientes los arrestaron los del pueblo por espías, en prevención de posibles represalias desde instancias más altas. A los espías los apalearon y los metieron en la cárcel para dar una buena impresión.

HC sabía que tenía que hacer algo. Sospechaba que los prisioneros no sabían chino, así que fue a la cárcel para intentar razonar con las autoridades. Cuando llegó al pueblo, le dijeron que volviera al día siguiente. Cuando regresó al campamento, descubrió que la tribu había desaparecido.

La cárcel estaba mal construida y peor vigilada. HC la forzó y liberó a los prisioneros. Decidió que el mejor plan era marchar hacia el sur para llegar a la India. Hacía diez años que no oía hablar un idioma europeo, y le resultaba casi insoportable pronunciar las viejas palabras, pero debía hacerlo.

Sibylla apoyó la cabeza en una mano. Parecía cansada de las palabras que ella misma pronunciaba. Finalmente prosiguió.

La marcha hacia el sur fue ardua, y tres de los cautivos liberados murieron por el camino. Los supervivientes entraron por fin en el consulado británico de Peshawar y pidieron ser repatriados. A HC casi lo rechazaron; no tenía pasaporte, claro está, ni prueba alguna que sirviera para identificarlo, y como llevaba más de siete años desaparecido, había sido dado por muerto oficialmente. Sin embargo, por suerte para HC, resultó que el cónsul británico de Bombay era un hombre al que había vencido

en varios premios. Se hizo una llamada a larga distancia y HC fue capaz de recitar de memoria su traducción al griego de *Wee sleekit cow'rin'tim'rous beastie*, y el hombre del otro lado de la línea telefónica dijo que solo había una persona en el mundo que pudiera hacer aquello, lo cual no era del todo cierto, puesto que seguramente RD también podría haberlo hecho, pero HC no tenía ganas de discutir.

Regresó a la civilización que, en su ausencia, había conocido a John Travolta y los Bee Gees, y publicó un libro en el que hablaba del silencio de la tribu perdida. La gente objetó que no podía haber estado donde él afirmaba, y gente que había viajado a China dijo que no era así en absoluto, y gente que había escalado aquellas extrañas montañas dijo que estaban en una zona completamente distinta del país, y que, de todas formas, no podía haber escalado una de ellas en diez horas del modo en que afirmaba haberlo hecho. Otros arguyeron que en una pequeña aldea campesina no tendrían la cantidad de seda que él decía haber comprado, ni la vieja máquina de coser Singer que según él habían usado, ni les habría servido para nada el dinero que supuestamente les había pagado. Otros afirmaron que la Guardia Roja había prohibido las cometas, por considerarlas una práctica burguesa. HC se lo tomó a risa y dijo despectivamente que desde luego no se proponía que la tribu perdida fuera objeto de un documental, pero que si alguna vez decidía que aquel era un destino adecuado para la tribu, inmediatamente publicaría un itinerario detallado de sus viajes para facilitar la localización de aquellos nómadas. Naturalmente aquello levantó un gran revuelo y se intentó investigar dónde había estado en realidad, porque el público tenía derecho a saberlo, pero nadie pudo descubrir nada, aparte del hecho de que HC había entrado un día en el consulado de Peshawar.

Aquel libro se publicó en 1982, dijo Sibylla y HC se dedicó a asuntos diversos durante un tiempo. Sibylla añadió que lo había conocido en una fiesta en Oxford, en la sala Fraenkel del Corpus Christi College. Skarp-Hedin estaba hablando con Robin Nisbet, así que Sibylla había charlado un rato con HC. ¿Skarp-Hedin?, dije. Uno de mis novios, dijo Sib. Su verdadero nombre no hacía justicia a su cara pálida y su aire desventurado. Sib dijo que HC había vivido varios años con la tribu, aunque no le habían animado a quedarse, y que incluso después de su primer avance, apenas entendía nada.

De repente un día todo cambió. Habían celebrado, dijo HC, una bárbara ceremonia de iniciación que no quiso describir, tras la cual, muchos de los chicos requerían cuidados prolongados. Un día, agazapado tras una tienda, oyó a uno de los iniciados

decirle algo a la mujer que lo cuidaba y corregirse luego, cuando la mujer se echó a reír. HC lo había entendido todo de pronto. Era la cosa más extraordinaria con la que se había tropezado nunca. Se trataba de un complejo sistema de declinaciones que, según dijo, usaban solo las mujeres. Era tan asombroso como si, por ejemplo, un grupo de gente hablara árabe tal como se escribe y otro grupo lo hablara tal como se habla. ¡Asombroso! Y lo mismo ocurría con los modos y los tiempos verbales. Había indicativo, pasado, presente y futuro, e imperativo, y estos los usaban solo los hombres, y luego estaba lo que por analogía HC llamaba subjuntivo y condicional, y estos solo los usaban las mujeres. Era muy confuso, dijo, porque cuando por fin empezaron a hablarle, descubrió que, si le hacía una pregunta a un hombre, por escasos, o incluso nulos, que pudieran ser sus conocimientos al respecto, la respuesta era siempre una afirmación, mientras que podía preguntarle a una mujer si estaba lloviendo, y esta solo se comprometería a decir que tal vez. HC dijo que, cuando lo descubrió, se tumbó en la hierba y rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

Sib siguió diciendo que en aquella época la sala Fraenkel tenía una larga mesa cubierta con una tela de pana de color malva, como una colcha barata de Sears, y una foto en blanco y negro de Fraenkel en la pared.

HC echó un vistazo a la foto y luego miró a los presentes y dijo: Oh, Dios mío, y se fue.

Es decir, continuó Sib, dijo: Oh, Dios mío, salgamos de aquí, y aunque ella sabía que Skarp-Hedin se quejaría de que ella no le quería, dijo: Sí, salgamos de aquí, y se fueron los dos.

HC había vuelto a marcharse de Inglaterra, dijo Sib, y ahora había regresado de nuevo. Sibylla dijo de HC que podía pasarse meses enteros sin tener el menor contacto humano, y que, cuando lo tenía, lo primero que quería saber era cómo hacía su interlocutor la secuencia de los tiempos verbales, y la segunda, si usaba un subjuntivo.

¿Qué pasó con RD?, pregunté.

Oh, consiguió un empleo en uno de los diccionarios, contestó Sibylla. Anda siempre por la Bodleian.

¿Estuvo en el seminario?, pregunté.

Oh, él va a todos los seminarios, contestó ella.

¿Dijeron algo?

Bueno, RD hizo una pregunta al conferenciante sobre Frínico.

¿Se dijeron algo el UNO AL OTRO?

Por supuesto que no se dijeron nada. En cuanto HC vio quién estaba allí, dijo: Oh, Dios mío, salgamos de aquí.

¿Jugasteis al ajedrez?

No, no jugamos al ajedrez.

Pensé en todo aquello durante un rato y dije:

¿Qué edad tenía la persona más joven que haya estudiado en Oxford en toda su historia?

Sibylla contestó que no lo sabía, que en la Edad Media era más bien un internado y que creía que a muchos chicos los enviaban allí a los 12 años más o menos. También creía que una niña de 10 años había empezado a estudiar matemáticas hacía unos cuantos años.

¡10 años!, exclamé.

Creo que le había dado clases su padre, que era matemático.

Si yo hubiera tenido a un matemático por padre, seguramente habría batido el récord.

Bueno, dije, ¿y qué edad tenía el más joven que haya estudiado filología clásica?

Sib dijo que no lo sabía.

¿Menos de 11 años?

No creo, dijo Sib, pero solo es una suposición.

¿Crees que yo podría entrar?

Bueno, seguramente podrías, respondió Sib, pero entonces ¿cuándo aprenderías mecánica cuántica?

Pero si entrara con 11 años, ¡durante toda mi vida dirían que había entrado a los 11 años!

Sin duda, dijo Sib. O yo podría darte un papel que certificara que leíste *Sugata Sanshiro* en el japonés original a la edad de 6 años, y toda tu vida la gente dirá que leíste *Sugata Sanshiro* en japonés a los 6 años.

¿Qué tengo que hacer para entrar?, pregunté. ¿Tengo que aprender mucho sobre finales de partidas de ajedrez?

Bueno, a RD le sirvió, dijo Sib.

Sib no parecía tener el menor interés en ayudarme a establecer un récord. Discutí

con ella durante un buen rato hasta que por fin dijo:

¿Por qué me cuentas todo eso? Haz lo que quieras. Si pagas 35 libras puedes ir a tantas clases como quieras. Lo más RACIONAL sería pagar las 35 libras, o la cantidad que sea, conseguir las listas de las asignaturas, ir a las que parezcan interesantes, coger las listas de lecturas obligatorias, repasarlas, decidir con pruebas fehacientes qué profesores son modernos y competentes y quiénes hacen investigaciones interesantes en su campo; recoger pruebas similares en OTRAS universidades (suponiendo que ACEPTEN oyentes pagando), yendo a las clases de los profesores más interesantes para ver si son razonablemente competentes, y luego decidir en qué universidad quieres estudiar cuando tengas 16 años.

¡DIECISÉIS AÑOS!, exclamé.

Sib empezó a hablar sobre la gente aburrida que conocía y que trabajaba en Oxford, y sobre otras personas más brillantes que habían estudiado en Warwick.

No exclamé ¡WARWICK!, pero Sib dijo con tono seco que, naturalmente, yo tendría que sopesar con sumo cuidado las ventajas de estudiar con un profesor brillante frente al indudable inconveniente de que, durante toda mi vida, la gente se limitara a decir (si se molestaran en mencionar hecho tan trivial) que había entrado en Warwick a la edad de 16 años.

Comprendí que en cualquier instante Sibylla empezaría a hablar sobre *Sugata Sanshiro*, de modo que dije rápidamente que podíamos hablar sobre todo aquello en algún otro momento.

¿No tenías que estar introduciendo *The Modern Knitter* en el ordenador?, dije.

Indolencia, interrupción, negocios y placer; todos se han turnado para retrasarme, dijo Sib. He llegado a 1965.

Pensaba que ibas a acabarlo para el final de semana, dije.

Tal vez no se haya realizado nunca una tarea extensa y variopinta, dijo Sib, en el plazo originalmente fijado por la mente del que la emprende. Quien corre contra el Tiempo, tiene un rival que no está sometido a casualidades.

Sib se sentó al ordenador y estuvo tecleando unos cinco minutos más o menos. Luego se levantó, se sentó en el sofá y encendió el vídeo.

Kambei levantó el cuenco de arroz. Comprendo, dijo. No más gritos. No voy a desperdiciar este arroz. Bastante bueno, dijo mi padre.

Samuráis de fiero aspecto caminaban majestuosamente por la calle. En un portal estaban los campesinos, impresionados, Katsushiro, impertérrito, Kambei, con los

brazos cruzados, impertérrito. Gracias, dijo mi padre. Lo digo en serio.

Kambei se sentó dentro de cara a la puerta. Le dio a Katsushiro un pesado garrote. Escóndete tras la puerta, dijo. Colócate en posición. Adopta la postura de la espada por encima de la cabeza. Golpea con fuerza al samurái cuando entre. ¡Nada de contenerse! Con todas tus fuerzas. Bastante b...

Fijé la vista en la pantalla. Katsushiro estaba detrás de la puerta. Me levanté y empecé a pasearme de un lado a otro mientras un samurái entraba y paraba el golpe.

Ya no oía la voz de mi padre ni veía su rostro; aunque la película había avanzado, en mi mente seguía viendo una calle llena de samuráis de aspecto fiero, y a Kambei en un portal, observando la calle.

En mi mente vi a Katsushiro detrás de la puerta con un garrote. Vi a Kyuzo partir por la mitad a un fanfarrón de segunda fila. Pero un *buen* samurái parará el golpe.

Pensé: ¡Podría tener a James Hatton al final! O a Red Devlin. ¡O a ambos!

Pensé: ¡Podría tener a quien quisiera!

Pensé: Apertura, medio juego, final.

Pensé: Un buen samurái parará el golpe.

Pensé: Un buen samurái parará el golpe.



Miré el periódico que leía Sib y vi que HC estaba a punto de cruzar la Unión Soviética y que pensaba hacerlo solo.

Pensé: ÉL sí podría luchar con espadas. Pensé que aquel era un hombre al que podía desafiar, un hombre que hablaba 50 lenguas, un hombre que se había enfrentado con la muerte un centenar de veces, un hombre impermeable a los halagos y al ridículo por igual. Aquel era un hombre que, al encontrarse con un hijo por primera vez, SIN DUDA le animaría a ir a Oxford a la edad de 11 años, o, al menos, lo llevaría consigo en su expedición.

El periódico no decía dónde se alojaba.

Llamé a su editor y pregunté si firmaría libros. Contaba con el encanto de mi voz infantil para sonsacar la información que quería y, de hecho, al cabo de un rato me dieron una lista de sitios donde habría firma de libros.

HC firmaría libros al día siguiente en el Waterstone's de Notting Hill Gate.



Cogí la Línea de Circunvalación y salí a la calle.

Fui a la firma de libros y, como esperaba, HC se fue a pie. Era tan alto como me había dicho ella, y caminaba deprisa, pero eso también lo esperaba y me había llevado el monopatín.

La casa era grande y blanca, con columnas blancas. En la parte delantera tenía un pequeño jardín con hierba y rosas alrededor de un círculo empedrado y una pila para pájaros en el centro. No había donde dejar el monopatín. Seguí hasta diez casas más abajo, donde había un letrero de «Se vende», escondí el monopatín entre la hierba y volví andando.

Llamé al timbre de la entrada. Me abrió la puerta una mujer con el cabello brillante, y joyas y maquillaje y un vestido rosa.

La miré sorprendido. No sabía que estaba casado. O quizá era su hermana.

Dije que quería ver a Hugh Carey.

Lo siento mucho, dijo ella, no recibe a nadie.

Dije que lo sentía y me fui y volví a la calle. Más tarde la mujer de rosa salió, se acercó a un coche, se metió en él y se fue. Volví a la casa y llamé al timbre.

Él abrió la puerta y preguntó:

¿Qué quieres?

Tenía la cara morena y curtida, y una cicatriz mal curada en una mejilla. Sus ojos eran de un azul resplandeciente. Tenía las cejas pobladas y el bigote descuidado. El pelo se le había aclarado mucho y tenía canas.

¿Qué quieres?, repitió.

Tengo que hablar con usted, dije. Sabía que si me iba en aquel momento, me despreciaría durante el resto de mi vida.

Me dijo que disponía de unos minutos y entré en la casa detrás de él. No sé lo que esperaba, pero me sorprendieron los suelos de madera resplandecientes, las gruesas alfombras y los sofás mullidos. Una forma interesante de subjuntivo no es algo que uno pueda llevarse como trofeo, aun así, aquello no era lo que yo esperaba.

Entramos en una habitación con el suelo de mármol blanco y negro y un sofá de color amarillo pálido. Me indicó el sofá y dijo otra vez:

¿Qué quieres?

Miré aquel rostro pétreo y pensé tierra trágame. Él adivinaría enseguida que todo era mentira y me trataría con desprecio. Pensé en él cruzando toda China con el niño y viajando por Kazajstán con un grupo de hombres; era vil y rastrero gastarle una jugarreta a un hombre como él. Debía disculparme e irme.

Kambei pide a Rikichi que provoque una pelea con un samurái. Se sienta dentro a esperar. Le dice a Katsushiro que se coloque detrás de la puerta con un garrote. Un buen samurái parará el golpe.

Pensé que si era un cobarde demostraría que era realmente el hijo de mi padre.

Quería verle porque soy su hijo, dije.

Que eres mi...

Tierra, trágame.

Unos ojos como la hoja bruñida de una espada llamearon en su duro rostro. Tierra, trágame.

Apretó los dientes. Tierra, trágame.

Por fin habló.

¿Cómo demonios ocurrió?, dijo, irritado. Me dijo que había tomado precauciones.

Se olvidó de que se había tomado la píldora un día tarde el día anterior, dije, y era cierto. No podía creer que aquello estuviera ocurriendo.

¡Mujeres!, exclamó con desdén. Debes de ser mayor de lo que pareces. No pudo ser después del 83, así que tienes...

13 años y 10 meses, dije. Parezco más joven.

Bueno, háblame de ti, dijo efusivamente. ¿A qué colegio vas? ¿Qué aficiones tienes?

No voy al colegio, dije. Estudio en casa.

Estaba a punto de explicarle que sabía griego, francés, hebreo, árabe, japonés, español, ruso y algo de latín (no necesariamente por este orden), además de tener conocimientos básicos de otros 17 o 18 idiomas, pero estalló antes de que pudiera hacerlo.

¡Oh, DIOS mío!, exclamó, horrorizado. ¿En qué está pensando esa estúpida? ¿Sabes ALGO? ¿Cuántos son 6×7 ?

¿Qué quiere decir?, pregunté con cautela. Aún no había estudiado gran cosa sobre

la filosofía de los números.

Oh-Dios-mío.

Empezó a pasearse por la habitación con andar pesado y cojeando un poco. Recordé que había caminado miles de kilómetros a pie.

Tendremos que meterte en un colegio enseguida, mi joven amigo, dijo. Y luego: No te hagas ilusiones. No podría pagar un colegio privado. Creo que algunas escuelas públicas no están mal. Dios mío, yo me sabía la tabla de multiplicar hasta el 12 cuando tenía 6 años.

Yo me sabía la tabla de multiplicar hasta el 20 cuando tenía 4 años, pero estaba demasiado disgustado para decírselo.

Ah, dije, se refería a que quería saber el producto de 6 por 7.

¿A qué otra cosa pensabas que me refería?, preguntó.

No lo sé, por eso se lo he preguntado, dije.

Pronto te sacarán esas tonterías de la cabeza en el colegio, dijo.

Le dije que, según tenía entendido, en el colegio no se fomentaba el pensamiento lógico. No podía creer que alguien tan estúpido hubiera encontrado la tribu silenciosa perdida; no era de extrañar que no hubieran querido hablarle.

Él no dejaba de lanzarme miradas furibundas con los ojos entornados mientras seguía yendo de un lado para otro con fuertes pisadas.

¿Cuál es la capital de Perú?, preguntó de pronto.

Ah, ¿tiene capital?, dije.

Oh-Dios-mío.

¿Madrid?, dije. ¿Barcelona? ¿Kiev?

¿Adónde va a ir a parar este país?

¡Buenos Aires!, dije. ¡Santiago! Cartagena... no, esa es la de Brasil, ¿verdad? No me lo diga, ya lo tengo. No será Acapulco, ¿no? Olvídelo, lo tengo en la punta de la lengua, no me lo diga. La antigua ciudad sagrada de los zincas, Casablanca.

Lima, dijo.

Ya me parecía a mí que Casablanca no sonaba muy bien. Pregúnteme otra.

Me dijo que debía darle el número de teléfono de mi madre y que él hablaría con ella.

Yo le dije que prefería que no.

Lo que tú prefieras no viene al caso.

Lo que yo prefería era acabar con aquello. No había ido allí por dinero, pero tenía

que decir algo, así que dije:

Mire, yo no he venido aquí para hablar sobre mi educación. Sé que el producto de 7 por 6 es 42, y el de 13 por 17 es 221 y el de 18 por 19 es 342, y conozco los binomios y sé que

$$E + \frac{p}{\rho} + \frac{q^2}{2} + \frac{\delta\Phi}{\delta t} = C(t)$$

es la ecuación de Bernoulli para flujos no viscosos incompresibles y no rotacionales. Tengo pensado aprender a trabajar como miembro de un equipo cuando los demás miembros del equipo pasen la pubertad. Mi madre no sabe que he venido aquí; ella no quería que le molestara. Pero su trabajo la está volviendo loca. Quiero comprar una mula e irme a los Andes. Pensaba que usted podría ayudarme.

La última cosa que yo quería era estar solo en el Transural con aquel lunático. Tampoco me veía confiándole mi ambición de entrar en Oxford a los 11 años, pero tenía que decir algo.

¿Irte a los Andes en mula? No me parece que vaya mucho con tu carácter. ¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

Sí, es lo que quiero, dije.

Bueno, el mejor consejo que puedo darte es que no confíes jamás en nadie más que en ti mismo, cuando quieras algo de la vida, dijo. Todo lo que yo he conseguido, lo he conseguido con mi propio esfuerzo. No se madura cuando a uno le presentan las cosas en bandeja.

Para cuando madure, puede que sea demasiado tarde, dije.

Tienes toda la vida por delante, dijo, y dejó de pasearse para detenerse junto a mí. Una mano aferró el respaldo del sofá; vi que le faltaba un dedo. Seguramente había ofrecido un consejo a algún miembro de la tribu silenciosa perdida.

Eso es lo que me preocupa, dije.

Bueno, yo no puedo hacer nada, dijo él. Nadie hizo nunca nada por mí y eso no me perjudicó. Me hizo lo que soy ahora.

Me alegré de que no estuviéramos luchando con espadas reales, porque aquello podría haberme matado. Le dije que tendría en cuenta sus palabras.

Tengo otro hijo. Será mayor que tú, si aún vive. No te llevará mucho, pero ya es un

hombre; allí crecen deprisa.

Añadió:

Cuando un chico cumple los 12, tiene que pasar por una ceremonia de iniciación. Lo desnudan hasta la cintura y lo azotan; no mucho, solo cinco o seis verdugones para que le sangre la espalda. Luego lo atan. Hay allí una mosca asquerosa que pica, atraída por la sangre. Naturalmente acuden todas. Si el chico grita, le dan otro latigazo. Se termina cuando lleva un día callado. Los ves allí estirados, con la espalda llena de moscas alimentándose. Algunas veces se pasan inconscientes las últimas 12 horas, a veces un padre despierta a su hijo a bofetadas para asegurarse de que se entere bien. Es duro ser hombre allí.

Sí, tengo entendido que ni siquiera usan declinaciones.

¿Quién te ha dicho eso?, preguntó.

Está en el libro, dije.

No, no está en el libro, dijo él.

Lo he oído en alguna parte, dije.

Te lo habrá contado ella. Supongo que no te dijo cómo lo descubrí.

Me sonrió; sus dientes aparecieron amarillos y marrones bajo el bigote.

Me dijo que usted se escondió detrás de una tienda.

Lo intenté, dijo. Pero no conseguí nada. Entonces, un día, la madre del niño se acercó a mí. Lo había vuelto a vender a unos comerciantes; no les gusta la sangre impura en la tribu. De todas formas, la mujer sentía curiosidad; eso era lo que le había ocurrido la primera vez, no podía evitarlo. Conseguí que me enseñara unas cuantas palabras y una cosa llevó a otra. Las otras mujeres le escupieron y le tiraron del pelo cuando se enteraron. El caso es que nos tumbábamos en la hierba y yo copiaba cosas que me iba diciendo, y ella me abofeteaba o se burlaba de mí porque copiaba lo que decía. Después oí a hurtadillas a un par de hombres que hablaban entre sí y lo comprendí todo. Me eché a reír hasta que se me saltaron las lágrimas. Entonces ella se quedó embarazada y me obligó a marcharme. Seguramente vendió el pequeño bastardo a los chinos. Si es así, no habrá sido iniciado, dijo, y sonrió, y dijo también: Si esas cosas le pasan a cualquiera, ¿por qué no le iban a pasar a mi hijo?

En ese caso, dije, ¿qué más le daba que supiera o no la tabla de multiplicar y qué le importa si voy o no al colegio?

Allí yo no podía hacer nada, replicó. No podía llevármela conmigo, y a mí me habrían matado si me hubiera quedado. Esto es diferente. Tu madre ha sido una

completa irresponsable.

Me eché a reír.

Unos pasos se acercaron a la puerta principal, que se abrió. La puerta de la habitación se abrió cuando yo aún estaba riendo, y entró la mujer del vestido rosa.

¿Qué pasa aquí?, preguntó.

Este es mi hijo, dijo él.

No, no lo soy, dije yo.

¿Qué significa esto?

¿Ha visto *Los siete samuráis*?

No.

Yo sí, dijo la mujer.

Era una prueba, dije. No podía decírselo a mi verdadero padre, porque era cierto.

No entiendo nada, dijo la mujer, y el hombre dijo:

En algunas partes del mundo te azotarían por una cosa así.

Le dije que no era necesario salir de Inglaterra para encontrar gente que cometiera estupideces.

¿Quién eres?, preguntó, enojado. ¿Cómo te llamas?

David, contesté sin pensar.

No entiendo nada, dijo él, furioso. ¿Querías dinero? ¿Te lo has inventado todo para sacarme dinero?

Por supuesto que quiero dinero, dije, pero había otras cosas más importantes. ¿Cómo voy a comprar una mula sin dinero?

Pero ¿por qué demonios...?

Yo no sabía qué más decir.

Porque es usted lingüista, dije. Oí la historia sobre las declinaciones y pensé que lo entendería. Por supuesto, no lo entiende. Ahora tengo que irme.

Pero ha de ser verdad, dijo él. ¿Cómo sabes si no lo de las declinaciones? Tuvo que contártelo ella. Ha de ser cierto. ¿Dónde está ella?

Tengo que irme, repetí.

No, no te vayas, dijo.

¿Aún juega al ajedrez?

¿Te habló ella del ajedrez?, dijo él.

¿Cómo?, dije.

Hugh..., dijo la mujer.

¿Es que no se puede tomar una taza de té en esta casa?, dijo él.

Iba a hacerla ahora mismo, dijo ella, pero me miró al alejarse.

¿Qué te contó del ajedrez?, preguntó él.

¿Quiere decir que le dejó ganar a él?, dije.

¿No te lo dijo ella?, preguntó.

Me dijo que no le dejó ganar.

Pues claro que no le dejé ganar. Y siguió paseándose por la alfombra. Me ganó 10 partidas de 10. Dejó de decir: ¿Qué voy a hacer?; se sentó sonriendo al tablero. Dijo: Hago lo que tú mejor que tú, y tú no puedes hacer lo que hago yo. Yo pensé: ¿Dónde estarías si no fuera por mí, estúpido cabrón?

Es usted muy persuasivo, dije.

¿Qué quieres decir con eso?

¿Es un juego porque yo digo que es un juego?, expliqué, y dije que si yo lo trataba como un juego porque pensaba que era un juego, y él lo trataba como un juego, no porque creyera que era un juego, sino porque yo decía que era...

Sí, dijo él.

... ¿quién de los dos hacía lo que él creía que hacía?

Sí, dijo él, y eso fue lo último que le dije.

Antes del examen, apunté.

Sí.

¿Qué fue lo último que le dijo él a usted?, pregunté.

No es asunto tuyo.

¿Qué dijo mi madre?, pregunté.

No lo recuerdo. Alguna tontería.

¿Qué?, pregunté, esperando oír algo que fuera imposible que hubiera dicho Sibylla.

No lo recuerdo. Alguna frase amable.

Quería preguntarle si la mujer parecía aburrida, pero pensé que seguramente no se habría fijado.

Dime dónde está, pidió él. Tengo que volver a verla.

Tengo que irme, dije.

Tienes que decírmelo.

Abrí la puerta y recorrí el pasillo. Oía su voz a mi espalda. Eché a correr y resbalé con una alfombra de seda que se deslizó sobre la madera encerada. Recobré el equilibrio y me agarré al primer cerrojo y oí que venía pisándome los talones. Abrí el

primer cerrojo y el segundo y el tercero con ambas manos, y abrí la puerta justo cuando su mano caía sobre mi hombro.

Me retorcí para desasirme. Atravesé el jardín en tres zancadas y salté por encima de la cancela, y cuando miré hacia atrás lo vi en el umbral de la puerta. Me miró desde el otro lado de la pila para pájaros y los rosales y luego se dio la vuelta.

La puerta se cerró. Ya no era más que una casa aburrida en una calle aburrida de casas con las puertas blancas cerradas.

Recorrí la calle a trompicones. Él no había matado para aprender aquellos verbos sin modos y aquellos nombres sin declinaciones, pero había traído al mundo un esclavo por ellos.

Volví a Notting Hill Gate andando y cogí la Línea de Circunvalación.

2

Un buen samurái parará el golpe

Decidí no pedir el ingreso en Oxford para estudiar filología clásica a la edad de 11 años.

Sibylla me preguntó qué le había pasado a mi monopatín. Pensé en la larga hilera de puertas cerradas, la casa en venta, la hierba alta. Sabía que no podía volver allí. Dije que me lo habían robado. Dije que no importaba. No hacía más que pensar en el chico que no era mi hermano.

Pensaba en los prisioneros del destino que no podían esperar una suerte mejor.

Pensé: ¿Para qué QUIERO un padre? Al menos yo era libre para ir y venir a mi antojo. A veces pasaba un autobús del ayuntamiento con un mensaje en la parte posterior: SOUTHWARK: DONDE EL ABSENTISMO ESCOLAR SE TOMA EN SERIO, y me iba caminando hacia el norte, atravesando Tower Bridge para llegar a la City, donde el absentismo escolar no se tomaba en serio. ¿Qué clase de padre aguantaba esas cosas? Tenía que irme cuando estaba a tiempo.

Había dejado de dormir en el suelo. Había dejado de comer saltamontes gratinados con salsa de cochinillas salteadas. Sibylla no hacía más que preguntarme si me pasaba algo malo. Yo le contestaba que no. Lo malo era que nunca iba a cambiar nada.

Decidí hacer algo que Hugh Carey no hubiera hecho a los 11 años. Pensé que acertaría si me leía toda la serie de Schaum Outline sobre el análisis de Fourier porque, según Sib, no se enseña en los colegios. Seguramente HC no lo había estudiado nunca. Pensé que podía hacer también los puntos lagrangianos, para asegurarme, y quizá también algunas transformaciones de Laplace.

Sibylla estaba introduciendo *Tropical Fish Hobbyist* en el ordenador. Nadie iba a llevarme al galope por la estepa mongola. Nadie iba a llevarme al Polo Norte en un futuro cercano.

Un día fui con Sibylla a Tesco's.

Una brillante luz blanca lo inundaba todo sin clemencia, como el intenso sol del desierto al mediodía cayendo sobre la Legión Extranjera francesa; el suelo reluciente

deslumbraba con el cruel resplandor del desierto.

Recorrimos lentamente la sección de los cereales.

A ambos lados se alzaban las hileras de grandes cajas de cornflakes y bran flakes; cuando llegamos a los muesli, un carro dio la vuelta y entró en nuestro pasillo, empujado por una mujer gorda seguida de tres niños gordos. Uno de ellos lloraba, frotándose los ojos con el puño, y los otros dos discutían sobre Frosties y Breakfast Boulders, y la mujer sonreía.

La mujer vino hacia nosotros por el pasillo y Sibylla se detuvo y se quedó junto al carro, tan inmóvil como las cajas de cereales de los estantes. Sus ojos eran dos carbones negros ardiendo y su piel como la arcilla pálida y sucia. Por su absoluto silencio, por la mirada fulminante de sus ojos negros, supe que aquella apacible mujer gorda era alguien a quien esperaba no ver nunca más.

El carro y la mujer y los niños se acercaron aún más, y de repente los ojos de la mujer se desviaron de las cajas de cereales y una expresión de complacida sorpresa se adueñó del rostro afable.

¡Sybil!, exclamó. ¿Eres tú?

Sin duda era alguien que conocía a Sib tan poco como su nombre. Nadie que conociera bien a Sibylla habría iniciado una conversación con un comentario de una necedad tan inigualable.

Sib la miró fijamente sin decir nada.

¡Soy yo!, dijo la mujer. Supongo que he cambiado mucho, añadió, haciendo una mueca cómica. ¡Los niños!

El puño bajó y unos ojos pequeños contemplaron una caja en la que unos personajes dibujados con brillantes colores consumían el producto.

Quiero Honey Monster, berreó el chiquillo.

Ya elegiste tú la última vez, dijo uno de los otros niños con una inequívoca *schadenfreude*, y se produjo una disputa sobre los derechos de los otros dos para elegir aquella semana.

Dos de los niños lloraron, llevándose los dedos regordetes a los ojos, chillando uno de ellos.

La mujer intentó imponer orden con escaso éxito.

¿Y este es tu pequeño?, preguntó animadamente.

Sibylla seguía callada, y ahora tenía los labios fuertemente apretados.

Si la mujer que teníamos delante era capaz de pensar, algo sobre lo que aún no

teníamos pruebas, desde luego sus pensamientos eran un misterio. Los pensamientos de Sibylla podía verlos dando vueltas en su cabeza como un pez dando vueltas en una pecera. Por fin habló.

Ser o no ser, ese es el dilema.
Si es más noble sufrir en el ánimo
las pedradas y flechazos de la injusta fortuna
o armarse contra un mar de dificultades
y, enfrentándose a ellas, acabarlas. Morir, dormir,
nada más, y con el sueño decir que borramos
el dolor y los mil reveses naturales
que hereda la carne; esta es una consumación

La mujer miró con espanto a su pequeño grupo de gordos y se tranquilizó al instante, pues era evidente que no habían entendido ni una sola palabra.

Bueno, por supuesto todos tenemos nuestra cruz, dijo alegremente.

Sibylla bajó la vista, lanzando chispas los ojos, hacia una lata de judías cocidas.

¿Cómo se llama tu pequeño?, preguntó la mujer.

Se llama Stephen, dijo Sib, tras un instante de vacilación.

Parece un chico muy listo, dijo la mujer. ¡No, Felicity, no! Micky, ¿qué te he dicho?

Es capaz de pensar con lógica, dijo Sib. Eso le hace parecer excepcionalmente inteligente. El hecho es que la mayoría de la gente carece de lógica más por costumbre que por estupidez; seguramente podrían ser racionales con facilidad si se les enseñara debidamente.

¡Así que todo ha salido bien!, dijo la mujer. ¿Sabes?, por mal que estén las cosas, puede que algo bueno nos espere justo a la vuelta de la esquina.

O viceversa, dijo Sib.

Debemos buscar siempre el lado positivo.

Sibylla volvió a quedarse callada.

Los niños empezaron a pelearse otra vez. La mujer les instó a parar con escasa severidad. No le hicieron caso.

La mujer los miró con expresión bonachona, frunciendo un poco la boca.

Sib la miró con tremenda lástima, como preguntándose qué muerte podía ser peor que la vida que la había conducido a aquel desfiladero de cereales hecho de cajas de cartón. Me dijo en voz baja:

Ludo, llévate al Pequeño Príncipe.

¿Y qué hago con él?, pregunté.

Cómprale chocolate, dijo Sib, hurgando en su bolso para sacar una libra y dármela. Cómprales chocolate a todos. Llévate los a todos.

Me los llevé por el pasillo. Cuando giramos al llegar al final, vi a Sib rodear los gordos hombros con un brazo; ahora era la mujer gorda la que lloraba.

Uno de los niños tenía mi edad más o menos. Me preguntó a qué colegio iba. Le dije que no iba al colegio. Él dijo que todo el mundo tenía que ir al colegio. Yo le dije que mi madre creía que debía encontrar un campo que me interesara en especial e ir directamente a la universidad, aunque es probable que los estudiantes me parecerían bastante inmaduros.

La conversación decayó. Mis compañeros engulleron el chocolate; terminado este, volvieron a pelearse.

Al cabo de un rato Sibylla y la mujer salieron después de pagar.

Sib iba diciendo:

Lo que digo es que, si imaginamos una sociedad en la que no conozcamos el lugar que vamos a ocupar, es altamente IMPROBABLE que nos condenemos a nosotros mismos a 16 años más o menos en que personas cuya racionalidad no está garantizada dependan por completo de nosotros económicamente, y es altamente PROBABLE que establezcamos una sociedad en la que...

La mujer reía por lo bajo.

Sibylla miró con horror mal disimulado al grupo manchado de chocolate que se apiñaba gimoteando en torno al otro carro.

La mujer sonrió mansamente.

¡No, Micky, no! Felicity, ¿qué te he dicho?, empezó...

De pronto se detuvo. Miró el Schaum Outline sobre el análisis de Fourier que llevaba conmigo por si me aburría.

¿A qué colegio va?, preguntó.

Sibylla contestó que estudiaba en casa.

La mujer me miró fijamente, luego miró a Sibylla como un prisionero del destino que ve la esperanza de un indulto.

¿Quieres decir que le enseñas tú misma?, dijo. ¡Eso es asombroso! Y dijo: Estaba pensando... sería un enorme favor... ¿podrías ayudar a Micky? Estoy segura de que es muy inteligente, pero ha tenido algunos problemas y en el colegio se han

desentendido.

El enorme favor no presagiaba nada bueno, y por supuesto, añadió:

Sería algo informal.

Pero seguro que tú..., balbuceó Sibylla.

¿Cómo, con los otros dos?, dijo la mujer.

Bueno..., dijo Sibylla.

Volvimos a casa andando con la comida de la semana.

¿Quién era esa?, pregunté.

Sibylla contestó que era alguien.

Me salvó la vida, dijo. Y también: De haber sido al revés, naturalmente, gracias a mí se habría ahorrado lo que ahora sabemos que le aguardaba.

Se echó a reír y añadió:

¡Esto me recuerda aquella frase de Renan!

Frunció el entrecejo y yo pensé que no iba a recordar aquella frase de Renan. Dijo:

La lengua aria tenía una gran superioridad en la conjugación de los verbos, ese maravilloso instrumento, la conjugación de los verbos, ese maravilloso instrumento, ese maravilloso instrumento de la metafísica... la raza árabe en desventaja durante mil quinientos años a causa de la inferioridad de sus modos y tiempos verbales...

Y repitió:

Ce merveilleux instrument, ce merveilleux instrument.

De repente se echó a reír y dijo:

¡Me pregunto si sabría decirlo en árabe!

¿Decir el qué?, pregunté.

De haber sido al revés, naturalmente, gracias a mí se habría ahorrado lo que ahora sabemos que le aguardaba. ¡Digámoslo en hebreo y en árabe y veamos si tenía razón! Tú lo dices en hebreo y yo en árabe...

Y dijo:

Lau...

¿Cómo te salvó la vida?, pregunté.

Sib contestó que no lo sabía muy bien, porque estaba inconsciente, pero que, al parecer, la mujer había llamado a una ambulancia justo a tiempo.

¿Cómo sabes lo de las declinaciones?

¿Qué declinaciones?, preguntó Sib.

Las de la tribu silenciosa perdida. No se dice en el libro.

Lau..., dijo Sib.

Y lo del ajedrez tampoco está en el libro.

¿No sale Robert Donat en la televisión esta noche?, dijo Sib.

¿Te lo contó HC después del seminario?

Eso que dice Renan es enigmático. A mí me parece que el griego filosófico sería más difícil de traducir al latín que el árabe. Lo que deberíamos hacer es comparar una traducción latina de, pongamos, Platón, con otra árabe, y tal vez algún pasaje de Maimónides sobre un tema relacionado, y ver cuál es más desafortunada.

El ajedrez...

¡Mira, Ludo, un Illinois Fried Chicken!, exclamó Sib.

... no sale en el libro.

Podrías ir a la SOAS y trabajar en ello, dijo Sib.

No me dejarían entrar.

Si les explicas que estás trabajando en un proyecto para el colegio...

Añadió:

Y si trabajo en el *Tropical Fish Hobbyist* durante cuatro horas, podremos ver a Robert Donat a las 9. Tú puedes trabajar en Platón para preparar ese proyecto de la SOAS.

¿De verdad vas a darle clases al Pequeño Príncipe?

El Pequeño Mendigo, dijo, cuyo ingenio fue a mendigar. Será un horror, pero debo hacerlo.

El actor Robert Donat no hizo muchas películas. Hizo *39 escalones*, donde huía por los páramos, subiendo y bajando de varios trenes en marcha; también hizo *El caso Winslow*, donde hacía el papel de un abogado carismático, polémico y muy bien pagado. En *El conde de Montecristo* se fugaba del castillo de If. En *La ciudadela* era un carismático médico que abandonaba sus ideales. En *El joven Mr. Pitt*, era un político carismático. En *Adiós, Mr. Chips* era un tímido profesor que siempre contaba los mismos chistes. Sib creía que había hecho algunas otras, pero nunca recordaba cuáles. Ninguna de aquellas películas estaba programada para aquella noche. El astrónomo George Sorabji, ganador de un premio Nobel y sosia de Donat, salía en televisión todos los jueves a las 9 de la noche. Algunas veces le gustaba agarrarse a la escala de cuerda de un helicóptero en vuelo, y a veces le gustaba pasearse de un lado

a otro con los ojos centelleantes, explicando el Principio de Exclusión de Pauli o la importancia de la constante Chandrasekhar. Nunca se parecía a Mr. Chips.

A Sorabji le gustaba decir, cuando le preguntaban (si no se lo preguntaban lo decía espontáneamente) que era descendiente de un barón de la droga. Su bisabuelo era un hombre de negocios parsi de Bombay que había hecho fortuna con el comercio del opio. Lejos de ser un marginado social, era un pilar de la sociedad y conocido filántropo, un hombre que había llenado Bombay de escuelas, hospitales y estatuas deleznales. Sorabji argüía que la legalización de las drogas produciría inevitablemente beneficios similares, pero a mayor escala, puesto que las drogas pagarían impuestos elevados con los que se construirían escuelas, hospitales y telescopios escandalosamente caros.

Las páginas de los periódicos estaban llenas de acalorados debates entre Sorabji y los lectores sobre la legalización de las drogas, la astrología como pseudociencia, la absoluta insignificancia de nuestra herencia nacional en comparación con el universo, y la consiguiente necesidad de una inmediata redistribución del dinero para pagar telescopios escandalosamente caros, y un impresionante abanico de temas diversos sobre los que Sorabji sostenía firmes opiniones. También se podía oír a Robert Donat en modo Winslow en la radio, o verlo en la televisión. Por último, pero no menos importante, había ganado un premio Nobel.

Sorabji había compartido el premio con otras tres personas; había ganado el de física porque no hay un premio Nobel para astronomía. La gente que lo conocía, además, decía que, si bien era un brillante astrónomo, no lo había ganado por lo que en realidad mejor hacía.

Lo que mejor hacía era crear modelos matemáticos de los agujeros negros, pero había ganado el premio por *Colossus*, un satélite para astronomía de longitudes de onda múltiples que jamás habría despegado de la mesa de dibujo, y mucho menos del suelo, de no ser por Sorabji. Sorabji había conseguido que Estados Unidos, la Unión Europea, Australia, Japón y muchos otros países que jamás antes habían pensado en financiar un satélite, se comprometieran a aportar escandalosas cantidades de dinero, y había ayudado a diseñar innovadores telescopios para el satélite, que habían aumentado cinco veces el presupuesto de aquel proyecto escandalosamente caro. Al cabo de tres años de hallarse en órbita, el satélite había proporcionado información suficiente para revolucionar nuestros conocimientos sobre cuásares, púlsares y agujeros negros.

Sorabji se interesaba por cosas que aburrían al 90% del país, y mantenía puntos de vista que el 99% de la población rechazaba de plano, pero nadie se lo echaba en cara. Algunos decían que, pese a todo, tenía el valor de mantener sus convicciones, y otros decían que, pese a todo, era una buena persona. Decían que daría la vida por sus amigos. En una ocasión Sorabji había salvado la vida de un amigo cuando, de visita en el observatorio de Mauna Koa, habían sobrevolado en helicóptero un volcán en activo y se habían estrellado en su interior. Sorabji había rescatado a un miembro de su equipo, a un ugandés de la tribu lango al que Idi Amín había puesto bajo arresto domiciliario, sacándolo por la frontera de Kenia bajo una lluvia de balas.

En un principio, Sorabji había atraído la atención del público británico con un programa llamado *Matemáticas, el lenguaje universal*. El 99,99% del público británico no tenía el menor interés por las matemáticas, pero les interesaba el hecho de que Sorabji hubiera conseguido enseñar matemáticas a un chico de una tribu amazónica, que no hablaba más que su propia lengua, y también que hubiera arriesgado su vida por un amigo.

Sorabji se hallaba de camino a Santiago de Chile para dar una conferencia sobre púlsares, cuando su avión hizo una escala no prevista en Belén, Brasil, por problemas mecánicos. Sorabji cogió entonces un pequeño avión de una línea local que se estrelló en las profundidades de la selva amazónica. El piloto murió a causa del impacto, pero Sorabji fue rescatado por una tribu, pero se quedó allí varado durante seis meses.

Por la noche, alzaba los ojos hacia el brillante firmamento que se veía desde el claro, pensando en lo lejos que estaba de todo y en cuánto tiempo tardaba la luz en llegar hasta él y en cuán poco tiempo tenía un hombre para observar la luz que le llegaba.

Solía esparcir tierra blanda frente a su choza y trabajar en problemas matemáticos, porque no tenía nada más que hacer.

Un día, un chico de la tribu se plantó junto a él y pareció sentir curiosidad.

Sorabji pensó: ¡Qué terrible! ¡Imagina que sea un matemático por naturaleza, nacido en una sociedad sin matemáticas! Sorabji no se había molestado en aprender la lengua de la tribu, pero tenía la leve sospecha de que no sabían contar más allá de cuatro. La idea de que existiera un genio matemático nacido en una tribu donde se contara una hormiga frita, dos hormigas fritas, tres hormigas fritas, cuatro hormigas

fritas, muchas hormigas fritas y muchas más, y muchas, muchas más, era demasiado horrible.

Sorabji alisó la arena, apretó los dientes y se dispuso a explicar los rudimentos matemáticos. Puso una piedra sobre la arena y debajo escribió: 1. Puso dos piedras sobre la arena y debajo escribió: 2. Puso tres piedras sobre la arena y escribió: 3. Cuatro piedras: 4. Iki-go-e (o Pete, como lo llamaba Sorabji) se acuclilló junto a él; Sorabji no consiguió discernir si el 5 fue una sorpresa para él.

Seis meses más tarde, Pete y Sorabji estaban en la cárcel.

En la selva apareció un grupo de leñadores que mataron a un par de miembros de la tribu y desperdigaron a los demás. Sorabji siguió entonces las huellas de los camiones en pos de la civilización, y Pete se fue detrás de él. Juntos habían llegado a un pueblo perdido en medio de la selva, donde solo había un teléfono en un edificio donde ponía «Policía»; Sorabji había sido arrestado de inmediato al cruzar la puerta.

Cinco días más tarde, el cónsul británico en Belén cogió un avión hasta Manaus y luego se adentró en la selva en un Land Rover prestado.

El cónsul británico en Belén amaba Brasil. Amaba su lengua, su música; amaba aquel país salvaje e indómito; amaba a su gente. La única pega que le ponía era el hecho de que aquel maravilloso país no había cerrado sus fronteras a todos los británicos que no viajaban en misión oficial. En su opinión, los británicos no eran más intrépidos que otras naciones, sino que, simplemente, tenían una fe ciega en el poder de su cónsul, fe que habría estado justificada si el Foreign Office hubiera puesto a su disposición, por ejemplo, un pequeño ejército privado y un fondo de varios millones, pero que iba mucho más allá de lo que él podía lograr con un pequeño fondo para emergencias y un pequeño complemento para gastos de representación. ¿Qué se creen que puedo hacer yo?, decía indignado, y ¿Qué demonios se creen que puedo hacer yo?, fue el estribillo que repitió una y otra vez mientras viajaba en el Land Rover, sacudido por los baches.

Llegó al pueblo maderero al caer la tarde. Se dirigió de inmediato a la policía, lo llevaron a la cárcel y allí estuvo a punto de vomitar.

En el exterior había cerca de 40 grados; en la cárcel era peor. Veinte hombres se apiñaban en una habitación en la que diez podrían haber respirado.

El carcelero aplastó sonoramente unas cucarachas y señaló a Sorabji.

Sorabji tenía el cabello largo y enmarañado, igual que la barba. Se había pasado seis meses expuesto al sol tropical y su piel se había vuelto oscura. Sus ropas tenían

un aspecto repugnante desde la primera semana y, siguiendo la costumbre local, había acabado por usar la camisa como taparrabos. A Sorabji le gustaba decir que el infortunado cónsul se había adentrado cientos de kilómetros en la selva para rescatar a un ciudadano británico y se había encontrado con Gunga Din. Era cierto que el taparrabos procedía de Gieves & Hawkes, pero no era algo que pudiera notarse a primera vista.

Ha sido muy amable viniendo, dijo Gunga Din con elegancia. Me alegro infinitamente de que lo haya logrado.

Y luego, simplemente porque aquella pregunta lo había atormentado durante meses, dijo:

¿Por casualidad no sabrá si se ha llegado a alguna conclusión con las emisiones binarias de rayos X?

El cónsul dijo que no, que él supiera, y se presentó.

¿Y usted es?, preguntó luego.

Me llamo Sorabji, dijo Gunga Din. George Sorabji.

El cónsul le explicó que necesitaría alguna prueba de su nacionalidad.

Gunga Din explicó que su avión se había estrellado en la selva y que su pasaporte se había quemado con él. Sugirió que el cónsul telefonara a su supervisor en Cambridge, que verificara su identidad y preguntara por la situación de las emisiones binarias de rayos X. Exigió ser liberado y repatriado inmediatamente.

Y también tendremos que sacar a Pete de aquí, añadió.

¿Quién es Pete?, preguntó su salvador.

Gunga Din señaló el rincón.

¿Se refiere a uno de los indios?, preguntó el cónsul.

No creo que se divirtiera mucho en la embajada india, replicó Din con altivez. Es un amazónico.

Lo siento, pero no puedo hacer nada por un brasileño. Puedo indicarle el procedimiento para presentar una reclamación...

Sorabji miró a Pete, que tenía la cabeza caída hacia atrás y los ojos en blanco. Pronto moriría, pero eso no era lo bastante bueno. Seguramente podía sacar una nota decente en un examen de nivel O, lo cual era una especie de milagro, pero no lo bastante bueno.

Es un genio de las matemáticas, dijo Sorabji. Debo llevarlo a Cambridge.

El cónsul miró a Pete. Cuando se es cónsul, continuamente le cuentan a uno

historias ridículas esperando que se las crea, pero aquella era la más ridícula que había oído en su vida.

Si es brasileño, me temo que no podré..., dijo educadamente.

Estúpido, dijo Sorabji. Ignorante. Burócrata.

Y dijo:

Newton está sentado en esta celda. Si me voy, lo matarán. No abandonaré este lugar a menos que venga conmigo.

Pero ¿qué espera usted exactamente que yo...?

¿Tiene un trozo de papel?, preguntó Sorabji.

El cónsul le dio una hoja de papel y un bolígrafo y él escribió:

$1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 + 8 + 9 + 10 + 11 + 12 + 13 + 14 + 15 + 16 + 17 + 18 + 19 + 20$

¿Cuánto tiempo cree que tardaría usted en hacer la suma?

El cónsul vaciló...

Ese chico, dijo Sorabji con suma gravedad, es capaz de sumar todos los números entre 1 y 500 en veinte segundos.

Mmm..., dijo el cónsul.

Sorabji era zoroastra, pero no creía demasiado y, aunque también había ido mucho a la capilla durante su época de colegio, aún creía menos en eso. Sin embargo, empezó de pronto a pensar: Por favor por favor por favor por favor por favor, que no conozca a Gauss, por favor por favor por favor por favor.

Porque Sorabji había enseñado a Pete un truco que el gran matemático Gauss había descubierto a los 8 años de edad:

Suponiendo que se quiere sumar $1 + 2 + 3 + 4 + 5$

Se suma la serie a sí misma, pero al revés $5 + 4 + 3 + 2 + 1$

El resultado de cada par es el mismo: $6 + 6 + 6 + 6 + 6$

¡Pero esto es fácil de calcular! Solo es $5 \times 6 = 30$.

¡Así que la suma de la primera serie es $30 \div 2 = 15$!

Si la serie llegaba hasta 6, cada par sumaría 7, así que la suma sería $6 \times 7 \div 2 = 21$. Si la serie llegaba hasta 7, la suma sería $7 \times 8 \div 2 = 28$. Si la serie llegaba hasta 500, la suma sería la mitad de 500×501 , es decir, $250.500 \div 2 = 125.250$. Fácil.

El cónsul seguía mirando la hoja de papel.

¿Cómo es posible?, dijo.

Mire, dijo Sorabji. No se lo crea porque se lo digo yo. Llévase al chico a la oficina. Anote una suma, todos los números entre 1 y 257, o entre 1 y 366, lo que quiera. No sabe usar el bolígrafo, así que tendrá que esparcir un poco de tierra en el suelo para que se lo escriba. Póngale una suma, dele tiempo y compruébela con una calculadora.

Bueno..., dijo el cónsul, y se fue para hablar con el jefe de policía. En el sistema de justicia brasileño no se tiene por norma liberar a los presos que puedan sumar todos los números entre 1 y 500 en 20 segundos, pero, de todas formas, había algo muy extraño en aquello, y el jefe de policía dijo que quería verlo. Así que sacaron a Pete de la celda.

Tras conferenciar brevemente, decidieron probar con 30. El cónsul escribió la suma en una hoja de papel, se echó un poco de tierra en el suelo y se le enseñó el papel a Pete. 30 veces 31 son 930, dividido por 2 son 465. Pete se acuclilló y escribió 465 en la tierra, cuando el jefe de policía iba aún por 17 con la calculadora. El jefe de policía llegó a 30. En la calculadora apareció el 465.

El jefe de policía y el cónsul miraron al chico con asombro, poniendo ojos como platos.

Probaron con 57, con 92 y con 149, y todas las veces ocurrió lo mismo. El chico escribía un número en la tierra y mucho después la calculadora daba el mismo resultado.

El cónsul miró al chico y recordó al gran matemático indio Ramanujan. Llamó al supervisor de Sorabji en Cambridge y recibió la confirmación de que el brillante y joven astrónomo había desaparecido de camino a una conferencia en Chile seis meses atrás. El cónsul colgó el teléfono y explicó al jefe de policía que Sorabji era un brillante y excéntrico científico. Por eso había aparecido en la selva llevando taparrabos. El chico era su pupilo. El jefe de policía lo miró fijamente. El cónsul inquirió, cortés, pero firme, la naturaleza exacta de los cargos. El jefe de policía lo miró fijamente.

Existen distintas versiones sobre lo que ocurrió después.

De todo lo que ocurrió, Pete solo entendió los números. Más adelante dijo que recordaba haber sumado todos los números entre 1 y 30, entre 1 y 57, entre 1 y 92 y entre 1 y 149, y también que cinco fajos de billetes con el número 10.000 habían cambiado de manos.

El cónsul sostuvo que no se había producido ningún tipo de irregularidad, puesto

que el Foreign Office tenía unas normas extremadamente claras sobre los sobornos. Había llamado a Inglaterra para hablar con el supervisor de Sorabji y, naturalmente, había pagado el coste de la llamada al jefe de policía, y también había autorizado la compra de ropas, por las que había pagado al policía y había obtenido un recibo.

El jefe de policía confirmó su historia.

Fuera cual fuera la verdad del asunto, Sorabji volvió a Inglaterra y vendió la historia a los periódicos y llegó a un acuerdo con la televisión, y Pete ingresó en el Caltech, aprendió inglés y, con el tiempo, se interesó por la física, hasta acabar reuniéndose con Sorabji en la producción de *Matemáticas, el lenguaje universal*.

La mayoría del público británico no estaba interesado en las matemáticas, pero Pete les intrigaba lo bastante como para ver el programa, y así pudieron ver por primera vez a Sorabji en acción. La mayoría se mostraban escépticos, negándose a creer que Sorabji hubiera enseñado matemáticas a un amazónico con garabatos en la tierra. Sorabji demostró sus métodos, usando números, piedras, hojas, miradas, gestos elocuentes y ni una sola palabra de inglés, y les obligó a cambiar de opinión. La mayoría de espectadores no había oído hablar jamás de Gauss, ni notaban su falta. Viendo a Sorabji creyeron que las cosas podrían haber sido diferentes. De haber tenido un maestro que se pareciera a Robert Donat, ¿quién sabe qué cumbres habrían escalado? Al final del programa, Sorabji se dignó hablar inglés para explicarles que los indios mejor vestidos compraban sus taparrabos en Gieves & Hawkes, información que la mayoría de los profesores de matemáticas no están en disposición de ofrecer. Incluso consiguió persuadir a la gente de que se sentaran inmóviles para formar un círculo de radio 1 descrito en el plano gaussiano.

La gente decía que, pese a todo, tenía sentido del humor, y veían *Matemáticas, el lenguaje universal* y *Una cosa extraña ocurrió de camino al sol*, porque tenía sentido del humor, porque se parecía a Robert Donat en *El caso Winslow* y *39 escalones*, pero no en *Adiós, Mr. Chips*.

Aquella noche el programa empezó en el estadio de Wembley. Sorabji apareció en el centro del campo.

Dijo: ¿Qué tamaño ha de tener un átomo para que podamos ver su núcleo?, y se sacó del bolsillo una pequeña bola de acero. Dijo que, si aquella bola fuera el núcleo de un átomo de potasio, el átomo habría de tener el tamaño del estadio, y que el 99,97 % de su masa estaría en la pequeña bola de acero, que pesaría unos 105.000 kilogramos. Para aquellos que tengan problemas en imaginarse 105.000 kilogramos,

dijo Sorabji, ese es el peso aproximado de 110 Vauxhall Astras. En Wembley no nos han dejado aparcar 110 Vauxhall Astras en formación irregular poliédrica —añadió con pesar—, pero aquí tienen la que hemos hecho antes.

La imagen cambió a un aparcamiento. Al fondo se veía el estadio, y en el aparcamiento había 110 Vauxhall Astras rojos en formación irregular poliédrica, apilados en andamios que parecían haber multiplicado el presupuesto por cinco.

Había un helicóptero a un lado.

Sorabji alzó la vista hacia la estructura, que era de unas cuatro veces su estatura. Dijo que lo bueno de aquel ejemplo era que nos hacíamos una idea real del peso de un núcleo del tamaño de una pequeña bola de acero. Lo malo es que perdemos de vista los electrones, literalmente. Los electrones de este núcleo de 105.000 kilogramos pesan 1,5 kilogramos cada uno, aproximadamente, y para saber lo que eso significa, tendremos que ir a Luton, porque los dos primeros están en una estructura a 30 kilómetros de distancia.

Las palas del helicóptero empezaron a girar y el aparato se elevó. De él colgaba una escala de cuerda. Sorabji saltó hacia la escala, se aferró a ella y empezó a trepar. Nos encontrábamos en el segmento de los 39 escalones del programa.

Bajo el helicóptero se veía la estructura roja empequeñeciéndose, primero hasta el tamaño de una pelota de fútbol, y luego de una pelota de tenis, luego de una pelota de golf, luego de un punto, y luego desapareció.

Una cámara en el helicóptero mostró kilómetro tras kilómetros de casas y a Sorabji en la escala de cuerda. Habíamos visto el programa antes, pero Sib quiso volver a verlo.

El helicóptero aterrizó a 30 kilómetros, en un campo cercano a Luton. Sorabji saltó al suelo. Dijo: Una de las cosas que hace que los electrones sean tan difíciles de imaginar es que no tienen tamaño en el sentido normal de la palabra, y otra es el hecho de que no se sabe nunca exactamente dónde está un electrón en un momento dado. Esto hace que un electrón sea muy diferente de esta pesa de un gimnasio de 1,5 kilogramos. Pero el núcleo de 110 Astras de Wembley pesa unas 72.000 veces más que este electrón de 1,5 kilogramos de Luton, y esta relación es muy semejante a la que hay entre el núcleo de un átomo de potasio y un electrón. Sorabji mostró entonces en un mapa que el segundo electrón estaría en Birmingham, el tercero en Sheffield y el cuarto en Newcastle, y dijo que, en lugar de ir a Birmingham, iba a presentar al señor James Davis de Dunstable Tae Kwon Do. El señor Davis era

cinturón negro, cuarto dan, e iba a partir un ladrillo con la mano desnuda.

El ladrillo estaba encima de un soporte. Davis se colocó delante. Levantó el brazo; bajó el brazo; el ladrillo se partió en dos mitades y cayó al suelo.

Sorabji le preguntó cuánto tiempo había tenido que entrenar para aprender a hacerlo y Davis contestó que había estudiado artes marciales toda su vida, pero diría que había empezado a tomárselo en serio hacía unos diez años.

Dijo: No quiero que los jóvenes que nos estén viendo se hagan una idea equivocada. Obviamente se trata también de endurecer el cuerpo, pero lo más importante es educar la mente. Hay muchas ideas falsas sobre este deporte; la gente cree que se trata tan solo de tíos interpretando una especie de fantasía a lo Bruce Lee, y no negaré que hay algunas dojangs donde solo se hace eso, y no quiero mencionar nombres.

Dijo: Bueno, tiene que seguir con su programa, pero me gustaría decir una cosa y es que, cuanto más se estudia un arte marcial, menos probable es que acabes metiéndote de verdad en una pelea, y menos probable es que te metas en situaciones en las que tengas que pelear. Puede que un principiante haga ese tipo de cosas, pero cuanto más se progresa, más cuenta te das de que esta habilidad no se puede utilizar a la ligera.

Dijo: Además, cuanto más progresas, más cuenta te das de que se trata de algo más que progresar. Como principiante, lo único que quieres es mejorar lo antes posible; te obsesionas con obtener el siguiente color de cinturón, pero llega un momento, o debería llegar un momento, en el que estás por encima de todo eso. Obviamente mejoras tu habilidad peleándote con alguien que sea tan bueno o mejor que tú. Bueno, si lo piensas bien, si lo único que te importa es mejorar tu habilidad, no tiene ningún interés para el mejor luchador. Hubo un tiempo en que, por esa misma razón, no tenía el menor deseo de abrir una academia. Pero llega un momento en que te das cuenta de que has de ayudar a los jóvenes y, en definitiva, es por eso que acepté venir a este programa. Si usted, como premio Nobel, puede robarle tiempo al laboratorio para ayudar a formar a los jóvenes, ¿quién soy yo para negarme?

Sorabji dijo: Gracias por haber venido.

Dijo: Veámoslo una vez más a cámara lenta, y pasaron otra vez la imagen del brazo levantado y cayendo y del ladrillo partido en dos.

¿Te enseñan todo eso en yudo?, preguntó Sib.

Contesté que no aprendíamos a romper ladrillos porque el yudo consistía

principalmente en hacer caer al contrario.

Ah, bueno, dijo Sib.

Sorabji dijo: Si el espacio entre un núcleo y el primer electrón es como el espacio entre los 110 Vauxhall Astras de Wembley y la pesa de 1,5 kilogramos de Luton, y si el espacio entre el primer electrón y el segundo es como la distancia entre Luton y Birmingham, ¿por qué se tardan diez años de esforzado entrenamiento físico y mental para partir un ladrillo con una mano? A nivel atómico, tanto la mano como el ladrillo son prácticamente espacio vacío. El hecho es que no es la materia de la mano lo que rechaza la materia del ladrillo. El rechazo es el resultado de la carga eléctrica. De no ser por la carga eléctrica, podríamos atravesar las paredes.

La primera vez que vi el programa, aquella conclusión me impresionó mucho. Ahora pensé de repente: Espera un momento.

Le dije a Sib que no creía que pudiera haber un átomo sin carga eléctrica, y si no había átomos, ¿cómo iba a haber paredes?, y añadí que tal vez debería escribirle una carta y firmarla Ludo, 11 años.

Si crees que no se ha dado cuenta de ese hecho, desde luego deberías decírselo, dijo Sib. Añadió que solo debía firmarse una carta diciendo que uno tenía 11 años, cuando en ella se ponía algo más inteligente de lo que los chicos corrientes de 11 años podrían decir, y que no era una buena idea cuando no se había comprendido nada.

Dijo que, evidentemente, Sorabji intentaba explicar un hecho al público en general. De acuerdo, dije.

No sé si será demasiado tarde para mudarse a Dunstable.

¿Cómo?, dije.

Sorabji explicó que los electrones orbitaban alrededor del núcleo miles de millones de veces en una millonésima de segundo, y que el efecto era similar al de las palas del rotor de un helicóptero, y que era la velocidad de los electrones lo que hacía que el átomo fuera sólido.

Sibylla comentó que Sorabji era en gran parte autodidacta.



El padre de Sorabji era un parsi de Bombay; su madre era inglesa y había conocido a su padre durante una visita a Cambridge, donde el hermano estudiaba matemáticas en el Trinity College. Fue él quien los presentó al encontrarse en una escalera. Al principio no congeniaron porque ella hizo un comentario sobre la India y él tuvo la mala educación de decir que le gustaría saber en qué basaba su opinión una persona que no había puesto jamás los pies en aquel país. Más tarde ella dijo que era el hombre más grosero que había conocido en su vida. Él volvió a la India y a ella la presentaron en sociedad e hizo todo lo habitual, que era bastante aburrido. Ella había sido siempre una persona poco convencional, así que se le metió en la cabeza la idea de ir a la India para verla. Al principio su padre le negó el permiso, pero ella rechazó tres o cuatro propuestas de matrimonio y empezó a montar a caballo y a saltar vallas de un metro ochenta de altura, y después de que se hubiera roto un brazo y la clavícula, su padre dijo que sería mejor que la dejara marchar antes de que se hiciera daño alguno de los caballos.

La madre de Sorabji se embarcó rumbo a Bombay y no encontró lo que esperaba. El club era indescriptible, igual que la gente. Además, hacía mucho calor. Es decir, esperaba que hiciera calor, pero que no se notara tanto. Pero buscó al hombre más grosero que había conocido en su vida y esta vez se encendió la mecha. Ella dijo que podía decir lo que le diera la gana, dado que ya había puesto los pies en el país, y a él le encantó comprobar que ella había superado la inseguridad que había demostrado en una ocasión anterior. Ella dijo algo mordaz y él dijo algo grosero. Ella sabía que él era un hombre brillante porque su hermano le había asegurado que era uno de los matemáticos más extraordinarios que había conocido, pero aunque era brillante y grosero, no era condescendiente. Los otros amigos de su hermano eran siempre encantadores, hasta el punto de que no podía hablar con uno de ellos sin sacar después un caballo para saltar una valla de uno ochenta. No había conocido nunca a un hombre que pudiera abrir la boca sin poner en peligro la boca de un caballo.

Se casaron a pesar de la oposición de la familia de él, y ella empezó a preguntarse

si había cometido un error. Su marido era mucho más rico que cualquier otra persona que ella hubiera conocido, pero también trabajaba mucho más y su negocio absorbía la mayor parte de su tiempo. La familia de su marido se tomaba en serio cosas que ella no podía tomarse en serio en absoluto. Su madre le había hablado sobre una reciente asamblea de las Kaiser-i-Hind, versión india de las Hijas Canadienses del Imperio.

«¡Qué horror!» (la única respuesta sana) habría provocado palpitaciones, naturalmente. Vivian musitó algo incomprensible y apuró un gin-tonic de un solo trago. Su suegra añadió una imponente muestra de la lealtad de las exploradoras, que habían concluido una asamblea, alzándose y gritando con fervor: «¡Una bandera, un trono, un imperio!». No estaba bien que se tomara otra copa tan pronto, pero ¿qué podía hacer?

Hacía un calor terrible. Perdió tres bebés y decidieron no intentarlo durante una temporada. Luego volvió a quedarse embarazada y esta vez la enviaron inmediatamente a las colinas. Varios miembros femeninos de la familia se habían ofrecido a ir con ella, pero su marido (temiendo que en un clima más fresco su mujer se sintiera tentada de montar a caballo), se plantó. Se le permitió ir sola y esta vez el niño nació vivo, pero ella estuvo mal durante mucho tiempo, así que no lo vio demasiado.

Uno de los hermanos de ella cultivaba café en Kenia. Ella había oído decir que allí el clima era mejor, y preguntó un día si podrían irse a Kenia. En realidad no creía que pudieran, porque toda la familia estaba en Bombay y los negocios allí le llevaban mucho tiempo. El marido se paseó de un lado a otro durante un par de minutos y luego dijo que quizá sería una buena idea. Dijo que le parecía que tendría buenas oportunidades en Kenia, que significaría volver a empezar desde cero, pero que todo aquel fanatismo con el que convivían no era en realidad de su gusto.

Se fueron de Bombay cuando Sorabji tenía cinco años y sus primeros recuerdos fueron el viaje en barco hasta Mombasa.

Sorabji se despertaba a altas horas de la noche y encontraba a su madre junto a la cama. En la penumbra solo veía el brillo de los diamantes que llevaba en el cuello y las orejas y el blanco de sus guantes; ella lo cogía en brazos y lo llevaba a cubierta, donde aguardaba su padre. Su madre lo ponía sobre la barandilla, sujetándolo; abajo, la blanca espuma se desvanecía en las oscuras aguas, arriba las estrellas brillaban cercanas.

Algunas veces otros pasajeros se acercaban para objetar que el niño debería estar en la cama. Su madre reía y decía que tal vez vieran un cometa.

Su madre le señalaba las constelaciones, mientras su padre fumaba en silencio. Explicaba que ella había visto estrellas diferentes siendo niña, que la Tierra era como una pelota en el aire y que si uno estuviera en un extremo, siempre vería lo mismo.

Su madre murió de malaria cuando él tenía 12 años y su padre lo envió a un colegio de Inglaterra.

El director del colegio entrevistó a Sorabji y lo admitió como favor especial, pero afirmó que tendría que trabajar mucho para ponerse al nivel de los demás, porque era el chico más ignorante que había visto en su vida.

Lo cierto era que Sorabji sabía mucho de matemáticas y ciencia, pero nada más. Había estudiado por correspondencia en Kenia. Tan pronto como le llegaba un paquete postal, hacía todo lo referido a matemáticas y ciencia y lo devolvía, de modo que había progresado rápidamente en las asignaturas que le interesaban. Las tareas de humanidades las había ido apilando en el suelo para hacerlas cuando tuviera tiempo. Un día pensó que debía hacer algo, porque la pila tenía ya una altura de metro cincuenta, pero los primeros papeles de la base se los habían comido las hormigas, así que lo había dejado correr.

Le dijo al director que sabía mucho de ciencias y matemáticas, y el director dijo que eso demostraba su total falta de disciplina. Sin embargo, dado que había cubierto la mayor parte del programa de estudios de nivel O para matemáticas, biología, química y física, podría usar el tiempo de esas asignaturas para ponerse al día en las que no había estudiado.

Sorabji se escapó 27 veces del colegio y lo devolvieron a él otras tantas.

La primera vez que se escapó era de noche. Alzó la vista hacia el cielo del norte; era como pasar de un joyero de Bond Street a un vendedor ambulante con trozos de vidrios sobre un terciopelo barato. La luna estaba a 385.000 kilómetros, y eso era muy lejos. La segunda vez que se escapó acababa de amanecer. Siguió por un canal hasta la ciudad y vio una bola naranja de fuego brillando entre los árboles y estaba a 150 millones de kilómetros de distancia. Consiguió llegar a la casa de su padre en Londres, pero su padre volvió a enviarlo al colegio. Sorabji siguió escapándose y volviendo al colegio, y pronto todo en el sistema solar estaba demasiado cerca.

Le obsesionaban las distancias. Había leído sobre estrellas cuya luz había partido hacía millones de años, y también que la luz que vemos podría proceder de estrellas

ya muertas. Él alzaba la cabeza y se decía que quizá todas las estrellas estuvieran ya muertas; pensaba que, estando tan lejos, no había modo de saberlo.

Era como si todo pudiera haber acabado ya.

Un día encontró un libro de astronomía en la biblioteca del colegio. Buscó primero un capítulo sobre evolución estelar, dado su interés en las distancias y la muerte de las estrellas, y el libro se abrió por algo llamado el diagrama de Hertzsprung-Russell, que utilizaba el brillo y la temperatura para inferir la evolución de las estrellas. Sorabji no había visto nada tan maravilloso en su vida. Jamás había imaginado que pudiera existir un conocimiento tan asombroso como aquel en el universo.

Se quedó con la vista clavada en la página, pensando: ¿Por qué no había oído hablar nunca de esto? ¿Por qué no lo sabe todo el mundo? Más adelante, Sorabji diría en ocasiones que le resultaba muy extraño estar en el colegio, sabiendo que nadie había intentado jamás transmitir aquella extraordinaria información a los alumnos, sino que les obligaban a pasarse horas enteras convirtiendo magníficos poemas ingleses en atroces poemas latinos. Decía que lo que más le asustaba era pensar en las demás cosas maravillosas que les impedían conocer en el colegio. Finalmente, había huido una última vez, se había presentado a los exámenes de nivel A por su cuenta, los había aprobado y había ingresado en Cambridge, y jamás había olvidado las cosas que se impedía conocer a la gente en el colegio.

De pronto pensé: Mira. Si Kambei hubiera dejado de reclutar samuráis porque el primero no servía, una obra maestra del cine moderno de 205 minutos de duración se habría terminado en el minuto 32. Había cinco mil millones de personas en el planeta y yo solo había probado con una. Y, al menos, una persona que se había escapado 27 veces del colegio no sacaría conclusiones precipitadas cuando le dijera que yo había dejado el colegio a los seis años.

Estaba a punto de entusiasmarme con la idea y pensar: Eso es, cuando de pronto me dije: Un momento.

¿Conoces la historia sobre el chico ugandés de la tribu lango?, pregunté a Sib.

Sí, respondió.

¿Es cierta?

Sib dijo que creía que sí.

Pero ¿cómo lo sabes?, pregunté.

Bueno, entrevistaron al doctor Akii-Bua cuando fue nombrado doctor *honoris*

causa por la Universidad de Oxford, y dijo que no estaría allí de no ser por el extraordinario heroísmo del doctor Sorabji.

¿Y lo del volcán?

Sib dijo que en una ocasión había leído una entrevista al hombre con el brazo roto y que en ella describía lo que había sentido al caer en el volcán y luego al ver a Sorabji descendiendo. ¿Por qué lo preguntas?, dijo Sib. Le contesté que era solo curiosidad. No le pregunté por Pete, porque yo también había visto el programa de *Matemáticas, el lenguaje universal*. Pete llamaba maníaco y lunático a Sorabji, pero jamás había dicho que no le hubiera salvado la vida.



Todas las pruebas sugerían que Sorabji no era tan solo brillante, sino también un auténtico héroe. La cuestión era si yo tendría realmente el valor para presentarme ante alguien que era un genio científico, además de héroe.

Al principio creí que no sería capaz de hacerlo. Pero luego pensé: Si eres un cobarde, te mereces lo que te pase. Te mereces lo que tienes.

Cuando decidí que tendría que hacerlo, me di cuenta de que habría de prepararme. No tenía sentido presentarse ante el ganador de un premio Nobel y hablarle del tipo de cosas que le hicieran pensar que *Barrio Sésamo* era el nivel adecuado para mí.

El problema estribaba en saber hasta dónde habría de llegar para estar a su altura. Finalmente me decidí por el análisis de Fourier y las transformaciones de Laplace y los puntos lagrangianos, y también me aprendería la tabla periódica, porque hacía tiempo que pensaba en ello, y también me aprendería las series de hidrógeno de Lyman, Balmer, Paschen y Brackett, pensando en el temprano interés de Sorabji por la espectroscopia. Tal vez con todo eso bastara.

Tardé un mes aproximadamente en prepararme. No fue fácil trabajar en casa, porque Sib no hacía más que interrumpirme para leerme fragmentos divertidos del *Magazine of the Parrot Society*, tales como «Factores que afectan a los loros» o «Interferencias humanas». O se acercaba y se ponía a mirar el libro sobre el análisis de Fourier y decía: Fascinante. Al final me fui a trabajar al Barbican. Al finalizar el mes, no estaba seguro sobre si debería estudiar un mes, o incluso un año más. ¿No valdría la pena un año extra por semejante oportunidad, la oportunidad de tener a un premio Nobel por padre, y no a cualquier premio Nobel, además, sino al sosia de Robert Donat que saltaba de los trenes en marcha? Si lo conseguía... pensé que si lo conseguía sería como subirse a un tren en marcha, porque de repente todo sería más fácil y rápido y jamás volvería la vista atrás.

Habría pasado un año estudiando, si hubiera sabido el qué, pero no estaba seguro y pensé que, cuanto más hiciera, mayor me haría y menos sorprendente resultaría que pudiera hacerlo.

Recité la tabla periódica una última vez para darme buena suerte y me fui en busca de Sorabji.

Sorabji había empezado en la Universidad de Londres y seguía vinculado a ella, aunque ahora estaba en Cambridge. Había conservado la casa de Londres, porque a sus hijos les iba muy bien en el colegio y era mejor para ellos quedarse allí. Él vivía en su facultad, en Cambridge. Tal vez estuviera en Cambridge, realizando alguna investigación, o en Londres, porque era verano.

Cogí la Línea de Circunvalación hasta South Kensington y me dirigí al Imperial College. La mujer de la recepción me dijo que se había producido un avistamiento sin confirmar hacía tres semanas. Le expliqué que estaba trabajando en un proyecto de astronomía durante el verano para el curso siguiente, y que una parte del proyecto consistía en una entrevista con un astrónomo famoso. ¿Existía alguna posibilidad de que pudiera entrevistar al profesor Sorabji? ¿Por favor?, dije. Le pregunté si podía darme su dirección para escribirle. ¿Por favor?, dije.

Ella dijo que el profesor Sorabji era un hombre muy ocupado.

¿Por favor?, repetí.

Ella dijo que no podía darle la dirección a cualquiera que se la pidiese.

Le dije que me había pasado un mes estudiando el análisis de Fourier para sorprender al profesor Sorabji y, ¿Por favor?

¡El análisis de Fourier! ¿Y eso qué es?, preguntó.

¿Quiere que calcule el potencial gravitacional de cualquier punto fuera de una esfera sólida y uniforme de radio a y masa m ?

Bueno..., dijo ella.

¿Qué le parece un problema con cuerdas o membranas vibrantes? Supongamos que el parche cuadrado de un tambor tiene bordes fijos y con unidad de longitud. Si al parche se le da un desplazamiento inicial transversal y luego se suelta, ¿cuál es el movimiento resultante?

Ella pareció vacilar, así que cogí un folleto en el que se describía el Imperial College y, en la parte de atrás, utilicé rápidamente la función Legendre para calcular el potencial gravitacional de cualquier punto fuera de una esfera sólida y uniforme de radio a y masa m , y en otro folleto empecé a calcular el movimiento resultante del parche de tambor, pero ella dijo: Está bien, de acuerdo, antes de que pudiera acabar. Escribió la dirección en una tarjeta. Estaba cerca; podía ir andando.

Emprendí el camino hacia su casa. Cada vez estaba más nervioso. ¿Y si tenía la oportunidad de conseguir al padre perfecto y la echaba a perder porque olvidaba los números másicos de los tres isótopos más abundantes del hafnio?

Dije: Hafnio. Símbolo Hf. Número atómico 72. Peso atómico 178,49. Número de isótopos naturales 6. Números másicos de los isótopos más abundantes, con porcentaje de abundancia 177, 18,6 %, 178, 27,3 %, 180, 35,1 %. El radioisótopo más estable (tipo predominante de desintegración radiactiva) media vida, 181 (β^- , γ) 42 d. Primera energía de ionización 7,0 eV. Densidad en g/cm³ a 20 °C 13,31. Punto de fusión 2.227 °C. Configuración de los electrones [Xe]4f¹⁴5d²6s². Estado de oxidación en compuestos, IV. Radio atómico 156,4 α pm. Radio covalente para enlaces simples 144 pm. Potencial de reducción w/ número de electrones, etcétera, etcétera —1.505(4). Electronegatividad 1,2. Abundancia terrestre: $4 \cdot 10^{-4}$.

Sabía lo que significaba parte de todo aquello y pensé que me sería útil aprenderme también lo que no sabía qué significaba. Ahora me daba cuenta de que debería haber averiguado para qué servía el potencial de reducción E° en V con número (n) de electrones, y deseé haber seguido adelante hasta aprender el radio iónico en pm con el número de oxidación y el de coordinación. ¿Y si lo que me impedía tener a Sorabji como padre era no saber el radio iónico con los números de oxidación y coordinación? Estuve a punto de dar media vuelta para volver a casa, pero pensé que era una estupidez. No era más que química, así que seguramente a él le daría igual, y de todas formas siempre habría algo que no sabría.

Encontré la casa, llegué hasta la puerta y llamé. Salió a abrirme una mujer de brillantes ojos negros y pelo también negro. Llevaba un sari de color púrpura. Dio la impresión de ser una mujer de carácter, resuelta, solo con abrir la puerta y escuchar mi explicación sobre el proyecto escolar y la entrevista.

Tenemos un invitado a cenar, así que me temo que mi marido no podrá hablar contigo esta noche. Puede que no tenga tiempo para recibirte, ¿sabes?, está muy ocupado estos días. De todas formas, será mejor que pases, será mejor que, si puede encontrarte algún hueco, acordéis una cita ahora mismo. ¿Cómo te llamas?

Steve, dije.

Bueno, entra, Steve, y veremos lo que podemos hacer por ti.

La seguí al interior de la casa. Había un televisor encendido en una habitación a la izquierda del vestíbulo. Ella me condujo a una gran habitación que había a la derecha.

Junto a la ventana había un hombre alto, delgado y de cabellos grises, mirando a la calle y con un vaso de jerez en la mano. Dijo que creía que estábamos muy lejos de comprender aquello.

Sorabji dijo que creía que los próximos años serían decisivos. Estaba de pie junto a la chimenea con un vaso de jerez en la mano y se puso a hablar sobre vientos estelares, haciendo gestos con la mano libre, y luego dejó el vaso de jerez para hacer gestos con la otra mano. Lo único que entendí fue que hablaba de vientos estelares. Jamás se me habría ocurrido estudiar los vientos estelares. El otro hombre dijo algo que tampoco entendí y Sorabji empezó a hablar de estrellas Wolf-Rayet. Una estrella Wolf-Rayet es una estrella sumamente luminosa con emisiones de banda ancha de carbono o nitrógeno. No entendí lo que Sorabji decía. Me habría gustado decir algo brillante, pero lo único que podría haber dicho era precisamente que una estrella Wolf-Rayet es una estrella sumamente luminosa con emisiones de banda ancha de carbono o nitrógeno.

Sorabji siguió hablando impetuosamente a pesar de nuestra aparición. Su piel no era del todo morena; sus ojos eran penetrantes y negros, sus cabellos negros y ondulados. No me pareció imposible que pudiera salirme con la mía. Él no iba a decidir que no podía ser su hijo basándose en mi abismal ignorancia sobre los vientos estelares y la dispersión individual máxima y las estrellas Wolf-Rayet, pero yo no quería decírselo y observar que pensaba que *Barrio Sésamo* era el nivel que me correspondía.

Seguía hablando impetuosamente cuando su mujer lo interrumpió sin esperar a que fuera un buen momento.

GEORGE, dijo. Este chico quiere hablar contigo. Es para un proyecto escolar. ¿Podemos hacerle un hueco?

Él se echó a reír.

¿Tiene que ser en los próximos 18 meses?, preguntó.

GEORGE, dijo ella.

No puedo pensar en eso ahora, dijo él. *Casi* he convencido a este hereje de lo equivocado de sus procedimientos. ¿No es verdad, Ken?

El hombre de la ventana esbozó una seca sonrisa.

Yo no diría tanto.

Sorabji empezó a hablar de nuevo impetuosamente y ella dijo:

GEORGE.

Tengo que comprobar mi agenda, dijo él. Creo que podríamos arreglarlo. Le echaré un vistazo más tarde. ¿Por qué no te quedas a cenar?

Gracias, dije.

Espléndido, dijo él, mi mujer te pondrá algún problema para hacer...

Su mujer repitió GEORGE pero él dijo:

No, una regla es una regla. Y explicó que la regla era que, si acababa toda una hoja de problemas, podría cenar con los adultos. Explicó que sus hijos tenían que hacerlo todas las noches. No te lo tomes demasiado en serio, ¿eh?, dijo. Dios sabe que mis hijas no lo hacen. Prefieren con mucho cenar delante de la televisión que sentarse a escucharnos a Ken y a mí hablando todo el rato. Si no nos aguantas, puedes quedarte y ver *EastEnders*, y ya comprobaremos mi agenda después.

Su mujer me llevó a la otra habitación.

George tiene esta manía con las matemáticas, Steve.

Le dije que no me importaba.

La televisión estaba encendida. Tres chicas la miraban y hacían problemas. La mujer me presentó y ellas alzaron la vista y luego volvieron a mirar la televisión. La mujer me dijo que podía elegir los problemas que pensara que podía hacer, y que ella debía ir a ocuparse de la cena.

La chica más joven trabajaba en una hoja de divisiones desarrolladas. Pensé que tardaría mucho en hacerlas y ¿qué sentido tenía? A él no le impresionaría demasiado que le mostrara una hoja de divisiones desarrolladas. Daba igual que estuvieran bien o mal, puesto que eran del tipo de cosas que cualquiera podría hacer.

La chica que le seguía estaba haciendo un montón de ecuaciones de tres variables. A él no le impresionaría con un hoja de ecuaciones de tres variables, y tardaría mucho en hacerlas.

La chica mayor estaba haciendo una hoja de determinantes. Eran lo bastante difíciles para que valiera la pena hacerlas, pero tardaría demasiado.

¿Hay más problemas para hacer?, le pregunté.

Mira si encuentras algo allí, respondió ella, encogiéndose de hombros.

Señalaba una carpeta que había sobre la mesa. Todas se echaron a reír.

¿Qué pasa?, dije, y ellas contestaron:

Nada.

Abrí la carpeta y encontré un montón de hojas impresas con problemas. Había muchas cosas que no sabía hacer, pero también vi algunos análisis de Fourier, así que

pensé que servirían.

En la parte superior de todas las hojas ponía: 3 horas.

¿A qué hora se cena?, pregunté.

A las 8, me contestaron.

Eran las 7.15. Pensé que podía dividir por tres el número de problemas que se suponía que se debían hacer, y que seguramente no pasaría nada si acababa a las 8.15.

Los problemas de las hojas eran bastante heterogéneos, mientras que las chicas los hacían todos de un solo tipo, así que, saqué cuatro problemas sobre el análisis de Fourier de diferentes hojas. Eran un poco más complicados que los de mi libro. Eran casi las 8.30 cuando terminé.

Entré en el comedor. Él presidía la mesa y estaba sirviendo un vaso de vino al otro hombre, diciendo:

No existe la menor duda, Ken, sobre la importancia de esta propuesta... ¿Sí?

Le dije que había acabado los problemas.

¿Ahora?

¿Quiere mirarlos?, pregunté.

Me temo que tendrán que esperar...

Entonces tendrá que aceptar mi palabra de que están bien.

Él se echó a reír.

Firoza, dijo, ¿te importaría poner otro plato?

Su mujer me puso un plato y me sirvió una gran ración de curry. Me dijo que el doctor Miller tenía algo muy importante que discutir con su marido, pero que luego repasaríamos su agenda. Sorabji no dejaba de hablar impetuosamente y de llenar el vaso de vino del doctor Miller, y el doctor Miller no dejaba de decir: Volviendo a lo que estaba diciendo. Así continuaron durante unas dos horas, pero las chicas no vinieron con sus problemas.

Después de la cena, Sorabji dijo:

Tomaremos el café en mi despacho.

Tendría que hacerlo pronto.

Les seguí con mis problemas en la mano. Pasamos por delante de la otra habitación; las tres chicas seguían sentadas a la mesa, mirando la televisión y haciendo sus problemas, con sus platos de curry al lado.

El doctor Miller entró en el despacho detrás de Sorabji y cuando yo entré también, me miró y dijo con una sonrisa:

Me temo que tenemos negocios que discutir.

Oh, no importa, dijo Sorabji, en realidad solo hay que pulir los detalles. Lo más importante es que nos hayamos entendido.

Eso me gustaría creer, dijo Miller.

Puede estar seguro, dijo Sorabji, y añadió: ¿Café, o algo más fuerte?

Miller miró su reloj y dijo:

Tengo que irme ya, el viaje de vuelta es toda una excursión.

¿Está seguro de que no puedo convencerle?, dijo Sorabji.

No, mejor que no. A ver, ¿dónde he dejado mi chaqueta? ¡Ah!

Cogió un viejo impermeable que colgaba sobre una silla y se lo puso, y también cogió un viejo maletín que había junto a la silla.

De todas formas, dijo, creo que hemos aclarado los puntos principales.

Desde luego, dijo Sorabji. Creo que hemos avanzado mucho.

Bueno, espero que tenga una idea más clara de lo que esperamos conseguir, dijo Miller.

Ha sido tremendamente útil, afirmó Sorabji. Gracias por venir.

De nada, dijo Miller. Intentaré enviarle algo por escrito a final de semana.

Le acompaño hasta la puerta, dijo Sorabji.

Oí cerrar la puerta y a él volviendo por el pasillo, silbando en voz baja.

Entró en la habitación y me vio.

No eres exactamente un modelo de tacto, ¿eh?

¿Qué quiere decir?, pregunté.

No importa, dijo. Te debo una. Veamos esos problemas.

Le entregué las hojas y dije:

He hecho unos diferentes, porque los otros me hubieran llevado demasiado tiempo.

Miró las hojas sonriendo. Rápidamente alzó la vista y volvió a mirar las hojas.

¿De dónde has sacado esto?, preguntó.

De la carpeta, contesté.

¿La carpeta? ¿Te refieres a mis viejos papeles?

Hojeó los problemas rápidamente para ver si eran todos del mismo tipo y luego los repasó lentamente para ver si había errores. En un momento determinado sacó un lápiz, tachó algo y escribió algo debajo. Finalmente dejó las hojas sobre la mesa de escritorio, riendo.

¡Bien por ti!, dijo. He visto alumnos de quinto curso de carrera que no sabían

hacerlo. He visto estudiantes de último curso a los que estos problemas cubrían de vergüenza. Esto casi me devuelve la fe en el sistema educativo... claro que, seguramente te han dado clases particulares.

Le dije que mi madre me había ayudado.

¡Bien, pues me quito el sombrero!, dijo.

Sonreía.

Alégrame la vida, dijo. Dime que quieres ser astrónomo.

Le dije que no estaba seguro de lo que quería hacer.

Pero no estarías aquí si no te interesara el tema. ¡Supongo que podré convencerte!, dijo, y añadió: Me temo que estaba muy ocupado cuando has aparecido por aquí y no recuerdo exactamente a qué venías. ¿Querías un libro firmado?

Pensé: No puedo parar ahora.

Alza su espada de bambú. La echa hacia atrás con un lento movimiento.

Dije...

Lo dije tan bajito que no me oyó.

Perdón, ¿qué has dicho?

Quería verle porque soy su hijo, repetí.

Se le cortó la respiración. Me miró luego rápidamente, cogió otra vez las hojas y las miró sin hablar. Miró una hoja, luego otra, y luego volvió la cabeza.

Ella me dijo que... No me dijo nunca que...

Miró las hojas con los análisis de Fourier una vez más.

El hijo que nunca tuve, dijo en voz baja.

Me miró. Tenía los ojos húmedos.

Puso una mano sobre mi hombro y se echó a reír, meneando la cabeza.

No sé cómo no me he dado cuenta, dijo, meneando la cabeza y riendo. Eres exacto a mí a la misma edad...

No supe qué decir.

¿Te contó ella...?

Ella nunca me contó nada. Lo vi en un sobre que ponía: «Para ser abierto en caso de fallecimiento». Ella no sabe...

¿Qué decía?, preguntó.

No decía gran cosa.

¿Y vives aquí? No lo entiendo. Ella está todavía en Australia, ¿no? El otro día precisamente vi un artículo...

Vivo con mi abuela.

Pensé que sin duda aquello le abriría los ojos.

Pues claro, dijo. Estúpido de mí. Tenía que hacer algo así. Entonces ¿estudias en un colegio de aquí? ¿Vas a verla en verano?

Le dije que no iba al colegio, que trabajaba en casa por mi cuenta.

Entiendo, dijo. Miró otra vez los problemas y sonrió: Aun así, me pregunto si es lo más sensato.

Y de repente dijo:

Dime lo que sepas sobre el átomo.

¿Qué átomo?

Cualquiera.

Un átomo de iterbio tiene 70 electrones, un peso atómico de 173,04, una energía de ionización primera de 6,254 electrovoltios...

No es eso a lo que me refiero, dijo, sino más bien a la estructura.

Pensé: ¿Qué pasa si explico la estructura?

¿La estructura?

Dime lo que sepas.

Le expliqué lo que sabía y también por qué no creía que tuviera sentido decir que, de no ser por la carga eléctrica, podríamos atravesar las paredes.

Él se echó a reír y empezó a hacerme más preguntas. Cuando la respuesta era acertada, se reía; cuando yo no sabía la respuesta, me la explicaba, gesticulando. Era parecido al programa, pero con explicaciones más complejas, y a veces escribía una fórmula matemática en un papel y me preguntaba si la entendía.

Tenemos que meterte en un colegio, dijo al fin. Si estudias en el centro adecuado, no habrá quién te detenga. ¿Qué te parece Winchester?

¿No podría ir a Cambridge directamente?

Él se quedó mirándome y luego volvió a reír, dándose una palmada en la rodilla.

¡Bueno, descaro no te falta!

Usted ha dicho que conocía a estudiantes universitarios que no podían hacer esos problemas.

Sí, pero no eran estudiantes demasiado buenos, dijo. Y luego añadió: Bueno, depende de lo que quieras hacer. ¿Quieres ser matemático?

No lo sé, respondí.

Si quieres... si estás seguro de que es eso lo que quieres hacer, será mejor que

empieces ahora, cuanto antes mejor. Si quieres estudiar cualquier otra carrera de ciencias, existen otras consideraciones. Fíjate en el pobre Ken.

¿Qué le pasa?, pregunté.

¡Fíjate en él!, dijo. El año pasado recortaron nuestra contribución a la Agencia Espacial Europea, así que ahora no puede acceder al telescopio HERSCHEL. Si él no puede, sus estudiantes tampoco pueden. Ahora están atascados, intentando sumarse a algún otro proyecto. Ya te puedes imaginar el historial investigador que tendrá su departamento ahora que el gobierno ha hecho imposible que sigan investigando. Bueno, ¿qué clase de fondos crees que obtendrán si no realizan ninguna investigación?

Me miraba con gran seriedad, del mismo modo que cuando escribía fórmulas en un papel que creía que la mayoría de la gente no podría entender.

Cualquier ciencia es cara, y la astronomía es de las más caras, dijo. Si necesitas cientos de millones de libras, más tarde o más temprano tendrás que hablar con gente que no entiende lo que haces, ni quieren entenderlo, porque detestaban estudiar ciencias en el colegio. Sencillamente, no puedes permitirte el lujo de permanecer aislado.

Se me ocurrieron un par de cosas que decir. Una de ellas era que no estaba totalmente aislado porque hacía yudo en la academia Bermondsey Boys Junior Judo. La otra era: De acuerdo.

De acuerdo.

Dices eso, pero no lo entiendes, dijo él. Crees que puedes entenderlo todo porque eres inteligente. No creo que nada de esto vaya a causarte problemas... Y miró mis hojas. Lo que necesitas es entender cosas que te resultarán casi imposibles de creer. Si no aprendes a creértelas ahora, será demasiado tarde.

Lo que resultaba casi imposible de creer era que me hablara de aquella forma. Un premio Nobel me decía que creía que yo podía conseguir cualquier cosa. Un premio Nobel se alegraba de que fuera su hijo. Y mientras lo decía, aunque lo decía en serio, sonreía de pronto como si hubiera estado ahorrando aquella sonrisa para el hijo que siempre había querido y nunca había llegado. Era brillante y creía que yo era brillante. Parecía una estrella de cine y creía que yo me parecía a él. En lugar de preguntarme capitales del mundo, me hablaba de lo que costaría realizar las investigaciones científicas más caras del mundo. A veces yo pensaba: Bueno, si quiere ser mi padre, ¿por qué no puede serlo? O pensaba que en cualquier momento

decidiría de pronto hacerme una prueba sobre los puntos lagrangianos y se daría cuenta de que no era su hijo, después de todo.

Has de ser capaz de creer, dijo. No es solo que a las personas que extienden los cheques no les guste la ciencia. Las eligen personas a las que no les gusta la ciencia. Informan sobre ellos periódicos que publican innumerables personas medianamente cultivadas, siempre dispuestas a leer los últimos datos sobre dinosaurios. Has de ser capaz de creer que los periódicos que informan sobre sus decisiones están dispuestos a publicar una columna de astrología todos los días que ni los editores del periódico ni sus lectores creen que carezca de fundamentos.

Añadió:

Lo que tienes que entender es que, sencillamente no puedes permitirte el lujo de actuar como si estuvieras tratando con adultos. No tratas con gente que quiere entender cómo funciona algo en realidad. Tratas con gente a la que le gustaría que tú reavivaras en ellos la sensación de asombro de cuando eran niños. Tratas con gente a la que le gustaría eliminar todo lo que sea tedioso y matemático, porque impide que se reavive...

Sonó el teléfono.

Discúlpame un momento.

Rodeó la mesa y descolgó.

¿Sí?, dijo. Oh, no, en absoluto, creo que ha ido muy bien. No creo que tengamos que preocuparnos de nada por ese lado. Me ha dicho que me enviaría algo escrito a final de semana, así que te quedan unos cuantos días de gracia.

Hubo una corta pausa y luego rió.

No esperarás que te conteste a eso, dijo. No, no, tú consíguelo lo antes que puedas. De acuerdo. Adiós.

Volvió con el entrecejo fruncido y una leve sonrisa.

—Hay una broma que la gente hace a veces a los cristianos fundamentalistas. Dicen que si crees que la Biblia es literalmente la palabra de Dios y que la palabra de Dios es más importante que cualquier otra cosa, ¿cómo es posible que no aprendas las lenguas que Dios eligió para el texto original? Bueno, si crees que hay un Creador, y crees que es lo más importante, solo tienes que mirar a tu alrededor para ver el lenguaje en el que piensa. Ha pensado en lenguaje matemático durante miles de millones de años. Claro está que, si lo piensas bien, no hay quien gane a la gente religiosa en su desprecio gratuito hacia Creador y Creación por igual...

Se interrumpió y vaciló antes de decir:

Creo que has dicho que ella no te ha contado... Es decir, ¿qué te ha contado exactamente?

Bueno...

No importa. Tienes derecho a saberlo. Te lo debo.

Pensé: Tengo que acabar con esto.

No..., empecé.

No, déjame acabar. Esto no es fácil para mí, pero tienes derecho a saberlo.

Pensé: Tengo que acabar con esto.

Pero Sorabji tenía tanta práctica en interrumpir a la gente que quería interrumpirle en su programa que yo no sabía qué hacer.

No, dije. No tiene que contarme nada. En realidad no soy su hijo.

Dios sabe que me lo merezco. Tienes derecho a estar resentido.

No estoy resentido. No hago más que establecer un hecho.

De acuerdo, un hecho, pero ¿qué me dices de esto?, dio un golpe con la mano en las hojas de análisis de Fourier y dijo: Esto también es un hecho, no puedes olvidarlo así como así. La relación está ahí, quieras tú o no. Lo sabes tan bien como yo, o no habrías venido a verme. Bueno, será mejor que conozcas *todos* los hechos, dijo, y empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación, hablando muy deprisa para impedir que le interrumpiera.

Mi mujer es maravillosa. Una mujer maravillosa. Siempre ha cumplido con su deber y Dios sabe que me casé con los ojos muy abiertos. Fue un matrimonio concertado. Mi padre quería ayudar a un antiguo socio en los negocios y, aunque él se había casado con una mujer que no era zoroastra, quizá por esta misma razón, quería que yo me casara con una zoroastra, y por unas cosas o por otras no había encontrado aquí a nadie que le pareciera bien. No quiero decir que me presionara, no te equivoques. Mi padre se dio cuenta de que me habían educado para ser completamente occidental. Solo me pidió que la conociera y dijo que era una joven hermosa, educada y con una personalidad encantadora, que si a mí no me gustaba no había más que hablar, pero que no me haría daño conocerla, que me pagaría todos los gastos para ir hasta Bombay, y que podíamos empezar por ahí.

Bueno, claro está que no nos enamoramos a primera vista, pero nos caímos bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias, y comprendí que si seguía con ello, podría contar con mi familia al 100 % para desarrollar mi carrera, que,

francamente, era lo único que de verdad me importaba, y creo que, considerándolo todo, salió bastante bien. Una cosa tiene buena, y es que te casas sabiendo muy bien lo que haces.

Levantó una mano para impedir que yo le interrumpiera y dijo:

Pero un día, a principios de los 80, fui a una conferencia en Hawai sobre infrarrojos. Allí la conocí. Ella era una de las ponentes. Una cosa llevó a otra y antes de que nos diéramos cuenta, estábamos locamente enamorados el uno del otro. Ella era... no sé cómo es ahora, pero cuando yo la conocí pensé que era la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Me quitaba el aliento. Suena muy tópico, pero es una descripción de los hechos, era como si me dieran una patada en el estómago. Una de esas cosas en las que no crees hasta que te ocurren. Y también era brillante; tenía una perspicacia asombrosa para alguien de su edad. Jamás había imaginado lo que sería estar con alguien con quien pudiera hablar sin tener que pensar en el modo de explicárselo.

Se quedó callado un momento. Antes de que a mí se me ocurriera el modo de aprovechar la pausa, había empezado a hablar de nuevo.

Fue un infierno volver a Londres, pero aun así lo hice. Ella volvió a Australia. En los años siguientes seguimos encontrándonos en distintas conferencias. Finalmente me dije que no podía continuar así. No quería hacerle daño a mi mujer, pero no podía seguir con ella. El *Colossus* llevaba un retraso de tres años, y no parecía que fuera a acabarse en otros cuatro o cinco años. Le dije que le pediría el divorcio a Firoza en cuanto el *Colossus* estuviera en órbita, que ella podía venirse a Inglaterra si quería, que no sería difícil encontrarle trabajo, o que yo podía empezar a buscarlo en Australia. Ella me dijo que estaba embarazada y yo le pregunté qué quería hacer.

Ella no hizo más que mirarme. Yo le pregunté qué quería que hiciera y ella se echó a llorar. Era horrible verla en aquel estado. Le pregunté: «¿Qué crees que puedo hacer yo? Eres consciente de las implicaciones». Dije... Estas cosas te atormentan más adelante, pero en aquel momento yo tenía terror a dejarme arrastrar, a no pensar con claridad. Le dije: «¿Cuántas reservas de combustible fósil calculas que nos quedan? ¿Qué clase de investigaciones científicas crees que podrán hacerse sin productos derivados del petróleo? ¿Cuánto tiempo crees que la gente podrá seguir investigando como hasta ahora? ¿Podemos estar seguros de que en el futuro serán tan brillantes que podrán hacer lo mismo que nosotros, pero sin productos derivados del petróleo?».

Más tarde me di cuenta de que debía hallarme en estado de shock, pero en aquel momento me pareció desesperadamente importante conseguir que dijera algo sobre las reservas de combustible fósil, algo que en los años siguientes no dejó de atormentarme. Habría acabado todo de la misma forma, pero ¿por qué no fui más considerado? Podría haberla consolado en lugar de seguir hablando y hablando de productos derivados del petróleo. Me parecía lo más importante que uno de nosotros tuviera las ideas claras. Ella no paró de llorar, pero ¿qué podía hacer yo? *Colossus* estaba en una fase de construcción que no podría soportar los trastornos de un divorcio y, en cualquier caso, los parámetros financieros no me lo permitían. Con los salarios académicos que hay en este país, me resultaría imposible mantener a dos familias. Bueno, había tenido ofertas de Estados Unidos a lo largo de los años, podría haber solucionado el problema financiero, pero los trastornos ocasionados por el cambio de instituciones, por no hablar de países... en fin, sencillamente no podía hacer nada.

Ella lloraba sin parar y me miraba. Dijo: «George». Yo dije: «¿Por qué me miras así? ¿He hecho yo el mundo? ¿Acaso soy un mago? ¿Crees que me gusta esto?».

Dije: «¿Qué crees que puedo hacer yo?».

Ella dejó de llorar y dijo que quizá podría arreglárselas sola, pero yo no podía permitirlo. Era demasiado brillante y había trabajado demasiado para salir de las regiones remotas de Australia, cuidando ovejas o tejiendo o algo parecido para ahorrar dinero y comprar su primer telescopio. No podía dejar que lo tirara todo por la borda. Acababa de obtener su puesto en la universidad, así que no tenía derecho a baja por maternidad. Le dije: «Tienes que ser práctica. ¿Qué vas a hacer? ¿Volver a cuidar ovejas? ¿Pasarte la vida avistando cometas?».

Ella me dijo que de acuerdo, que abortaría y me pidió algo de dinero. Yo no podía hacer nada más. Después de aquello no volví a saber de ella, pero, claro está, vi que continuaba en activo y que su carrera avanzaba a toda velocidad, así que, naturalmente, di por supuesto que... Pensé que tal vez algún día pediría acceso al *Colossus* y que yo podría ayudarla, dadas las dificultades de calendario, pero ella hizo todo su trabajo en otros observatorios.

Tienes que entenderlo, añadió. Si el proyecto no continuaba, lo más probable era que no se llevara a cabo jamás. No me refiero a 10 o 20 años, sino al tiempo de vida de la especie. Los recursos desaparecerían y no habría oportunidad de descubrir estas cosas hasta dentro de 10.000 o 20.000 años, o los miles de años que siga habiendo

gente que quiera saberlo.

Se paseó por la habitación.

No fue algo que hiciera a la ligera, prosiguió, pero me di cuenta de que ella lo pensaba. De todas formas, me alegro de que hallara el modo de resolverlo.

Puso una mano sobre mi hombro y sonrió.

Si ella no sabe que estás aquí, las cosas serán más fáciles. Estoy seguro de que ella tenía sus razones, pero no puedes seguir así, tienes que relacionarte con gente de tu misma edad. Te conseguiré un impreso para ingresar en Winchester; envíalo y ponme a mí como referencia. No tienes que contarle a ella que me has visto; espera a obtener la beca y preséntaselo como un hecho consumado.

¿Cómo sabe que conseguiré una beca?

¿Por qué no ibas a conseguirla?, dijo. Bueno, si hay algún problema, creo que conseguiré algún patrocinador, pero ¿por qué habrías de tener problemas?

Pero ¿no hay una lista de espera o algo así?, pregunté.

Seguramente, pero no tiene nada que ver. El hecho de que creas que podría aplicarse en tu caso es, si me permites decirlo, la mayor prueba que podrías darme de que no comprendes lo principal sobre el sistema. Veámoslo desde el punto de vista de la escuela. Llega a ellos un chico recomendado por el ganador de un premio Nobel que dice que podría ser el próximo Newton, y que, de todas las escuelas del país, cree que la suya sería la mejor para fomentar un talento tan extraordinario. No solo tienen ante ellos la perspectiva a largo plazo de un genio garantizado como futuro alumno de la escuela, sino que, a corto plazo, pueden contar con alguien que, no solo ha ganado el premio Nobel, sino que tiene un programa en la televisión, para dar lustre a sus ceremonias académicas. Podría meterte en cualquier escuela del país. Si prefieres alguna sobre las demás, házmelo saber; no quiero que pienses que no tengo la menor consideración hacia tus sentimientos. Simplemente he elegido la que creo que no te hará volverte loco.

Intenté parecer entusiasmado por el hecho de ir a un colegio a los 12 años, pero, comparado con Cambridge, no me parecía muy interesante.

Pero ¿y si ya lo he hecho todo?, pregunté.

Seguramente descubrirás que no es cierto y, de todas formas, no te vendrá mal consolidarlo. Además, no te hará daño diversificar tus actividades. La gente espera que un científico sea una persona culta. No te hará ningún daño dedicar algún tiempo a las humanidades. Puedes escoger un par de lenguas. Te será muy útil.

Intenté imaginarme explicando a Sibylla que había conseguido una beca para Winchester. Intenté imaginarme a Sib no preguntando quién me había servido de aval. Intenté imaginarme a Sib creyéndose que en Winchester les había impresionado el aval de mi profesor en Bermondsey Boys Junior Judo.

Él debió de pensar que no me gustaba la idea de aprender idiomas, porque dijo:

Sé cómo te sientes. Cuando empiezas, hay tanto que saber que no quieres perder el tiempo. Pero no te hará ningún daño mantener las opciones abiertas en esta etapa de tu formación. Puedes obtener experiencia en el terreno práctico. ¿Has estado alguna vez en un laboratorio? No, eso pensaba.

Intenté imaginarme explicándole a Sorabji que no era su hijo en el sentido genético de la palabra.

Sorabji seguía paseándose y hablando de la escuela con ojos centelleantes y gesticulando. Poco a poco lo que decía empezó a sonarme más atrayente. No era tan emocionante como ir al Polo Norte o galopar por la estepa mongola, pero parecía algo que realmente podía ocurrir. Habló de los profesores de la escuela; habló de los compañeros de escuela que serían amigos para toda la vida. Parecía tan feliz y entusiasmado de poder hacer algo por fin. Yo empecé a pensar que si hubiéramos luchado con espadas de verdad, lo habría matado. No podía decirle que no era su hijo, porque era cierto.

Además, ¿por qué no podía ir a aquella escuela?

Pensé: ¿Y si hubiera algún modo de hacerlo?

Si él tenía razón, entonces podía hacerlo. Podía conseguir una beca e ir a la escuela, y si algún día él descubría el engaño, sería demasiado tarde. No iban a quitarme la beca solo porque él lo dijera. No iban a quitármela porque dijera que solo me había avalado porque creía que era su hijo, y, de todas maneras, ¿cómo iba a decir que esa era la única razón por la que me había avalado? Sibylla tendría más dinero si me iba; podría comprarse *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, la brillante obra en cuatro volúmenes actualizada por Vermes y Millar, que no debía faltar en ninguna casa. Si podía convencer a un premio Nobel de que era su hijo perdido, sin duda podía convencer a mi propia madre de que me habían dado una beca en Winchester.

Pensé: ¿Por qué no puedo hacerlo?

Si no funcionaba, siempre podía ir a Cambridge a los 13 años. Podía funcionar. Al menos sería mejor que otro invierno en la Línea de Circunvalación.

Él me miraba con simpatía.

No sé, dije.

Pensé: ¿Por qué estaría mal no decírselo? Sibylla sería feliz. Él sería feliz. Es obvio que se ha sentido culpable durante todos estos años, porque no podía hacer nada, y ahora ha encontrado algo que hacer. ¿Qué hay de malo en dejar que piense que puede hacer algo?

Sonó el teléfono.

Me miró con una sonrisa compungida, como diciendo: Es el cuento de nunca acabar.

Será un momento.

Se acercó al escritorio y cogió el teléfono.

¡Sorabji!, dijo.

Hubo una larga pausa.

No podría estar más de acuerdo, Roy, pero ¿qué imaginas que puedo hacer yo? Ni siquiera estoy en el comité...

Hubo otra pausa.

Me encantaría ayudar, si pudiera ser útil en algo, dijo luego, pero realmente no veo cómo...

Otra pausa.

Esa es una sugerencia muy interesante.

Sin duda sería muy poco ortodoxo, pero eso no quiere decir...

Mira, Roy, ¿puedo llamarte mañana? Estoy ocupado ahora mismo. No quiero darte falsas esperanzas, pero tampoco quiero descartar posibilidades.

Bien. Sí. Gracias por llamar.

Yo lo miraba fijamente sin entender de qué estaba hablando. No entendía lo que pasaba con el doctor Miller y no entendía lo que había pasado con la astrónoma australiana. Ni siquiera entendía lo que pasaba con las tres hijas y las hojas de problemas. No parecía tener a mi alcance las pruebas pertinentes y, basándome en las pruebas de que disponía, la última persona a la que pediría pruebas pertinentes era Sorabji.

Pensé que si le dejaba hacer algo, tendría que ser su hijo. No hubiera imaginado, después de verlo en el programa de la televisión, que si alguien acudía a él en un momento crítico, empezaría a interrogarlo sobre productos derivados del petróleo, pero ¿acaso era el fin del mundo? Siempre podía evitarlo en los momentos críticos. El

resto del tiempo seguramente me llevaría en helicóptero y me enseñaría a trepar por una escala de cuerda, o me llevaría a sobrevolar el Canal, o me explicaría cosas tan difíciles que sería útil que alguien me las explicara. Era evidente que había en él muchas más cosas de las que se apreciaban a primera vista, pero ¿cuántas más? ¿Y cuánto importaba?

Me pareció que las cosas eran más fáciles en la época en la que solo tenía que preocuparme por Val Peters. Tenía sus defectos. Confundía ADN y ARN. Tenía escarceos con el turismo sexual. Se podía soportar. Nadie podría culparme a mí por tener un padre así, sencillamente ocurría. Mientras que...

¿De qué hablaba?, pregunté.

Sorabji me miró atónito.

La curiosidad mató al gato, dijo. Luego sonrió y se encogió de hombros. No es más que un follón administrativo. Alguien se ha ofendido.

Comprendí que no podía hacerlo. Pensé: Pero ¿por qué tengo que decírselo?

Quería decir que enviaría el impreso, y luego no lo enviaría. Sería fácil, porque cuando saliera de la casa, no podría encontrarme nunca más. Si hablaba con la mujer, descubriría que no había tenido ningún hijo. Si no hablaba con ella, no lo sabría jamás.

Sabía que tendría que decírselo. Pensé que sería mejor hacerlo antes de que me faltara el valor.

Puede que no quiera servirme como aval, dije.

¿Por qué? ¿Porque alguien podría sospechar algo? No se darán cuenta. Un chico brillante, autodidacta, despierta mi interés y yo hago lo que está en mi mano para ponerle en contacto con las personas adecuadas. ¿Hay algo más natural? Está la cuestión del parecido, claro, pero muchos chicos llevan el pelo más corto que tú. Si te lo cortas antes de empezar, creo que no se darán cuenta.

Puede que no quiera servirme como aval, porque en realidad no soy su hijo.

¿Cómo?

No soy su hijo.

Frunció el entrecejo como diciendo: ¿Qué?

Lo he inventado todo.

Tú... No seas absurdo. Entiendo tu resentimiento, pero no puedes cargar con él para siempre. Eres igual que yo.

Mi madre dice que usted se parece a Robert Donat. ¿Son parientes?

Me miró fijamente.

Así que... ¿Puedo preguntarte el motivo?, dijo.

Le hablé de *Los siete samuráis*.

No sé qué esperaba él.

Eso es ridículo, dijo. No tiene ningún sentido.

Le dije que a mí me parecía que sí.

Miró las hojas de análisis de Fourier y las esparció por el escritorio con la mano. Luego las arrugó de repente y las dejó caer en la papelera.

Así que no tengo ningún hijo. Claro, era imposible que ella hubiera hecho una cosa así. Debería haberme dado cuenta enseguida.

Me miró.

Lo siento, dije.

Ven aquí, dijo.

Me quedé donde estaba.

He intentado decírselo.

Es una estupidez, dijo. Si era todo una invención, ¿por qué me lo has dicho?

¿Sigue siendo natural que me ponga en contacto con las personas adecuadas?

Me miró. No dijo nada. Su rostro era frío e inexpresivo, como si hiciera sus cálculos tras una máscara.

Tienes una información que no deberías tener, dijo al fin, sin inflexión en la voz. Puede que creas que esa información es peligrosa para mí.

Te aconsejo que tengas cuidado con lo que dices. Creo que descubrirás que, si intentas utilizarla, correrás un grave peligro.

Le aseguré que no pensaba utilizarla y le recordé que había intentado impedirle que hablara. Pensé que debía de haber algo que pudiera decir. Antes se había mostrado entusiasmado con los análisis de Fourier; yo no entendía por qué era tan diferente ahora que sabía que la persona que los había hecho no compartía el 50% de sus genes. Intuí que no era el momento de hacérselo notar. Le dije que lo único que quería... que mi verdadero padre tenía tendencia a confundir las teorías de la relatividad.

Sorabji se limitó a mirarme.

En realidad no lo conocía, añadí, era solo una relación genética y pensé...

Él se limitó a mirarme. Pensé que seguramente ni siquiera me estaba escuchando; seguramente estaba pensando en que él no podía hacer nada.

Usted no sabe lo que hubiera ocurrido, dije. Quizá fue lo más correcto. Ella podría haber enloquecido. Tal vez le salvó la vida. Solo porque usted no dijera lo más apropiado, no significa que se equivocara...

Ni siquiera vi moverse su brazo. Me dio en un lado de la cabeza con la mano abierta y me lanzó al otro lado de la habitación. Rodé por el suelo y me puse en pie, pero él ya estaba allí. Me golpeó en el otro lado de la cabeza y volvió a derribarme. Esta vez cayó sobre mí antes de que pudiera levantarme, pero le puse la zancadilla y cayó a plomo. Mayormente sobre mí.

No podía moverme, porque lo tenía encima. Un reloj en el que no me había fijado hacía tictac. Siguió haciendo tictac. No ocurrió nada. Él jadeaba como si acabara de disputar una dura pelea; sus ojos lanzaban chispas. Yo no sabía qué pensaba hacer él.

Se oyeron golpes en la puerta y a su mujer diciendo:

¿George?

Enseguida acabo, querida.

Oí los pasos de su mujer alejarse por el pasillo. Me di cuenta de que yo podría haber gritado. Sus ojos seguían lanzando chispas.

El reloj seguía haciendo tictac.

De repente me soltó y se puso en pie ágilmente. Yo me alejé a gatas, pero no vino tras de mí. Se quedó junto al escritorio, con las manos en los bolsillos. Me sonrió y me dijo, con tono amable y desenfadado:

Lo siento, ha estado completamente fuera de lugar. Siento haber perdido los papeles. Me dejo llevar por mi mal genio y luego ya está. Nunca guardo rencor a nadie.

A mí los oídos aún me zumbaban.

Sorabji tenía el cabello caído sobre los ojos, que seguían lanzando chispas. Se parecía a Robert Donat en *39 escalones*; tenía el mismo aspecto que antes, cuando había hablado del átomo y del análisis de Fourier.

Claro que deberías ponerte en contacto con las personas adecuadas, dijo.

Entonces ¿aún puedo elegir la astronomía?, pregunté.

Él se echó a reír.

¡Sentiría mucho que cambiaras de idea por mi culpa!, dijo.

Alzó una ceja socarronamente, como burlándose de sí mismo. Sus ojos centelleaban de regocijo, como si no hubiera cálculo alguno en su interior.

Yo esperaba que no me pusiera el ojo morado.

¿Debería pedir el ingreso en Winchester? ¿Aún quiere servirme de aval?

Él seguía sonriendo.

Sí, desde luego que deberías. Sonrió y dijo: No te olvides de mencionar mi nombre.

3

Un buen samurái parará el golpe

Robert Donat volvió a salir en la televisión el jueves a las 9 de la noche. Sib miró su programa embelesada. Yo leía *Scientific American*.

Había un artículo sobre un hombre que había estado investigando en la Antártida y que estaba a punto de regresar. Había un artículo de un hombre que había realizado un trabajo pionero sobre el problema de los neutrinos solares. Leía un párrafo o dos y volvía la página.

A veces pensaba en las chicas que no eran mis hermanas y a veces pensaba en el doctor Miller, pero la mayor parte del tiempo pensaba en el premio Nobel, sosia de Robert Donat, repasando las hojas de análisis de Fourier, mirándome con ojos centelleantes, diciéndome que era brillante y que era igual que él a mi edad. No podía saber por los artículos de *Scientific American*, si sus autores creían que *Barrio Sésamo* no era el nivel que me correspondía; no sabía si habían demostrado una inoportuna obsesión con los productos derivados del petróleo, pero no tenía que leer un solo párrafo para saber que jamás encontraría a otro como Sorabji.

Dejé *Scientific American* y cogí el libro de aerodinámica. A veces creía que lo entendía y otras me resultaba difícil seguirlo, y cuando era difícil, no era fácil saber qué podría ayudarme. Lo que realmente me ayudaría sería poder preguntarle a alguien que no resumiera las matemáticas que se necesitaban en los siglos XVIII y XIX. Cualquier idiota puede aprender un idioma, lo único que ha de hacer es seguir hasta que, tarde o temprano, todo adquiriera sentido, pero con las matemáticas se ha de entender una cosa para entender otra, y no siempre se sabe qué es lo primero que se ha de entender. E incluso entonces, o lo entiendes, o no lo entiendes. Uno puede perder un montón de tiempo intentando averiguar lo que necesita saber, y mucho más tiempo intentando entenderlo.

Si no le hubiera dicho nada a Sorabji, jamás habría tenido que volver a perder el tiempo de aquella manera. En primer lugar, habría ido a Winchester a la edad de 12 años, y en segundo lugar, siempre que hubiera tenido una pregunta, podría habérsela preguntado a alguien que, no solo sabría la respuesta, sino que nada le habría

parecido bastante para su hijo tanto tiempo perdido. Y si hubiera ido a ver a Sorabji otra noche, si hubiera pasado un día más repasando la tabla periódica, no habría visto al doctor Miller, y no habría oído ninguna conversación telefónica, y no habría sabido que había algo que ver u oír. Podría haber dejado de perder el tiempo para ser la persona más joven en ganar un premio Nobel. Ahora tendría que hacerlo todo por mí mismo.

Eché de nuevo un vistazo al teorema de Kutta-Joukowski. No era tanto que supiera con toda seguridad que quería ganar un premio Nobel. Es que, si uno no va a ganar el premio Nobel, podría muy bien hacer algo mejor con su tiempo, como recorrer el Amazonas, o atravesar los Andes. Si no puedes atravesar los Andes, es mejor dedicarse a algo que merezca la pena, como intentar ganar el premio Nobel. Lo que yo hacía, en cambio, solo era estúpido.

Dejé el libro de aerodinámica.

Sorabji me miró desde la pantalla con ojos centelleantes.

Pensé de repente que era una estupidez ponerse tan sentimental.

Lo que necesitábamos no era un héroe al que adorar, sino dinero.

Si tuviéramos dinero, podríamos ir a cualquier parte. Con dinero, nosotros seríamos los héroes.

Por la mañana decidí ir a la biblioteca. Un día sin hacer nada no iba a tener un efecto significativo sobre mis posibilidades de ganar un premio Nobel ni de bajar por el Amazonas. Mis posibilidades de ganar pronto un montón de dinero eran inexistentes. Pensé en leer uno de mis libros favoritos solo por diversión.

Journey into Danger! estaba prestado, así que cogí *Half Mile Down*.

Me llevé el libro para leerlo en la Línea de Circunvalación y lo abrí por la parte del primer descenso en batiscafo, antes de volver a leer todo el libro desde el principio.

Era de un indefinible azul translúcido, completamente distinto a cuanto había visto en la superficie terrestre, y excitaba nuestros nervios ópticos, confundiéndonos en extremo. Seguíamos pensando y llamándolo brillante, y una y otra vez cogía un libro para buscar el tipo y descubría que no distinguía entre una hoja en blanco y una lámina a color. Hice acopio de toda mi lógica, aparté de mis pensamientos la emoción de nuestra situación en un espacio acuoso e intenté pensar con sensatez en colores comparativos, y fracasé estrepitosamente. Encendí el reflector, que parecía la cosa más amarilla que había visto nunca, y dejé que me inundara los ojos, pero, en cuanto lo apagué, fue como la luz del sol que se había desvanecido hacía tanto rato, fue como si nunca hubiera existido, y lo azulado del azul, tanto dentro como fuera del batiscafo, pareció traspasar materialmente nuestros ojos para meterse en nuestro mismo ser. Todo esto es muy poco científico, digno de las burlas de un óptico o un físico, pero así era... Creo que ambos experimentamos un

tipo completamente nuevo de recepción mental de la impresión del color.

De pronto me acordé de alguien que había ganado mucho dinero por leer aquel párrafo de *Half Mile Down*.

Pensé en alguien que no había pretendido nunca ser un héroe.

Era un pintor. Había leído el pasaje del doctor Beebe que yo acababa de leer. Había leído el pasaje y había dicho:

¿Cómo puedo pintar si no sé lo que pinto?

Dijo:

No pinto cosas del mundo, sino colores. ¿Cómo puedo pintar colores si no sé cómo deberían ser? ¿El azul solo se puede representar mediante la pintura azul?

Y dijo que tenía que encontrar un batiscafo o algo que lo llevara a ver el azul del mar.

Encontró un centro de oceanografía que se negó a atender su petición. Luego se fue al astillero y habló con el patrón del barco, y al patrón le gustaba la época azul de Picasso. El patrón lo habría llevado a alta mar de noche, pero entonces no habría visto el azul. Un fin de semana los oceanógrafos se fueron a una conferencia y el patrón lo llevó a alta mar y lo hizo descender. Y cuando volvió a subir dijo al patrón: «¿Ha visto el azul?», y el hombre contestó que no. Él dijo entonces: «Tiene que verlo. No puedo pintarlo, así que tendrá que verlo. Enséñeme a bajar esta cápsula y a subirla y baje usted». El patrón estaba nervioso, pero también entusiasmado. Enseñó al pintor a hacer bajar y subir la cápsula, y lo observó mientras el pintor practicaba. Luego se metió dentro y el pintor lo hizo bajar con el cabrestante.

El pintor nunca pintó lo que vio, pues dijo que no podía hacerse.

El patrón dijo:

A lo largo de los años había hecho descender a menudo al doctor Cooper y a los estudiantes que investigaban. A veces un estudiante decía Es asombroso. Lo decían las dos primeras veces. Pero luego tenían mucho trabajo que hacer, anotando sus observaciones. A veces trabajaban con la luz apagada, dictando las notas a una máquina, y otras con la luz encendida. Yo había visto montones de fotografías, y en un par de ocasiones vi programas sobre oceanografía en la televisión. Me interesaba por mi relación con ese campo, pero, para ser sincero, jamás me había atraído en exceso. Una vez hice submarinismo en Bahamas, durante unas vacaciones.

Cuando era más pequeño, teníamos una lámina de la época azul de Picasso, y ese ha sido siempre mi período favorito de su obra. Más adelante compré montones de libros sobre Picasso y la época azul siguió siendo mi favorita. Nunca he querido pintar; quería salir al mar. Siendo muchacho trabajé en un yate para Dickie Lomax, y más tarde me ofrecieron trabajo en el Departamento Oceanográfico. A veces tenía la impresión de que el doctor Cooper y sus estudiantes no hacían más que poner excusas para bajar en la cápsula; tenían que inventar proyectos de investigación para conseguir el dinero necesario. A veces a mí me entraban ganas de decir: ¿Por qué lo complican tanto, por qué no aprenden a navegar, sencillamente?

Así que, cuando el señor Watkins acudió a mí, le ayudé, porque pensé que no ponía excusas, que simplemente quería bajar. No sé si Picasso hubiera bajado también, pero respetaba al señor Watkins por querer hacerlo.

Me sorprendió mucho cuando me sugirió que bajara, y me puse bastante nervioso. No me gustaba la idea de dejarle el timón a una persona con tan escasa experiencia. Le dije que ya había visto las fotografías, pero él repetía: No, no, no sirve, tiene que verlo usted mismo.

Al final pensé: Bueno, ahora o nunca, ¿no? Porque era imposible que el profesor me enviara abajo solo para echar un vistazo. El día era apacible y pensé: Bueno, lo que haya de ser, será. Así que me metí en la cápsula y el señor Watkins me hizo descender.

Como he dicho antes, había hecho submarinismo en las Bahamas durante unas vacaciones. Aquello fue diferente. Se diría que uno ha de notar mejor el efecto estando dentro del agua, y no de la cápsula, y puede que sea verdad hasta cierto punto. Pero en la cápsula estás dentro de una bolsa de aire. Me sentía como si estuviera en una bolsa de luz azul; una luz que era azul del mismo modo que el agua es húmeda.

Cuando subí y salí de la cápsula, él me interrogó, señalándola. Asentí. Se metió en la cápsula y la hice descender por última vez. Fue entonces cuando me di cuenta de que la reserva de combustible estaba al mínimo. El cabrestante para subir y bajar la cápsula se movía gracias a un generador, y lo habíamos utilizado más veces de lo que suelen usarlo los investigadores, que solían bajar una vez y quedarse anotando sus observaciones. Me senté, mirando la aguja que se acercaba a la posición de vacío, y cuando empecé a subir la cápsula, él me dijo: Todavía no, pero tuve que hacerlo. Justo cuando la cápsula salía a la superficie, el motor se paró, así que tuvo que

encaramarse por la borda. Señalé el indicador del nivel de combustible y él asintió y se sentó. Tuve que llevar el barco a tierra usando solo las velas. En todo ese tiempo, ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Más adelante, el patrón dijo que, aunque uno intentaba después encontrar palabras para describirlo, el momento era tan hermoso, o más bien hermoso era el adjetivo que uno usaría después, pero en el momento, era tan grande que le resultaría doloroso hablar de ello. Afirmó que una cosa que respetaba en el señor Watkins era que había visto lo grande que era en sus ojos, y también que le resultaría doloroso hablar de ello. «Mucha gente habría sentido la necesidad de hacer una broma o algo parecido, pero nosotros sabíamos que era demasiado grande para eso y sabíamos que los dos lo sabíamos.»

Se contaban otras historias sobre aquel pintor, porque después de aquella anécdota, había decidido que no podía usar el azul para pintar. Decidió que debía ver el blanco y convenció al piloto de un avión para que lo llevara a una estación en el extremo norte de Canadá.

Dijo: Debo estar solo en medio del blanco y del silencio. Se adentró en la nieve y caminó durante kilómetros, y fue avistado por un oso polar, que es uno de los depredadores más rápidos y feroces de la tierra. Lo vio abalanzarse sobre él con su piel de un blanco amarillento, que contrastaba con la blancura inmaculada de la nieve, y entonces sonó un disparo y el oso cayó muerto. El jefe de la estación había seguido sus pasos y había disparado al oso al verlo atacar. El oso quedó tendido con manchas de sangre en el pelaje, y había gotas de sangre roja en la nieve.

Luego el pintor había vuelto a Inglaterra. Había visto el blanco y el rojo y volvió a Inglaterra para ver más rojo.

Fue a un matadero y dijo al director que quería un poco de sangre. El director le preguntó cuánta quería y él dijo que la suficiente para llenar una bañera. El director dijo lamentarlo, pero era una cantidad demasiado pequeña para que valiera la pena vendérsela. El matadero vendía la sangre a los fabricantes de salchichas, *haggises* y comida para perros, y que se vendía por cientos y miles de litros, y que no salía a cuenta vender 200 litros o menos para llenar una bañera.

El pintor pensó que, si no valía la pena vender 200 litros, no se darían cuenta si desaparecían. Esperó en un pub cerca del matadero y, a eso de las 7 entró un hombre con manchas de sangre en las manos. El pintor le invitó a un trago y poco a poco fue

sacando a colación el tema de la sangre, y el hombre le dijo que vería lo que podía hacer. El pintor tenía una furgoneta pequeña de color blanco que a veces usaba para transportar cuadros. La aparcó en la calle, junto al matadero, y al día siguiente el hombre puso algún pretexto para no salir a su hora y luego fue a abrir una puerta de la parte posterior. El pintor le entregó cinco bidones de plástico para desechos de jardinería, y el hombre los llenó de sangre; tuvieron que cargarlos en la furgoneta entre los dos. El hombre acompañó al pintor a su casa y le ayudó a llevar los bidones arriba. Luego vertieron la sangre en la bañera y el hombre se fue.

El pintor extendió unas hojas de papel sobre el suelo de su estudio y sobre el suelo que iba desde el cuarto de baño al estudio, también en el cuarto de baño. Luego se metió en el cuarto de baño e instaló una cámara de vídeo sobre un pie. La puso en marcha y se metió en la bañera. Se sentó en la sangre con las manos en los bordes de la bañera y luego se tumbó, soltó el borde y encogió las piernas de lado para quedar completamente tapado por la sangre. Más adelante dijo que había abierto los ojos, pero que no era tan rojo como esperaba.

Luego se incorporó, con la sangre chorreándole por la cara, y abrió los ojos mirando a la cámara.

Se levantó, salió de la bañera y fue andando por los papeles hasta su estudio, y allí se tumbó sobre un papel y luego sobre otro. Las marcas de las últimas hojas fueron más leves y escasas, porque la mayor parte de la sangre había caído ya o había empezado a secarse.

Cuando las hojas de papel se secaron, las guardó y puso otras nuevas. Regresó al cuarto de baño, se quitó las ropas ensangrentadas, las dejó caer al suelo y volvió a meterse en la bañera para repetir todo el proceso.

Lo hizo una y otra vez hasta que solo quedó un pequeño charco de sangre en la bañera. Recogió lo que pudo con una taza, la colocó en el borde de la bañera y luego llenó la bañera de agua hasta el borde y se metió en ella, y la cámara grabó su cuerpo ensangrentado en el fondo del agua clara.

Después salió de la bañera, caminó sobre el papel y se tumbó en él.

Volvió a la bañera, la vació, la volvió a llenar y repitió los mismos pasos.

Cuando se limpió toda la sangre, llenó la bañera una vez más con agua limpia y echó en ella la taza de sangre.

Luego vació el agua ensangrentada y vendió la primera serie de telas ensangrentadas por 150.000 libras esterlinas. Se llamó *Supongamos que marrón* =

rojo.

Antes de aquello ya era un pintor conocido, razón por la que su obra innovadora se vendió por 150.000 libras, y cuando *Supongamos que marrón = rojo* se vendió por 150.000 libras, la gente empezó a interesarse por las demás series, que tenían también títulos fascinantes, y las vendió todas aún más caras. Al final, la opinión generalizada dictó que las piezas más interesantes eran las últimas, cuando la sangre se estaba secando, o cuando estaba diluida en agua, pero había dos bandos, y al otro bando le gustaban más las piezas primeras, más crudas. A todo el mundo le gustó el fotocollage del baño, que se vendió por 250.000 libras esterlinas, y la instalación de vídeo. Todos los cuadros tenían nombres interesantes; no había ninguno que se llamara *Baño de sangre* o *Esto no es rojo*, porque era demasiado inteligente para ser obvio. Y más tarde, cuando lo entrevistaron, dijo que todos los colores que nos rodeaban estaban muertos, pero que con la sangre era más fácil verlo, y que algunas veces uno tenía que arriesgarse a resultar banal para hacerse entender. Luego dijo que todo el mundo recordaba el color de la sangre al ver el marrón, pero que nadie recordaba ningún otro color cuando veía cualquier otro color. Y luego llenó una bañera con pintura azul e hizo lo mismo, y lo llamó *Supongamos que azul = azul*.

Supongamos que azul = azul se consideró más sutil y conmovedor que *Supongamos que marrón = rojo*, y también era del tipo de cosas que la gente cuelga en su casa sin sentirse incómoda. Las obras individuales se vendieron por unas 100.000 libras, y un comprador anónimo americano compró toda una serie por 750.000 libras. El pintor se hizo muy rico.

Lo que la gente esperaba, obviamente, era que hiciera algo similar con el blanco, quizá una tela blanca en la que no hubiera nada pintado y cuyo título sería, evidentemente: *Supongamos que blanco = blanco*. Tenía ya el prestigio que le permitiría hacer algo así. Es decir, cualquiera podía hacerlo, pero él podía hacerlo y conseguir que le pagaran 100.000 libras. Sin embargo, no era hombre al que agradara lo obvio, y durante muchos años se negó a realizar aquel trabajo inevitable. En su lugar, buscó otros colores. Era muy rico, de modo que podía permitirse tomar cualquier tipo de droga, por cara que fuese, y probó el LSD, sobre todo, y algunas otras que volvieron a dar color a la vida. No sería totalmente cierto afirmar que le impidieron trabajar, puesto que hacer *Supongamos que blanco = blanco* no era exactamente un trabajo, ni tampoco el tímido *Sin título* que unos pocos habían pronosticado. Se fue a Estados Unidos y la gente empezó a hacer chistes sobre él,

diciendo que se metería en política y pintaría *Supongamos que negro = blanco*, y que sería realmente emocionante. Pero lo que él hizo fue tomar mucha cocaína, porque decía que necesitaba ver el mundo de la misma forma que lo veía la gente que podía permitirse el lujo de comprar sus obras, y lo arrestaron y lo acusaron de intento de soborno, así como de posesión, porque le dijo a la policía de guardia que podía ganar mucho dinero si se largaba discretamente con sus huellas digitales y su foto.

Lo cierto era que, después de que *Supongamos que azul = azul* se vendiera tan bien, le envió una pequeña obra al patrón del barco. Hundió el dedo pulgar en pintura azul y dejó su huella sobre un trozo de papel basto. Luego se sacó 50 cc de sangre del brazo con una jeringuilla, hundió una pluma en la sangre y escribió al pie de la huella: *Supongamos que azul = azul*. Con esta pequeña obra envió una postal en la que decía: «Me subió demasiado pronto». Bien, la obra era pequeña, pero ciertamente única. Al patrón del barco no le gustó tanto como Picasso en su etapa azul, así que la vendió por 100.000 libras esterlinas, y con eso se compró un pequeño yate y, al cabo del tiempo, un batiscafo, para poder meterse en la bolsa de azul siempre que quisiera.

El pintor no volvió a ver el azul.

Sibylla me llevó con ella cuando fue a ver *Supongamos que marrón = rojo* a la South Bank Gallery, pero yo era demasiado pequeño para saber apreciarlo. Luego tenía unos ocho años cuando vi *Supongamos que azul = azul* en el Serpentine en 1995. Sibylla opinaba que *Supongamos que marrón = rojo* y *Supongamos que azul = azul* serían la Natividad y la Crucifixión de la siguiente centuria, y que artistas posteriores sabrían apreciarlo mejor. Yo también fui capaz de apreciarlo mejor, pero siguió sin ser mi pintor favorito.

Sin embargo, recordé que había enviado un regalo al patrón, y sobre todo su insistencia en que el patrón viera el azul por sí mismo, y recordé que había caminado kilómetros y kilómetros para adentrarse en la blancura de la nieve. Pensé que si le pedía dinero para atravesar los Andes, quizá me lo diera.

El pintor había tenido su estudio en un pequeño almacén de Butler's Wharf, cruzando Tower Bridge, al otro lado del río. Luego la zona se había remodelado, antes de que él empezara a ganar millones de libras con la muerte del color. Así que se había mudado a una vieja fábrica junto a Commercial Road, y había encontrado una bañera en un contenedor y se la había llevado y la había instalado con sus propias

manos. El mercado inmobiliario sufrió una caída justo cuando salió *Supongamos que marrón = rojo*, y cuando salió *Supongamos que azul = azul*, los embargos por impago eran frecuentes, de modo que el pintor se compró todo un almacén junto a Brick Lane, donde un constructor había pensado edificar. Allí se alojaba el pintor cuando venía a Londres, aunque la mayor parte del tiempo vivía en Nueva York. Algunas veces se iba a Sudáfrica o la Polinesia, pero no parecía servir de nada.

Había leído hacía poco que estaba de vuelta en Londres para presentar una retrospectiva de su obra en la Whitechapel Art Gallery.

Cogí la Línea de Circunvalación hasta Liverpool Street y salí a la calle.

Primero fui a la exposición por si acaso. Era de entrada libre: así de importante era él, y así de rápidas funcionaban las cosas en el mundo del arte. Con veintitantos años había sido una joven promesa en St. Martin's, pero, de no haber creado *Supongamos que marrón = rojo* con 27, habría sido una decepción olvidada, y porque lo había creado, le hacían ya una retrospectiva y lo comparaban con Yves Klein.

Después de ver la exposición me acerqué a la recepción y pregunté:

¿Dónde está el señor Watkins?

La chica del mostrador me sonrió.

No creo que esté aquí. Vino a la inauguración, claro está, pero no viene todos los días.

Pero tengo un mensaje para él del señor Kramer. Pensaba que estaría aquí. Lo he estado buscando por todas partes. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

Si quieres dármelo a mí, me ocuparé personalmente de que llegue a sus manos.

Pero es urgente. El señor Kramer me pidió que se lo entregara en mano. ¿No tiene su estudio en esta misma calle?

No estoy segura de que pueda darte esa información.

Bueno, llame a la oficina del señor Kramer y se lo preguntaré.

Marcó el número y dio señal de ocupado. Lo intentó unas cuantas veces más y siempre dio ocupado. Algunas personas se acercaron para pedirle ayuda, ella las atendió, marcó otra vez el número y dio la señal de ocupado.

Mire, le dije, ya sé que usted no hace más que su trabajo, pero ¿qué es lo peor que puede ocurrir? O bien el señor Kramer me ha enviado, y el señor Watkins pierde un trato de un millón de dólares, o bien el señor Kramer no me ha enviado, y el señor Watkins recibe a un extraño niño que le pide un autógrafo. ¿Es eso tan terrible? ¿Vale lo que un millón de dólares?

Ella se echó a reír.

Eres el terrible, dijo.

Escribió algo en un trozo de papel y me lo entregó.

De acuerdo, dijo. Ahora ya puedes contarme la verdad. ¿Te ha enviado el señor Kramer?

Pues claro que sí, contesté.

Saqué un sobre de mi bolsillo.

¿Lo ve? Así que será mejor que me vaya.

No, espera, dijo, y me entregó otro trozo de papel.

Salí corriendo por la puerta.

La fábrica tenía una doble verja herrumbrosa, lo bastante amplia para que pasaran camiones, y una puerta pequeña que se abría en una de las verjas. Estaba cerrada. Llamé al timbre un par de veces y golpeé la puerta, pero no acudió nadie.

Me dirigí hacia la bocacalle y giré a la derecha, y luego volví a torcer hacia la derecha al llegar a la calle de atrás. También aquella parte la había comprado un constructor y ahora una valla de madera cercaba una hilera de casas. En la valla había un letrero con el nombre de una empresa de seguridad, pero había tablones arrancados que dejaban huecos en la valla, donde crecían los arbustos. Me introduje por allí. Había un solar donde antes se levantaba una casa, y las casas de los dos lados estaban apuntaladas con andamios metálicos. Me metí por allí y llegué al muro posterior de la fábrica con cristales en lo alto.

Había un viejo manzano al fondo de lo que había sido un jardín. Trepé por él hasta que pude ver por encima del muro.

Vi un patio con el suelo de cemento, y dientes de león y hierba asomando por las grietas. En la parte posterior del almacén había una escalera metálica de incendios y un montón de ventanas rotas.

El suelo al otro lado del muro estaba a un nivel más bajo que en el lado en que yo me encontraba; debía de haber unos 6 metros de altura desde lo alto del muro. Pero el muro estaba hecho de ladrillos muy viejos y buena parte de la argamasa se había caído.

Pasé al otro lado del muro desde la rama, colgándome por las manos, intentando hallar un punto de apoyo para los pies. Encontré uno y luego otro, y luego encontré donde agarrarme con los dedos. De ladrillo en ladrillo, conseguí llegar hasta el suelo, y entonces me dirigí al edificio.

Entrar no me costó nada. Subí por una cañería hasta la escalera de incendios, luego subí un tramo de escaleras y entré por una ventana rota.

Empezaba a preguntarme si no me habría equivocado de sitio. Tal vez la chica de Whitechapel me había engañado al final. Estaba en una habitación con el suelo de cemento y pilas de escombros en un rincón. Recorrí todas las dependencias y hallé lo mismo.

Bajé y encontré una habitación oscura en el centro del edificio. La única luz que había llegaba desde su puerta, así que tuve que avanzar a tientas. Era otra habitación con las ventanas rotas, y la fría luz gris mostró más escombros y cemento caído. Había una pila de tablones apilados contra la pared y casi hasta el techo, todos agrietados y combados, y en el suelo, junto a ellos, pequeños montículos que parecían de polvo. Me acerqué para verlo mejor, y me parecieron montones de pequeñas gotas de pintura.

Oí un ruido. Era un ruido regular, metálico... el sonido de una herramienta golpeando piedra. Seguí el sonido hasta otra habitación, y la siguiente, y la siguiente, pero solo encontré más pilas de tablones y más pintura pegada. Entonces traspasé un nuevo umbral y encontré a un hombre junto a la pared más alejada, con un gorro negro tejido y un mono de color negro desvaído, sentado sobre un cajón de botellas de leche. En una mano parecía sostener un cincel, o quizá era solo un destornillador, y estaba arrancando pintura de la pared. Me fijé en que las paredes estaban pintadas de un color negro reluciente hasta una altura de metro cincuenta, excepto un metro cincuenta de la pared que tenía detrás de él y toda la pared anterior, que era de cemento desnudo, y que en el suelo, alrededor de estas paredes, corría un reguero de trozos de pintura arrancados, como el rastro de un topo.

Perdone, ¿puede decirme dónde encontrar al señor Watkins?

Lo que ves es lo que hay, dijo él.

No supe qué decir. Pregunté:

¿Era sangre de cordero?

Él se echó a reír.

En realidad, sí. ¿Qué te ha hecho pensar en eso?

Dije:

¿Has acudido a Jesús para limpiarte?

¿Te has lavado en la sangre del Cordero?

¿Crees ahora plenamente en su gracia?

¿Te has lavado en la sangre del Cordero?

¿Te has lavado en la sangre,
en la sangre del Cordero que limpia el alma?
¿Están tus ropas inmaculadas? ¿Son blancas como la nieve?
¿Te has lavado en la sangre del Cordero?

Él dijo:

No sabía que esas fueran las palabras, pero sí.

Eso no es todo. Hay dos estrofas más. Dicen así:

¿Caminas diariamente junto al Salvador?
¿Te has lavado en la sangre del Cordero?
¿Confías en todo momento en el crucificado?
¿Te has lavado en la sangre del Cordero?

Aparta de ti las ropas manchadas de pecado
Y lávate en la sangre del Cordero
Hay una fuente que mana para el alma impura
¡Oh, lávate en la sangre del Cordero!

¿Te has lavado en la sangre del Cordero, en la sangre que limpia el alma? es el coro.

Es curioso que no se le ocurriera preguntarlo a nadie, dijo él. Es curioso, ¿no te parece? Deberías haber visto la expresión de su cara cuando se la pedí.

Añadió:

No fue fácil conseguirla. No tienen mucha, un litro, quizá. Debieron de hacer falta 50 de esos pequeños cabrones.

Y dijo:

Yo quería comprobar qué efecto tendría un hecho sobre el diluyente en lo que estaba haciendo. Llegado el momento me pareció banal. Pensé: Bueno, mierda, Rembrandt empezó haciendo *La mujer de Lot* y lo convirtió en *Betsabé y los ancianos*; he cambiado de opinión, eso es todo.

Susana, dije yo.

¿Qué?

Susana y los ancianos, dije. Betsabé era la esposa de Urías, el heteo, a quien el rey David envió a combatir para poder acostarse con su mujer.

Lo que sea, dijo él. La cuestión es que, pensando en ello, era una jodienda. Quiero decir que a mí me importaba un carajo la religión. A mí me importaba el color. Y me importó aquel oso. Podría haber matado al gilipollas que le disparó. Para ser justos, seguramente no me habría gustado que me destrozara, pero si lo que quería era hacerme un favor, podía haberme disparado a mí y haberme dejado para el oso. Habría sido más útil. Una buena comida para el oso, y me habría quedado allí. Era todo tan blanco. El blanco se amontonaba por todas partes y se volvía sólido y se te metía en la piel.

Dejó el destornillador y sacó un paquete de cigarrillos.

¿Fumas?, me preguntó.

No, respondí.

Encendió un cigarrillo y dijo:

Puede que mis modales sean rudos, pero hay ciertos límites. Aquel hombre me había seguido durante dos días y me salvó la vida. Sin embargo, admito que me molestó un poco, porque pensaba morir por congelación. No creí que fuera posible insistir en quedarme. Así que abandoné aquel lugar blanco, y cuando volví a Inglaterra, no tenía las ideas muy claras. Sabía que tenía que seguir con el rojo, pero no tenía las ideas claras y dejé que se me enredaran en un tópico, y mientras aún estaba confuso, fui al matadero y lo arreglé para que me dieran la sangre de cincuenta corderos.

Añadió:

Bueno, en cuanto empecé supe que era un error. Banal, irrelevante, pero no iba a pasar por todo aquello una vez más. Pensé en volver y pedir sangre de vaca o de oveja o de caballo, y volver a hacerlo otra vez y me dio pereza.

Dijo:

Así que pensé que lo dejaría tal como estaba y ya vería qué ocurría, pero si alguien preguntaba, diría la verdad. Yo no miento sobre mi trabajo. Me sorprendió un poco que nadie cayera en la cuenta, pero la gente no se interesa demasiado por las creencias, así que, tal vez no haya nada de que extrañarse.

Se metió el cigarrillo en la boca, cogió el destornillador y empezó a arrancar la pintura de la pared.

Se quitó el cigarrillo de la boca y lo apagó con el pie.

Dijo:

¿Has venido por eso? ¿Para satisfacer tu curiosidad?

Quería decir que sí.

Me lo imaginé metiéndose en la bañera llena de sangre, y no pude imaginármelo enviando al patrón abajo para que viera la bolsa de azul. Me alegré de no tener nada de él. Pero había ido a verlo y no podía irme sin decirle a qué había ido allí.

Empuñé mi espada de bambú y la alcé.

Dije:

He venido para satisfacer mi curiosidad.

Eché la espada hacia atrás en un lento movimiento.

He venido a verle porque soy su hijo.

Y él dijo:

¿Con quién?

Y yo repliqué débilmente por el alivio:

¿Perdón?

¿Quién es la supuesta madre?

Seguramente no lo recordará. Me dijo que los dos estaban muy borrachos en aquel momento.

Él dijo:

Qué oportuno.

Dije:

No importa.

Dijo:

Has venido a pedirme dinero, ¿verdad? Pensabas que podrías aprovecharte de mí. Elige mejor la próxima vez.

Dije:

No es tan fácil. Si eliges a una persona a quien podrías estar agradecido, puede que sufras una decepción.

Añadí:

¿Ha visto *Los siete samuráis*?

No, dijo.

Le hablé de la película y él dijo:

No comprendo.

Yo expliqué:

Usted envió al patrón abajo para que viera la bolsa de azul. Él dijo que lo había visto en fotos y usted dijo que no era suficiente. Pensaba que usted comprendería por qué quiero atravesar los Andes en mula. Pensé que valdría la pena luchar con espadas de bambú.

Así que he ganado, dijo.

Si hubiéramos luchado con espadas de verdad, le habría matado, dije.

Pero no eran de verdad, dijo él.

Era cierto que no era su hijo y que todo era un truco.

Pensé que seguramente él no conocía demasiado bien la película.

Kambeï pone a prueba a un samurái que le interesa: Katsushiro se coloca detrás de la puerta, empuñando un garrote.

Su primer elegido es un buen luchador y no es cobarde; entra por la puerta y para el golpe. Le ofende el truco y se siente insultado por la idea de pelear por tres comidas al día. Pero el segundo samurái descubre el truco antes de entrar y se echa a reír y acepta porque le interesa el samurái.

Desde luego se ha dado cuenta del truco. Siento haberlo molestado. Espero que encuentre lo que anda buscando, dije, aunque pensaba que un hombre con su dinero, que se había comprado aquel edificio gris y su luz gris, pasaría mucho tiempo buscando color allí. Pensé que seguramente le pagarían más dinero por los restos de pintura.

Di media vuelta y recorrí las tres habitaciones oscuras hasta llegar a la escalera y, de ahí, a la planta baja. Había llegado a la puerta cuando oí pasos en la escalera. Busqué a tientas el cerrojo y le di la vuelta por fin y abrí la puerta, pero se quedó atascada por una cadena. La cerré y saqué la cadena y salí corriendo a la calle. Eché a correr calle abajo.

Oí pasos tras de mí y corrí más deprisa. Sus piernas eran más largas. Una mano me agarró por el brazo y nos detuvimos.

El cielo se había encapotado por completo. El cielo estaba gris, y la calle era gris y un gran edificio de oficinas de cristal reflejaba el cielo gris, la calle gris, al hombre gris, al chico gris. Su rostro estaba abotargado, era horrible, muerto y seco bajo aquella repugnante luz.

Vamos, dijo. Te llevaré a Atlantis.

Eché a correr otra vez, llevándome a rastras. Corrió mucho por varias callejas hasta

que salimos a Brick Lane. Empezó a correr calle arriba, pasando por delante de tiendas de saris, de dulces indios y de libros islámicos, hasta que por fin subió corriendo las escaleras de un edificio de ladrillos y me arrastró al otro lado de la puerta.

El interior era de una blancura deslumbrante, aunque quizá no era un blanco polar. A nuestra derecha había un tramo de escaleras que subían. A nuestra izquierda había una puerta por la que pasamos; una pequeña entrada, paredes cubiertas de tarjetas, otra puerta.

Entramos por aquella puerta en una habitación muy alta y muy larga, y a lo largo de las paredes y en estantes en el suelo había potes y tubos y palos y papeles de cientos y cientos de colores. A nuestro lado estaba la caja registradora. En la cola, dos personas se dieron la vuelta y nos miraron con asombro, y un vendedor dijo:

¡Señor Watkins!

Y el otro dijo:

¿En qué puedo ayudarle?

En nada, respondió él, y luego dijo: Bueno, sí. Necesito un cuchillo. Un cuchillo Stanley.

Y mientras un ayudante iba corriendo a buscárselo, él se paseó por la tienda.

Aún me tenía cogido por el brazo, aunque sin apretar demasiado. Se detuvo frente a un expositor y leyó «amarillo cromo» y dijo:

A saber cómo será en realidad, ¿eh, hijo mío?

Y se fue hasta el fondo de la tienda, donde había estantes de papel.

Caminó con ímpetu por entre los estantes de colores sin mirarlos. Había grandes hojas de papel hecho a mano con rosas de escaramujo y otras flores secas. Había trozos de papel de tamaños más pequeños en una mesa. Cogió uno, lo miró y lo compró junto con el cuchillo. Luego volvió a pasearse por la tienda y el ayudante nos fue pisando los talones hasta que él le dijo que lo dejara. Cuando se detenía detrás de un estante, siempre venía alguien detrás.

Al final dijo:

Vale. Vale. Vale.

La mano me sujetaba ahora la muñeca con escasa fuerza. Él caminaba por el aire como si fuera agua, entre potes de colores para pintar seda, y pañuelos de seda con flecos, envueltos en celofán, para pintar, y corbatas blancas de seda para pintar a mano, y corazones blancos de seda envueltos en celofán.

Se detuvo y soltó una carcajada áspera y entrecortada, como la barba incipiente de su cara.

Nada de bromas de mal gusto, dijo. Esto servirá. Esto era justamente lo que estaba buscando.

Cogió un corazón de seda y sacó un billete de 10 libras del bolsillo y se lo entregó a un dependiente. Tuvo que usar la otra mano para coger el dinero, así que me soltó. Entonces subió un corto tramo de escaleras y luego otro escalón para llegar a una plataforma que daba a la tienda, y yo lo seguí hasta el final. En la plataforma había tres mesas negras redondas y tres sillas con asientos de mimbre. Había una mesa contra la pared con dos cafeteras y un letrero que decía: Sírvese usted mismo café y leche de la nevera; junto a la mesa había una nevera. Un par de altavoces pequeños dejaban oír la Virgin FM con un sonido áspero.

Él acercó una segunda silla a una de las mesas y se sentó. Yo me senté en la otra.

Él rompió el celofán con los dientes y desenvolvió el corazón de seda. Luego sacó el cuchillo Stanley de la funda.

¿Conoces a mi agente? Él te dirá quién te daría dinero por esto; él encontrará a alguien que quiera comprarlo.

Levantó un pulgar. Sopló sobre él y luego lo dejó marcado sobre la seda blanca.

Ya sabes el viejo chiste, dijo. Yo sufrí por mi arte y ahora te toca a ti.

Me cogió un pulgar con fuerza. Pensé que haría lo mismo que con el suyo, porque estaba bastante sucio. Me lo apretó con tanta fuerza que me hizo daño, y antes de que comprendiera sus intenciones, había cogido el cuchillo y me había hecho un corte.

Una gran gota de sangre salió del corte. Dejó que la sangre se acumulara en la hoja del cuchillo y luego la sacó e hizo algo en la seda, y luego recogió más sangre con el cuchillo y la trasladó a la seda, y así nueve o diez veces. Luego dejó el cuchillo y apoyó mi ensangrentado pulgar sobre la seda, junto a la marca negra que había hecho.

Levantó mi mano y la dejó caer sobre la mesa. Dobló la hoja y se guardó la navaja en el bolsillo.

En la seda blanca había dos huellas de sendos pulgares, una negra y otra roja atravesada por un corte. Debajo había escrito con húmedas letras:

Lavado en la Sangre del Cordero.

4

Un buen samurái parará el golpe

La búsqueda de un padre resultó ser una actividad de un riesgo inesperado. Colócate detrás de la puerta, le dice Kambei a Katsushiro. Golpea con todas tus fuerzas, será un buen entrenamiento. Si me entrenaba más, tal vez no viviría para llegar a los 12.

Transcurrió una semana y nos llegaron tres facturas impagadas el mismo día. Sibylla llamó al proyecto y preguntó cuándo iba a recibir su cheque de 300 libras, y la persona con la que habló fue bastante maliciosa y dijo que si ellos tardaban tanto en pagarle como ella en hacer el trabajo, seguramente recibiría el cheque por Navidad. Así que Sibylla dijo que enviaría 10 números de *Carpworld* al final de la semana y el resto a la semana siguiente. Enviaron el cheque de 300 libras y Sibylla pagó las facturas y nos quedaron 23,66 libras para seguir adelante hasta que le pagaran por *Carpworld*.

Yo estaba leyendo un libro sobre física del estado sólido. Sibylla me lo regaló por mi cumpleaños porque en las guardas decía que la extensión de nuestros conocimientos sobre las propiedades de los sólidos al nivel microscópico es uno de los logros más importantes de la física de este siglo, y porque había encontrado un ejemplar dañado a la venta por 2,99 libras. Por desgracia no era la ganga que parecía ser, porque la nota publicitaria seguía diciendo: El libro del doctor Rosenberg requiere únicamente unos conocimientos básicos sobre mecánica, electricidad y magnetismo y física atómica, junto con ideas relativamente intuitivas sobre la física cuántica. Sibylla cree que nadie desiste por la dificultad, sino por aburrimiento, y que si algo es interesante, a nadie le importa lo mucho que cueste. Ciertamente el tema es fascinante, pero, para seguirlo, se necesita realmente un mínimo de materiales introductorios sobre los temas antes mencionados. Mi frustración iba en aumento, pero pensé que antes moriría que vender el corazón, no porque quisiera guardarlo, sino porque sería horrible sacar dinero con él.

Una noche volví a casa tras un día inútil en el Museo de la Ciencia y la Tecnología. Teniendo en cuenta que cobran entrada, cabría esperar que contrataran a gente que supiera algo sobre ciencia y tecnología. Pensaba que los guardas podrían ayudarme

cuando no entendiera algo, pero no pudo ninguno.

Pensaba en el proceso de Umklapp, o pensaba en él todo lo que se puede pensar en él cuando no se tienen conocimientos básicos de mecánica, electricidad y magnetismo, y física atómica, junto con ideas relativamente intuitivas sobre la física cuántica. El proceso de Umklapp se refiere a grupos de ondas que se entrecruzan: hay poca o ninguna interferencia, cuando las ondas están en un medio lineal, por ejemplo, un medio en el que el desplazamiento en cualquier punto sea proporcional a la fuerza aplicada. Se dice que las ondas son armónicas, y que la energía de la onda es proporcional al cuadrado de su amplitud; el desplazamiento del medio en cualquier punto puede obtenerse añadiendo las sumas de las amplitudes de las ondas en ese punto. Por el contrario, si el medio no es exactamente lineal, el principio de superposición ya no tiene efecto, y se dice que las ondas son inarmónicas. El proceso de Umklapp es un caso especial de este tipo: si la suma de dos fonones que colisionan es lo bastante grande, su resultado será un fonón con la misma energía total, ¡pero viajando en dirección opuesta!

El personal del museo no se había mostrado muy útil al hacerles yo mis preguntas, y sabía que Sibylla no me podía responder. Me preguntaba si no debería ir al colegio. Entré en casa y vi a Sibylla sentada al ordenador con los 12 números de *Carpworld* 1991 a la izquierda y los 36 números de *Carpworld* 1992, 1993 y 1994 a la derecha. La pantalla estaba apagada. Abrí la puerta y ella dijo:

Es un pavo real monstruoso, y agitó toda la noche
su lánguida cola por encima de nosotros, iluminada con innumerables puntos de luz.

Y luego:

El borde del sol se hunde, las estrellas se apresuran a salir
la oscuridad llega de una sola zancada.

Me preguntó si había tenido un buen día. Le dije que estaba leyendo *The Solid State* de H. M. Rosenberg. Me preguntó si podía verlo y, cuando se lo tendí, lo abrió para hojearlo.

¿Qué es un fonón?, preguntó.

Son cuantos de energía en la modalidad de vibraciones de una red cristalina.

Murieron como hombres antes de que sus cuerpos murieran, dijo Sibylla.

¿Qué?

Olvídalo, dijo Sibylla. Creo que el cuerpo puede sobrevivir a 30 horas mecanografiando *Carpworld* en un ordenador, porque el mío parece estar todavía de una pieza.

Pasó las hojas y dijo:

¡Oh, escucha esto!

Por muy cuidadosamente que preparemos un espécimen, utilizando materiales de una extremada pureza, y métodos especialmente controlados de crecimiento cristalino, siempre habrá algún defecto, debido a la vibración térmica de los átomos. En cualquier instante de tiempo, los átomos no están nunca exactamente en sus posiciones correctas en la red. A temperatura ambiente, vibran con un movimiento simple, aproximadamente armónico, a unos 10^{13} Hz alrededor de un origen, que está en la posición de la red geométrica. Incluso a temperaturas muy bajas, el movimiento en torno al punto cero de los átomos sigue presente.

Esto es encantador, dijo Sibylla. Si estuvieras en un colegio, no te dejarían leer un libro como este, te impedirían leerlo, involucrándote en los deportes. ¡Y mira! Fue escrito en 1976, así que Liberace podría haberlo leído en sus años intelectualmente deformadores, y haber sacado provecho, en lugar de permitir que su cerebro se solidificara, por así decirlo, hasta el punto de que los átomos cerebrales se hallen permanentemente fuera de su sitio en la red. Ojalá entendiera todo esto, añadió, y lanzó una mirada de amargura a *Carpworld* 1991, pero me alegro de que tú lo estudies tan joven. Movimiento simple aproximadamente armónico... Suena tan platónico, ¿verdad? Platón dice... ¡Oh! ¿Qué dice Platón? O quizá fueron los estoicos. Pero creo que Platón dice algo sobre eso en el *Timeo*. Y miró con mayor amargura aún *Carpworld* 1992-1994, hasta que por fin dijo: Bueno, de todas formas sé lo que dice Spinoza, dice... Se interrumpió, y luego añadió: Bueno, no recuerdo las palabras exactas, pero dice que cuando la mente se percata de su propia debilidad se entristece. *Mens condenadamente tristatur*.

Tenía mala cara, cenicienta. Los ojos eran dos llamas. Al día siguiente, saqué el corazón, lo metí en mi mochila y abandoné la casa.

Cogí la Línea de Circunvalación y, cuando se detuvo en Farringdon, me quedé dentro del vagón. No quería ir al agente, pero tendría que hacerlo. Algunas veces pensaba que el problema no era en realidad el dinero, pero luego recordaba que alguien había salvado la vida a Sib, porque no valía la pena suicidarse por el dinero.

Alguien se había dejado un *Independent* en Baker Street, así que volví a dar otra vuelta haciendo el crucigrama.

El metro llegó a Farringdon. Empecé a leer el periódico. Red Devlin había abandonado su escondite y publicaba un libro sobre su experiencia como rehén. Había un artículo sobre nacionalismo e intervención. Había una columna corta sobre Mustafa Szegeti, a quien las autoridades de Papúa Occidental habían reprendido por fingir ser el cónsul de Bélgica y expedir un número de visados belgas en calidad de tal. Se habían despertado sospechas; la embajada de Bélgica en Yakarta había negado toda relación con Szegeti, que era en realidad de ascendencia egipcia y húngara, y crítico de bridge para el *Independent*. Cuando se le preguntó por qué había suplantado a un miembro de la diplomacia belga, replicó: Bueno, alguien tenía que hacerlo.

Aquello era típico de Szegeti. Lo habían arrestado en Birmania cuando yo tenía seis años por pretender ser un delegado de las Naciones Unidas, y en Brasil, cuando yo tenía siete años, por hacerse pasar por un agregado comercial americano, y se había nombrado a sí mismo director adjunto del World Bank de Uganda, y embajador extraordinario de Bután en Mozambique. Había ayudado a un gran número de personas a escapar de la muerte y la tortura y a obtener asilo político de países reticentes con documentaciones imaginativas.

Obviamente no era así como se ganaba la vida.

Szegeti había aprendido a jugar a bridge de niño con sus padres, ambos ávidos jugadores. Su madre era egipcia, su padre húngaro. Eran ricos, pero jugadores compulsivos, y habían vivido en una continua incertidumbre.

Habían vivido en magníficos hoteles cuando podían permitírselo, y a menudo también cuando no podían. Al registrarse, insistían siempre en que les instalaran un gran piano en la suite, para que su madre pudiera tocar a Brahms cuando no estaba jugando a la ruleta. Utilizaban abundantemente el servicio de habitaciones. A veces Szegeti pasaba días enteros sin ver a sus padres; a veces no salían en una semana y se limitaban a levantarse para ir a jugar y a dejar el juego para dormir.

Su madre solo llevaba ropa de alta costura. En una ocasión, después de empeñar todas sus joyas, también empeñó su ropa. Los hombres tenían que vestir de etiqueta para entrar en el casino; a las mujeres no se les permitía llevar pantalones. Se puso la corbata negra de su marido. Ni siquiera tenía dinero para comprarse una barba postiza. Se cortó el pelo y se pegó unos cuantos pelos sobre el labio superior, y luego se fue al casino con el dinero de la ropa. Estuvo fuera dos días.

Por fin volvió a la habitación. En lugar de barba de dos días, tenía pelos negros

sueltos que se despegaban. Llevaba los negros cabellos de punta. Entró en la habitación (hacía dos semanas que no se atrevían a llamar al servicio de habitaciones; habían vivido de cajas de bombones a medio acabar y bastones de pan sobrantes) y arrojó una ficha sobre la cama.

Entonces ¿has perdido?, dijo Szegeti, y también el chico pensó que su madre había perdido.

He perdido, dijo ella. Se acercó al espejo y empezó a arrancarse los pelos del bigote postizo.

He perdido, he perdido y he perdido. Y luego he ganado.

Empezó a sacarse fajos de billetes de los bolsillos y los apiló sobre el tocador.

Numéro vingt-huit, dijo, *il ne m'a pas tout à fait oubliée*. Había fajos de billetes de 500 francos.

Tengo que meterme en la cama, dijo. No tengo nada que ponerme.

Pensé: No es solo el dinero.

Pensé: Siempre puedo vender el corazón en otro momento.

Pensé: ¡Estoy impaciente por ver la expresión de su cara!

Ser deportado suena a algo muy traumático, pero Szegeti lo había padecido tantas veces, que pensé que seguramente no dejaría que eso le impidiera desarrollar sus actividades normales. Sabía que jugaba mucho al bridge en el Portland Club, así que me bajé de la Línea de Circunvalación en Baker Street y fui a la biblioteca Marylebone para buscar el Portland Club en la guía telefónica. Uno no debe despreciar nunca lo obvio, así que intenté el listín general primero, pero, lógicamente, un hombre que quisiera evitar llamadas molestas del típico jefe de Estado que obtiene el 99,99 % de los votos de un populacho que lo adora, por no mencionar la embajada de Bután, la americana, la francesa, la alemana, la danesa, y ahora también la belga, sin olvidarnos del Banco Mundial y la ONU, no aparecía en la guía. El Portland Club estaba en el 42 de Half Moon Street.

Cogí Jubilee Line para llegar a Green Park y caminé hasta la calle Half Moon. Era la 1.30. Me senté frente al Portland Club, en el bordillo de la otra acera, y empecé a leer *The Solid State* de H. M. Rosenberg.

Pensé: ¿Quién sabe QUÉ ocurrirá?

Szegeti no era solo diplomático crónico y jugador de cartas, también había tenido docenas, cientos o incluso miles de aventuras amorosas, dependiendo de la fuente

(Szegeti/*The Sun*/Saddam Hussein). Era imposible que las recordara todas; una de sus ex podía haber tenido un hijo. ¡Tal vez me aceptara a mí como hijo! Tal vez yo podría acabar contando la historia del bigote como una historia de mi abuela.

La gente entraba y salía del Portland Club, pero no había nadie que se pareciera a Szegeti. A eso de las 4 un taxi se detuvo delante del club y se apeó un hombre con traje blanco. Era Szegeti.

Pasaron seis horas. Yo estaba muerto de hambre. Con un esfuerzo me puse a leer *The Solid State* de H. M. Rosenberg. Intenté no pensar en comida.

A las 11 de la noche, más o menos, Szegeti salió del club con otro hombre, que decía:

Pensaba que si salía con el rey, abriría el juego a los diamantes.

¿Diamantes?

Era el único palo al que no habían apostado.

Ellos tampoco, dijo Szegeti, con un suspiro. A uno no le gustaría creer que el espíritu aventurero se había extinguido por completo en el juego moderno, pero ¡cuando uno se pone a pensar en la inexplicable y en apariencia insuperable reticencia del jugador medio a apostar a un palo del que no tiene cartas o en semifallo! Por no mencionar la pusilanimidad de la pareja de nuestros días, que se mantiene mezquinamente en el palo que le conviene, en lugar de moverse para explorar aguas desconocidas. Vivimos en una época en decadencia.

La última vez me dijiste que, obviamente, debería haber salido con el rey.

¿En serio? Pues lo retiro. Sin duda tienes que salir con el rey siempre que puedas. No hay necesidad de pensar más en tu salida cuando tengas un rey en la mano. Si alguien se sorprende, puedes decirle que, basándote en mi autoridad, salir con el rey es la quintaesencia del juego sensato. Pero ahí está mi taxi.

Se metió en el taxi y se fue.

Yo no tenía la menor idea de adónde iba.

El hombre que se había quedado atrás, miraba fijamente el taxi que se alejaba. Me acerqué corriendo por detrás y le dije:

¡Perdone! Tengo que hacer una entrega urgente al señor Szegeti en su club, y acabo de verlo marchar. ¿Sabe usted adónde va?

No tengo ni idea. Ya ha estado en Caprice; podrías probar en Quaglino's. ¿Sabes jugar al bridge?

No. ¿Dónde está Quaglino's?

Oh, Dios, no, no puedes... quiero decir que está de un humor de perros por no sé qué, y si ha de encontrarse con alguien, no querrá que te entrometas. ¿Por qué no se lo dejas en el club?

¿Dónde está Quaglino's?

¿No es un poco tarde para que andes por ahí?

¿Dónde está Quaglino's?

De todas formas, seguramente no estará allí.

Entonces, no pasa nada porque me diga dónde está Quaglino's, ¿no?

No, bueno, en la calle Bury, ya que insistes.

¿Dónde está eso?

A varios kilómetros.

Volví a Green Park. Faltaba una hora para que cerraran el metro. Seguramente él se iría otra vez en un taxi y no podría seguirlo, porque solo llevaba mi Travelcard y una libra. Aun así, tal vez surgiera algo.

Pregunté en ventanilla dónde estaba la calle Bury, y el hombre me dijo que estaba a la vuelta de la esquina. Miré en el mapa de la zona y, en efecto, a la vuelta de la esquina estaba, a unos diez minutos a pie de Half Moon Street. ¿Cogería alguien un taxi para una distancia tan corta? En todo caso, era mi única pista, de modo que subí por Piccadilly y bajé por la calle St. James's hasta la calle Bury, y traté de ver el interior de Quaglino's, pero no se veía gran cosa desde fuera. No se podía saber si había alguien con traje blanco o no.

Me senté en el escalón de un portal, al otro lado de la calle, frente a Quaglino's, e intenté leer *The Solid State*, pero había muy poca luz. Así que empecé a recitar el canto I de la *Ilíada*. Estoy pensando en aprendérmelo entero por si algún día me meten en la cárcel.

La gente entraba y salía de Quaglino's. Terminé el canto I de la *Ilíada*; solo eran las 12.30. Un par de personas se pararon a preguntarme si estaba bien. Les dije que sí. Empecé a repasar los verbos regulares del árabe. Mis preferidos eran los verbos regulares dobles y triples, porque prácticamente se cerraban en el imperativo, pero decidí empezar con el *hamza* inicial y seguir adelante.

Fue una decisión acertada. Transcurrió una hora; pensé que debía de haber ido a algún otro sitio. Sería mejor que me volviera a casa. Pero había llegado a mi verbo predilecto de todos los verbos árabes y pensé que primero lo repasaría y así le daría un poco más de tiempo. Lo extraño sobre **يَبِي** es lo siguiente: ¿se trata de un verbo

trilítero en el que todas las letras son *ya*; un verbo que solo aparece en la forma II, con el *ya* central reduplicado (por desgracia esto significa que el *ya* final se escribe entonces *alif*, pero no se puede tener todo en esta vida); ¡un verbo que significa «escribir la letra *ya*» (según Wright), o «escribir una hermosa *ya*» (según Haywood y Nahmad)! Por fuerza ha de ser el mejor verbo de todo el idioma, ¡y Wehr no se molesta siquiera en ponerlo en el diccionario! ¡Wright, por increíble que parezca, solo lo menciona para decir que no va a hablar sobre él porque es raro! ¡Blachère ni siquiera lo menciona! Haywood/Nahmad son los únicos que lo tratan, y ni siquiera ellos dan el imperativo. Lo que sí que dan es el yusivo, que al parecer es *yuyayyi*; creo que eso significa que el imperativo sería *yayyi*. Así pues, sentado frente a Quaglino's, empecé a recitar: *yayya yayyat yayyayta yayyayti yayyaytu* en voz baja, y pensé que, si no había salido cuando acabara, repasaría la forma IX (que Blachère llama *nettement absurde*), solo por gusto, y quizá también la forma XI, que es la forma enfática de la IX, presumiblemente tan absurda que ni la ponen en las tablas. IX sirve para los colores y las deformidades, y XI para el negro más negro o el blanco más blanco. Al pintor le habría gustado aquello. Podría hacer una obra llamada *Supongamos que IX = XI. Supongamos que deformidad = color*. Olvidémoslo.

En cualquier caso, llegué a *yuyayyi*, y empezaba a pensar en seguir con *ihmarra* para llegar a *ihmaarra* rojo, que sería rojo sangre, cuando Szegeti salió de Quaglino's con una mujer.

Pues claro que te llevo, decía ella.

Eres un ángel, decía él.

No seas tonto, decía ella. Pero tendrás que indicarme el camino. Siempre me pierdo en esas calles pequeñas.

Contuve el aliento y él dijo:

Bien, ¿conoces la calle Sloane?

Por supuesto, contestó ella.

Echaron a andar, alejándose de Piccadilly. Los seguí desde la otra acera.

Bueno, gira a la derecha en la calle Pont, dijo él, y luego es la cuarta bocacalle a la izquierda. No puede ser más fácil.

¡EUREKA!, dije yo.

Dije: Calle Sloane, calle Pont, cuarta a la izquierda. Calle Sloane, calle Pont, cuarta a la izquierda. Calle Sloane, calle Pont, cuarta a la izquierda.

Estoy segura de que llegaremos, dijo ella.

Los seguí hasta un National Car Park. Esperé junto a la entrada para ver salir su Saab de color azul oscuro. Luego me dirigí a Knightsbridge. Estaba bastante lejos, pero pensé que quizá ella no se limitaría a llevarlo, sino que entraría con él, y que si lo hacía y me quedaba esperando el tiempo suficiente, la vería salir.

Llegué a la calle Pont a eso de las 2.15. La cuarta bocacalle a la izquierda era Lennox Gardens. No se veía el Saab por ninguna parte.

Decidí esperar hasta el día siguiente de todas formas, esperando verlo salir por la mañana. Volví a la calle Sloane, donde había visto un teléfono público, pero solo aceptaba monedas. Volví a Knightsbridge, encontré un teléfono que aceptaba tarjetas telefónicas y llamé a Sibylla. Le dije que estaba en Knightsbridge, que necesitaba estar allí por la mañana temprano y que, por tanto, me quedaría allí toda la noche, pero que no quería que pensara que me habían cogido como rehén, ni que me habían vendido como esclavo sexual a un círculo de pedófilos.

Sibylla no dijo nada durante un buen rato, pero yo sabía lo que estaba pensando. El silencio se prolongó, porque mi madre debatía en su interior el derecho de un ser racional a ejercer una autoridad arbitraria sobre otro ser racional únicamente por ser mayor. O más bien, no debatía esto, pues no creía en tal derecho, sino que intentaba resistir la tentación de ejercer tal autoridad, sancionada únicamente por la tradición. Por fin dijo: Bien, hasta mañana entonces.

Había un jardín cerrado en Lennox Gardens. Salté la verja y me tumbé en la hierba detrás de un banco. Los años que había pasado durmiendo en el suelo rindieron sus beneficios: me dormí al instante.

A eso de las 11 de la mañana siguiente, Szegeti salió de un bloque de pisos del final de la calle y volvió la esquina.



Cuando llegué a casa, Sibylla había terminado con *Carpworld*. Estaba sentada en la butaca de la sala, hecha un ovillo y leyendo *Aprende pali por tu cuenta*. Tenía el rostro tan sombrío e inexpresivo como la pantalla.

Pensé que debía ser comprensivo, pero la impaciencia no me dejó. ¿Qué sentido tiene tanta amargura? ¿Para qué sirve? ¿Por qué no puede ser como Layla Szegeti? Cualquier cosa sería mejor que esto. ¿Se supone que es por mi bien? ¿Cómo puede ser por mi bien, si yo lo detesto? Sería mejor que fuera alocada y atrevida y que se jugara todo lo que tenemos. Ojalá lo vendiera todo y se fuera a apostar al casino en una única jugada de ruleta.



Al día siguiente volví a Knightsbridge. Se había marchado a las 11 el día anterior, así que pensé que sería mejor llegar antes de esa hora.

Llegué a las 9, pero no pude entrar. El edificio tenía portero automático; Szegeti vivía en el tercer piso. Me senté en la escalera a esperar. Transcurrió media hora. Miré los timbres como si buscara un nombre. Transcurrieron veinte minutos.

A las 9.56 entró una mujer con la bolsa de la compra y entré detrás de ella. Me dirigí a la escalera para evitar preguntas embarazosas y subí los escalones de tres en tres.

A las 10 llegué a la puerta y llamé al timbre.

Me abrió un hombre con uniforme blanco.

¿Qué quieres?, preguntó.

Le contesté que quería ver al señor Szegeti.

El señor Szegeti no recibe visitas.

¿Cuándo iría bien que viniera?, pregunté.

No sabría decírtelo. ¿Quieres dejar tu tarjeta?

En aquel momento, una voz dijo algo en árabe desde otra habitación. Sabía que era árabe, pero no entendí lo que decía; me fastidió bastante, porque pensaba que mi árabe era muy bueno. Había leído *Las mil y una noches* y el *Muqaddimah* y gran parte de la obra de Ibn Battuta y también leía *Al Hayah* siempre que Sib lo compraba para practicar. La voz debía de haber dicho algo así como: Déjelo, ya me ocupo yo, porque el hombre de blanco se inclinó y se fue, y Szegeti apareció en el vestíbulo. Llevaba una bata de brocado dorado y rojo y los cabellos húmedos, y olía intensamente a perfume. Mi oponente era un dandi del período Meiji.

Quería conocerle, dije.

Qué halagador. Pero es un poco pronto, ¿no crees? En la época en que la gente hacía visitas matinales, las hacían por la tarde, ¿sabes? La costumbre se ha perdido, pero ese civilizado concepto del día se mantiene en la descripción de una función que empieza a las cuatro de la tarde como matinée. Uno no espera que la matinée empiece

a las diez de la mañana.

No, dije.

Sin embargo, una tentativa a una hora más apropiada, habría estado condenada al fracaso. Tengo una cita a las dos, de ahí mi impropio aspecto matutino. ¿Por qué quieres conocerme?

Respiré a fondo. Él alza la espada de bambú y la echa hacia atrás con hermosa economía de movimientos.

Soy su hijo, dije. No podía respirar.

Se quedó callado y absolutamente inmóvil.

Comprendo, dijo. ¿Te importa que fume? Ha sido algo inesperado.

No.

Sacó una pitillera de oro (una pitillera de oro, no un paquete) de un bolsillo. La abrió: los cigarrillos eran de papel oscuro con una banda dorada cerca de la punta.

Cogió un cigarrillo; cerró la pitillera; dio unos golpecitos en la pitillera con el cigarrillo; volvió a meterse la pitillera en el bolsillo. Sacó un encendedor de oro. Se puso el cigarrillo en la boca; accionó el encendedor; acercó la llama a la punta del cigarrillo. No me miró en todo ese tiempo. Volvió a meterse el encendedor en el bolsillo. Dio una calada. Aún no me había mirado. Por fin me miró.

¿Sería una indiscreción preguntar el nombre de tu madre?

Ella no quería que lo supiera, dije. Preferiría no decírselo, si no le importa.

Debí de hacerle mucho daño.

No, es que... se dio cuenta de que todo había acabado y pensó que sería absurdo. Tenía dinero de sobra y no quería molestarle.

Extraordinario. Si hubiéramos roto de mala manera, entendería que se sintiera ofendida, pero dices que no hubo nada de eso. Y, sin embargo, decidió no contarme algo trascendental. Debía de tener una opinión muy pobre de mí. Me alegro de que no te haya puesto en mi contra.

No, no, dije. Ella me contó que no se conocían mucho.

Entonces, seguro que supuso lo peor.

Fumaba dando largas chupadas al cigarrillo, luego hablaba, luego volvía a fumar.

Perdona por el interrogatorio, pero debes comprender que esto es bastante ofensivo, por no decir otra cosa. Admito que no tengo las virtudes del perfecto esposo, pero ello no implica ni mucho menos una abdicación de las responsabilidades obvias. Siempre he pensado que las mujeres que he conocido habían comprendido mi

forma de ser. No tengo una personalidad compleja, ¿entiendes? Es bastante fácil tomarme la medida al poco de conocerme, y si a una mujer no le gusto, no se queda conmigo mucho tiempo, desde luego no lo bastante para tener su propio dormitorio. ¿O acaso no ha sido una manera conveniente de describir una relación de una sola noche?

Sí, dije.

Comprendo, sí, eso tiene un poco más de sentido.

Volvió a fumar.

De todas formas, perdona que te lo pregunte, pero ¿soy yo el único candidato?

Trabajaba en una oficina donde casi todo eran mujeres, dije. Entonces le conoció a usted en una fiesta.

Y la deslumbré. ¿Y cuándo fue eso? ¿Qué edad tienes?

Hace doce años. Tengo 11.

¿Y dónde? ¿En Londres?

Creo que sí.

Solo hay una cosa que no entiendo. ¿Qué mal hay en que me digas el nombre de una mujer a la que conocí tan brevemente? ¿Qué podría importarle a tu madre?

No estoy seguro.

Comprendo.

Apagó el cigarrillo.

Es todo mentira, ¿no?

Guardé silencio.

¿Quién te envía, un periódico?

No...

¿Quieres dinero?

No.

Estaba algo sorprendido. Todo había sido muy rápido.

¿Ha visto *Los siete samuráis*?

Hace mucho. ¿Por qué?

¿Recuerda la escena donde Kyuzo tiene el duelo?

Me temo que no recuerdo los nombres.

Kyuzo es el que no está interesado en matar gente.

Me esforzaba en hablar despacio.

Otro samurái y él se baten con espadas de bambú. Gana él, pero el otro hombre

afirma que ha sido un empate. Así que Kyuzo dice: Si hubiéramos luchado con espadas de verdad, te habría matado. Y el otro samurái dice: De acuerdo, luchemos con espadas de verdad. Kyuzo dice: Es una tontería, te mataré. Entonces el otro samurái desenvaina la espada y luchan con espadas de verdad y el otro samurái muere.

¿Y?

Así que fui a ver a mi verdadero padre hace tres meses, solo para verlo. No le dije quién era. Estaba allí, en su estudio, y pensé: No puedo decirle que soy su hijo, porque es cierto.

Szegeti me contemplaba atentamente con ojos despiertos y muy brillantes, y con el rostro impasible. El brillo de sus ojos aumentó.

¿A mí podías decírmelo porque no era cierto?, dijo. ¡Comprendo!

Lo había comprendido al instante. De pronto se echó a reír.

¡Pero esto es maravilloso!

Miró su reloj (de oro, por supuesto).

Entra y cuéntame más cosas, dijo. Tengo que oírlo todo. ¿He sido yo tu primera víctima?

La cuarta, contesté.

Me contuve cuando iba a disculparme y evité decir alguna estupidez.

Los primeros tres fueron terribles, continué, un poco como disculpa. Dos me creyeron y otro no. Todos fueron horribles. Entonces les dije que no era cierto y no lo comprendieron.

Me asombras.

Entonces pensé en usted. No había pensado antes porque no juego al bridge.

¿No? Lástima.

Pensé que lo entendería. Es decir, pensé que, aunque no se lo creyera, lo entendería.

Volvió a reír.

¿Tienes idea de cuántas reclamaciones de paternidad he tenido que afrontar?

No.

Ni yo. Perdí la cuenta después de la tercera. Por lo general es la supuesta madre la que se presenta, con la mayor reticencia, claro está, y solo por el bien de su hijo.

La primera vez que ocurrió fue horrorosa. Jamás había visto a aquella mujer en mi vida, o al menos no la recordaba. En lugar de sospechar de inmediato, me sentí

terriblemente azorado. ¡Qué vergüenza no recordar un momento tan íntimo! Me dijo que hacía unos años. ¡Qué humillante, si en ese tiempo ella había cambiado para peor!

En cualquier caso, tuve la presencia de ánimo suficiente para hacerle unas cuantas preguntas. Aquello cada vez me olía peor. Entonces tuve lo que me pareció una inspiración genial. ¡Me creí un auténtico Salomón!

Le dije: Muy bien, si el niño es mío, me lo quedaré. Me comprometo a cuidar de él, con la condición de que no vuelvas a ponerte en contacto ni con él ni conmigo.

Mi idea era que una madre no entregaría su hijo a un desconocido con semejantes condiciones. Apenas hube pronunciado esas palabras, cuando comprendí mi error: vi la terrible tentación en los ojos de la chica. Fue entonces cuando supe con toda certeza que el niño no era mío. Fue como jugar la primera baza con un as y ver cómo sufre un principiante, dudando entre matar con un triunfo o no. ¡Tenía el corazón en un puño, te lo aseguro!

¿Y si ella hubiera aceptado?, pregunté.

Habría tenido que quedarme con el niño, por supuesto. O juegas o pagas. Tal vez no sea un principio muy noble, pero piensa en el sacrificio requerido para renunciar a él, por la mísera ventaja momentánea de deshacerme de aquel inesperado estorbo. La vida es puro riesgo. Puedes perder todo lo que tienes en cualquier momento. Si un golpe de mala suerte puede despojarte de tus medios de subsistencia, ¿qué te queda? Ahora es muy fácil decirlo, claro, pero por Dios que sudaba tinta mientras miraba al pequeño mocoso. No falla, por cierto, todos los niños que aparecen en estas circunstancias indefectiblemente son feos como un pecado. La madre muestra una carita roja, una cosa que berrea, y te asegura sin ruborizarse que es clavado a ti. Modestia aparte, creo que soy pasable, cuando menos. El amor propio de uno sufre un tremendo golpe al ver que la impostura no se rechaza inmediatamente por inverosimilitud evidente. ¿Es guapa tu madre?

Sí, dije, aunque no me parecía la palabra adecuada. ¿Y qué ocurrió? ¿Se fue?

Al final. Me dijo que no podía darme el niño porque creía que yo era un inmoral. Mira quién fue a hablar, podría haberle dicho, pero mi alivio era demasiado grande para objetar nada. Le aseguré en el acto que había llevado una vida de vicio sin precedentes y que sería inevitable que un niño se corrompiera irremediabilmente en semejante antro de iniquidad. Afirmé abusar de todo tipo de productos farmacéuticos; le dije que mi apetito sexual estaba tan hastiado que no me excitaba si había menos

de cuatro bellezas voluptuosas en mi cama; le describí con todo lujo de detalles prácticas sexuales con las que no voy a mancillar tus oídos, por usar una expresión desgraciadamente, o quizá tu pienses que felizmente, pasada de moda.

Yo casi no podía aguantarme la risa.

¿Y funcionó?

¡A las mil maravillas! Fuera o no muy grande la tentación de deshacerse del niño, no podía entregarlo a semejante monstruo sin quedar mal. Así que se fue y le vendió la historia a la prensa amarilla, de que su conciencia no le permitía aceptar dinero de un padre tan depravado. Por supuesto a la prensa le encantó. Ojalá hubiera guardado algún periódico. Recuerdo un titular preciosísimo sobre un «Padre de cinco en la cama». Lo vi de repente en un kiosco y me desternillé de la risa. Pero fui un tonto y no compré unos cuantos cientos para enviárselos a los amigos. La experiencia enseña. Evidentemente no se retractó de su reclamación, y puede que eso diera una idea equivocada a un par de personas, pero me pareció un precio barato por salir bien librado. ¿Has desayunado?

Sí.

Yo no. Desayuna otra vez conmigo.

De acuerdo.

Fue una sorpresa oír mi propia voz. Entonces se me ocurrió que era una falta de educación.

Gracias.

De nada.

Lo seguí por el piso. Me había pasado la mayor parte de todos los inviernos que recordaba en un museo u otro, mirando o fingiendo mirar los objetos expuestos y empezaba a sentirme como en casa. Había espadas con inscripciones magrebíes en la hoja. Había un Corán espectacular en cúfico oriental sobre una mesita. Había una colección de cerámicas igualmente espectaculares, colgadas de las paredes, en estantes y en unas cuantas mesitas estratégicamente colocadas, la mayoría de ellas adornadas también con caligrafía cúfica en su forma oriental y más estilizada. Cuando una pared no estaba ocupada por una valiosísima espada o un objeto de cerámica, ostentaba una miniatura persa de valor incalculable. Pensé en el corazón. Tal vez podría convencer a Szegeti de que se desprendiera de algún objeto pequeño de escaso valor que pudiera vender en lugar del corazón.

Llegamos al comedor. Había un teléfono sobre una mesa, junto a la puerta. Lo

descolgó y habló, pidiendo a alguien que pusiera otro servicio.

En cualquier caso, dijo, reanudando la conversación, después de aquello me volví mucho más circunspecto. Adopté la política de comportarme con absoluta cortesía en todo momento; no hay nada que enfurezca más a una persona que está haciendo algo infame. Aguijoneada por la frustración, se traiciona tarde o temprano. Descubrí que en realidad no era necesario ser grosero ni insultante.

Con la práctica se llega a la perfección, dije.

Muy amable. Como puedes ver, no es más que la consecuencia de una carrera bastante accidentada. Yo diría que tus dos primeros intentos eran dos tipos bastante más dignos, que no habían tenido relaciones más que con unas cuantas mujeres. Naturalmente, se tomaron la cosa mucho más *au sérieux*.

Empezó a servirse comida en el plato y me indicó que hiciera lo mismo con un gesto. Jamás había visto tanta abundancia en una sola comida. Había unas tres docenas de huevos hechos de diferentes maneras: revueltos, pasados por agua, escalfados, fritos, a la benedictina, en tortilla, y en todas las formas posibles de cocinar los huevos, y todos dispuestos sobre hornillos plateados para mantenerlos calientes. En una cesta había una sabrosa montaña de veinte o treinta pastas distintas. Había tres melones vaciados, con los bordes festoneados y las mitades rellenas de fruta cortada en forma de estrellas y medias lunas. Había otra cesta llena de fruta al natural, la mayor parte del tipo que nosotros no comprábamos nunca en Tesco's porque salen a 99 peniques. Había una bandeja giratoria de plata con dos tipos de mostaza, tres clases de chutney, cinco clases de miel y doce de mermelada. Había crêpes con siete rellenos distintos. Había salmón ahumado y algo que me pareció que podían ser arenques ahumados. Había jarras de cristal con zumos recién exprimidos de naranja, piña, tomate, guayaba y mango. Había una tetera y una cafetera de plata, y un recipiente de plata para el chocolate caliente, y un cuenco de plata con nata para el chocolate.

Decidí empezar con melón, tortilla de queso, tres pastas, zumo de guayaba y chocolate.

¿Cree que ella no se lo habría creído, si le hubiera hablado de veinte a la vez?, dije.

¿Por qué habría uno de estar menos cómodo en casa que en un hotel decente?

¿Por qué cinco en una cama se considera especialmente inmoral? ¿Porque solo es posible un acto no adúltero con una de las mujeres como máximo? ¿O porque las mujeres podrían realizar prácticas homosexuales y se considera que estas son

contrarias a la voluntad de un ser divino?, pregunté.

9 de cada 10 una mujer prefiere que no le cuenten algo que no quiere saber, dijo. 99 de cada 100 veces es más útil saber lo que la gente considera que está mal. Cuando uno está en un aprieto, ha de ser capaz de leer la mente de su rival; no sirve de nada pensar cómo debería jugar sus bazas.

Me serví más chocolate y cogí otra pasta.

¿Cómo empezó su carrera diplomática?, pregunté con un tacto exquisito.

Él rió.

Oh, fue puramente accidental. Estaba en un crucero con unos amigos. El barco tuvo problemas de motor y acabamos varados en una ciudad más bien pequeña de Guatemala. Obviamente podríamos haber vuelto a casa; la compañía nos habría pagado el billete de avión para salir de ciudad de Guatemala, pero el caso fue que en la ciudad había una gente realmente encantadora. Uno de los peces gordos de allí era un excelente jugador de bridge, y por supuesto no tenía con quien jugar. La verdad es que nos recibió con los brazos abiertos. Se celebraron fiestas, un baile... En muchos sentidos era mejor que el barco. Claro está que muchos de los pasajeros se fueron, pero Jeremy y yo nos quedamos.

Nuestro anfitrión era británico, pero se había casado con una guatemalteca. Cultivaba bananas, como casi todo el mundo, y también era el cónsul británico. Nadie más hablaba mucho inglés, y nosotros no hablábamos una sola palabra de español, pero para jugar a bridge no importaba, claro está.

Bueno, cuando llevábamos allí un par de semanas, se me ocurrió la idea de salir a caballo por el campo. Las carreteras prácticamente eran inexistentes y nuestro anfitrión supervisaba la propiedad a caballo. Me prestaron uno, uno grande y fuerte, sin pedigrí, pero con mucha energía. La silla era una gran caja de cuero cuadrada con un enorme pomo tachonado de plata; no muy elegante, pero sí cómoda. Salí pues a cabalgar con un chico de la plantación como guía. Nos dirigimos hacia las montañas. El chico empezó a ponerse nervioso al cabo de un rato y a hacerme señas de que debíamos volver; recuerda que yo no sabía nada de español. No le hice caso. El terreno empezaba a elevarse y yo estaba decidido a contemplar la llanura desde lo alto.

Llegamos por fin a las colinas y una aldea. No había nadie. Yo tenía mucha sed, así que desmonté y me puse a buscar un sitio donde hubiera agua. Una mujer salió corriendo de una casa, con lágrimas en los ojos. Me dijo algo que no entendí y señaló

carretera arriba.

Volví a montar y enfilé la carretera. Mi guía se negó rotundamente a acompañarme. Al salir de una curva de la carretera, vi... bueno, vi cosas peores de oír que mis hipotéticas hazañas con múltiples parejas. Había soldados y un montón de tumbas, y campesinos cavando a punta de fusil. Me vieron, me dispararon. Por supuesto yo me alejé al galope inmediatamente.

Se echó tres cucharadas de azúcar en la taza y luego vertió el café por encima. Abrió un cruasán y lo untó de mantequilla y mermelada de guayaba.

Por supuesto, y así me pareció que debía ser en aquel momento, que no podía hacer nada más que salvar el pellejo. Pero no dejé de pensar en ello durante el camino de vuelta. Me decía que tal vez habría parado aquello con solo acercarme, que tal vez un testigo habría bastado para pararlo. Pero era un lugar dejado de la mano de Dios. Podrían haberme pegado un tiro y haberme arrojado después a una zanja, y nadie se habría enterado. No obstante, no dejé de darle vueltas a la cabeza, una y otra vez, durante todo el camino de vuelta. No tengo palabras para describirte algo así, aquel horrible lugar al que Dios había vuelto la espalda. Pensé: Que me aspen si voy a pasarme el resto de mi vida diciéndome que no soy un cobarde. Pensé: Tengo que hacer algo.

Llegué a la plantación al anochecer y le conté a mi anfitrión lo que había visto. Él dijo que algunos de los demás terratenientes estaban limpiando aquellas tierras de indios, o al menos intentándolo, que habían introducido nueva maquinaria y que no necesitaban tanta gente con machetes. Los indios se resistían, no querían irse de sus aldeas, así que habían llamado al ejército y los estaban matando. No se podía hacer nada; el gobierno era espantosamente corrupto.

Bueno, desde luego era evidente que no serviría de nada recurrir a las autoridades o informar del incidente. Tampoco parecía tener mucho sentido que irrumpiera allí, galopando solo, para hacerlo yo todo. De repente, tuve una inspiración genial. ¿Has oído hablar de Raoul Wallenberg?

No.

Claro, eres demasiado joven. Era el cónsul sueco en Budapest durante la Segunda Guerra Mundial. Los nazis llegaron y empezaron a deportar a los judíos a los campos de concentración. ¡Wallenberg empezó a expedir pasaportes suecos inmediatamente! Los judíos esperaban ya en la cola del andén para meterse en los vagones que los llevarían al matadero, y allí aparecía Wallenberg, diciendo a las SS: Este hombre es

un ciudadano sueco, ¡le prohíbo que se lo lleve! ¡Por supuesto ninguno de aquellos judíos sabía una sola palabra de sueco! ¡Impagable!

Sea como fuere, le dije a mi amigo que no había nada más sencillo. ¡No teníamos más que aparecer por allí con un paquete de pasaportes británicos, mostrarlos, y listo!

Mi anfitrión se vio en un aprieto. Dijo un montón de memeces que no recuerdo, algo sobre la sagrada confianza en que lo colocaba su posición. No creo que usara la palabra «sagrada», pero tú ya me entiendes. ¡Bien, en mi opinión, no hay manera más honorable de representar a la reina que extendiendo su protección a un grupo de desdichados campesinos a los que estaban masacrando unos matones armados! A él le dije lo mismo, y él me contestó que, si bien lo lamentaba mucho, no podía hacer nada. Lo cierto era que llevaba allí demasiado tiempo, le parecía que tenía mucho que perder, que aquello haría su posición intolerable. Ya te he explicado que se había casado con una guatemalteca; puede que estuviera emparentada con alguno de los culpables.

Él se dio cuenta de que no me hacía ninguna gracia y la verdad era que también sentía cierto prurito. Finalmente me propuso un trato. Me dijo que apostaría conmigo el contenido de cierto arcón a una partida de piquet. No recordaba exactamente su contenido, pero si ganaba yo, podía quedármelo. Yo apostaría mil libras.

Accedí, dado que no podía hacer nada más, aunque la propuesta era desesperante. El piquet no es un mal juego, seguramente es uno de los mejores para dos personas, pero la suerte tiene un papel mucho más importante que en el bridge y, además, nunca me había llamado la atención, así que las posibilidades que dejaba a la habilidad no me daban demasiada ventaja. Si hubiera sido bridge, habría estado seguro de ganar, aunque él no lo hacía mal; tratándose de piquet, no las tenía todas conmigo.

La partida fue infernal de cabo a rabo. Mis cartas eran malas y no jugué con brillantez; seguí los principios del mejor juego y perdí una y otra vez. Empezaba a creer que perdería las mil libras y no podría ayudar a los pobres desgraciados que había visto. Al fin, cuando solo me quedaban cincuenta libras, me dije a mí mismo: Al infierno con esto, me jugaré el todo por el todo. O Dios quiere que los rescate, o no quiere, y será mejor que lo averigüe lo antes posible.

Por supuesto, mi suerte cambió en el acto. Llevábamos cinco horas jugando; solo tardé tres en recuperar el dinero y tres más en ganar el arcón. Los dos estábamos extenuados al acabar; me estallaba la cabeza y tenía los ojos completamente secos, pero su aspecto aún era peor. No debía de imaginar en lo que se metía al sugerir la

partida, ¿comprendes?, que jugaba por un millar de libras y el derecho a condenar a un grupo de personas inocentes a la perdición. Dios sabe lo que fue defender aquello durante 11 horas. Al final arrojó las cartas sobre la mesa. No quiso mirarme; dijo que nos veríamos por la mañana y se fue a la cama. Al llegar a la puerta se dio la vuelta. Dijo que si alguien causaba algún daño a un súbdito británico, tendría que elevar su más enérgica protesta a las autoridades.

Me dirigí de inmediato al arcón. Dentro había un montón de pasaportes y un sello de aspecto oficial.

Eran pasaportes de un modelo antiguo. Dios sabe cuánto tiempo debían de llevar allí. No me extrañaría que el consulado, y los pasaportes con él, hubieran pasado de padre a hijo durante el último siglo, con una descripción en lugar de foto. Me concedí un breve descanso y dormí cuatro horas. A la mañana siguiente dediqué unas horas a rellenar las inscripciones. Escribí: Cabello: negro, ojos: negros; tez: morena, unas 50 o 60 veces. Dejé los nombres en blanco, metí los pasaportes en un par de alforjas y partí a caballo.

¡Bueno, deberías haber visto la cara que pusieron los soldados cuando los primeros campesinos mostraron su pasaporte británico! Le había pedido a mi amigo que me enseñara a decir «Este hombre es un súbdito británico» en español, y allí estaba yo, entre los leales súbditos de la reina de cabello negro, ojos negros y piel morena, intentando no partirme de la risa. Lo más maravilloso fue que no podían probar que los pasaportes eran falsos, porque desde luego ninguno de ellos tenía documentación alguna guatemalteca.

De algo sirvió. Algunos de los indios acabaron viniendo a Gran Bretaña gracias a aquellos pasaportes falsos. Otros se echaron al monte para unirse a un grupo guerrillero.

El caso fue que, después de usar aquel truco por primera vez, le cogí el gustillo. Hoy en día somos muy cobardes ante el papeleo. Mi madre era de Egipto y mi padre de Hungría, países ambos con una tradición burocrática realmente impresionante, y me producía una emoción indescriptible burlarme de las instancias oficiales. Una vez lo pruebas, ¡te das cuenta de lo fácil que es! La mitad de las veces nadie se molesta en comprobarlo. Si tú afirmas que eres el cónsul danés, a la mayoría de la gente ni siquiera se le ocurre ponerlo en duda. Me sentí avergonzado de veras por todas las ocasiones en las que *no* había pretendido ser un plenipotenciario de alguna potencia extranjera.

¿Llegó a funcionar en Papúa antes de que lo deportaran?

Bueno, algunas personas consiguieron salir del país con los visados, contestó, pero lo de meterlos en Bélgica fue más peliagudo. En realidad no debería haber elegido Bélgica, porque no tienen el menor sentido del humor, pero estaba cansado de ser un danés de origen esquimal, y en *Hello!* había salido una foto mía con Paola, lo que pensé que podía dar credibilidad a la historia; mi francés, además, es bastante bueno. Mi madre fue a un colegio privado para señoritas en Suiza, ¿sabes? Su madre era libanesa, una mujer terriblemente cosmopolita. En el colegio se obligaba a las chicas a estudiar francés, alemán e inglés, además de italiano por mal comportamiento. Así fue como conoció a mi padre, de hecho. La castigaron a un mes de italiano por alguna horrible transgresión de las normas del colegio, salió por la puerta y encontró a alguien que la llevara a Monte, diciéndose a sí misma que no tendría que pasar por un colegio para convertirse en una señorita refinada, si conseguía hacerse rica. Empeñó el crucifijo de oro que llevaba en el colegio —era musulmana, por supuesto, pero se trataba más bien de un adorno de moda— y cambió el dinero por fichas. El 28 era su número. No podía perder. Mi padre llevaba toda una semana perdiendo, pero vio de qué lado soplaba el viento y se pasó al 28. Era demasiado listo para dejar que se le escapara la suerte cuando la tenía de cara, y siguió a mi madre cuando ella se fue. Mi padre tuvo razones para detestar el colegio; mi madre le cogió una inmediata antipatía al húngaro, idioma, afirmó, con el que el colegio no castigaría a una joven aunque hubiera representado *Los 120 días de Sodoma*, y se negó a aprender una sola palabra; tras haber oído la lengua árabe pasada por el rodillo del fuerte acento húngaro de mi padre, declaró asimismo que su lengua materna quedaba descartada, e insistió en que mi padre se limitara a cometer sus atrocidades con el inglés y el francés (el alemán, él lo despreciaba, aunque lo hablaba bien), idiomas en los que mis padres conversaron durante toda su vida de casados, excluyendo a cualquier otro.

Deduje que no quería hablar de Papúa.

Temiendo que me echara en cualquier momento, cogí un par de crêpes y un cruasán y pregunté con diplomacia:

¿Su padre también era musulmán? He visto que tenía un Corán del siglo XI, y he supuesto que usted lo es.

No, él no era musulmán, pero nunca se puso en duda que yo lo sería. Ponte en el lugar de mi madre. Un día era una colegiala reprimida, obligada a comer unos platos repugnantes, a llevar un feo uniforme, a estar rodeada de chicas, todas con el mismo

atuendo deprimente, y con la emocionante perspectiva de representar *Berenice* de Racine como única diversión, y en cuanto vende su crucifijo, ¡abracadabra!, gana cientos de miles de francos y disfruta de comidas deliciosas, ropas magníficas y un húngaro guapo y encantador a sus pies. No se podía pedir un signo de Dios más evidente.

Eso no tiene nada que ver. Si existiera un ser divino, difícilmente se manifestaría a través de una serie de sucesos que también podrían haber sido puras coincidencias y, por otro lado, una serie de sucesos que podrían deberse a pura coincidencia no pueden servir como prueba de los deseos ni la existencia de tal ser.

En absoluto. No lo has comprendido. No soy filósofo ni teólogo, así que no sé lo que habría de buscarse en un mensaje incontrovertible de la divinidad. No se trata de eso, sino de lo que convencería a una chica de 17 años que era una jugadora y, naturalmente, Dios que todo lo ve y todo lo sabe no malgastó tiempo iluminando con silogismos la mente de una chica a la que 10 minutos de italiano le parecían un auténtico tostón.

Pero si Dios votaba por el islam, ¿por qué se casó con su padre?

Porque estaban locamente enamorados, respondió. Por su tono, parecía no haber oído una pregunta más estúpida en toda su vida. Se echó a reír.

En cualquier caso, el húngaro formaba parte de la señal, así que, evidentemente, era la voluntad de Dios.

Me gustó su lógica, pero me alegré de que Sibylla no estuviera allí para oírla.

Te ríes, pero sigues sin comprender, dijo. La cuestión no es que se diera cuenta de lo que Dios quería y lo hiciera porque él quería, como una estúpida beata. Lo que vio fue dónde estaba su fortuna, y no iba a discutirlo, como tampoco mi padre. Me doy cuenta de que a ti te parece una frivolidad, pero si te hubieras visto en tantos breches como yo, sin más protección que una inmunidad diplomática inventada en el momento, te tomarías la condenada suerte mucho más en serio que cualquier otro argumento.

Yo seguía sin desear que me echara, así que puse un par de pastas en mi plato y cambié de tema discretamente.

¿Le gustó *Los siete samuráis*?

Es una película terrible. Terrible, dijo.

Pero es una obra maestra, dije yo.

Él encendió otro cigarrillo y se lo encajó entre los labios con la sofisticación de un

dandi del Japón Meiji.

Esa es precisamente mi objeción a esa terrible película. Añadió: En aquella época estudiaba en la universidad y pretendía a una chica muy hermosa y formal. La convencí para que saliera conmigo, pero ella se tomaba muy en serio sus estudios y solo podía abandonarlos por algo aún más serio. En el cine Phoenix había un pase de *Los siete samuráis* aquella noche y solo aquella noche: me propuso que fuéramos a verla.

¡Imagínate mi dilema! Aquella era la noche del club de bridge de la universidad y había jurado a mi compañero que no faltaría. Era un jugador de primera clase, pero tenía muy mal genio y nos encontrábamos en un momento muy delicado. Todo el mundo se había vuelto loco con los descartes rotatorios y Jeremy quería seguir la moda. Había ideado un sistema de diabólica complejidad que iba a ser el nuestro si no podía convencerlo de alguna manera para que lo desechara. El peor momento del mundo, en definitiva, para ofenderle, o para dejarlo a merced de la influencia de los estúpidos del club que estaban a favor del maldito sistema.

Pero aquella era también una oportunidad que tal vez no volviera a presentarse, y hacía semanas que le iba detrás a aquella chica. No me tomaba en serio, ¿comprendes?, y era de las que, si no te tomaba en serio, no te tomaba de ninguna manera.

Bueno, yo sabía que era un estúpido y, desde luego, en el gran esquema del mundo el bridge estaba mucho más cerca de mi corazón que aquella maldita chica. Aun así, acepté su propuesta.

En la pantalla se sucedieron escenas en blanco y negro de miseria campesina, y superpuestas tenía yo espantosas visiones de los atroces resultados a los que podía conducir el sistema de descartes. Por mi cabeza pasaba como un destello una mano tras otra; manos de pesadilla en las que nuestros rivales, en contratos fácilmente batibles, hacían slams inverosímiles, doblados, redoblados y vulnerables, y ganaban bazas de más inmerecidas, que les caían como llovidas del cielo. ¿Y dónde estaba yo mientras amenazaba tormenta? Tocando el violín mientras ardía Roma.

Sin embargo, la cosa ya no tenía remedio, así que, más valía que me divirtiera.

Piensa ahora en la película. Encuentra, si puedes, un momento adecuado para rodear los hombros de tu pareja con el brazo y besarla. ¿No puedes? Tampoco pude yo. Al cabo de media hora, dado que no se presentaba el momento, elegí un momento inapropiado, y fui rechazado. Sin nada que me distrajera, mis pensamientos volaron

de nuevo con mayor aprensión aún a mi compañero, que en aquel mismo instante se empapaba de perniciosas herejías de labios de nuestros compañeros de club. El hermoso rostro de la chica contemplaba la pantalla con arrobo.

Con indescriptible desconsuelo, me di cuenta de que yo era absolutamente superfluo para el disfrute de aquella ocasión y que más me habría valido pasar la noche de manera provechosa para borrar errores de la mente de mi compañero. De hecho, podría haberme ido tranquilamente al club de bridge y haber vuelto luego al final de la película.

Pero allí estaba, atrapado, mientras la película seguía dando la paliza.

Por fin acabó. Acompañé a la chica de vuelta a su facultad. Ella estaba callada, pensativa; yo no sabía qué decir.

¡Piensa ahora en mi apurada situación! La película retrataba a un grupo de guerreros venidos a menos que luchan en circunstancias adversas, en un entorno de miseria; algunos para morir gallardamente. Era evidente que yo no resultaba muy heroico en la comparación, ¿y cómo podía esperar que aquella chica precisamente se dejara de heroísmos para fijarse en un ser frívolo como yo? Recuerda, además, que las únicas escenas de amor de la película se presentan de una manera desagradable y muy artificial. Sabía demasiado bien que la chica se vería en aquel momento a través de la cámara clínica de Kurosawa, y no a través de mis deslumbrados ojos.

Llegamos a su facultad. Me dijo que quería reflexionar sobre la película. Nos dimos un beso y nos despedimos.

Un completo fiasco, ¡y qué precio hube de pagar! Jeremy no me hablaba apenas. Estuvo dos semanas enfadado conmigo; yo no hacía nada a derechas. Cuando apuesto en el juego, soy optimista por naturaleza; ante su fría desaprobación, mi optimismo se marchitó y nuestros resultados fueron mediocres. Al final no pude soportarlo más. Me vi obligado a admitir, en contra de mi criterio, su temerario sistema de descartes. El resultado fue exactamente el que había previsto. Fuimos terceros en el campeonato nacional, cuando podríamos haberlo ganado, y todo porque desperdicié una noche viendo aquella abominable película.

¿A qué universidad fue?, pregunté yo, pues se me había ocurrido la posibilidad obvia.

A Oxford. Ya sé lo que estás pensando. Es una idea encantadora, pero sin duda sumamente improbable. ¿Qué edad tiene tu madre?

36.

Bueno, no es imposible.

¿Cómo se llamaba la chica?

Creo que Rachel. ¿Cómo se llama tu madre?

Le dije el nombre de mi madre.

¿Está seguro de que se llamaba Rachel?

No. Pero si tu madre vuelve a casa después de las fiestas y es simpática con hombres que le desagradan por completo, ha cambiado tanto que no podría reconocer a la chica que conocí, o más bien es alguien completamente distinto que habría resultado una compañera mucho más agradable y a la que no tuve la suerte de conocer. ¿Qué aspecto tiene?

Tiene el cabello negro y los ojos también.

No es imposible. ¿Dices que es guapa?

En mi imaginación vi a la hermosa chica resplandeciente a la luz de la pantalla. Si Sibylla hubiera estado siempre viendo *Los siete samuráis* habría sido siempre hermosa, pero en la vida hay otras cosas además del arte.

En realidad no es guapa, dije. Es hermosa. Cuando se entusiasma. Cuando se aburre parece alguien a quien le quedan dos semanas de vida. Alguien que tiene dos semanas para vivir y se las pasa suplicándole al médico una muerte compasiva.

Él se encogió de hombros.

Eso podrías decirlo de cualquier mujer. Son criaturas temperamentales, eufóricas en un momento y hundidas en el siguiente. Eso es lo que las hace tan irritantes y deliciosas a la vez.

¿Todas quieren morir?

Todas lo aseguran en algún momento, pero ¡que lo digan en serio! No hay una mujer entre un millar que no haya dicho alguna vez que quiere morir; tal vez una en un millar ha intentado hacer algo, y de cada mil que lo intentan, puede que una lo consiga. No tiene mucha lógica, pero si fueran más lógicas serían bastante aburridas.

Me habría gustado oírle hablar de aquella manera durante más tiempo. Me habría gustado oírle hablar de aquella manera sobre cualquier cosa, como si uno pudiera ser inmune al dolor solo por ser hombre. Dije:

Pero no es ilógico resistirse a un deseo que uno considera inmoral. No es ilógico que, tras haber fracasado en cometer una acción que pudiera ser errónea, uno resista la tentación de intentarlo de nuevo. Puede que no sea ni siquiera ilógico, aunque uno no lo considere inmoral; tal vez deseara actuar con generosidad.

Intentó suicidarse en una ocasión y la salvaron. Ella cree que habría sido mejor que lo hubiera logrado; lo cree cuando la gente es muy banal y aburrida. Ahora no puede hacerlo porque estoy yo.

Él se echó a reír, mostrando las fundas de oro de su dentadura.

¿Temes que vuelva a intentarlo?

Desearía que fuera más feliz. No entiendo por qué las cosas la hacen desgraciada. Pero, si es así, ¿no sería racional preferir una vida miserable más corta que larga? Tal vez, añadí, estaría mejor muerta.

Él sacó otro cigarrillo. Comprendí que, cuando no quería contestar inmediatamente, se volvía aún más tranquilo. Lo encendió, dio una chupada y exhaló el humo.

Dijo:

Cuando se juega a bridge con principiantes, cuando intentas ayudarles, les das unas reglas generales. Entonces ellos las siguen y les sale mal. Pero si uno hubiera tenido tus cartas, no habría jugado del modo en que les habías dicho que jugaran, porque conoces todas las razones por las que no se aplica una regla.

Dijo:

De la gente que generaliza sobre la gente se dice que es superficial. Solo cuando has conocido a montones de personas eres capaz de distinguir lo común de lo extraordinario; cuando las miras a todas como si no hubieras visto una jamás, todas te parecen iguales.

Dijo:

¿De verdad quieres que me pronuncie sobre una persona a la que conoces desde hace 11 años y yo no conozco de nada, basándome en todas las demás personas que he conocido?

Dijo:

¿De verdad esperas que lo discuta contigo?

Dijo:

Mira, no es probable que en esto yo te sirva de mucho. Si algún día necesitas un amigo, aquí me tienes. Mientras tanto, te daré una flecha contra el infortunio: te enseñaré a jugar al piquet.

Me condujo a otra habitación donde había una mesita de madera taraceada con un tablero de ajedrez. Sacó dos paquetes de cartas de un cajón y empezó a explicarme las reglas del juego.

Me enseñó a jugar al piquet.

Ganó la mayoría de las manos, pero yo también gané algunas. Fui mejorando a medida que jugaba. Me dijo que lo había cogido enseguida y que no lo hacía mal del todo.

Por fin dijo:

He de vestirme. Tengo una cita a las dos y son casi las cuatro. No debo llegar demasiado tarde.

Dijo:

Te deseo lo mejor. Espero que encuentres lo que estás buscando. Vuelve a buscarme dentro de diez años. Si has aprendido a jugar al bridge y eres medio decente, te llevaré al Jockey Club.

Salí a la calle. Caminé hasta Sloane Square y cogí la Línea de Circunvalación.

5

Un buen samurái parará el golpe

Le pregunté a Sibylla si había visto *Los siete samuráis* en Oxford y me contestó que sí. Le pregunté si había ido a verla con alguien. Dijo que no lo recordaba. Le dije que había conocido a un hombre que la había visto en Oxford con una chica cuyo nombre podía ser Sibylla.

Puede que sí, dijo Sib. Sí, ahora que lo pienso, ojalá no hubiera ido con él. En realidad no era de su estilo y lo único que quería era hacer manitas. ¡Viendo *Los siete samuráis*! ¿Qué te parece?

¿Era atractivo?

Debía de serlo, dijo Sib. Le hice volver a casa después de la película, porque quería estar sola. No se le puede hacer eso a un hombre vulgar, tienen un aspecto tan patético e inseguro. Lo mejor es ir a ver películas mediocres con gente corriente y aburrida, y las películas brillantes con personas atractivas y deslumbrantemente ingeniosas. En cierto sentido malgastas el tiempo atendiendo a otra cosa, pero al menos puedes ignorarlas con la conciencia tranquila.

¿Era ingenioso?

Por amor de Dios, Ludo, estaba viendo una de las obras maestras del cine moderno. ¿Cómo podía saber si la persona que se sentaba a mi lado era o no ingeniosa?

Sibylla parecía haberse recobrado de *Carpworld*. El proyecto le había mandado *International Cricketer*, y ella afirmaba que no estaba tan mal. Le enseñé a jugar al piquet. Enseñé a todo el mundo en Bermondsey Boys Junior Judo a jugar al piquet, y pronto todos empezaron a ir media hora antes para jugar antes de la clase. Ganaba a Sibylla 2 veces de cada 3 y a todos los demás, 9 de cada 10. Seguramente habría ganado 10 de cada 10, pero, como dijo Szegeti, existe un alto componente de suerte en el juego.

Busqué la ocasión de proclamarme hijo del embajador danés, pero no se presentó.

O podía ser hijo de un agregado belga.

Soy el hijo del agregado belga, murmuré con acento francés. ¡Suelte a ese hombre!

Mi padre es el cónsul de Suecia.

Saqué un libro de bridge de la biblioteca. Szegeti me había dicho que me llevaría al Jockey Club cuando cumpliera los 21, pero pensé que si resultaba un jugador realmente bueno, podría aceptar a un adulto de 12 años. Hay un Jockey Club en Inglaterra, pero *el* Jockey Club está en París. Espero que se refiriera al francés. Descubrí lo que es un descarte rotatorio: cuando no puedes seguir el palo y quieres decirle a tu pareja con qué palo ha de salir si gana la baza, juegas una carta baja del palo superior al palo que deseas, o una carta alta del palo inferior, así pues, un diamante bajo significa tréboles, un diamante alto significa corazones, un corazón bajo significa diamantes, un corazón alto significa picas, etcétera. Ahora que todo el mundo en yudo sabe jugar al piquet, voy a enseñarles a jugar al bridge y practicaré un poco.

Pensé que empezaba a cogerle el truquillo a aquello. Había elegido el tipo de padre equivocado la primera vez, pero ahora que sabía lo que debía buscar, podía hacer una colección de unos 20 o así. Me sentí avergonzado, realmente avergonzado, por todos los años pasados en intentar descubrir la identidad de mi padre, en lugar de limitarme a reclamar el mejor que hubiera en oferta.

Hoy en la Línea de Circunvalación un hombre ha bajado corriendo las escaleras en Embankment y se ha metido en el vagón seguido por tres hombres. Ha recorrido el vagón corriendo, esquivando barras, y en el último momento se ha apeado de pronto. Las puertas se han cerrado en las narices de los tres hombres, que han soltado unos cuantos tacos.

En cierto sentido odiaba hacerle esto a él, ha dicho 1.

Aun así no ha colaborado mucho que digamos, ha dicho 2.

Yo había reconocido su cara. Era Red Devlin.

Red Devlin había informado desde el Líbano sobre las atrocidades cometidas allí y luego lo habían enviado a Azerbaiyán, donde lo habían secuestrado el primer día. Había permanecido cautivo durante cinco años, y luego había enseñado a uno de sus captores a jugar al ajedrez, y luego había escapado a través del desierto y las montañas. Luego había regresado a Inglaterra y había desaparecido del mapa. Seis meses más tarde salía de su escondite para publicar un libro. Acababa de publicarse en tapa dura, así que yo no sabía si hablaba sobre niños de la calle andrajosos.

En realidad no importa, ha dicho 3. Lo cogeremos en su casa.

Tienes razón, ha dicho 1.

Los tres hombres se han bajado a las cuatro o cinco paradas y yo los he seguido hasta el exterior, una calle de casas adosadas. Frente a una de ellas había un pequeño grupo de gente. Los tres hombres se han unido a él.

En el otro extremo de la calle, un hombre ha aparecido corriendo por la esquina y se ha detenido en seco. Luego ha echado a andar de nuevo muy despacio. Se ha detenido delante de la casa y ha dicho algo que no he podido oír. La gente se apiñaba a su alrededor. He pensado en acercarme y gritar: ¡Este hombre es un ciudadano noruego!, o ¡Mi padre es el vicedónsul polaco!, pero no veía de qué podía servir. Ni siquiera el verdadero cónsul danés podía ayudarlo.

Abrió una cancela en un seto y desapareció en el interior.

La mayor parte de la multitud se dispersó. Unos pocos se demoraron aún frente a la casa.

Hoy he tumbado a Lee y a Brian en yudo. Lee tiene 14 años y Brian 13, pero es más alto y robusto.

Se lo he contado a Sibylla y ella me ha preguntado qué había dicho mi profesor. He contestado que me había dicho que lo había hecho muy bien.

Sibylla ha dicho entonces que no le parecía que así se formara un carácter. Yo he replicado que la mayoría de las autoridades sobre psicología infantil afirmaban que se debía animar y fomentar la confianza de los niños. Sib ha dicho:

¿Bandura y quién más?

Todos los demás, he dicho yo. No he dicho que, según las mismas autoridades, un padre debía ser capaz de establecer unos límites, porque temía que ella decidiera de repente recuperar el tiempo perdido y ponerme un montón de limitaciones.

Bueno, recuerda a Richie, ha dicho Sibylla. Convertirse en campeón de yudo no es el final de la historia.

Le he dicho que no creía que yo fuera el gran campeón de yudo, solo porque ganara a Lee y a Brian en el Bermondsey Boys Junior Judo.

No se trata de ganar a X o a Y, ha dicho Sibylla. ¿Y si no hay nadie a quien puedas ganar? Se trata de perfeccionar tu técnica y alcanzar el *satori*. ¿Qué demonios te enseñan en esas clases?

Le he dicho que nos centrábamos sobre todo en aprender a tirar a la gente al suelo.

¿Tengo que hacerlo todo yo?, ha dicho Sib. Sonreía de oreja a oreja. *Carpworld* era

agua pasada. Decidí no contarle que ganaba a todo el mundo jugando al piquet 9 veces de cada 10.



He estado yendo a la casa todos los días durante dos semanas. Todavía hay un par de personas rondando por allí. Algunas veces entra y sale gente de la casa, sobre todo una mujer, una niña y un niño. En una ocasión salió él, caminó hasta la esquina, dio media vuelta y regresó. Una vez salió, miró hacia el cielo y se quedó mirándolo unos diez minutos. Luego se dio la vuelta y entró de nuevo en la casa. Una vez salió en chándal y bajó corriendo la calle y volvió caminando unos quince minutos después. Una vez salió con traje y corbata y se alejó caminando a paso vivo.



He ido a la casa a vigilar un rato. Esta vez todos han salido por la cancela: Red Devlin, su mujer y el niño y la niña. Él rodeaba los hombros de su mujer con el brazo. Ha dicho: ¡Qué día tan magnífico! Su mujer y la niña han dicho: ¡Precioso! Y el niño ha dicho: Ya.



He pasado mucho tiempo vigilando su casa. Hay una parada de autobús con un banco un poco más arriba; me siento allí, sobre todo para trabajar la física del estado sólido. Mi concentración vuelve a ser casi normal.



Hoy estaba frente a la casa cuando ha llegado un taxi. Han salido todos, han metido las maletas en el taxi, su familia se ha subido y él les ha dicho:

Que os lo paséis bien.

Ojalá vinieras tú también, ha dicho su mujer.

Bueno, puede que me reúna con vosotros, ha dicho él.

Y el taxi se ha ido.

Ahora o nunca.



Me dirigí a la casa y llamé a la puerta, pero no hubo respuesta. Pensé que seguramente estaría dentro, así que rodeé la casa hasta la parte posterior. No lo vi por ninguna de las ventanas de la planta baja, así que trepé a un árbol. Estaba en un dormitorio, de espaldas a la ventana. Salió del dormitorio para ir al cuarto de baño. Había tres o cuatro frascos de pastillas sobre el tocador y una botella de agua Evian. Los frascos los había vaciado sobre el tocador; debía de haber un par de cientos de pastillas.

Volvió al dormitorio con otro frasco. Le costó un poco abrir el tapón de seguridad y luego el trozo de algodón, pero acabó vertiendo otras cincuenta pastillas en el tocador. Se sirvió un vaso de agua y cogió un par de pastillas. Luego soltó una carcajada y se las tragó. Cogió un paquete de cigarrillos y encendió uno. Luego salió del dormitorio.

No pude ver qué clase de pastillas planeaba tomar.

Había una especie de moldura ornamental de piedra alrededor de la casa, bajo las ventanas de cada piso. En el siguiente piso había una ventana abierta, y una de las ramas del árbol colgaba sobre el tejado. La moldura no tendría más allá de tres centímetros de anchura, pero la argamasa se estaba deshaciendo entre los ladrillos, así que pensé que encontraría buenos puntos de apoyo. Seguí trepando por el árbol, me encaramé a la rama y descendí hacia la moldura. Luego avancé centímetro a centímetro a lo largo de la ventana. En un sitio había una espesa hiedra que crecía sobre la moldura, y por un momento creí que me vería obligado a retroceder, porque no había donde apoyar el pie y era imposible clavar los dedos en la pared. Pero cuando tiré de la hiedra comprobé que era densa y dura, así que me agarré a ella y avancé mano sobre mano. Llegué otra vez a la moldura. Me metí por la ventana abierta. Salí por la puerta y corrí escaleras abajo sin preocuparme por el ruido. Al principio no conseguí dar con la habitación correcta. La primera puerta era de un estudio y la siguiente de un trastero. Luego encontré el dormitorio. Había vuelto allí. Ahora tenía una bebida en la mano.

¿Qué está haciendo?, pregunté.

¿A ti qué te parece?, dijo él sin inmutarse.

¿Eso es paracetamol?, dije.

No, dijo él.

Creo que las aspirinas tampoco le irán bien, dije.

No son aspirinas, dijo él.

Entonces seguramente no pasará nada, dije.

Se echó a reír. Parecía sorprendido de sorprenderse.

¿Quién eres tú?

Ya no había vuelta atrás.

Soy su hijo.

No, no lo eres. No te pareces en nada a él, dijo.

Soy otro, dije yo.

Ah, comprendo, dijo él.

Y dijo:

Espera, eso es imposible. Solo había un niño cuando me fui. Un niño y una niña. No vas a decirme que tienes cinco años. Además, si hubiera tenido otro hijo mientras yo no estaba, me lo habría dicho.

Una cosa estaba clara, si había algo que sin duda empeoraría cien veces aquella situación, sería decir: Bueno, en realidad no soy su hijo.

No soy hijo de su mujer, expliqué. Mi madre me dijo que usted era mi padre. Tal vez se equivocó. Se habrían conocido hace unos 12 años.

Ah, ahora entiendo, dijo.

Apuré la bebida y dejó el vaso.

Este no es un buen momento, dijo. No puedo sacármelo de la cabeza, ¿entiendes? Pero no puedo contárselo a la gente. No les gusta verlo. A mí no me gusta ver que a ellos no les gusta verlo. Ellos ven que a mí no me gusta ver que a ellos no les gusta verlo.

Y dijo:

Ya tengo demasiadas personas a las que proteger. No puedo aceptar más. Lo siento, pero tendrás que marcharte.

No quiero que me proteja, dije.

¿Qué significa eso?, preguntó. ¿Que puedo hablar de ello? ¿Qué quieres?, preguntó.

Quería verlo, dije.

Ya me has visto, dijo. Ahora vete.

Le dije que me iría.

¿Sabes qué edad tengo? 37. Podría vivir otros 40 años. O 50. Hay gente que vive hasta los 100, dijo.

Y dijo:

Lo veo todos los días. No se me olvida jamás. Estos ojos han visto, es decir, han estado en la misma habitación, es decir, a lo mejor has visto *El rey Lear*. La gente da un respingo cuando le arrancan los ojos a Gloucester. ¿Qué crees que se siente al ver la cuenca ensangrentada en la que han metido un pulgar? Lloraba con el otro ojo. Tú no estás obsesionado con Lear, quiero decir que no te atormenta una y otra vez, mientras que la realidad la ves repetida una y otra vez. Piensas en otra cosa una y otra vez. No es la sangre, es el hecho de que lo hiciera un ser humano.

Dijo:

Necesitas algo para contrarrestarlo. Cuando has visto tanta maldad, necesitas algo que la compense, algún acto de bondad resplandeciente, no para salvar tu fe en la humanidad, sea cual sea el significado de esa expresión, sino para dejar de sentir náuseas.

Dijo:

No es justo para mi familia. Ellos están bien. Quiero decir que están perfectamente. No son malos. Ha sido duro para ellos y han respondido muy bien, pero no deslumbran. Bueno, ¿y por qué habrían de deslumbrar? Pero siento náuseas.

¿Qué hay de Raoul Wallenberg?, dije.

¿Quién?

Raoul Wallenberg. El cónsul sueco en Budapest que expidió pasaportes para los judíos. Este hombre es un ciudadano sueco.

¿Te refieres a ese al que los americanos y los suecos abandonaron a los rusos, porque además de salvar a 100.000 judíos, espío un poco para los americanos y ninguna de las dos partes quería admitirlo? Fue magnífico, pero basta para ponerte enfermo.

Bueno, ¿y qué me dice de Szegeti?

¿Ese charlatán?, dijo.

¿La madre Teresa?

¿Esa monja?

¿Jaime Jaramillo?

Dijo que Jaramillo estaba bien. Y dijo:

Pero no lo he visto. Lo que he visto es...

Y añadió:

Te metes en esas situaciones por ser periodista, y no dejas de pensar que deberías dejar de informar y ponerte a ayudar. Has de ser profesional. Te dices a ti mismo que en realidad estás ayudando, porque haces saber a la gente lo que ocurre.

Bueno, saben lo que ocurre, pero no sirve de nada. Intentas implicar a algunas personas antes de que sea demasiado tarde y chocas contra un muro oficial y no sirve de nada. Y entonces, no es solo que hayas visto a unos estúpidos matones con otro idioma y uniforme extranjero cometer atrocidades, sino que alguien muy parecido a ti te dice: Lo siento, no puedo hacer nada. Si tienes suerte, te dirá: Bueno, escribiré al ministro.

No quiero seguir así. Si me quedan 50 años por delante viendo el ojo y la pierna y la chica y el resto, y lo máximo que puedo esperar es que alguien me prometa que escribirá al ministro, será mejor que desaparezca.

Sé que hará mucho daño a muchas personas. ¿Puedo seguir viviendo otros 50 años solo para que puedan tranquilizarse diciendo que he vuelto a integrarme?

La gente me dice que no puedo dejar que ganen ellos. Que he llegado muy lejos. Que si me suicido ganarán ellos. Pero es una locura. ¿Quién coño son ellos? ¿Cómo coño los vence que yo me despierte dando alaridos todas las noches?

Tal vez informar sirva de algo. Pero ¿hace lo suficiente para justificar que siga viviendo así? Hay mucha gente que estaría encantada de hacer mi trabajo, y lo haría bien.

Bueno, siempre que no sea con paracetamol, dije.

¿Qué?, dijo él.

No debería intentar matarse con paracetamol. Es un modo horrible de morir. La gente cree que sencillamente te quedas sin sentido, pero en realidad no te quedas inconsciente. Crees que no ha ocurrido nada, pero al día siguiente tus órganos empiezan a fallar. Destruye el hígado. A veces la gente cambia de opinión, pero es demasiado tarde. No digo que usted cambiaría de opinión, pero casi cualquier cosa es mejor que morir por intoxicación de paracetamol.

Rió.

¿De dónde has sacado eso?, preguntó y volvió a reír.

Me lo dijo mi madre, dije.

Dije:

La guillotina es muy rápida y casi indolora, aunque dicen que la cabeza puede permanecer consciente unos minutos antes de que se detenga el suministro de sangre al cerebro. Una vez hice una en miniatura con un mecano cuando tenía cinco años. Creo que sería muy fácil hacer una grande. Claro que sería un poco macabro para la persona que descubriera el cadáver. Podría llamar a la policía para no perturbar a ningún miembro de la familia. No llegarían a tiempo para impedirselo.

Se echó a reír.

Lo tendré en cuenta, dijo. ¿Conoces algún otro método bueno?

He oído decir que ahogarse es agradable al final, dije. A una amiga de mi madre la rescataron cuando se hundía por tercera vez. Explicó que le dolía al principio, cuando los pulmones se llenaban de agua, pero que luego era como un delicioso sopor. Le dolió cuando la sacaron y le metieron aire en los pulmones. Puede que no sea demasiado malo. Podría saltar del transbordador del Canal por la noche, o quizá sería más agradable saltar de un fueraborda en el Egeo y ahogarse en el mar azul. Puede que su familia tuviera algunos problemas si no encontraran el cadáver, pero supongo que bastaría con que dejara una nota.

Sí, dijo. Sonreía. Seguramente bastaría. Voy a tomarme una copa. ¿Qué quieres tú? ¿Una Coca-Cola?

Sí, gracias, dije.

Pareces saber mucho de esto, dijo.

Se me da mejor la mecánica que la farmacéutica, dije. Sé hacer nudos corredizos. Es mejor romperse el cuello que ahogarse, si es posible, cosa que al parecer es muy difícil con una sábana. Mi madre pensó que debía saberlo por si alguna vez me metían en la cárcel y me torturaban... Lo siento mucho.

No importa, dijo. Bebió un largo trago. Seguramente tiene razón. No está mal saberlo. Si puedes usar las manos. Yo estuve atado todo el tiempo, así que no me habría servido.

Salvo cuando jugaba al ajedrez, dije.

No, también entonces estaba atado. Él movía las piezas por mí. A veces movía una pieza a una casilla errónea deliberadamente, y fingía no entenderme si protestaba. Ya ves, cualquiera diría que no debería haberme importado, teniendo en cuenta todo lo demás, pero me ponía furioso. Si me negaba a jugar, me pegaba. O me pegaba si

perdía él. No me pegaba si perdía yo.

Dijo:

Era como dos personas en una. Se mostraba absolutamente simpático cuando sacaba el tablero, y sonreía. Eso duraba unos cuantos movimientos y luego, a veces, empezaba a hacer trampas, y a veces perdía los estribos y me golpeaba con el fusil. La simpatía era lo más horrible, porque se sentía dolido, realmente dolido, cuando yo no me alegraba de verlo, o me hacía el ofendido porque me había dado una paliza el día anterior. Y ahora que he vuelto, eso es todo lo que veo: esa horrible simpatía por todas partes. Toda esa gente que, sencillamente, no lo comprende, sencillamente no se les ocurre que...

Dijo:

A eso me refería al hablar de la normalidad. Por eso no basta. No basta con hacerle frente, sino que además la gente va por ahí sonriendo...

Mi mujer sonrío y veo esa horrible simpatía en su cara. Mis hijos me repugnan. Son encantadores, extrovertidos, seguros de sí mismos. Saben lo que quieren y lo que les interesa y eso me repugna. Me permitieron actuar de manera un poco extraña durante dos semanas, y luego vinieron todos a hablar conmigo por separado.

Mi mujer me dijo que sabía cuánto había sufrido, pero que era muy difícil para los niños. Mi hija vino a verme y me dijo que era duro para mamá, que yo no sabía lo que habían sufrido. Mi hijo me dijo que era duro para mamá y para su hermana.

Así que he pensado que esto era condenadamente ridículo. No es justo. Ellos están perfectamente bien. No es culpa suya. ¿Qué quieres? ¿Quieres que estén traumatizados por la guerra o que sueñen con horrores? Quieres que estén a salvo de todo eso. Quieres que todos los demás sigan siendo corrientes y pienso: Tenemos tantas cosas. Disfrutemos de la vida. Nos tenemos el uno al otro, somos tan condenadamente felices. Y los abrazo con lágrimas en los ojos y digo: Vamos a pasear por el canal para dar de comer a los cisnes. Pienso que podemos salir directamente de la casa, porque no hay nadie que nos detenga, y podemos pasear por el canal porque no hay minas, y nadie nos bombardea. No perdamos el tiempo. Y todos parecen absolutamente horrorizados, porque se mojan, pero vienen para seguirme la corriente y, por supuesto, es horrible.

Dijo:

Cuando has visto cosas, o te han hecho cosas, esa maldad se te mete dentro y vuelve contigo, y entonces la gente que no ha estado nunca en una guerra, gente que

no ha pegado nunca a un animal ni ha torturado a nadie, gente completamente inocente, también sale perjudicada. La tortura surge como asco y surge de esa efusión sentimental que los ahoga. Lo veo, pero no puedo detener la maldad. Está dentro de mí, igual que un sapo envenenado.

¿Realmente les hace algún bien mantener al sapo con vida? Y, si lo hace, ¿puedo yo soportarlo toda una vida?

Obviamente sería mejor morir antes que después de años de sufrimiento; nadie condenaría a un hombre inocente a cadena perpetua para que otros fueran felices. La cuestión es si se trata realmente de un caso en el que no hay nada que pueda eliminar los recuerdos, y si realmente no hay nada lo bastante bueno para hacerlos soportables. Si esa es la pregunta, no esperará que yo conozca la respuesta.

Se echó a reír otra vez.

¿Puedo darte un consejo?, dijo. Nunca pidas trabajo en el teléfono de la esperanza. Apenas podía hablar a causa de la risa.

Mi madre, dije, llamó una vez al teléfono de la esperanza y preguntó si se habían realizado investigaciones sobre los suicidios abortados para descubrir si habían sido felices después del incidente.

¿Qué contestaron?

Que no lo sabían.

Sonrió.

Sibylla dijo...

¿Quién?

Mi madre. Dijo que deberían reclutar a gente como Oscar Wilde, solo que no hay nadie como Oscar Wilde. Si hubiera suficientes personas como Oscar Wilde, para llenar el teléfono de la esperanza con ellas, nadie querría suicidarse; perderían el trabajo con sus bromas. Llamarías y alguien diría:

¿Fuma? Y tú dirías: Sí. Y ellos dirían: Bien. Un hombre necesita una ocupación.

Mi madre llamó una vez y la persona al otro lado del hilo no hizo más que decir: Sí, la escucho, cosa que habría resultado tranquilizadora si a mi madre le hubiera preocupado que no se la escuchara.

Así que mi madre preguntó: ¿Fuma? Y el del teléfono dijo: ¿Perdón? Y mi madre dijo: ¿Fuma?

Y el otro dijo: No. Y mi madre dijo: Pues debería hacerlo. Un hombre necesita una ocupación. Y él replicó: ¿Perdón? Y mi madre dijo: Está bien. Es su vida. Si quiere

tírala por la borda, allá usted. Y entonces se le acabaron las monedas de 10 peniques.

Añadí:

Es su vida, pero debería darse otra oportunidad. Ya sabe lo que dice Jonathan Glover.

No, ¿qué dice Jonathan Glover? ¿Y quién es Jonathan Glover?

Jonathan Glover es un utilitarista moderno, autor de *Causing Death and Saving Lives*. Dice que antes de suicidarse, uno debería cambiar de trabajo, dejar a su mujer, abandonar el país.

Dije:

¿Le ayudaría dejar el trabajo, a su mujer y los niños, marcharse del país?

No, contestó él. Me ayudaría un poco no tener que fingir todo el tiempo, pero allá donde fuera vería lo mismo. Antes pensaba que me gustaría ver el Himalaya antes de morir. Pensaba que me gustaría ver Tierra del Fuego. El sur del Pacífico... he oído decir que es hermoso. Pero allá donde fuera, vería a un niño muerto a culatazos y a soldados riéndose. No puedo hacer nada para sacármelo de la cabeza.

Miró su vaso.

Dijo:

¿No puedes cuidar de una mente enferma
arrancar de su memoria un dolor enraizado
arrasar las inquietudes escritas del cerebro
despejar el seno de esa peligrosa carga
que gravita sobre el corazón?

Dijo:

Ahí el paciente
debe cuidar de sí mismo.

Apoyó la cabeza en la mano.

Es una bonita historia, dijo, y añadió: El mundo sería un lugar muy bonito si las únicas personas atormentadas por las atrocidades fueran los que las cometieran. ¿Quieres otra Coca-Cola?

Pregunté si podría tomar zumo de naranja en su lugar.

Él fue a la nevera con el vaso y volvió con el vaso y una lata de Coca-Cola.

No digo que no fuera duro para mi mujer, dijo. Tuvo que cargar con la responsabilidad. Tuvo que escribir montones de cartas a personas que no la ayudaron mucho. Tuvo que seguir adelante por los niños.

¿Quiere morir ella?, pregunté.

No lo creo, contestó.

Después de una pausa, añadió:

La ha cambiado mucho. Se ha vuelto mucho menos... O más bien se ha vuelto mucho más... Es decir, se ha vuelto la clase de persona que...

Dijo:

Es decir, ha desarrollado un montón de habilidades. Organizó una campaña con éxito, ¿comprendes? Es decir, organizó una campaña que tuvo éxito como campaña, con un montón de partidarios que daban dinero cuando ella les escribía para pedirles dinero e iban a manifestaciones cuando ella les decía que habría una manifestación, y escribían a su representante en el Parlamento cuando ella decía que todos debían escribir a su representante en el Parlamento. Los periódicos publicaban sus cartas cuando ella escribía cartas y cubría la información cuando había protestas, la entrevistaban regularmente para la radio y la televisión. Ese tipo de cosas no ocurren y ya está, ¿sabes? Una vez ocurre, se convence uno de que puede conseguir que eso ocurra.

Me dijo:

¿Quieres otra Coca-Cola?

De acuerdo, dije.

Volvió con otra copa. Dijo que lo sentía, pero se habían acabado las Coca-Colas y me trajo un zumo de naranja en su lugar.

Prosiguió:

En cierto sentido, estropeé la campaña cuando me escapé. Al parecer las negociaciones habían alcanzado un punto prometedor. Podría haberlo puesto todo en peligro al huir. Para ella es irritante tener que enfrentarse con esa actitud paternalista, porque cree que fue solo cuestión de suerte, mientras que no cree que una campaña funcione por una cuestión de suerte. No era tanto que fuera irritante, sino que tuve que ocultar lo feliz que me hacía ver al perro, que prácticamente se volvió loco cuando entré en la habitación. Hice todo lo que pude, o creo que en realidad me derrumbé, y no era que el perro hubiera desarrollado ninguna habilidad digna de

mención, ni que hubiera contribuido de forma significativa a la campaña o algo así. Lo que quiero decir es que mi mujer, bueno, todos ellos se habían pasado cinco años haciendo progresos o enfrentándose a los obstáculos, mientras que yo me había pasado cinco años...

Dijo:

Así que, evidentemente, cuando el perro murió...

Dijo:

Bueno, de todas formas eso es historia. Te aburres, me aburro y te aburres, o si no te aburres, te aburrirías si pasaras tanto tiempo pensando en ello como yo.

¿Ha leído ese libro de Graham Greene?, pregunté.

¿Qué libro de Graham Greene?, preguntó.

Ese en el que practica la eutanasia a su mujer y luego le atormenta el recuerdo y luego pierde la memoria en una explosión.

Ah, ese, dijo. ¿Has leído a Graham Greene?

Solo esa obra y *Viajes con mi tía*. Esta me gustó más. Mi madre leyó la otra y pensó: Eso es, tendré amnesia. Así que empezó a golpearse la cabeza contra la pared, pero ni siquiera consiguió perder el conocimiento, y entonces recordó que en una ocasión le había dado un golpe un coche y lo recordaba todo al volver en sí. Así que leyó montones de artículos sobre la amnesia, pero no le sirvieron de mucho. Pensó entonces en un hipnotizador. La gente iba siempre a hipnotizadores y recordaba cosas olvidadas, que les habían ocurrido de niños, o en una existencia anterior, cuando eran Cleopatra. ¿Por qué no habría de funcionar igual de bien al revés?

Él dijo:

Es una gran idea. Vas al médico con los nervios destrozados y vuelves a casa convertido en Cleopatra reina del Nilo.

Así que llamó al teléfono de la esperanza, dije.

¿Y qué le dijeron?

Le dijeron que no lo sabían. Así que llamó a un montón de hipnotizadores y todos le dijeron que aquella era una actitud malsana, que la hipnosis como herramienta de psicoterapia pretendía ayudar a las personas a enfrentarse con ciertas cosas y que ningún hipnotizador con ética consideraría siquiera esa posibilidad. Bueno, preguntó mi madre, ¿y si no tuviera ética? Supongamos que hubiera encontrado un hipnotizador granuja, del tipo que fornicaría con el cuerpo inerte de su paciente y le robaría las tarjetas de crédito y le preguntaría los números secretos y le quitaría el

collar de perlas que le regalaron al cumplir los dieciocho años, ¿sería capaz alguien así de hacerle olvidar todo lo ocurrido en los últimos 10 años?

¿Y ellos qué dijeron?, preguntó.

Colgaron, contesté.

¿Qué ocurrió entonces?

Intentó suicidarse.

Debió de ser duro para ti.

Oh, eso fue antes de que yo naciera. Creo que se arrepiente cuando la gente hace comentarios necios, pero ahora que me tiene a mí, cree que sería una irresponsabilidad... Lo siento.

No importa, dijo él. Es lo que pensaría cualquiera. Escribí el libro, ¿sabes? Escribí el libro y concedí montones de entrevistas y firmé ejemplares. Es curioso las cosas que compra la gente.

Se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro. Se acercó a la ventana y dijo:

¡Qué espléndido día!

Y también:

¿Crees que subirán las ventas?

Contesté que los ejemplares firmados valdrían más de todas maneras. Él dijo que había sido un estúpido al no pensarlo, pero que, de todas formas, había regalado todos los ejemplares que le correspondían como autor a los defensores más importantes de la campaña.

Yo me sentía mal aún por haber dicho que mi madre consideraba que sería una irresponsabilidad, y estaba a punto de decir que los casos eran diferentes porque yo no tenía padre en realidad, cuando recordé que le había dicho que era él. Entonces pensé que no sería tan malo decirle: Bueno, yo crecí sin padre y estoy bien, quiero decir que no creo que hubiera estado mejor porque alguien hubiera soportado diez años de infierno para estar aquí. Entonces pensé de repente que en aquel mismo instante Sibylla estaba en casa dando clases al Pequeño Príncipe. ¿Y si en aquel mismo instante, había cogido un frasco de pastillas y había dicho que, si no podía ser una persona sin pasado, sería una persona sin futuro, y el Pequeño Príncipe le había dicho: De acuerdo, adelante?

Él seguía junto a la ventana. Había cuatro violetas africanas en el alféizar. Estaba pasando el pulgar por la pelusa de una hoja, silbando por lo bajo.

No lo he descrito ni mal ni bien. Era del tipo de persona que empezaba a aburrir al

cabo de un rato, pero en otro sentido, no importaba en realidad lo que dijera. Se notaba que era alguien que podía hacer que alguien que había visto fusilar a sus parientes masculinos y violar a sus parientes femeninos a la edad de cuatro años deseara jugar al ajedrez. Cuando uno estaba con él, quería seguir con él, dijera lo que dijera. Cuando uno decía algo gracioso y él se reía, uno deseaba dar diez volteretas. Deseé haberlo tenido cerca durante diez años, o incluso cinco, aunque seguramente era del tipo de padre que establece unos límites, y a pesar de que era difícil imaginárselo adaptado al estilo de vida en el que uno podía aprender griego a una edad razonable, y aunque el niño y la niña seguramente veían *Barrio Sésamo* y era el nivel que les correspondía. Empecé a pensar: ¿Y si él cambiara de idea?

Luego pensé: ¿Y si Sibylla le contara al Pequeño Príncipe lo que quería olvidar? Cuando yo se lo preguntaba, ella contestaba siempre que no me preocupara por eso, o, Bueno, no sé por qué me quejo, no es que me torturaran o algo parecido. Al menos yo no había hablado de eso. Pensé: Quiero que él intente seguir adelante, superando esto, para que yo pueda seguir viéndolo. Pensé que era una cobardía desear aquello, y que era una cobardía desear que el Pequeño Príncipe dijera: Piénselo bien, y si era un cobarde, sería realmente el hijo de mi padre. Pero no podía decir siga adelante.

¿Quiere darle una oportunidad a Oscar Wilde?, dije.

¿Qué?

Podríamos ver *La importancia de llamarse Ernesto*. Yo podría ir al Blockbuster Video a buscar una copia.

De acuerdo, dijo.

Luego dijo:

Bueno, de acuerdo.

Salí a la calle. Yo llevaba siempre el carnet del vídeo en el bolsillo, porque Sibylla era propensa a perder las cosas, y tenía 1,50 libras. Fui corriendo todo el camino hasta el Blockbuster Video por si él decidía tomarse las pastillas antes de que volviera.

En aquel Blockbuster clasificaban las películas de una manera distinta a la del videoclub al que íbamos nosotros, así que tardé un rato en encontrar la cinta. Tenían *Los siete samuráis*, pero se dice tantas veces en la película que es mejor morir que enfrentarse con cierto sufrimiento, que pensé que sería mejor no arriesgarme. Tenían *Ace Ventura: Detective de mascotas*, que yo siempre había querido ver, pero Sibylla se había negado a alquilar. Sospechaba, sin embargo, que no sería tan eficaz como

Wilde. Por fin encontré lo que buscaba. Tuve que discutir un buen rato con la dependienta, porque nuestro carnet era de una sucursal diferente.

Por favor, dije. Tengo que alquilarla. Es una cuestión de vida o muerte.

No exageres, dijo.

No, en serio. Es para un hombre que está pensando en suicidarse. Estuvo de rehén y lo torturaron y ahora está obsesionado por ello, y he pensado que a lo mejor *La importancia de llamarse Ernesto* le ayudaría, porque cuando mi madre está deprimida le anima caminar por el lado Wilde de la vida.

Por favor, dijo ella.

Bueno, dije yo, en realidad es para mi hermana. Está haciendo los exámenes de nivel A y siempre piden que se compare la obra de teatro con la película, pero ella no la ha visto. Nuestro padre está en el paro, así que ella tiene que trabajar unas horas y nunca ha tenido tiempo de verla, y tiene el examen mañana, y si no le sale bien no conseguirá entrar en la universidad, porque el inglés es la asignatura que mejor se le da y es demasiado tarde para hacer algo con el francés y la sociología. Según un estudio reciente, publicado en el *Independent*, cada vez son más los empresarios que buscan empleados con nivel universitario.

A la tercera va la vencida, dijo ella.

Bueno, dije, en realidad es para mis dos hermanos pequeños. Son siameses, inseparables desde el nacimiento, y lo hacen todo juntos. Si uno hace una cosa, el otro ha de hacerla también, pero, por desgracia, las cabezas no están colocadas del modo más adecuado para ver la misma pantalla de televisión al mismo tiempo. Hemos probado con espejos, pero entonces el que tiene que mirar el espejo siempre se queja. Una pensión por discapacidad de nuestro generoso gobierno nos ha permitido costear otro televisor y otro vídeo, una sola copia de *Aladdin*, y una toalla. Una noche pusieron la versión de Redgrave/Denison de *La importancia de llamarse Ernesto* en la BBC y los dos siameses la vieron entusiasmados. Por desgracia mi madre no tenía dos cintas vírgenes para grabarla, así que, previendo problemas, ¡no la grabó! Inútil precaución, puesto que, una vez vista, los siameses quieren verla de nuevo, y un par de siameses enfurecidos hacen un ruido que no se puede ignorar fácilmente. Desesperada, mi madre ha ido a nuestro Blockbuster, pero allí solo tenían una copia. No temas, le he dicho yo, iré a Notting Hill y conseguiré otra copia. Dios sabe que los siameses disfrutaban de muy escasos placeres en esta vida, y mi madre me ha dicho que sí, porque estaba segura de que Blockbuster no nos fallaría.

¿Por qué no lo has dicho antes?, dijo ella.

No me lo ha preguntado, dije.

Salí disparado hacia la casa.

Llegué de nuevo ante su puerta y llamé. Él vino a abrirme enseguida.

Lo siento, dijo, debería haberte dado dinero.

Le dije que no importaba. Parecía más animado que antes. Me condujo por un pasillo hasta una habitación de la parte posterior de la casa, donde tenían el televisor y el vídeo. Había puesto unas palomitas en un cuenco y unos cacahuetes en otro.

Encendí el televisor y el vídeo e introduje la cinta. La película empezó después de unos cuantos anuncios de la Classic Collection.

Él miró la pantalla con seriedad. Se rió cuando lady Bracknell dijo: Si te prometes en matrimonio, yo misma, o tu padre, si su salud se lo permite, te lo comunicaremos, y se rió de algunos otros chistes. Al cabo de un rato, me olvidé de él.

Al cabo de otro rato lo miré para ver si estaba disfrutando con la película.

Había vuelto la cabeza hacia un lado. Tenía las mejillas húmedas.

Esto no va a funcionar, dijo.

Apagué el vídeo y rebobiné la cinta.

No va a funcionar, dijo, y no tengo mucho tiempo. Solo estarán fuera unos días. Pero valía la pena intentarlo.

Dijo:

De todas formas, me ha ayudado en cierto sentido. Tengo que escribir unas cuantas cartas. No creo que sea capaz de hacerlo, porque lo importante es decirles que les quiero, y me resulta muy difícil decirlo, porque en realidad solo he sentido algo por el perro desde que he vuelto. Lo he dicho de palabra, claro está, pero hay algo que me impedirá mentir en el último momento. Creo que puedo vivir con una penúltima mentira, mientras que a ti no te hará daño oír la verdad.

Dijo:

Seguramente esto me llevará un buen rato. Puedes irte o quedarte, como quieras.

Le dije que prefería quedarme, si no le importaba.

Lo seguí escaleras arriba hasta el estudio y su mesa de trabajo. Se sentó, sacó varias hojas de papel y escribió: Querida Marie.

Yo me senté en una silla. Cogí un libro de Tucídides y empecé a leer sobre el estancamiento de la sociedad en Corcira.

Transcurrieron un par de horas. Me levanté y me acerqué a la mesa; él miraba la

hoja de papel en la que había escrito las palabras Querida Marie.

Dijo:

Todo ocurrió por accidente. Llevaba mucho tiempo en Beirut, pero mucha gente allí estaba en la misma situación. Algunas veces tienes la impresión de que te volverás loco viendo... es frustrante, pero también hay muchas cosas que hacer. Tienes que dedicar un montón de tiempo a organizar el transporte a algún lugar, donde te han dicho que está sucediendo algo, o intentando hacer contactos, o intentando... bueno, siempre está uno muy ocupado y aun así te afecta, pero luego todo el mundo se emborracha y habla. Cuando me cogieron, no tenía absolutamente nada más que hacer que pensar, estar tumbado en el suelo y pensar que Clinton hará esto y la ONU hará lo otro, sin la distracción de tener que pensar en hablar con cierta persona sobre cierto jeep. Es estúpido. Piensas: si hubiera salido a emborracharme con algunos colegas antes de marcharme, seguramente no habría pasado o, al menos, habría pasado de todas formas, o no. En cualquier caso, otras personas parecen adaptarse en la medida en que uno puede adaptarse, y seguramente yo me habría adaptado.

Continuó:

Inadaptado por un simple giro del destino. Es difícil saber qué escribir...

Dijo:

¿Es condescendencia decir lo que crees que a alguien le gustaría que fueras capaz de decir? O debería decir...

Dijo:

¿Sabes lo que de verdad me gustaría?

Aparte de lo evidente, señalé.

Menudo cabrón deslenguado estás hecho... lo siento.

¿Qué?, dije, y luego: Oh. No importa. ¿Qué le gustaría de verdad?

Me gustaría comer pescado frito con patatas fritas. ¿Quieres tú también? ¿Por qué no salimos a comprarlo y termino esto cuando volvamos?

Salimos en dirección a High Street. Dejé el vídeo en el videoclub y fuimos a comprar pescado frito con patatas fritas en un puesto cercano. Pensé que la gente creería que era mi padre.

Los alimentos básicos en casa consistían en mantequilla de cacahuete y sándwiches de jamón. A veces comíamos mantequilla de cacahuete y miel para variar. Intenté comerme el pescado lo más despacio posible. Él comió dos patatas fritas y un trozo

de pescado y dijo:

Esto es una mierda. Le han hecho algo raro. No puedo comérmelo.

Estaba a punto de tirarlo, pero yo dije que a mí me parecía bueno y que me lo comería si no lo quería él.

Me dio su ración y echamos a andar mientras yo comía.

Intenté que la comida me durara el mayor tiempo posible para retrasar la vuelta. Apenas podía creer que estuviera caminando junto a Red Devlin, que había pasado tantos años diciendo: «Seguro que sí puede» y «Oh, vamos», y tantos años en una celda y los meses que había tenido que cruzar todo un país a pie para estar allí conmigo.

Claro que una de las cosas de las que siempre se quejaba la gente con respecto a Red Devlin era precisamente que no sabía escoger a sus amigos.

En una época, Red Devlin tuvo un amigo que pertenecía a un club. No creo que fuera el Portland, pero era de esa clase de clubes. Solían ir allí a tomar unas copas, y una noche conocieron al propietario de una cadena de supermercados. El hombre estaba furioso y ofendido porque quería abrir un supermercado en Gales, un supermercado a una escala jamás vista al oeste del Severn, y aunque tenía el permiso de obras y había encargado varios estudios de viabilidad, los residentes de la zona se habían convertido en una molestia. El supermercado había de construirse en un descampado que no se usaba para nada, pero los residentes de la zona afirmaban que los niños jugaban allí y que les arruinarían la vida si no podían seguir jugando allí.

El amigo de Red Devlin había oído aquella historia, u otras parecidas, con demasiada frecuencia para que le divirtiera, así que pronto se disculpó y se fue. Red Devlin siguió charlando con aquel hombre, que señalaba que los niños podían jugar en cualquier parte, que ellos no iban a construir encima de un parque y que él solo era un hombre de negocios.

Red Devlin dijo: Niños. Siempre andan de por medio.

El hombre dijo: Soy un simple hombre de negocios.

Red Devlin dijo: Esta ronda corre de mi cuenta.

El hombre dijo: No, no...

Red Devlin dijo: Insisto.

El hombre dijo: Insisto. Insisto. Insisto. Insisto. Insisto.

Pero Red Devlin insistió y el hombre se emocionó, porque cuando uno es rico todo el mundo piensa que te sobra el dinero.

Esta vez Red Devlin no dijo siquiera Seguro que sí puede, ni Oh, vamos.

El hombre dijo: Como le decía, soy un simple hombre de negocios.

Y Red Devlin dijo: Tiene las manos atadas.

El hombre dijo: Exacto. Tengo las manos atadas.

Y Red Devlin dijo: Con la mejor voluntad del mundo.

Y el hombre dijo: Tengo las manos atadas.

Tiene las manos atadas, dijo Red Devlin.

Tengo las manos atadas, dijo el hombre.

¿Y dónde dice que está ese descampado?, preguntó Red Devlin.

En Gales, respondió el hombre.

El mejor sitio de todos, dijo Red Devlin.

Es un sitio fantástico, dijo el hombre.

Ojalá pudiera verlo, dijo Red Devlin. Qué lástima que esté en Gales.

Podríamos ir en mi coche, sugirió el hombre, pero le he dado fiesta al chófer para mañana, porque me pasaré el día de reunión en reunión.

¿Otra de lo mismo?, preguntó Red Devlin.

Esta la pago yo, dijo el hombre, y Red Devlin dijo:

No, insisto.

Charlaron y charlaron y charlaron y charlaron y el hombre dijo:

Tengo las manos atadas.

Y Red Devlin dijo:

Tiene las manos atadas. Y: Esta ronda la pago yo.

Y el hombre dijo:

No, insisto.

Y Red Devlin dijo:

No, insisto.

Finalmente el hombre dijo:

¡Un momento! ¡Iremos en taxi!

Cogieron un taxi para ir a Gales, y en el taxi el hombre explicó varios aspectos del movimiento de capital.

Pongamos que una panadería se arruina, explicó. Si se arruina es porque no representa el uso más eficaz de los recursos de la zona. Se arruina, se venden las existencias, por supuesto estoy hablando de un ejemplo muy sencillo, los hornos y mezcladoras no desaparecen de la faz de la tierra, alguien los compra y los instala en

otro negocio que los usará de manera rentable, se crearán nuevos puestos de trabajo y la gente no se fijará en la situación global.

Red Devlin se mostró de acuerdo en que pasaría así.

Llegaron al descampado un poco antes de las 7 de la mañana, cuando apenas despuntaba el sol. En medio del descampado había un campo de tierra compacta donde se jugaba a fútbol, y alrededor crecía la hierba, con matorrales y arbustos en torno a los límites del campo, y una hilera de sauces donde el descampado seguía los márgenes de un río. El hombre explicó las ventajas de aquel lugar para construir un supermercado, y también que era una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar y que tenía las manos atadas.

Tiene las manos atadas, dijo Red Devlin.

Luego se fueron al pueblo a desayunar. Hablaron de esto y de aquello, y de vez en cuando el hombre comentaba que tenía las manos atadas y Red Devlin convenía en que así era. A las 9 el hombre recordó de repente por qué le había dado el día libre al chófer. Se echó a reír y dijo un montón de cosas a Red Devlin, que este dejó a la imaginación del lector cuando más tarde contó la historia en *My biggest mistake*. Luego llamó a su secretaria por el móvil para decirle que tenía una intoxicación alimentaria y que no podría asistir a sus reuniones, y le dijo unas cuantas cosas más a Red Devlin, usando un montón de palabras obscenas. Señaló que Red Devlin no conocía lo más importante en el mundo de los negocios y Red Devlin admitió que estaba en lo cierto. El hombre dijo que tenía las manos atadas y Red Devlin dijo que las tenía atadas.

Dieron un paseo por el pueblo. Había un muro en el malecón con algunas rocas en el fondo, y un prado comunal a unos cuantos metros. Volvieron al descampado y vieron a algunas madres con niños pequeños; se fueron a comer y, cuando volvieron, había chicos jugando a fútbol. El hombre dijo que era demasiado tarde para echarse atrás. Red Devlin se mostró de acuerdo, pero aunque era demasiado tarde para echarse atrás, el descampado se urbanizó a un nivel mucho más modesto que el diseñado originalmente, y aunque el hombre de negocios sabía que era un idiota, canceló el proyecto de supermercado y mejoró el sitio instalando unas porterías, unos columpios y unos toboganes. Más adelante, el hombre y Red Devlin salieron juntos de vez en cuando a tomar unas copas, a recordar la historia de Gales y llenar de tacos el ambiente por los viejos tiempos.

Recordé esta historia y recordé historias sobre gente realmente horrible a la que

Red Devlin había conocido. Había una historia de la que no se sabía gran cosa, solo unos cuantos detalles que habían salido a la luz después de que al hombre en cuestión lo encontraran apuñalado en un canal de Bangkok, y había otra sobre el dueño de una fábrica de alfombras en Pakistán, un hombre que se vanagloriaba de la calidad de sus alfombras y, naturalmente, lamentaba la necesidad de usar niños, pero el hecho era que, de otra manera, no se conseguía la misma calidad, él era un simple hombre de negocios que tenía las manos atadas y, sin embargo, un día abandonó las costumbres de toda una vida dedicada a los negocios.

Me quedaba una sola patata frita cuando me pareció que sabía lo que debía decir.

¿Y si una persona hiciera algo terrible solo porque todo el mundo lo hace, o al menos lo hacen algunas personas, y de repente dejara de hacerlo, aunque todos los demás siguieran haciéndolo y fuera peligroso dejarlo? ¿No sería un acto de bondad deslumbrante?

Podría ser, dijo él.

Pero en ese caso, ¿no es lo que ha visto siempre? O podría verlo si quisiera, pensé.

No sabía cómo continuar. Me daba vergüenza mencionar todas las locuras que había hecho la gente después de hablar con Red Devlin.

Red Devlin no dijo nada. Me miró, y luego miró a dos o tres transeúntes y luego miró al suelo.

Al cabo de un rato dijo:

Lo único que tengo que hacer es abrir la boca.

Dijo:

Eso era lo que yo creía cuando me encerraron. Pensaba que tenía que salir de allí, porque de lo contrario...

Siguió caminando un trecho en silencio y luego dijo:

Y cuando salí de allí y vi que eso era lo que todo el mundo esperaba que yo...

Se detuvo de pronto. Me miró y dijo:

Ábrete Sésamo.

¿Cómo?

Ábrete Sésamo. Aquí estoy, de vuelta por fin para decir «Ábrete Sésamo» a personas que hacen lo que deben hacer porque todo el mundo ha de hacer lo que debe hacer, porque todo el mundo está esperando a que alguien diga «Ábrete Sésamo», y no es algo que pueda decir cualquiera, así que, aquí estoy yo, diciéndolo, y ellos no pueden parar.

Solo quería decir que existía una posibilidad...

¿De que la gente haga algo si oye las palabras mágicas? ¿O de que podrán prescindir de las palabras mágicas milagrosamente?

Eso no es justo, dije. Suponga que hubiera nacido en una sociedad...

La mayoría de la gente nace en una sociedad.

En una sociedad esclavista, continué.

Una sociedad de esclavos, dijo él.

Lo que quería decir...

A mí me gustaba más el mal samaritano. Supongo que un buen samaritano duerme mejor.

Habíamos llegado a su calle y ahora me hablaba pacientemente. Había dicho lo que quería decir, pero ahora decía cosas que no deseaba decir especialmente, pero que creía que me harían dormir mejor. Dijo pacientemente:

Tú no lo entiendes. No es cuestión de lo que es justo esperar. Algunas personas hacen lo que hacen porque todo el mundo lo hace, y no les repugna que sea lo que todo el mundo hace. Alguna que otra vez se sienten atrapados, pero casi siempre están bien. Si alguien dice las palabras mágicas, despiertan durante un rato y vuelven a dormirse. Tú crees que debería dejar de sentir repugnancia si alguien hiciera algo al oír las palabras mágicas, pero no se trata de lo que debería, sino de lo que ocurre. No ocurre. Es decir, no ocurriría. No ocurriría y por eso no puedo decirlas más, solo miro a la gente. A veces los veo pensando: ¿A qué estás esperando?, y a veces los miro y digo: ¿A qué estás esperando?

Entramos en la casa. Subimos de nuevo las escaleras y él me explicó pacientemente que, si pudiera seguir despertando a la gente durante 50 años más, diciendo «Ábrete Sésamo», seguramente podría decir que debería hacerlo, aunque sintiera asco. Pero lo cierto era que ya no podía seguir diciéndolo a cualquiera que estuviera esperando a que se lo dijera. Así que, finalmente volvíamos al mismo punto donde estábamos antes.

¿Esperaba que yo le dijera Ábrete Sésamo?, pregunté.

En todo caso, ya no lo espero ahora, dijo él. Será mejor que escriba esas cartas.

Se sentó de nuevo en el escritorio y empezó a escribir, y yo me senté en mi silla. Era cerca de la medianoche. Al cabo de un rato me quedé dormido.

Me desperté un par de horas más tarde. Sobre el escritorio había cuatro o cinco

sobres. Red Devlin estaba sentado en la cama con la espalda apoyada contra la pared; le veía el blanco de los ojos. Encendí la lámpara que había junto a mi silla y vi que las pastillas del tocador habían desaparecido.

¿Eres hijo mío?, preguntó.

No, respondí.

Me lo figuraba. Me alegro.

Se echó a reír y dijo:

No es lo que parece. Solo quería decir que podrías encontrar algo mejor.

Aquella fue la última vez que rió. Guardó silencio, mirando el suelo, como si le cansara mirar un rostro humano. No le dije que no creía que pudiera encontrar algo mejor.

Poco después cerró los ojos.

Esperé dos o tres horas hasta que me aseguré de que no quedaba nada más que un cuerpo con pantalones de pana y camisa azul. El niño molido a golpes y el ojo lloroso y el jugador de ajedrez sonriente habían desaparecido. Le cogí la mano. Aún estaba caliente, pero empezaba a enfriarse. Luego me senté en la cama junto a él y puse su brazo sobre mis hombros.

Estuve sentado a su lado hasta que el cuerpo se enfrió del todo. En un momento dado pensé en llamar a un hospital, porque los órganos aún podían ser trasplantados, pero pensé que su mujer se disgustaría si al volver a casa no encontraba siquiera sus restos mortales. Claro está que, en cierto sentido, es absurdo sentirse mejor porque el cadáver de una persona amada está anatómicamente completo, por poder abrazar un cadáver con los dos riñones.

Me habría gustado poder discutirlo con él. No creo que a su mujer le divirtiera llegar a una conclusión más racional inmediatamente después de descubrir que se había suicidado.

Intenté recordar cuánto tiempo tardaba en producirse el rigor mortis. Devolví el brazo a su lugar y lloré sobre su hombro helado. No importaba que llorara, ahora que ya no podía hacerle sentir que debía realizar un esfuerzo, tal vez incluso que debía seguir adelante aunque sintiera asco.

Pasé la noche junto a él. Me sentía mejor junto al cadáver, recordando que había matado al niño molido a golpes y el ojo lloroso.

Por la mañana tenía las mejillas frías como el hielo. Eran las 5 más o menos cuando me desperté; la luz aún estaba encendida. Me quedé un rato tumbado junto a

la cosa dura y fría que había sobre la cama, pensando en que debería levantarme y hacer algo. Pensé: Bueno, en todo caso él no tiene que levantarse. Me dijo que se despertaba cada día a las 5 de la mañana, que se quedaba mirando el techo durante dos o tres horas, esperando volver a dormirse y pensando que más valdría levantarse. Al cabo de cinco o diez minutos, veía al jugador de ajedrez sonriente por primera vez ese día, y se decía que más valdría levantarse, pero se quedaba tumbado mirando el techo.

Me puse su chaqueta tejana y le vacié los bolsillos. Luego cogí las cartas del escritorio y me fui a enviarlas por correo.

6

Un buen samurái parará el golpe

Llegué a casa una noche a eso de las 9. Sib copiaba en el ordenador *Sportsboat and Waterski International*.

Pensé que podría subir a hurtadillas a mi cuarto, pero alzó la vista.

¿Ocurre algo?, preguntó.

No, respondí.

Entonces ¿qué es lo que no ocurre?, dijo.

Bueno..., empecé.

Y dije:

Alguien se ha suicidado. Le hablé de Jonathan Glover y de dejar a su mujer, pero él dijo que no serviría de nada.

Bueno, dijo Sib. Puso una mano sobre mi hombro.

Pensé: ¿Por qué la retengo aquí?

No dejaba de pensar que había dejado que Red Devlin se fuera a donde quería ir y que él no había hecho nunca nada por mí. No dejaba de pensar que debería decir: Adelante.

¿Piensas alguna vez en Jonathan Glover?, pregunté. Tal vez deberías dejar este país y buscarte otro trabajo. Vete a algún sitio donde no necesites permiso de trabajo.

¿Quieres decir que vuelva a Estados Unidos?, preguntó Sib. Pero yo no quiero regresar allí.

¿Por qué no?

Allí no hay ningún Nebraska Fried Chicken. Es demasiado deprimente para describirlo con palabras.

Pensé que no dejaría que eludiera la cuestión tan fácilmente. Aún llevaba la chaqueta de Red Devlin; él no habría dejado que eludiera la cuestión.

Podrías dejar de copiar *British Ostrichkeeper* y conseguir otro trabajo.

Allí hay demasiada gente a la que no quiero ver. Y, además, ¿por qué estamos hablando de mis problemas? Háblame de esa persona que ha muerto. ¿Erais amigos?

¿Qué sentido tiene hablar de él? Él no tiene ya ningún problema. Nadie tendrá sus

problemas nunca más. ¿Por qué no vuelves?

No quiero hablar de ello, dijo Sib.

Y dijo:

¿Sabes?, siempre que mi padre conocía a algún estúpido que había estado en Harvard, lo tomaba como un insulto personal.

¿Es esa una razón para no volver a Estados Unidos?, pregunté.

Deberías haberle oído cuando le dieron un cargo a Kissinger, un hombre con las manos manchadas de sangre de millones de personas.

¿Por eso copias *British Ostrichkeeper*?

La cuestión es..., empezó. Y siguió: Es que...

Sib se paseó de un lado a otro hasta que por fin dijo:

No sé si sabes esto, Ludo, pero si tienes un motel siempre puedes comprar otro motel.

¿Qué?

Cuando tienes un motel siempre puedes conseguir otro, repitió Sib. Y si puedes conseguir otro, no es cosa de dejar pasar esa oportunidad.

¿Qué?

Es algo que solo comprendes cuando eres dueño de un motel.

Como te decía..., dije.

Sib me interrumpió para contarme que su tío Buddy había imaginado vagamente que hacer fortuna con un motel podía ser el modo de salir del mundo de la contabilidad, y que a los 30 años aún no era demasiado tarde para intentar algo nuevo. Dijo que su madre había imaginado que hacer fortuna con un motel podría ser el modo de pagarse la educación musical, puesto que, dada su situación familiar, no era probable que le dieran una beca en ningún sitio al que realmente quisiera ir. Sib dijo que su padre había hecho el desembolso inicial y que su madre y su tío se habían volcado en convertirlo en un éxito, y que un día su padre había reconocido el potencial de otro sitio.

Pero..., dije.

Sib añadió que el margen de beneficios de los moteles está en saber reconocer el potencial de un sitio sin explotar, y que su padre había resultado tener un olfato insospechado para dar en el clavo. Dijo que el potencial de un lugar consistía en ser el lugar al que la gente querría ir al cabo de unos años, y para que estuviera sin explotar tenía que ser un lugar en el que nadie quisiera estar cuando uno compraba el edificio

o el terreno para el futuro motel.

Pero ¿por qué...?, dije.

Sib dijo que pocos lugares con un potencial sin explotar podían alardear de una sociedad musical, siquiera de aficionados a la música de cámara, y mucho menos de una orquesta sinfónica, por lo que aún era menos probable que los músicos quisieran estar en aquellos lugares...

Esperé a que Sib acabara. Pensé que si yo no decía nada, tal vez Sib acabaría explicándose.

Llegaba un paquete a un motel a las afueras de Pocatello. Oh, Dios mío, decía mi madre, echando whisky en un vaso para apurarlo de un trago. Bueno, será mejor que abra esta maldita cosa. Rompía el papel de embalaje, rasgaba el papel dorado, abría la caja de Wanamaker's, y de entre varias capas de papel de seda extraía un jersey de cachemira de un suave tono amarillo limón, o de color amarillo verdoso, o de color ciruela escarchada, con botones de nácar. Bueno, ya que está aquí, mejor será que me pruebe la maldita cosa, decía por fin, poniéndose el jersey y arremangándose hasta el codo, como llevaban siempre ella y sus amigas los jerséis de cachemira, como diciendo Pero si es viejo. Sacaba luego un cigarrillo, raspaba una cerilla y lo encendía, inhalando el humo profundamente, aunque afirmaba siempre que era fatal para la voz. Es la hipocresía lo que realmente me molesta, decía, y se sentaba para escribir una nota que empezaba siempre: Querida mamá, gracias por el estupendo jersey, y se quedaba parada, fumando y mirando al vacío.

Esperé a que Sib continuara, pero no lo hizo. Cogió el mando del vídeo. ON. PLAY.

Pensé: ¿Esto es una explicación?

STOP.

La cuestión es..., dijo Sib, paseándose arriba y abajo. ¿Sabes lo que dice Boulez en alguna parte?, preguntó.

No, ¿qué dice Boulez en alguna parte?, dije.

Comment vivre sans inconnu devant soi. Nadie puede.

Estupendo, dije.

¿Sabes lo que he dicho cuando me he despertado?, preguntó Sib.

No.

Rabia, rabia contra la muerte de la noche. No te habría gustado oír esto de labios de tu amigo.

No, admití.

Por otro lado, lo hecho, hecho está, y aquí estoy, y Londres, a pesar de sus defectos, difícilmente puede considerarse un lugar con un potencial no explotado. ¿Cuánta gente hay en el planeta?

Cinco mil millones, dije.

Cinco mil millones, y que yo sepa, soy la única persona entre tantos millones que cree que los niños no deben sufrir una dependencia económica absoluta de los adultos a quienes el destino ha confiado su cuidado. Creo que debería quedarme aquí y escribir una carta al *Guardian*.

Podría escribirla yo y firmarla: Ludo, 11 años, dije.

Tú puedes escribir al *Independent*, dijo Sib. Y yo escribiré una al *Telegraph*, firmada Robert Donat, por si acaso.

Para alguien que cree en la importancia de la argumentación racional, Sib evita el tema 9 de cada 10 veces.

Empezó a pasearse de un lado a otro y, al pasar junto al piano, se sentó y empezó a tocar una pieza corta que toca en ocasiones desde hace años.

7

Soy un auténtico samurái

Mi padre publicó un libro sobre su visita a la isla de Pascua.

Hugh Carey se fue para atravesar Rusia a pie en solitario.

Sorabji fue nombrado caballero.

El pintor se fue para caminar por un desierto.

Szegeti ganó el Campeonato Mundial de Bridge con su compañero en 1998, tras llevar a cabo una breve misión de recogida de datos en Jackson, Misisipí, para Nelson Mandela.

La gente seguía viviendo y trabajando.

No busqué otro padre. Debería haber ido por ahí diciendo *Ábrete Sésamo*, pero me limitaba a llevar su chaqueta y a recorrer la Línea de Circunvalación una y otra vez.

Un día cogí la Línea de Circunvalación y bajé en Baker Street. Daba igual el camino que eligiera, así que enfilé Marylebone Road y luego giré hacia el norte. Subí por una calle y giré a la izquierda y cogí otra bocacalle y giré a la derecha y subí por una tercera y volví a girar a la izquierda. A mitad de la calle, oí el sonido de un piano.

Un puñado de octavas volaban de un lado a otro del teclado como una jirafa enloquecida; un enano saltó a la pata coja; doce sapos saltaron a cuatro patas. Me senté en el escalón de la entrada mientras las *XXV Variaciones de Le Festin d'Ésope* de Alkan deslumbraban a una calle indiferente. ¿Quién será?, pensé. Había oído la grabación de Hamelin, y otras de Reingessen y Laurent Martin y Ronald Smith, y en una ocasión había oído un programa de Jack Gibbons, y después de haber oído estas grabaciones has oído ya a las cinco personas que tocan esta pieza. No era ninguna de ellas.

Glenda la Buena se deslizaba por un mar resplandeciente arrastrada por seis cisnes blancos como la nieve. La Grande Armée cruzaba Polonia sobre zancos. Una mujer con una bolsa de la compra cruzó la calle y subió unos escalones. Un hombre con un maletín pasó caminando a paso vivo como un extra de cine sobreactuando. Seis perros bailaban claqué sobre unas mesas.

Las *Variaciones* llegaron a su fin. Hubo una corta pausa.

Una bandada de octavas echó a volar como flamencos asustados. Nadie se detuvo a mirar.

El que tocaba siguió con variaciones sobre las *Variaciones* y variaciones sobre las variaciones, y tocaba una variación seguida de otra a la que no se había yuxtapuesto originalmente.

¿Estás listo para otro combate? Ninguno en perspectiva. Podría ser peligroso.

Me levanté y llamé a la puerta.

Me abrió una mujer. Dijo:

¿Qué quieres?

He venido a la clase de piano, dije.

Oh, dijo ella. Pero si no da clases.

A mí me recibirá, dije.

Bueno, no sé...

He venido para que me dé una clase sobre Alkan, el otrora célebre contemporáneo de Chopin y Liszt, al que se arrebató la dirección del Conservatorio por culpa de sórdidas maquinaciones políticas, para dárselo a un mediocre, condenándolo así a una vida de amarga oscuridad, tras la cual murió (según cuenta la leyenda) aplastado por una estantería, cuando intentaba sacar un volumen del Talmud. Solo seis personas en el mundo tocan su música en la actualidad, y de las seis, quizá tres sigan en activo, y de las que siguen en activo solo una vive en Londres. He venido a que me dé clases de piano.

A mí no me ha dicho nada, objetó ella.

Oh, vamos, dije yo.

Bien, de acuerdo.

Crucé el umbral. Me encontré en una habitación espaciosa con el suelo desnudo, yeso descascarillado y un gran piano. Había alguien sentado al piano, pero solo le veía las piernas.

¿Qué quieres?, dijo.

Alza su espada. La echa hacia atrás con un lento movimiento.

Tenía que verle porque soy su hijo.

El hombre se levantó. Tenía unos 25 años. No era un sosia de Mifune, pero tampoco era muy probable que yo pudiera ser su hijo.

¿Qué gilipollez es esta?, dijo.

No supe qué decir. Entonces se me ocurrió algo. Dije:

やい! 貴様!

Yai! Kisama!

¡Eh, tú!

よくも俺の事を「侍 か?」なんてぬかしやがって

Yoku mo ore no koto o 'samurai ka?' nante nukashiyagatte...

¿Cómo me preguntas si soy un samurái?

ふざけるな!

Fuzakeruna!

¡Qué desfachatez!

¿Qué?, dijo él.

Yo dije:

俺はな こう見えてもちゃんとした 侍 だ。

Ore wa na kō miete mo chanto shita samurai da

Aunque tenga este aspecto, soy un auténtico samurái.

No parecía que le causara una gran impresión, pero insistí:

やい俺はなあれからお前の事をずっと捜してたんだぞ

Yai, ore wa na arekara omae no koto o zutto sagashitetanda zo

Oye, no he parado de buscarte desde aquella vez

これを見せようと思ってな

kore o miseyo to omottena

pensando que me gustaría enseñarte esto.

これを見ろ

Kore o miro.

Fíjate en esto.

この系図はな

Kono keizu wa na.

Esta genealogía.

俺様の先祖代々の系図よ

Ore sama no senzo daidai no keizu yo.

Esta genealogía pertenece a mi familia desde hace generaciones.

このやろう ばかにしやがってなんでい

Kono yaro baka ni shiyagatte nandei

Cabrón (me estás dejando en ridículo).

これを見ろ ばかにしやがって

Kore o miro baka ni shiyagatte

Mira esto. (Me estás dejando en ridículo.)

これがその俺様だ

Kore ga sono oresama da

Este soy yo.

Ah, dijo.

Dijo:

この菊千代と言うのがお前か?

Kono Kikuchiyo to iu no ga omae ka?

¿Este Kikuchiyo del que habla eres tú?

Yo dije:

さようござる

Sayo de gozaru

Eso es.

Él dijo:

よく聞けこの菊千代申す者がお主に間違いなければ

Yoku kike kono Kikuchiyo mo su mono ga onushi ni machigai nakereba

Escucha, si eres realmente este tal Kikuchiyo

お主は当年にとって十三才

Onushi wa to nen totte ju sansai

Has cumplido 13 años este año

この系図、どこで盗んだ？

Kono keizu doko de nusunda?

Esta genealogía, ¿dónde la has robado?

Yo dije:

うん？ 嘘だ！ ちくしょう！ てめえ 何 言ってんだ

Uun? Uso da! chikusho! teme nani ittenda?

¿Qué? ¡Es mentira! ¡Mierda! ¿Qué estás diciendo?

Se echó a reír.

Te has dejado algunas frases, dije.

Hace años que no la he visto, Kikuchiyo-san, dijo.

Recordé de pronto que, según el *Kodansha Romanized Japanese-English Dictionary*, *kisama* es [GROSERO] y muy insultante, que, según el *New Crown Japanese-English Dictionary* de Sanseido, *kono yarō* significaba: tú, cerdo; y que, según el *Japanese Street Slang*, *baka* era el juramento más popular en Japón; *baka ni suru* significaba: no me jodas, y *shiyagatte* era el gerundio ofensivo. Pensé que sería mejor que lo dejara mientras aún estuviera a tiempo.

Me acerqué para mirar el piano. Era un Steinway, pero no había ninguna otra cosa en la habitación, aparte de un saco de dormir enrollado y un maletín.

¿Sabías que Glenn Gould reconstruyó prácticamente su CD 318 para que no sonara como un Steinway?, pregunté.

Todo el mundo lo sabe, contestó.

Dijo:

¿Tocas el piano?

Sí, pero no a Alkan.

Sé tocar *Straight no Chaser*.

No importa, dijo. No doy clases. Ni siquiera conciertos.

No quería que me dieras clases, dije.

Y luego pregunté:

¿Por qué no das conciertos?

Él empezó a pasearse arriba y abajo.

Daba conciertos que no gustaban, dijo. La gente perdía el tren y opinaba que eso le restaba valor a lo que habían disfrutado durante el concierto.

Se echó a reír.

Yo pensaba que unas cuantas horas no importaban, pero a la gente no le gusta coger cualquier tren, sino el suyo.

¿Por qué no haces un CD?, pregunté.

Se detuvo junto a la ventana y dijo:

Nadie compraría el tipo de música que yo pondría en un CD y no puedo permitirme el lujo de hacer un CD que no compre nadie.

Variaciones sobre variaciones sobre variaciones, dije yo.

Algo parecido, dijo.

Dijo:

Es curioso lo que no compra la gente.

Empezó a pasearse de nuevo. Dijo:

Cuando tocas una obra musical, hay muchos modos distintos de hacerlo. Uno no hace más que preguntarse: Y si. Pruebas una cosa y dices: Pero y si, y pruebas otra. Cuando compras un CD solo tienes una respuesta a la pregunta, nunca escuchas los «Y si».

En Japón es lo mismo, pero peor. La gente coge el tren cada día. Suben al tren y se apean del tren y suben y se apean cada día.

Dijo que si aquello era lo verosímil, cabría pensar que lo inverosímil sería...

Dijo que, aunque uno no estuviera interesado por la música, ¿acaso la idea de que las cosas pudieran ser diferentes no...?

Se detuvo junto al piano. Dijo:

Pero en realidad a la gente no le gusta una obra musical hasta que se acostumbran a ella.

Empezó a pulsar una de las finas cuerdas de acero de los agudos. Ping ping ping ping ping. Ping ping ping.

Yo mismo estoy atascado. Hace demasiado tiempo que vengo haciendo lo mismo. No hago más que decirme que debería hacer de tripas corazón, tocar algunas de mis piezas festivas y volver a dar conciertos. ¿Qué sentido tiene que malgaste mi vida en esta habitación?

Ping ping ping.

Entonces voy y miro CD.

Ping.

Cientos de CD con obras enteras tocadas una sola vez para miles de personas que quieren CD con obras enteras tocadas una sola vez.

Ping.

Así que a miles de personas les va muy bien, y seguirá yéndoles muy bien aunque yo no toque mis piezas festivas.

Ping ping.

Pero quien quiera escuchar un «Y si», no puede escucharlo en ninguna parte, ni en la tienda, ni en el mundo entero, ni con ese tipo de obra.

Ping ping ping ping ping.

Dijo:

No puedo permitirme el lujo de hacer un CD que comprarían 5 personas, pero hay algo que me atrae de tocar mis piezas festivas para los miles de personas que siempre encuentran piezas festivas para elegir; algo me tienta de alejarme de esas 5 personas.

Dijo:

Porque en esta habitación no es gran cosa lo que hago.

Bueno, dije, yo podría pagar un CD que nadie comprara.

¿Qué?, dijo él. ¿Es que tienes 10.000 libras?

Tengo algo que vale mucho dinero. Podría conseguir mucho dinero por esto. Y saqué el corazón del pintor de mi mochila. Lo llevaba en una funda de plástico para proteger la seda. La seda blanca seguía siendo blanca y la sangre era marrón.

¿Qué es esto?, preguntó él.

Le expliqué lo que era y dijo:

Nunca he oído hablar de él. Gracias, pero no puedo aceptarlo.

Le dije que sí podía y él dijo que no y yo que sí y él que no.

Pero y si..., dije.

¿Y si qué?, dijo él.

¿Y si fuera cuestión de vida o muerte? ¿Y si fuera cuestión de un destino peor que la muerte?

¿De qué estás hablando?

¿Y si alguien llamara al teléfono de la esperanza?

¿Quién?, preguntó.

El teléfono de la esperanza, expliqué. Es un grupo de gente que cree que nada es

peor que no respirar. Puedes llamarles y contarles que estás deprimido.

¿Y?

¿Y si una persona llamara al teléfono de la esperanza y no le ayudaran demasiado? ¿Y si una persona hiciera siempre lo mismo, día tras día? ¿Y si una persona no hiciera más que dar vueltas y vueltas en la Línea de Circunvalación? ¿Y si existiera una persona que creyera que el mundo sería un lugar mejor si todo el mundo disfrutara viendo un silabario tamil? ¿Y si existiera una persona que cambiara de tema continuamente? ¿Y si existiera una persona que jamás escuchara nada de lo que le dijeran los demás?

¿Estás pensando en alguien en concreto?, preguntó.

Hablaba hipotéticamente.

¿Y qué crees tú que ese CD hipotético podría hacer por esa persona hipotética?

Sonreía, rasgueando las cuerdas del piano suavemente.

¿Y si esa persona se apeara de la Línea de Circunvalación en Embankment, cruzara el puente hasta la estación de Waterloo, cogiera un tren con destino a París y se fuera a trabajar para un famoso escultor?

¿Qué, por un estúpido CD? ¿En qué planeta vives?

La premisa era que había solo 5 personas en el planeta que comprarían el CD. Obviamente, la mayoría de la gente no se apearía en Embankment por un CD, pero quizá la clase de persona que compraría el CD sí lo haría.

La clase de persona que cree que el aburrimiento es un destino peor que la muerte. La clase de persona que quiere cambiar las cosas. La clase de persona que moriría antes que leer *Sportsboat and Waterski International*.

Ah, dijo él. Esa clase de persona.

Empezó a tocar el tema de *Los siete samuráis* en las cuerdas de los agudos.

Mejor será no poner un anuncio en *Sportsboat and Waterski International*.

Tocó el tema en los bajos.

Dije:

Míralo de esta forma. No tienes que hacer cientos de CD. Podrías hacer solo 10; 5 para ti y 5 para mí. Entonces serían los 10 únicos CD en el mundo y tendrían un gran valor. Digamos que conseguimos 10.000 libras por el corazón. Pongamos que cueste 1.000 libras hacer los CD, y que se venden a 1.000 libras cada uno. Podríamos rentabilizarlos al máximo, o incluso regalar uno, si por casualidad conociéramos a la clase de persona a la que no le importaría perder trenes.

Volvió a los agudos. Ping ping ping PING ping ping PING ping ping ping.

No parecía encontrar muy convincente aquel argumento.

Podría enseñarte una lengua, dije. ¿Te gustaría aprender alguna lengua?

¿Qué lengua?, preguntó.

¿Qué lengua te gustaría aprender?

¿Qué me recomiendas?

Podría enseñarte a contar hasta 1.000 en árabe, dije, y también: Sé hablar unas 20 lenguas, así que, si te gusta alguna otra, puede que la conozca. O podría enseñarte la tabla periódica. O técnicas de supervivencia.

¿Técnicas de supervivencia?

Podría enseñarte qué insectos son comestibles.

¿Y si no quiero comer insectos?

Volvió a los bajos. Dum dum dum DUM dum dum DUM dum dum dum.

¿Qué quieres que haga?, dije. ¿Quieres que vuelva dentro de 10 años? Puede que entonces sea demasiado tarde.

Hubo una corta pausa. Él contempló pensativo las cuerdas del piano. Me pareció que estaba empezando a llegar a alguna parte.

Sacó la otra mano del bolsillo y empezó a tocar un arreglo sobre el tema samurái, pulsando dos cuerdas.

Yo ya no sabía qué decir. Dije:

Podrías tocar lo que quisieras en el CD.

O podría tocar algo a petición. ¿Alguna idea?

Bueno..., empecé.

Luego dije:

Podrías tocar algo de Brahms.

¿De Brahms?

¿Conoces la *Balada op. 10 n.º 2 en re mayor*?, dije.

¿Cómo?, dijo él.

La *Balada op. 10 n.º 2 en re mayor*, repetí. Es parte de una serie.

Sí, lo sé, dijo.

Se dio la vuelta y apoyó el brazo en el costado de madera tallada del piano.

Dijo:

¿Conoces el resto de la serie?

Le dije que aquella era la única pieza que había oído, porque conocía a alguien que

la tocaba mucho, pero que, por supuesto, si él quería tocar toda la serie en el CD, podía hacerlo, porque era su CD y tendría un control artístico total sobre él.

No sé, dijo.

No supe qué decir.

Podría enseñarte yudo, sugerí.

No sé, dijo.

Podría enseñarte a jugar al piquet.

Podría enseñarte los puntos lagrangianos.

No sabía qué más decir.

Dije:

Haz el CD y te enseñaré a tocar *Straight no Chaser*.

Él dijo:

Trato hecho.

EPÍLOGO

- Me dijo que veían *Barrio Sésamo* y que ese era el nivel que les correspondía.
—¿A qué edad?
—No me lo dijo.

J. S. Mill no creía que tuviera ningún talento o inteligencia especiales, solo la ventaja de una educación inusual. Seguimos sin saber si era exageradamente modesto.

«No era difícil imaginar un mundo en el que mi cuerpo estuviera en aquella habitación con algo más en su interior.» A Ludo no le cuesta imaginar lo que podría haber sido con las oportunidades que Val Peters consideraba apropiadas para su edad. Es mucho más difícil imaginar lo que uno podría haber sido con mejores oportunidades, mayores desafíos. Teniendo en cuenta que no existe una edad en la que las oportunidades ofrecidas a Ludo sean la norma, no sabemos si era un genio o no, solo que es una rareza en una sociedad con unas expectativas muy bajas.

Claramente no vivimos en una sociedad donde la cuestión sea si a los cuatro años es demasiado pronto para empezar a aprender griego, ni en la que se debatan acaloradamente los méritos respectivos de los números 7, 8, 9, 10 o 14. Ni siquiera vivimos en una sociedad en la que las bibliotecas ofrezcan, de manera rutinaria, el tipo de colecciones que podrían inducir a explorar las grandes obras literarias fuera de la escuela. (Por lo general, ni siquiera encontramos colecciones de *Oxford Classical Texts*, en sus correspondientes ediciones críticas, y menos aún se nos ofrecen textos que no pertenezcan a lo que teóricamente constituye la tradición occidental.) Realmente vivimos en una sociedad en la que cada vez más se desestiman las humanidades por no ser prácticas, y todo lo que se considera como CTIM es bueno porque es práctico. Pero no vivimos en una sociedad en la que todos los escolares estén en posesión de *The Pleasures of Counting* de Korner, o *The Chemistry Maths Book*, de Steiner, en la que todas las bibliotecas posean un ejemplar de *Astrophysical Formulae* de Lang. (Podría seguir hasta el infinito.) Así pues, Ludo no solo impresiona a Val Peters y a los usuarios de la Línea de Circunvalación, sino también

a muchos críticos. Tal vez deba ser así, tal vez no. Tal vez deberíamos interesarnos más bien por las desconocidas habilidades del lector.

Los lectores han respondido de un modo que hace que este fragmento de correspondencia no sea inusual:

Querida Elena:

Cielo santo, siento mucho que Nico se llevara el *Imagier Franco-Japonais* de tu hija. Aunque estarás de acuerdo conmigo en que habéis conseguido que se interese por el tema.

No es difícil imaginar un mundo en el que el efecto del libro sobre lo que ha sido una camarilla de lectores se multiplique hasta el punto de cambiar las suposiciones sobre lo que es posible. Solo tenemos que imaginar un mundo en el que Oprah Winfrey hable de *El último samurái*. O un mundo en el que un librero regale *El último samurái* al presidente Obama. Un mundo en el que Terry Pratchett sea un muy querido amigo mío y considere *El último samurái* un sustituto de la señorita Susan. (De nuevo podría seguir así hasta el infinito.)

Pero han pasado veinte años desde que los editores londinenses vieron el manuscrito y se quejaron de que había demasiado griego y japonés, de que había demasiados números; han pasado diecisiete años desde que Jonathan Burnham de Talk Miramax Books llevó el libro a la Feria de Frankfurt y causó sensación. Y las suposiciones en las que se basan el *National Curriculum* y la *Race to the Top* siguen firmemente asentadas.

Un mundo en el que sean muchos los niños pequeños que les quiten el *Imagier Franco-Japonais* a sus hermanos no es en absoluto un mundo perfecto, pero sí mejor que el que tenemos ahora. Deberíamos luchar por él siempre que podamos.

HELEN DEWITT

Silver Spring, 2016

AGRADECIMIENTOS

SEGUNDA EDICIÓN

Tengo una deuda especial con New Directions por ofrecerse a publicar de nuevo *El último samurái*. Es más difícil de lo que parece encontrar una nueva editorial para un libro que otros han presentado al mundo (mi primera editorial sigue existiendo como empresa, pero ya no publica libros); es perjudicial para la nueva edición que el autor deba obtener nuevamente los correspondientes permisos, y que el griego, el nórdico antiguo y el japonés deban pasar otra vez por maquetación. New Directions ha accedido generosamente a ocuparse de los permisos y a volver a imprimir, con correcciones, el texto de la última edición en rústica, poniendo así el libro a disposición de los lectores sin mayor dilación.

La publicación de una primera edición técnicamente compleja, no solo en inglés, sino en muchas otras lenguas, relegó durante tanto tiempo a otros libros que, al final, no pudieron ser completados. Las consecuencias para la autora hablan por sí mismas. Mi madre, Mary DeWitt Griffin, ha demostrado una extraordinaria generosidad financiera; yo no podría haber seguido escribiendo sin ella. Mi hermana, Susan DeWitt, me ha ofrecido su apoyo inquebrantable. David Leven revisó las partes en griego en muchas ediciones extranjeras en una época en la que yo no podía ocuparme de ello personalmente. Joyce Hackett, Lissy Romanov y David Levinson acudieron al rescate en momentos muy difíciles. Keith Gessen, Mark Greif y Marco Roth de *n+1* han procurado ayudarme a desenvolverme en el misterioso mundo editorial de Nueva York. Jenny Davidson, Keith Gessen, Chris Glazek, Aileen y Elizabeth Gumpert, Joyce Hackett y Bernard Onken me ofrecieron alojamiento en Nueva York; Ingrid Kerma me permitió alojarme en su apartamento de Berlín. No tengo palabras para expresarles mi agradecimiento. Steve Dodson de *Languagehat* y Mark Liberman de *Language Log* han sido extremadamente amables ayudándome con temas lingüísticos. Henriette Mantel me acogió cuando un acosador asaltó mi casa y me amenazó a punta de pistola. Henriette y toda la familia Mantel me han salvado,

literalmente, la vida.

Joey Comeau es el Sr. Lista Blanca.

Toril Moi es un estímulo permanente para la ambición.

Patrick Jehle, Ilya Gridneff y Elena Devos me enviaron correos electrónicos geniales en momentos de pesadumbre.

Finalmente, doy las gracias a los numerosos lectores que estuvieron dispuestos a pasar por alto una infracción del protocolo. Hubo ejemplares de segunda mano de *El último samurái* disponibles a bajo precio mucho antes de que el libro se agotara. A veces los lectores quieren apoyar al autor de un libro además de favorecer a Amazon Marketplace, así que, descaradamente incluí un enlace a PayPal en mi blog, *paperpools*, para aquellos que desearan realizar un gesto de buena voluntad. Obtuve respuesta de un gran número de lectores. Me temo que mencionar nombres sería motivo de sonrojo, pero os recuerdo a todos y os estoy inmensamente agradecida por vuestra generosidad.

*

Es costumbre dar las gracias a las instituciones cuando se publica una obra que han apoyado. Llevo ya muchos años buscando maneras de incorporar el trabajo de Edward Tufte sobre la presentación gráfica de la información en la ficción; teniendo en cuenta que los retos técnicos hacen sumamente largo el camino hasta la publicación, desearía expresar ahora mi gratitud a los que me han ayudado a hacer posible mi trabajo. La beca de investigación Mel and Lois B. Tukman del Dorothy and Lewis B. Cullman Center for Scholars and Writers, de la Biblioteca Pública de Nueva York, me permitió descubrir la extraordinaria colección de Ciencia, Industria y Negocios de dicha biblioteca; dado que también recibí un generoso apoyo financiero por parte de los Cullman, sin duda estoy en deuda con ellos. Una beca de la John Simon Guggenheim Foundation y sendos interinajes en la McDowell Colony y la Lannan Foundation me permitieron utilizar un tiempo inestimable en escribir e investigar; los interinajes en particular me proporcionaron un lugar donde escribir mientras el acosador seguía libre y no me era posible trabajar en casa.

AGRADECIMIENTOS

En 1991 Cotton fue a una escuela de Mola, una aldea de una remota zona rural de Zimbabue, con la idea de investigar sobre la educación de las niñas. Acabó hablando con dos colegialas que habían recorrido 100 kilómetros solas para ir a la escuela. En la escuela no se admitían alumnas internas, así que vivían en una choza que se habían construido ellas mismas. Se consideraban afortunadas porque la mayoría de niñas no podían acceder a los estudios secundarios porque no podían pagarlos, y en lugar de estudiar se casaban a los doce o trece años. Ann volvió a Gran Bretaña y empezó a recaudar fondos para becas vendiendo pasteles en el Cambridge Market. Fundó el Cambridge Female Education Trust, CamFed, en 1993. Convenció a Body Shop para que abriera un hostel en Mola. Convenció a otras organizaciones de que concedieran becas para construir más escuelas, primero en Zimbabue y luego en Ghana. Me convenció a mí para que me convirtiera en miembro del consejo de administración; no podría haber terminado este libro si ella no hubiera respondido «por supuesto», cada vez que le decía que haría algo por el CamFed en cuanto lo terminara. Hallarán toda la información sobre el CamFed en: 25 Wordsworth Grove, Newnham, CB3 9HH Cambridge, y en <http://www.camfed.org>.

El profesor David Levene ha hecho que este libro sea más interesante y menos proclive al error de muchas maneras, demasiado numerosas para nombrarlas todas. Es imposible expresar la gratitud que siento por su generosidad a toda prueba. La deuda que tengo con mi madre, Mary DeWitt Griffin, es impagable, no solo por su apoyo moral y económico, sino por compartir conmigo su increíble talento durante muchos años. Tim Schmidt, Maude Chilton y Steve Hutensky han sido amigos maravillosos; ellos saben lo mucho que se lo agradezco.

Alison Samuel, de Chatto & Windus, aportó una mirada nueva y una gran perspicacia para los detalles cuando más se necesitaban. También estoy muy agradecida a Martin Lam, autor de *Kanji from the Start*, por sus consejos sobre el programa Nisus, y a Neil y Fusa McLynn por su gran ayuda con el japonés; también a Leonard Gamberg por su ayuda sobre el átomo, a Chris Done por repasar la

astronomía en una primera versión, a James Kaler por responder amablemente en el último momento a una pregunta surgida de *Stars and their Spectra*, y a Ian Rutherford por encontrar una fuente de griego en el ultimísimo minuto. Ni que decir tiene que ellos no son en absoluto partícipes de cualquier error que haya podido quedar en el libro. Tengo una deuda de gratitud muy especial con las personas que me ayudaron a apreciar el arte de Akira Kurosawa; el libro habría sido muy distinto sin su ayuda.

Sin el entusiasmo de Jonathan Burnham, de Talk Miramax Books, habría manuscrito, pero no libro; es una deuda de gratitud que habla por sí sola.

Agradezco que se autorizara a usar el siguiente material sujeto a derechos de autor: *The Biographical Dictionary of Film*, de David Thomson; *The Eskimo Book of Knowledge*, de George Binney, con autorización de la Hudson's Bay Company; *Theory of Harmony*, de Arnold Schoenberg, traducido por Roy E. Carter (traducción inglesa © 1983 Faber and Faber Ltd); entrevista con Jonh Denver, *Melody Maker* 27/3/76, p. 11, © Chris Charlesworth/*Melody Maker*/IPC Syndication; *Foundations of Aerodynamics: Bases of Aerodynamics Design*, de Arnold M. Kuethe y Chuen-Yen Chow, © 1986, reimpresso con autorización de John W. Wiley & Sons, Inc.; *The Films of Akira Kurosawa*, de Donald Richie (University of California Press), © 1984 The Regents of the University of California; *The Solid State*, de H. M. Rosenberg (© 1988 Oxford University Press), con autorización de Oxford University Press; *Gesenius' Hebrew Grammar*, revisada y ampliada por E. Kautzsch, segunda edición inglesa de A. E. Cowley (1910), con autorización de Oxford University Press; *Njal's Saga* (fragmentos de pp. 244-246), traducido por Magnus Magnusson y Herman Pálsson (Londres, 1960), © 1960 Magnus Magnusson y Herman Pálsson, reproducido con autorización de Penguin Books Ltd. Quisiera agradecer a Kurosawa Production K. K. su autorización para reproducir fragmentos de guión de *Los siete samuráis* (*Shichinin no Samurai*).

Una de las novelas más memorables de los últimos años, destinada a convertirse en un clásico de culto.



Ludo es un niño prodigio: a los seis años aprendió griego para poder leer la *Odisea* y francés para entender *Tintín*. Su madre, Sibylla, es una joven devastadoramente inteligente que vio cómo su vida daba un vuelco al quedarse embarazada. Atrapada en un trabajo precario, educa sola a su hijo e intenta satisfacer su voraz intelecto.

Sin un modelo masculino para Ludo, Sibylla recurre a la película de Akira Kurosawa *Los siete samuráis*. Tras verla infinitas veces, han absorbido sus lecciones, y el pequeño, movido por la virtud de esos guerreros, decide buscar a su padre. Ludo emprende una aventura por Londres y se acerca a siete hombres para poner a prueba su valor e intelecto. Cada encuentro será un paso hacia la edad adulta, una puerta abierta a descubrir que algunos caminos solo pueden recorrerse en soledad.

La pericia de este pequeño genio revela una inesperada dimensión del amor en una historia de una profundidad emocional única. Publicada en 2000, el tiempo ha situado *El último samurái* en el lugar que le corresponde: un libro de culto que ha sido comparado con Jonathan Franzen o David Foster Wallace.

Con esta novela, DeWitt firma un apasionado *tour de force* sobre la educación, la literatura y la ciencia, una meditación única sobre el heroísmo que ya se ha convertido en un clásico contemporáneo.

«El último samurái es un libro del que todos deberían estar hablando. Es extraordinario.»

The Huffington Post

«En la lista no oficial de mejor novelista de su generación, DeWitt está a la altura de David Foster Wallace y Jonathan Franzen.»

New York Magazine

«DeWitt tiene inteligencia, ingenio y un asombroso coraje estilístico.»

The Guardian

«DeWitt rompe los límites formales de la novela. Al leerla uno quiere romper los límites de su propio cerebro.»

The Paris Review

«El último samurái es una historia divertida y trágica, intrigante y magistral, pero también conmovedora.»

The New Yorker

Helen DeWitt nació en 1957 en Maryland, Estados Unidos, pero se crio en América del Sur. Estudió clásicas y filosofía en Oxford y en 1989 abandonó la vida académica para dedicarse a escribir. *El último samurái* es su primera novela, obra en la cual trabajó durante trece años y que recibió elogios unánimes de la crítica, convirtiéndose en una auténtica sensación literaria y publicada en veinte países. Sin embargo, un conflicto legal con sus primeros editores en Estados Unidos provocó que el libro desapareciera de las librerías en ese país. En 2016 se reeditó, despertando una nueva oleada de elogios. DeWitt es autora asimismo de *Lightning Rods* (2011) y de la colección de relatos *Some Trick* (2018).

Índice

El último samurái

Prólogo

Parte I

Capítulo 1

Paréntesis

Parte II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Parte III

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Parte IV

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Parte V

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Epílogo

Agradecimientos (segunda edición)

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Helen DeWitt